

ARQUEOLOGÍA 18

SEGUNDA ÉPOCA • JULIO DICIEMBRE 1997

Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia



Nuevos datos acerca de la estratigrafía de Cuicuilco

Una ofrenda cerámica al este de la antigua ciudad de Teotihuacan

Restauración de la ofrenda cerámica teotihuacana

Reconocimiento arqueológico en el sureste de Campeche

Las esculturas estucadas de Chakanbakán

Costumbres funerarias y sociedad del Clásico tardío en la cuenca de Zacapu, Michoacán

Xochitécatl-Cacaxtla en el periodo Epiclásico (650-950 d.C.)

El noreste de Morelos y la desestabilización teotihuacana

La actividad ritual a nivel de barrio: el *momoztli* de Palma y Venustiano Carranza

Un *xicolli* miniatura de la cueva de Atzcala, Guerrero

Reseñas

Noticias



ARQUEOLOGÍA

SEGUNDA ÉPOCA

Directora General: María Teresa Franco, **Secretario Técnico:** Sergio Raúl Arroyo,
Coordinadora Nacional de Difusión: Adriana Konzevik, **Coordinador Nacional de Arqueología:** Alejandro Martínez Muriel,
Director de Publicaciones: Mario Acevedo

ARQUEOLOGÍA



índice

Arqueología es una publicación semestral de la Coordinación Nacional de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

EDITORES:

Alba Guadalupe Mastache
Joaquín García-Bárcena

COMITE EDITORIAL:

Jürgen Brüggemann
Margarita Carballal
Robert H. Cobean
Ángel García Cook L.
Dan M. Healan
L. Alberto López Wario
Rubén Maldonado
Leonor Merino
Dominique Michelet
Carlos Navarrete
Jeffrey R. Parsons

Otto Schondube
Barbara L. Stark

Elisa Villalpando

PRODUCCIÓN EDITORIAL:

Celia Rodríguez
Ileri Arellano

DISEÑO:

Érika Magaña

IMPRESIÓN:

Ilaleres Gráficos del INAH
Av. Tláhuac 3428,
Col. Los Reyes Culhuacán,
México, D.F.

Reservados todos los derechos. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra. Queda expresamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso del titular.

Queda estrictamente prohibida la reproducción parcial o total del contenido

ISSN 0187 - 6074

Hecho en México

3 Alejandro Pastrana
Nuevos datos acerca de la estratigrafía de Cuiculco.

17 Ernesto A. Rodríguez Sánchez y Jaime Delgado Rubio
Una ofrenda cerámica al este de la antigua ciudad de Teotihuacan.

23 Sara E. Fernández Mendiola y Leticia Jiménez Hernández
Restauración de la ofrenda cerámica teotihuacana.

29 Ivan Šprajc, Florentino García Cruz y Heber Ojeda Mas
Reconocimiento arqueológico en el sureste de Campeche.

51 Fernando Cortés de Brasdefer
Las esculturas estucadas de Chakanbakán.

61 Grégory Pereira
Costumbres funerarias y sociedad del Clásico tardío en la cuenca de Zacapu, Michoacán.

85 Mari Carmen Serra Puche y J. Carlos Lazcano Arce
Xochitécatl-Cacaxtla en el periodo Epiclásico (650-950 d.C.).

103 Enrique Nalda
El noreste de Morelos y la desestabilización teotihuacana.

119 Fernando Getino Granados y Agustín Ortiz Butrón
La actividad ritual a nivel de barrio: el momozlli de Palma y Venustiano Carranza.

139 Irmgard Weitlaner Johnson
Un xicolli miniatura de la cueva de Atzcala, Guerrero.

Reseñas

- Alfredo López Austin y Leonardo López Luján,
El pasado indígena,
por Eduardo Matos M.
- Pedro Carrasco,
Estructura político-territorial del imperio tenochca,
por Jesús Monjarás-Ruiz
- Sonia Lombardo y Enrique Nalda (coords.),
Temas mesoamericanos,
por Román Piña Chan

Noticias

- Simposio sobre arqueología e historia del Bajío.
- Reunión sobre arqueología del sur de la Costa del Golfo de México.
- Mesas Redondas de Monte Albán. Mesas Redondas de Palenque.
- Primera Maestría de Arqueología Social de Iberoamérica en La Rábida, España.
- Exposición de Conchas Precolombinas en Long Island, Nueva York.

Invitación a los colaboradores

Arqueología hace una cordial invitación a los investigadores de la comunidad académica nacional e internacional para colaborar con artículos originales resultado de investigaciones recientes, noticias, reseñas bibliográficas, temas teóricos, metodológicos y técnicos, así como aquellos que se refieran a la conservación del patrimonio arqueológico. Las colaboraciones se dirigirán a los editores, la revista acusará recibo al autor y enviará el trabajo al Comité Dictaminador. En caso de que los dictaminadores consideren necesarias modificaciones o correcciones, se proporcionará copia a los autores para que realicen los cambios pertinentes. Al aceptarse la contribución, se informará al autor y se enviará un formato de cesión de derechos, que deberá regresar debidamente firmado a la Dirección de Publicaciones en un plazo no mayor de 30 días, anexando copia de identificación reciente con fotografía. El autor recibirá cinco ejemplares del número en que su trabajo sea publicado y tres cuando sea de más de tres autores.

Los trabajos no aceptados serán enviados al autor a solicitud expresa, en el entendido de que los dictámenes son inapelables.

Requisitos para la presentación de originales:

1. Los artículos tendrán una extensión máxima de 40 cuartillas con notas, bibliografía e ilustraciones; las reseñas no excederán las 10 cuartillas. Los textos deberán entregarse en cuartillas de 28 renglones por 60 golpes, a doble espacio, escritas por una sola cara.
2. Los originales deberán presentarse en altas y bajas (mayúsculas y minúsculas), sin usar abreviaturas en vocablos tales como etcétera, verbigracia, licenciado, doctor.
3. En el caso de incluir citas de más de cinco líneas, éstas se separarán del cuerpo del texto con sangría en todo el párrafo. No deberán llevar comillas ni al principio ni al final (con excepción de comillas internas).
4. Los guiones largos para diálogos o abstracciones se harán con doble guión.
5. Los números del 0 al 15 deberán escribirse con letra.
6. Las citas deberán intercalarse (en el texto), contendrán el apellido del primer autor seguido de *et al.*, en el caso de que hubiera más autores, año de publicación, dos puntos y página inicial y final de la cita separadas por guión.

7. Las llamadas se usarán únicamente para indicar la dependencia o institución de adscripción de los autores.

8. Para elaborar la bibliografía deberá seguirse el modelo siguiente:

MacNeich, Richard *et al.*

1970 *The Prehistory of Tehuacan Valley*, vol. III, Austin, University of Texas Press.

Lorenzo, J.L. y L. Mirambell (coords.)

1990 *Tlapacoya: 35 000 años de Historia del Lago de Chalco*, México, INAH (Colección Científica, núm. 20).

Oliveros, J. Arturo y Magdalena de los Ríos

1993 "La cronología de El Opeño, Michoacán: nuevos fechamientos por radio-carbono", en *Arqueología*, núm. 9-10, México, INAH, pp. 45-48.

Lechuga Solís, Martha Graciela

1977 *Análisis de un Elemento de la Estructura Económica Azteca: la Chinampa*, tesis profesional, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

González, Carlos Javier

1988 *Proyecto Arqueológico "El Japón"* (mecanuscrito), México, Archivo de la Subdirección de Estudios Arqueológicos del INAH.

9. Foliación continua y completa, que incluya índices, bibliografía y apéndices.

10. Gráficas e ilustraciones numeradas consecutivamente y con referencia en el texto, descritas todas ellas como figuras.

Los mapas y dibujos en papel bond, con líneas en negro, fotografías en blanco y negro con calidad adecuada para su reproducción. No se aceptarán mapas, planos, gráficas o esquemas de tamaño mayor que doble carta; es indispensable adjuntar una copia impresa en papel.

11. Teléfono para localizar al responsable del artículo.

12. Deberán enviarse tres copias del texto y disquete, para el que se sugiere el uso del programa Word 6 en adelante.

Correspondencia:

Lic. Verdad 3, Col. Centro, México, D.F. 06060, Teléfonos: 522-4108 y 522-74-04, Fax: 522-73-03 D.R. INAH

Registro en trámite. Impreso y hecho en México.

*Alejandro Pastrana**

Nuevos datos acerca de la estratigrafía de Cuiculco

El objetivo de este artículo es presentar a la comunidad académica, y en general a los interesados en el sitio de Cuiculco, un conjunto de nueva información estratigráfica, geomorfológica y arqueológica generada en las investigaciones del “Proyecto Cuiculco” de la DICPA en 1996 y, recientemente, en la supervisión arqueológica del terreno de Inbursa.

La información que se presenta a continuación es aún preliminar, debido a que diversos análisis de tipo sedimentológico, estratigráfico, palinológico, botánico y arqueológico se encuentran en proceso, además de fechamientos por la técnica de carbono 14. Sin embargo, la estratigrafía básica general ya ha sido razonablemente comprendida, gracias a la participación de diferentes especialistas de las ciencias geológicas y de la arqueología, de donde se deducen interesantes planteamientos y puntos de discusión, los cuales sintetizaremos aquí.

Por diversas causas, varias de las investigaciones realizadas desde 1923 por Byron Cummings en el sitio de Cuiculco carecen de información precisa, sobre todo en lo referente al registro estratigráfico en las excavaciones. Debido a que los análisis estratigráficos geoarqueológicos han tenido un desarrollo importante en las últimas tres décadas, hemos planteado, como uno de los objetivos del proyecto Cuiculco, la recuperación y la generación de la información estratigráfica básica que nos permita relacionar, en lo posible, la evolución del paisaje con el desarrollo del asentamiento humano de Cuiculco.

Es necesario señalar que, en principio, el registro estratigráfico geológico es parcial e incompleto y en el caso de la arqueología es una combinación variable de procesos naturales y culturales que depositan, erosionan, sepultan y destruyen entre sí, en diferente grado; por estas características es que sólo algunos procesos geológicos y etapas culturales quedan registrados en unas localidades y borrados o ausentes en otras, de manera que la reconstrucción e interpretación del registro estratigráfico geoarqueológico se lleva a cabo correlacionando varias localidades claves desde el punto de vista interdisciplinario.

* Dirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico, INAH.



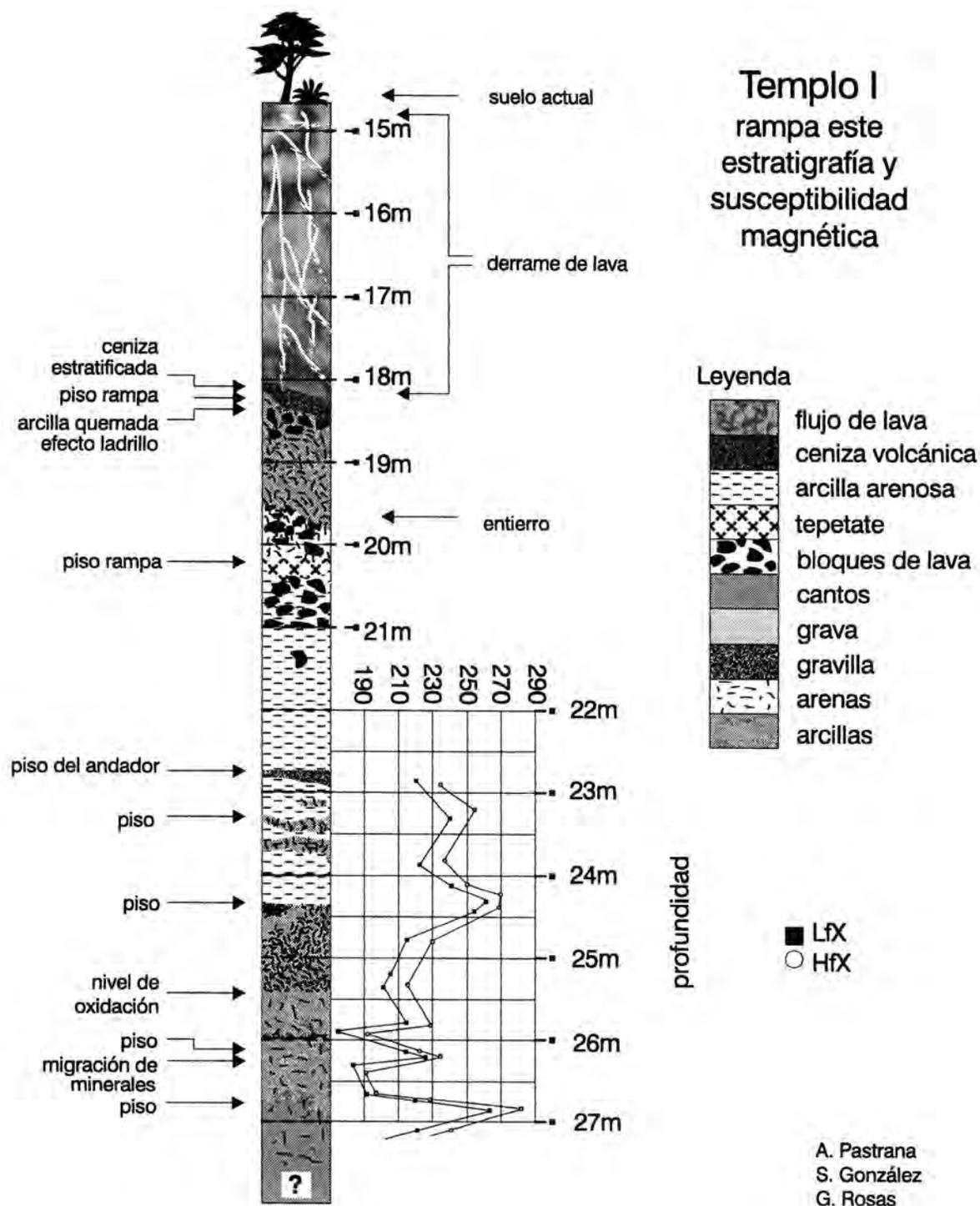
● Fig. 1 Sitios de la Cuenca de México del periodo Preclásico

La temática de investigación arqueológica en la que se inscribe el estudio del sitio de Cuicuilco es el desarrollo temprano de las sociedades agrícolas estratificadas, que culminó con la estructura estatal en Mesoamérica. Algunos autores han analizado el asentamiento de Cuicuilco como un antecedente protourbano de la gran urbe del estado prístino de Teotihuacan; sin embargo, recientemente, se han recuperado evidencias sobre el desarrollo paralelo de ambos centros. En general, la problemática de investigación de Cuicuilco gira en torno a los siguientes puntos: *i*) ¿cuál fue el grado de desarrollo, estratificación y de nucleación alcanzado por la población cuicuilca y sus centros aledaños?; *ii*) ¿qué tipo de condiciones

En el caso particular del asentamiento de Cuicuilco, la erupción lávica del Xitle, alrededor del año 200 d.C., según nuevos fechamientos, truncó de manera significativa el largo desarrollo cultural del centro de población más temprano y complejo del Altiplano Mesoamericano (desde 1200 a.C., aproximadamente). La mayor parte de los asentamientos prehispánicos y el paisaje del sitio que quedaron cubiertos por la lava se encuentran sellados y no sufrieron alteraciones culturales posteriores, a diferencia de los terrenos y materiales arqueológicos ubicados fuera del derrame lávico, los cuales fueron afectados de manera diferencial por la erosión y por la acción humana durante casi 2000 años. Con esta idea, los contextos arqueológicos del periodo Preclásico (1000 *ca.* a 100 años a.C.), cubiertos por la lava del Xitle (volcán monogenético), presentan una condición especial para la investigación arqueológica, tanto en sus aspectos culturales y geológicos como por su registro estratigráfico.



● Fig. 2 Vista aérea de la pirámide y del corte E-W desde el sur

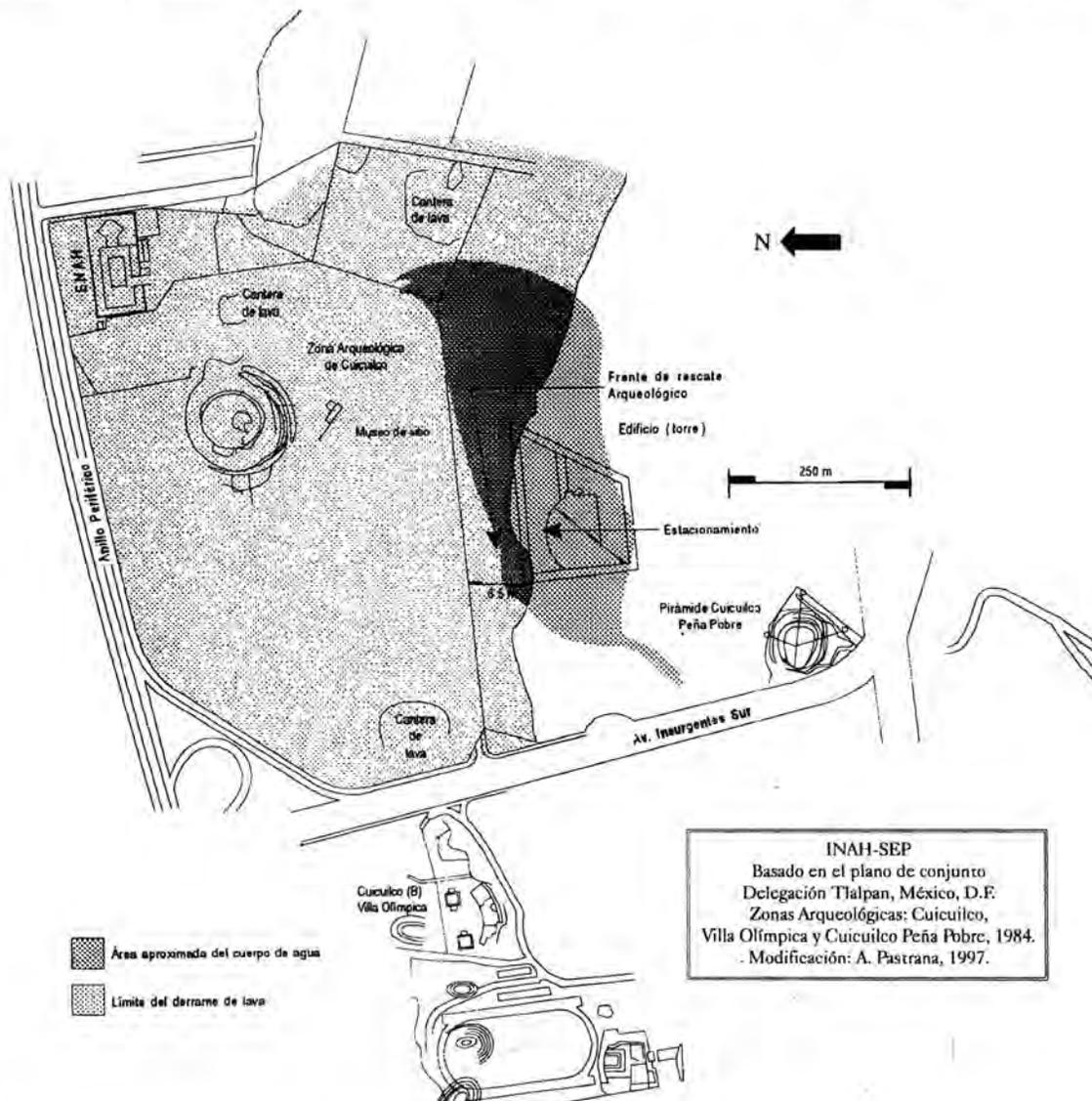


© Fig. 4 Proyecto Cuicuilco, DICPA-INAH, 1996

geográfico-ambientales sustentaron el desarrollo temprano de Cuicuilco?; *iii*) ¿cuál fue el efecto físico, social e ideológico del proceso volcánico del Xitle sobre el asentamiento de Cuicuilco y sus poblaciones vecinas?, y *iv*) ¿cuál fue la respuesta de la población cuicuilca y de las poblaciones vecinas de la Cuenca de México durante y después del proceso eruptivo?

Para resolver estas interrogantes es necesario recuperar un conjunto de información básica de carácter geológico, biológico y cultural, la cual se encuentra potencialmente registrada en la

estratigrafía geoarqueológica. En la mayoría de los sitios arqueológicos del Centro de México, la delimitación del tamaño y forma del patrón de asentamiento, e incluso su profundidad cultural, son estimables a partir de estudios de superficie (recorrido y recolección de materiales) con el apoyo técnico del análisis de fotografías aéreas; es común contar con mapas y planos suficientemente completos antes de iniciar la fase de excavación. Debido a las características geológicas de Cuicuilco es que hacemos énfasis en el aprovechamiento de información en la zona de cualquier localidad estratigráfica sobre y bajo la lava.



● Fig. 5 Plano de ubicación de la Zona Arqueológica de Cuicuilco

Estratigrafía bajo la pirámide de Cuicuilco

Para conocer la profundidad y secuencia de la ocupación bajo la pirámide principal de Cuicuilco realizamos excavaciones estratigráficas en el flanco sur de la Rampa Este, aprovechando un corte de 2 m ya expuesto bajo la lava de las excavaciones de Byron Cummings. La estratigrafía es: lava basáltica (en este sector el derrame tiene 4 m de espesor, con zonificación vertical bien desarrollada). La sección basal presenta vesículas redondas y semiredondas, denotando un flujo lento (casi 1 km por hora), que se desplazó sobre una superficie plana y seca por la ausencia de fumarolas. En la sección intermedia desarrolló fracturas semicolumnares, debido a un enfriamiento relativamente lento. La sección superior presenta una mayor concentración de vesículas, formando estratos paralelos de cavidades alargadas horizontalmente, por la mayor velocidad relativa del flujo. En la superficie de la lava de este sector hay estructura cordada, denotando un flujo interno móvil y caliente, en relación con los niveles superiores más fríos debido al contacto con el aire.

En general, el derrame avanzó lentamente (menos de 1 km por hora) de una lava muy fluida de alta temperatura y de 900 a 1 200°C y en el cráter, y tal vez llegó a unos 400-600°C en la pirámide, pues quemó la arcilla de la Rampa Este con una coloración anaranjada tipo ladrillo. En el momento del derrame, la conservación *in situ* de muros, estructuras menores, o “estelas” es factible.

En la zona de la Rampa Este el flujo de lava tuvo primero contacto con el flanco suroeste de la pirámide, y éste avanzó rodeándola de manera simultánea por ambos lados. Cuando el flujo de lava llegó lateralmente, ésta se detuvo más tiempo (pues la rampa fue un alto topográfico) y se observa una mayor exposición al calor; cuando el nivel del flujo rebasó la altura de la Rampa, entonces continuó sobre ésta, a lo largo de 38 m, hasta descender en el lado norte, donde la lava fue también parcialmente retirada por Cummings en 1923-1924.

La Rampa Este presenta varias etapas constructivas; al menos dos horizontales y tres ampliaciones laterales.

El contacto lava/ceniza es concordante; en algunos sectores se erosionaron parcialmente las últimas laminaciones de la ceniza.

Capa de ceniza volcánica. La ceniza presenta laminación interna; la granulometría es de arcilla a arena de forma angulosa. La laminación está formada por una cierta alternancia de capas de color café claro, compuestas por material fino (arcilla) y material grueso de color gris oscuro a rojizo (arena). La oxidación de la ceniza se originó tal vez antes de la fragmentación de la lava. La capa de ceniza en algunos sectores presenta ondulaciones, fracturas y fallas de asentamiento por el avance de la lava, sobre todo donde la capa inferior es arcilla (la cual sufrió compactación diferencial). La capa de ceniza es de caída libre aérea y se presenta bajo la lava en todos los cortes de Cuicuilco A y B, en Villa Olímpica.

Capa I. El contacto con la capa de ceniza superior (sobreyacente) es concordante paralelo con el piso o nivel de ocupación (Rampa Este). La capa I es una mezcla de limo, arena y gravilla de color café amarillento; presenta bloques aislados, cantos y guijarros de basalto, de composición más andesítica que la lava de la última erupción del Xitle. Esta capa no es de composición homogénea, pues presenta también algunas inclusiones de coloración grisácea más compactas, como fragmentos de adobe, pero sin componentes (desgrasante) vegetales. Esta capa fue la última etapa constructiva de la Rampa Este de la pirámide de Cuicuilco, antes de la deposición de la ceniza. Debido a su uniformidad, limpieza de la superficie, ausencia de vegetación y de madrigueras de animales, concluimos que estaba en funcionamiento hasta antes de la deposición de ceniza y lava.

El contacto de la capa III es concordante paralelo; la capa I inicia con un piso muy compacto en la superficie, está conformado por un firme de 25 a 35 cm de espesor, de tepetate mezclado



● Fig. 6a Capa de celulosa sobre la lava corte E-W

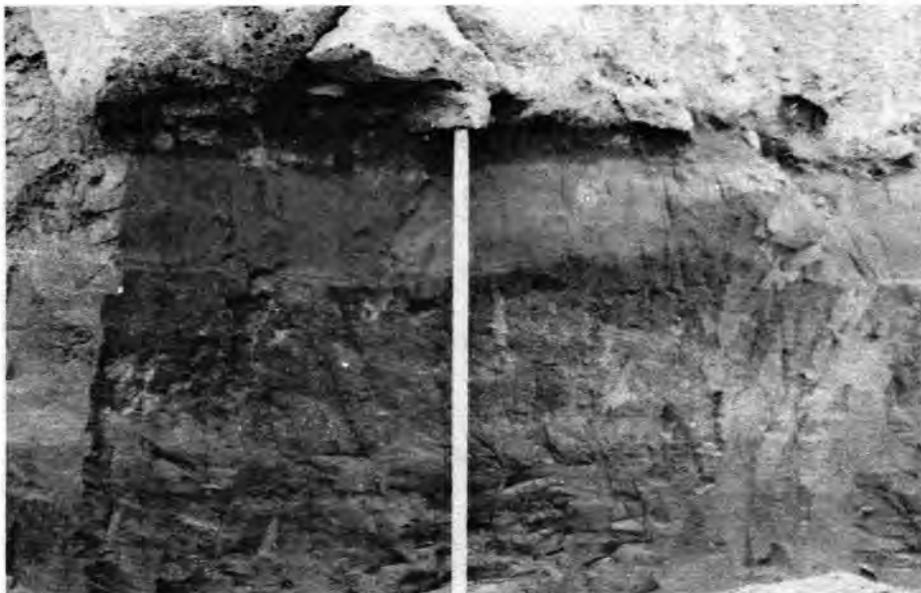
con gravilla de color amarillento. Esta capa fue el nivel de ocupación de una etapa constructiva anterior, que al parecer corresponde con una ampliación lateral de la rampa, pues ésta no se registró en el corte interior del museo, ubicado 6 m al norte hacia el centro de la Rampa.

Entre el contacto I y II se encontró un entierro primario infantil, que fue colocado sin intrusión, es decir, éste se depositó en el momento

de la construcción de la última etapa de la Rampa, tal vez como ofrenda constructiva.

Capa III. El contacto es irregular concordante con un relleno de bloques sin mortero. Las capas II y III son parte de una unidad constructiva.

El contacto entre las capas III y IV es paralelo concordante; la capa IV es un posible piso, cubierto por la sección inferior de la capa III, que



● Fig. 6b Capas de ceniza volcánica y de turba bajo la lava corte E-W



● Fig. 6c Lavas almohadilladas bajo ceniza volcánica

es de textura limo-arenosa de color negro, con algunos cantos rodados de riolita y andesita.

Las capas I, II y III contienen una alta densidad de materiales arqueológicos muebles y corresponden a etapas constructivas de la Rampa Este. La capa IV quizá sea un piso que corresponda al del andador. El piso IV tiene un relleno o firme de 15 a 25 cm, de tepetate con gravilla, y cambia gradualmente a una composición limo-arenosa negra, hasta la profundidad de 23.48 m desde la cima de la pirámide, donde se ubica la capa V.

Lente de grava y arena. En el relleno de la capa IV, a 23.3 m de profundidad en la pared E del pozo y parcialmente en las paredes N y S, hay una lente de grava y arena con cantos rodados de hasta 7 cm de diámetro.

La capa V es similar a la capa IV, con un contacto rectilíneo, de tepetate arenoso entre ellas, con un firme de 15 a 30 cm de espesor, también de tepetate pero con gravilla, que cambia gradualmen-

te al descender a un relleno de arcilla, limo y arena negra, igual que el relleno de la capa anterior.

Capa VII. El contacto VI/VII es horizontal paralelo; la capa VII es similar a las capas IV, V y VI; el relleno del piso también es de tepetate con gravilla. El firme del piso presenta en la base un nivel de oxidación, tal vez marcado por variaciones en el nivel freático; también presenta marcas de migración de manganeso o hierro, lo cual indica posiblemente su funcionamiento como el horizonte B de un paleosuelo; el relleno del piso tiene mayor compactación que los anteriores.

Capa VIII. A 26.24 m de profundidad se encuentra el primer piso o nivel de oxidación, con muchas marcas de lixiviación y soliflucción de óxidos es posible que corresponda a la estructura del horizonte B del paleosuelo original. El horizonte A o sección de *humus* que soporta la vegetación no se encuentra, quizá porque fue rebajado en una nivelación cultural.

Se continuó la excavación hasta 26.9 m de profundidad y la capa se torna más arenosa y oxidada hasta encontrar, a 26.5 m cantos rodados y guijarros en una matriz de arena y limo muy oxidada y compacta, correspondiente al paleocauce de un arroyo.

Interpretación de la estratigrafía

La estratigrafía en general está compuesta por tres tipos de material, procedente tal vez de dos bancos de distinto origen y proceso litológico: *a*) tepetate amarillento; *b*) material areno-limo-arcilloso negro (suelo), y *c*) arena, gravas y cantos. El tepetate amarillento es una ceniza volcánica alterada y la capa arena-limo-arcillosa negra y las gravas y arenas son rocas de origen volcánico erosionadas por fuertes corrientes fluviales.

Con base en el análisis estratigráfico anterior, sabemos que al menos las últimas tres etapas constructivas de la pirámide de Cuicuilco se desplantaron sobre una plataforma construida por medio de capas horizontales, alternas y cuidadosamente delimitadas, denotando una continuidad constructiva y cultural desde las primeras fases a partir del suelo original, que, como se puede observar, corresponde al paleocauce de un arroyo. Las pruebas de susceptibilidad magnética, realizadas por la doctora Silvia González, muestran cuatro posibles niveles de ocupación. La recuperación de macrorrestos vegetales por flotación y analizados por Víctor Hugo Castañeda, Nicolás Careta, Carlos Álvarez y Serafín Sánchez, corresponden a plantas del estrato herbáceo y restos de insectos, los cuales se concentraron sobre todo en los tres niveles de ocupación superiores. A lo largo de la columna estratigráfica se localizaron materiales cerámicos y líticos correspondientes a las fases de Cuicuilco A y B, los cuales se encuentran en contexto secundario, debido a que fueron transportados en su mayoría dentro del material de relleno.

Corte estratigráfico de Inbursa

Debido a que el terreno en construcción se ubica entre la pirámide principal de Cuicuilco, la

pirámide de Peña Pobre y en parte en el triángulo que forman con la zona de Cuicuilco Villa Olímpica (véase fig. 5), se planteaba la probable existencia de restos arqueológicos arquitectónicos. Sin embargo, tenemos el antecedente de la ausencia de materiales arqueológicos en una inspección anterior realizada por el ingeniero Joaquín García-Bárcena y el doctor Alejandro Martínez, cuando se construyó el actual edificio de Inbursa. Es necesario considerar, asimismo, la construcción y funcionamiento de la fábrica de papel Peña Pobre desde principios de siglo.

Una característica notoria es que la lava del Xitle, que cubre la mayor parte de la superficie del terreno de la Zona Arqueológica de Cuicuilco, no es observable en el terreno de Inbursa, debido a que las construcciones y desechos de la fábrica cubren la superficie ya que esta zona fue cubierta por lava sólo en algunos sectores. La supervisión permanente de la excavación para las obras de cimentación del terreno de Inbursa se realizó por la posible presencia de materiales arqueológicos y también para ubicar el límite sur de la corriente de lava, de donde hemos recuperado la siguiente información: bajo 2 m promedio de material constructivo y desechos de la fábrica de papel Peña Pobre, que cubren la mayoría del terreno, se localizó, en el corte E-W de 150 m de largo, que es el límite del estacionamiento del edificio (torre), el borde lateral del derrame de lava, que cubrió parcialmente la pirámide principal de Cuicuilco (200 años d.C., aprox.), a casi 365 m al sur del centro de la pirámide.

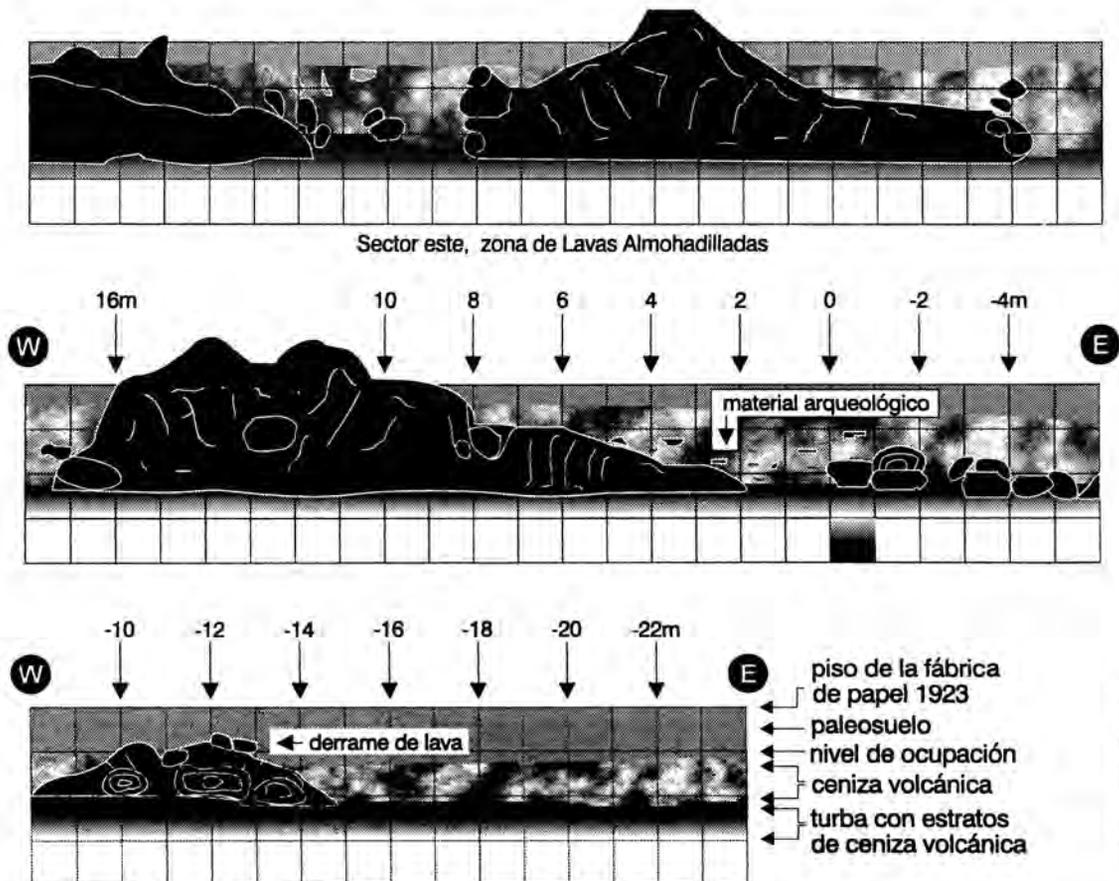
En el extremo E del corte del borde del flujo de la lava presenta la estructura característica de lavas almohadilladas (*pillow-lava*), producida por el enfriamiento brusco de la lava incandescente al penetrar en un cuerpo de agua, de por lo menos 3 m de profundidad y más de 150 m de longitud apreciable. El flujo de lava selló una parte de la playa y del fondo de un cuerpo de agua a 2 282 msnm, conservando las siguientes características estratigráficas: el cuerpo de agua, a lo largo de 150 m en el corte E-W y a 365 m al sur de la pirámide de Cuicuilco, presenta dos zonas con características estratigráficas distintas.

En el sector W muestra una sedimentación fina de arcilla negra, ceniza volcánica estratificada y una gran cantidad de material orgánico vegetal (celulosa, fragmentos de ramas, corteza y raíces) de 1 m de espesor. Esta zona del lago constituye la sedimentación propia de una turba, característica de aguas estancadas de poca oxigenación y con alto grado de conservación de material orgánico. La presencia de fragmentos de material cerámico, lítico y restos de plantas sugieren cierta proximidad de la playa.

La turba registró varias erupciones de ceniza volcánica del Xitle y de otro centro eruptivo, tal vez del Popocatepétl. Bajo la turba en el extremo W del corte se localizó el paleocauce de un arroyo con arena, grava y cantos rodados, denotando una fuerte pendiente y aguas caudalosas, que alimentaban al cuerpo de agua que posteriormente elevó su nivel.

Hacia el extremo W del corte, la sedimentación característica arcillosa de la turba cambia de manera gradual a textura más limo-arenosa, con la presencia de estratos posiblemente de diatomeas, lo que significa un ambiente más aireado y dinámico. La lava en el fondo del lago también fue cubierta por unos 20 cm de sedimentación lacustre, indicando que el derrame lávico no destruyó el cuerpo de agua, es decir, que existió un nivel de playa antes del derrame de lava, el cual fue sepultado parcialmente, y otro nivel de playa formado sobre la lava. Posteriormente, una capa de ceniza volcánica azolvó el cuerpo de agua, quedando una planicie donde se desarrolló un suelo favorable para la agricultura, ca. entre el año 800 y 950 d.C., a juzgar por los materiales arqueológicos.

En la estratigrafía descrita se localizaron materiales arqueológicos muebles (cerámica y lítica)



● Fig. 7 Proyecto Cuicuilco, corte Inbursa, 1997

bajo la lava. En los sedimentos lacustres la cantidad de materiales es muy reducida y son similares a los recuperados en las exploraciones realizadas en el perímetro de la pirámide principal de Cuicuilco. La proporción de materiales cerámicos recuperados de manera directa sobre la lava, pero bajo el agua, es notoriamente mayor; la identificación preliminar es realizada por la doctora Patricia Fournier, con los siguientes comentarios: los fragmentos cerámicos que se depositaron en el fondo lacustre, sobre la lava, representan en su mayoría materiales que se desecharon tal vez en la playa o bien se arrojaron al agua como ofrenda. Las vasijas corresponden cronológicamente al periodo de apogeo de Teotihuacan (fases Tlamimilolpa y Xolalpan, entre 200 y 650 años d.C.), así como a etapas posteriores al ocaso de ese centro urbano, durante el Epiclásico (650 a 950 años d.C.).

Las clases de vasijas que se han identificado indican actividades domésticas, realizadas por los pobladores de villas o aldeas, de las cuales quedan pocas evidencias en la zona de Cuicuilco, con excepción del sector que en la actualidad corresponde a Villa Olímpica. Por otra parte, hay indicios de actividades rituales en el lago, dada la presencia de fragmentos de braseros, sahumerios y vasijas Tláloc vinculadas con el culto al agua y las fuerzas de la naturaleza, lo cual está, además, representado por una escultura de granito del dios viejo del Fuego.

Los estudios realizados hasta ahora permiten explicar de modo parcial por qué en el terreno en supervisión no se localizaron estructuras arquitectónicas. A partir del estudio de la estratigrafía, de muestras paleobotánicas y de los materiales arqueológicos, se podrán interpretar aspectos de la vida cotidiana de las comunidades prehispánicas que habitaron Cuicuilco antes y después de la erupción del Xitle.

Nuevos puntos a investigar en Cuicuilco

En el análisis arqueológico y geológico del corte E-W de 150 m, que es el límite del estacionamiento (eje 20), se definieron varios niveles

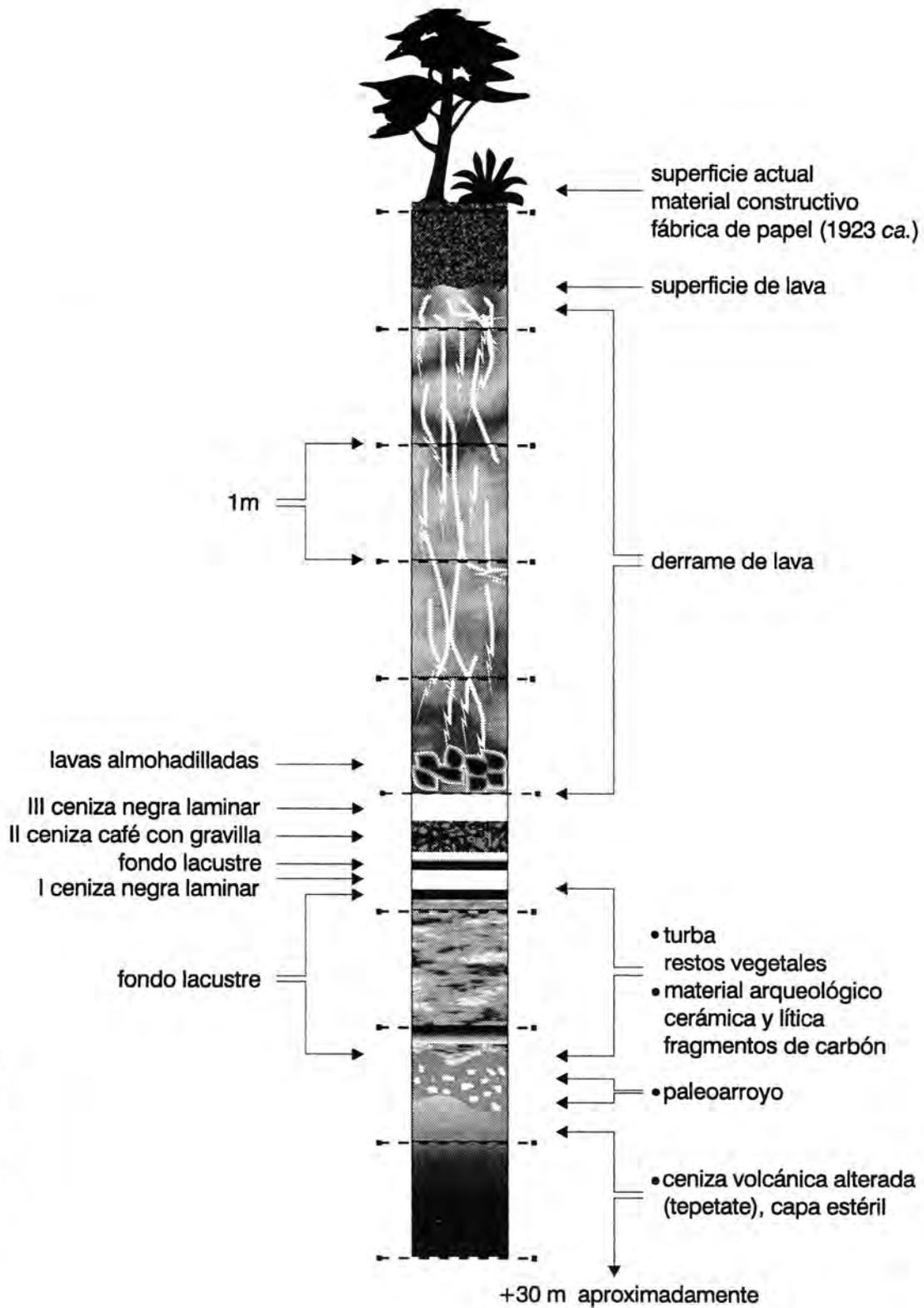
estratigráficos de interés arqueológico y geológico, los cuales, de los más tempranos a los recientes, son:

I. Nivel de playa y arroyo, con material cerámico y lítico erosionado del periodo Preclásico medio; el material arqueológico fue transportado por el arroyo de una zona próxima a la pirámide de Peña Pobre. En este nivel se localizó un sector de bordo o canal, con dirección E-W, el cual fue destruido por la construcción de una tina de la fábrica, a 1.2 m bajo la lava. El arroyo que alimentaba el cuerpo de agua quedó sepultado bajo la sedimentación "lacustre" tipo turba, por el crecimiento espacial y de profundidad del nivel del agua.

Debido a la profundidad de este nivel de playa y arroyo, sólo puede estudiarse en el terreno de Inbursa bajo la lava o en la zona del corte E-W (eje 20). Se está tratando de localizar por medio de lecturas de radar de penetración.

II. Nivel de turba, con estratos de ceniza volcánica; este nivel corresponde a la máxima extensión del cuerpo de agua, que quizá rebasaba el área de excavación del estacionamiento de la torre. Alcanzó una profundidad de 3.5 a 5 m, cubriendo en algunos sectores la parte superior de la lava; en la capa de turba se encuentran pequeños cauces con grava, gravilla y arena, acusando la presencia de corrientes internas y algunos descensos de nivel.

Los estratos de ceniza en la parte superior de la turba registraron una época de actividad volcánica simultánea de varios centros eruptivos. Por otra parte, el grado de conservación de material orgánico de la turba permite recuperar macrorestos vegetales y polen, para realizar estudios paleoambientales. La playa del cuerpo de agua que generó la turba probablemente se localice al norte, cerca del límite de los terrenos Inbursa-INAH-Insurgentes, bajo 5 o 6 m de lava, donde quizá se encuentren estructuras arquitectónicas y obras hidráulicas; la playa sur al parecer fue sepultada por las construcciones modernas, pero es posible su localización con pozos estra-



Diseño: Gabriela Rosas

● Fig. 8 Proyecto Cuicuilco, corte Inbursa este-oeste, 1997

tigráficos y lecturas de radar en los terrenos del Parque Ecológico.

Con base en la topografía sobre la que corrió el derrame de lava es posible que la zona profunda, y más amplia del cuerpo de agua, se ubique hacia la zona E del corte estudiado, parcialmente entre los límites del terreno de la fábrica y del INAH, al sur de la ENAH. En esta zona no se conocen los límites precisos del derrame de lava, pues se encuentran bajo rellenos y construcciones; éste se puede estudiar con lecturas de radar, perforaciones de nucleadoras y pozos estratigráficos en ambos terrenos.

III. El derrame de lava penetró al cuerpo de agua y cubrió de manera parcial el fondo de la turbera, sepultando la playa N ubicada a unos 300 m de la pirámide principal de Cuicuilco. En el corte E-W estudiado, se localizó un nivel de ceniza sobre lava; esta capa azolvó el cuerpo de agua y el derrame de lava en algunos sectores; sobre la lava se encuentra, con relativa abundancia, material cerámico y lítico principalmente,

fragmentario, de las fases Tlamimilolpa, Xolalpan, Coyotlatelco y Tolan. Este material tal vez fue derivado de una ocupación de tipo habitacional-doméstica sobre la playa que generó la lava. Hoy en día esta capa se encuentra cubierta por la celulosa y desechos de construcción de la fábrica; es posible estudiarla por medio de lecturas de radar y con excavaciones, removiendo la capa de celulosa.

En síntesis, con base en los análisis de la estratigrafía, proponemos definir los siguientes puntos: *i)* El límite y la topografía de la lava; *ii)* La zona de lava que fue cubierta por la capa de ceniza; *iii)* Las playas del cuerpo de agua y su evolución estratigráfica, y *iv)* Los niveles prehispánicos en las zonas fuera de la lava que aún no han sido alteradas.

La información estratigráfica recuperada actualmente y en proceso de estudio permite plantear las siguientes características: el sitio de Cuicuilco se asentó sobre una llanura deltáica, surcada y formada por el aporte de sedimentos de



Diseño: Gabriela Rosas

● Fig. 9 Proyecto Cuicuilco, corte Inbursa arroyo sector oeste, 1997

varios arroyos, ubicada en el pie de monte bajo, a una distancia de 4 a 6 km del lago de Xochimilco. La pirámide principal de Cuicuilco, al menos en sus últimas ampliaciones, se realizó sobre una plataforma construida en tres etapas con sus respectivos tres pisos o niveles de ocupación. Esta plataforma fue conformada principalmente con capas alternas de suelo negro y ceniza volcánica alterada, ambos materiales locales; el objetivo de su construcción fue ampliar y elevar a través del tiempo las superposiciones constructivas de la pirámide. Las lecturas de radar de penetración realizadas por el doctor Román Álvarez Béjar y la ingeniera geofísica Dolores Ibáñez en las cercanías de la pirámide, permiten detectar que la plataforma tiene una amplitud fuera de la pirámide de unos 20 m hacia el sureste, donde la lava alcanza un espesor de 8 a 10 m aproximadamente, es decir que el derrame de lava, en su avance, fue cubriendo niveles constructivos cada vez más altos, conforme se aproximaba a la pirámide.

La estratigrafía refleja que la evolución del lago o cuerpo de agua se inició con una fase de arroyos con variaciones en el nivel de su caudal. Después se observa un incremento del tirante de agua de un cuerpo de agua cuya sedimentación azolvó los cauces anteriores. A partir de este punto, el nivel de agua se fue incrementando con una sedimentación continua, que incluyó cenizas volcánicas de caída aérea. La existencia de un cuerpo de agua en la zona inmediata a las estructuras ceremoniales, formado por el represamiento natural o artificial de arroyos que confluyen en el pie de monte bajo sobre una llanura deltáica (comunicación personal con el doctor José Lugo), hacen pensar en un sitio planeado y adaptado en gran medida para la naturaleza del lugar.

b i b l i o g r a f í a

• Cantagrel J. M., A. Gougard y C. Robin
1984. "Repetitive mixing events and Holocene pyroclastic activity at Pico de Orizaba and Popocatepetl (Mexico)", en *Bull. Volcanol.*, vol. 47-4 (1), pp. 734-748.

• Córdova, Carlos, Ana Lillian Martin y Javier López
1994. "Palaeolandforms and volcanic impact on the environment of prehistoric Cuicuilco, Southern Mexico City", en *Journal of Archaeological Science* 21, pp. 585-596.

• Cummings, Byron
1933. *Cuicuilco and the Archaic Culture of Mexico*, vol. IV, núm. 8, University of California.

• Heizer, F. Robert y James A. Bennihoff
1957. "Archaeological excavations at Cuicuilco, Mexico", en *National Geographic Society Research Report: 1955:1960*, Projects Published by The National Geographic Society, 1972, pp. 92-104.

1958. "National Geographic Society-University of California Expedition May 8 - July 8", en *Science*, vol. 127, pp. 232-233.

• Hoskuldsson, Armann y Claude Robin
1993. "Late Pleistocene to Holocene eruptive activity of Pico de Orizaba, Eastern Mexico", en *Bull. Volcanol.*, vol. 55, pp. 571-587.

• Marquina, Ignacio
1990. *Arquitectura Prehispánica*, edición facsimilar de 1951, México, INAH.

• Nierderberger, Christine
1976. *Zohapilco*, México, INAH (Colección Científica, Arqueología núm. 30).

• Pérez Campa, Mario, Alejandro Pastrana y Hernando Gómez Rueda
1995. *Proyecto Arqueológico Cuicuilco*, Archivo del Consejo de Arqueología, México, INAH.

• Yarza de la Torre, Esperanza
1971. *Volcanes de México*, México, Aguilar.

*Ernesto A. Rodríguez Sánchez
y Jaime Delgado Rubio**

Una ofrenda cerámica al este de la antigua ciudad de Teotihuacan

Los trabajos de investigación arqueológica motivados por la construcción de la Carretera Tulancingo-Pirámides, en el Libramiento Pirámides, han permitido la recuperación de relevantes datos acerca de aspectos urbanos de esta importante ciudad prehispánica, sobre todo para su extremo sureste, que se ha visto afectado por el trazo de esta vía de comunicación y que está incluida dentro de la Zona B Patrimonial, afectando terrenos particulares y ejidales (Rodríguez, 1996) (fig. 1).

Estudios previos a la construcción de esta carretera evidenciaron una cantidad considerable de vestigios arqueológicos en la zona comprendida entre el río San Lorenzo y el Rancho Metepec, lo que requirió de una mayor atención por parte de los investigadores de este proyecto.

Algunas de estas evidencias ya habían sido reportadas por Millon (1973) a finales de la década de los sesenta. El estudio realizado por este investigador en el valle de Teotihuacan permitió la identificación de diversas estructuras arquitectónicas, en función de los cuadrantes diseñados por él para su proyecto de mapeo de la zona urbana de Teotihuacan.

Los restos detectados en las inmediaciones del llamado Rancho Metepec corresponden a complejos residenciales y a edificios tal vez administrativos, fechados para las fases Miccaotli y Tlalmimilolpa (150-200 y 200-450 d.C., respectivamente); para la zona del río San Lorenzo se detectaron algunos complejos residenciales pertenecientes a la fase Tlalmimilolpa.

Dentro del cuadrante N1E6, establecido por Millon (fig. 2) en terrenos del Rancho Metepec, se reconocieron algunas estructuras arquitectónicas que se encuentran a los costados del camino a Belem (Oxtotipac) y de lo que hipotéticamente se ha denominado "Avenida Oeste", la cual dividía, junto con la Calzada de los Muertos, a la ciudad de Teotihuacan en cuatro sectores.

*Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.

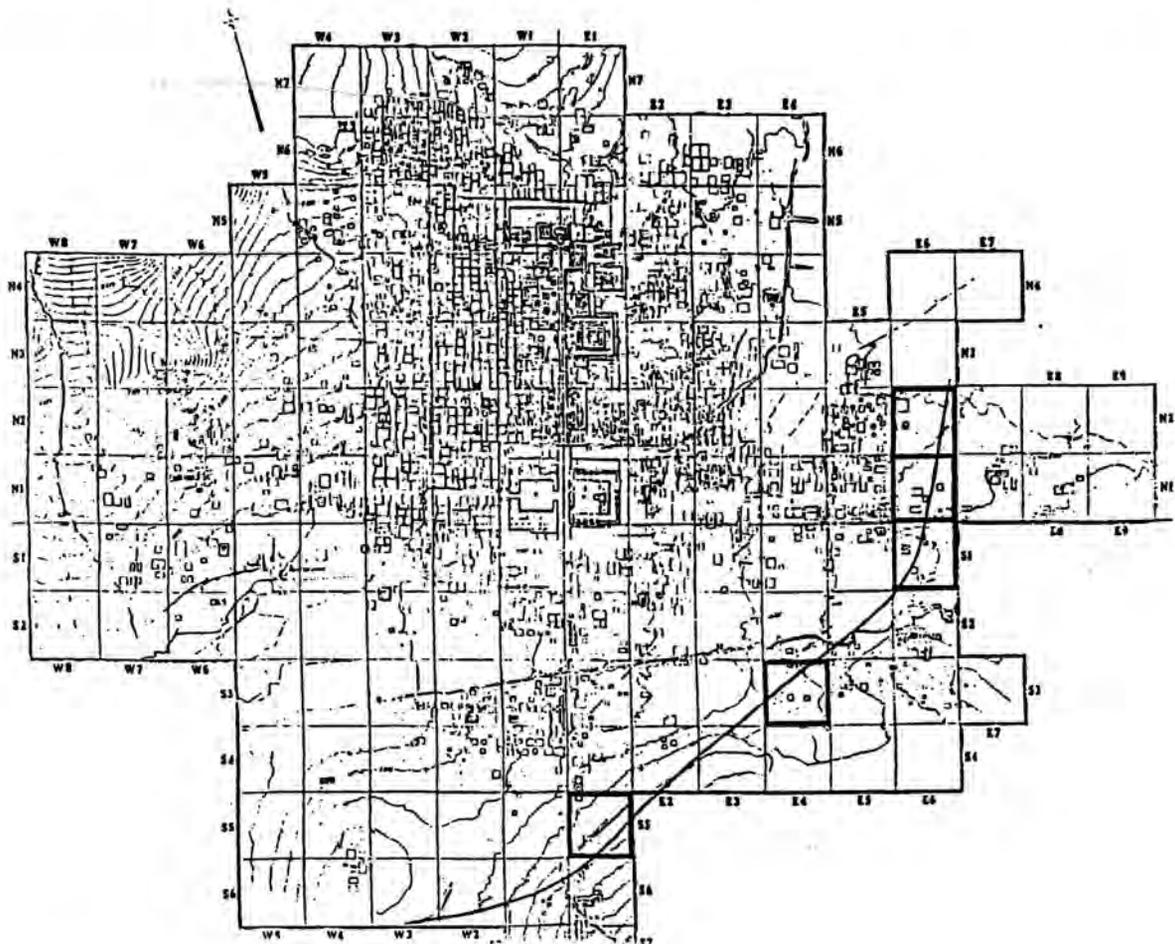
Uno de estos edificios, el número 11 dentro del cuadrante mencionado, había sido afectado por la introducción de ductos de Pemex en décadas pasadas e iba a ser parcialmente destruido por la construcción de la autopista. Este sitio colinda al norte con las estructuras 8, 9 y 18, que corresponden a conjuntos habitacionales; al oeste (al otro lado del actual camino a Belem) con un gran espacio arquitectónico marcado como 6 y al sur con una gran plaza de tres montículos (1, 3 y 5).

La temporalidad de estos vestigios se remonta por lo menos a la fase Tzacualli (0-150 d.C.), momento para el cual Tazzer (1996) consideraba que fue trazada la "Avenida Este". Para la fase Miccaotli se reconoce un intenso crecimiento urbano en esta parte de la ciudad prehispánica y, para la fase Tlalmimilopa, la calzada o Avenida

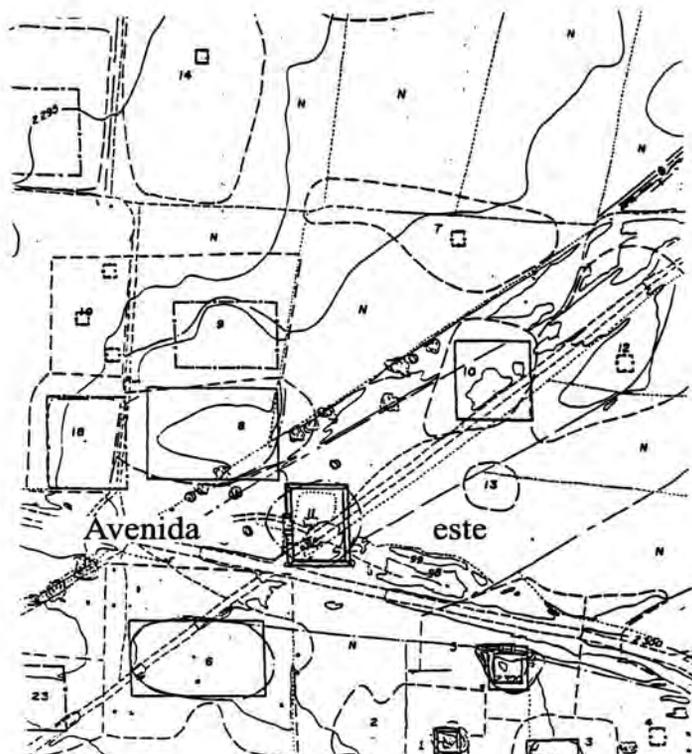
Este-Oeste fue prolongada hacia ambos lados de la Ciudadela (Delgado, 1996).

El mencionado edificio 11 se localiza a 2 350 m aproximadamente al este de la Ciudadela y, por su ubicación espacial, se encontraba enclavado sobre la supuesta "Avenida Este", quizá con la función de regular o restringir el acceso a la ciudad.

Por la probable afectación de que sería objeto y con la intención de definirlo, se procedió a excavarlo totalmente; se identificó una plataforma arquitectónica con dos épocas constructivas, así como una remodelación para la segunda; la primera época de construcción se definió por la presencia de una estructura de la que sólo se localizó el costado sur y cuya orientación no corresponde a la del trazo urbano de la antigua ciudad; los ma-



● Fig. 1 Área de estudio. Cuadrante N1E6 de Millon, 1973



● Fig. 2 Eje de trazo de la Carretera Tulancingo-Pirámides. Libramiento Pirámides (tomado de Millon, 1973)

teriales cerámicos recuperados en contacto con los pisos indican que la construcción de este primer edificio inició desde las fases más tempranas de la ciudad (tal vez en la fase Tzacualli).

La segunda época constructiva corresponde a una plataforma cuadrangular de 20.5 m por lado con una desviación de $9^{\circ}40''$ al este del Norte Magnético y acceso principal por el oeste, a cuyos costados norte y sur se le adosan posteriormente dos escalinatas de 28 m de longitud, lo que constituye la remodelación mencionada.

Al finalizar las obras de construcción de esta segunda plataforma fue cuando se depositó una ofrenda a la construcción, colocada al centro de la misma.

La ofrenda se localizó a una profundidad mínima de 1.20 m y máxima 1.80 m, detectándose un total de cua-

tro niveles de elementos en contexto primario, donde las piezas guardaban relación entre ellas mediante su agrupamiento a manera de escenas; en cada nivel se repetía ésta con ligeras modificaciones en cuanto a la disposición de los elementos.

En un primer nivel de exploración se detectaron siete figurillas femeninas de barro, ataviadas con huipil, enredo y tocado, que presentaban pintura en su vestimenta, predominando los colores amarillo, blanco, rojo y negro, así como pintura facial.

Estas figurillas estaban dispuestas en un círculo que rodea a un elemento central, representando un niño que se encontraba colocado en una cuna; todas las figuras estaban boca arriba, excepto la que representaba el infante; la composición se complementó con la disposición de dos cajetes del tipo negro pulido con soportes de botón.

En un segundo nivel se detectaron dos caracoles *Strombus gigas* (Morris, 1973), asociados directamente a la cuna en la que se encontraba la primera figurilla de niño (fig. 3). Esta segunda



● Fig. 3 Segundo nivel de la ofrenda. Se reconoce la cuna, uno de los caracoles, el vaso esgrafiado y el conglomerado de tiza

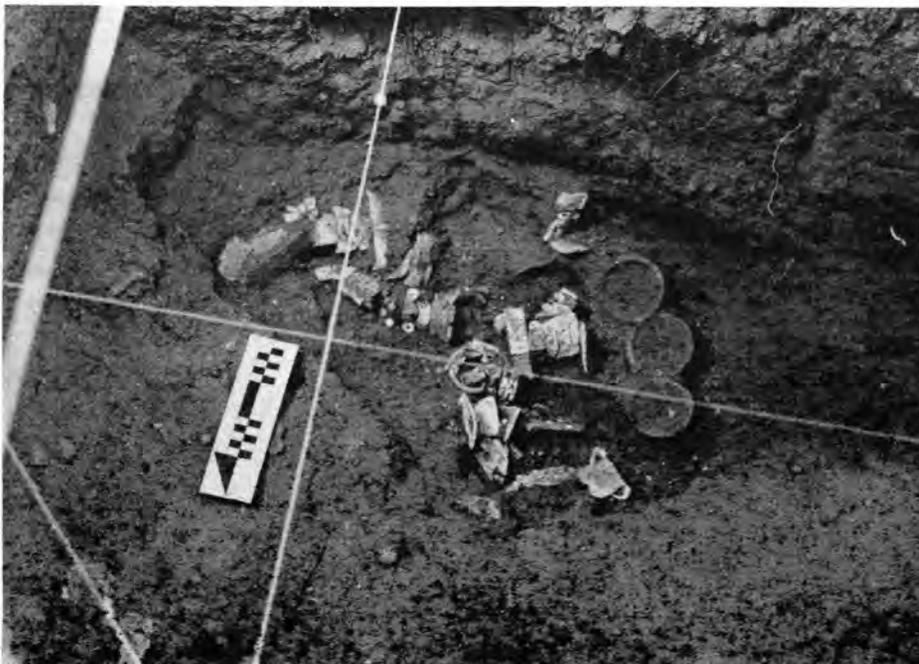


● Fig. 4 Vaso esgrafiado con la representación de una serpiente

disposición de objetos se complementa con la presencia de un vaso esgrafiado con la representación de una serpiente (fig. 4). En el interior de este vaso se encontraban dos figuras femeninas; una de ellas llevaba en sus piernas una cuna con un conglomerado pequeño de tiza blanca; también había una olla globular en cuyo interior estaba la figurilla de un infante y, asociado a ésta, un conglomerado de tiza blanca.

En el tercer nivel se localizaron trece figurillas femeninas, entre las que destaca la representación de una mujer sentada que porta posiblemente un velo que cubre su espalda; en sus piernas estaba una cuna y, dentro de ella, la figurilla de un niño semidesnudo que se está chupando el dedo; de nuevo se asocia un caracol a la escena, donde se reconocen figuras femeninas colocadas en semicírculo, destacando una que difiere en atuendo, tocado y posición, situada sobre un disco de pirita. Esta agrupación de objetos complementan cuatro cajetes curvo-divergentes de soportes de botón y algunos fragmentos de pizarra pintada (fig. 5).

En el cuarto nivel se localizaron once figurillas femeninas, cinco de ellas colocadas en torno a una central, la cual porta un tocado muy suntuoso, así como un atavío de distintos colores y diseños; su cara está pintada de color blanco y lleva un antifaz negro; por otra parte, se detectó otra figurilla con una cuna y niño en sus piernas, sólo que asociada a otro vaso esgrafiado parcialmente roto; en este agrupamiento hay dos figurillas de niños,



● Fig. 5 Parte del tercer nivel de la ofrenda, donde se reconoce una figura femenina central, algunas vasijas, fragmentos de pizarra y figurillas femeninas dispuestas en semicírculo

un gran conglomerado o bulto de tiza blanca y fragmentos de pizarra pintada (fig. 6).

En resumen, en la excavación de esta ofrenda se recuperaron 72 objetos en total, 35 de los cuales corresponden a representaciones femeninas modeladas en barro, con una altura promedio de 15 cm; todas portan un atuendo integrado por un tocado rectangular, huipil en distintos colores y diseños, enredo, collar y orejeras. La policromía de las figuras se plasmó sobre un fondo blanco, utilizándose los colores rojo, ocre, negro y amarillo.

De igual manera, se reconocieron siete figurillas de barro que representan infantes de 7 cm de altura en promedio, los cuales portan fajero y tocado rectangular con diseños pictóricos geométricos, así como diez cajetes curvo-divergentes, una olla globular, una copa de soporte anular, dos vasos esgrafiados con la representación de una serpiente (Quetzalcóatl) que circunda el cuerpo del recipiente, dos cunas, tres caracoles marinos *Strombus*, un fragmento de pintura mural, un espejo de pirita, fragmentos de pizarra, una cuenta de piedra verde y tres conglomerados de tiza blanca.



● Fig. 6 Liberación parcial del cuarto nivel donde se reconocen personajes femeninos del nivel anterior y el conglomerado o bulto de tiza

Las figurillas antropomorfas fueron fechadas para la fase Miccaotli (150-250 d.C.), misma a la que pertenecen los cajetes curvo-divergentes y ollas globulares, mientras que los vasos esgrafiados fueron fechados para la fase Tlalmimilolpa (250-450 d.C.), según periodificación de Evelyn Rattray (1987). La fase Miccaotli es indicativa del inicio de la vitalidad cultural teotihuacana y de la formalización de un sistema simbólico derivado de la simbología decorativa de la fase Tzacualli, por lo que Teotihuacan se caracterizaba en estas fases como “un gran laboratorio de signos” (Soto, 1996: p. 326).

Conclusiones

Los trabajos de investigación no han concluido, ya que a la fecha nos encontramos en la fase de análisis de los materiales arqueológicos recuperados en excavación; nuestro propósito no es ofrecer una lectura final de las distintas asociaciones de figurillas, pues sólo tenemos indicios de interpretación de algunos signos identificados en esta ofrenda, como es el caso de la pintura facial presente en las figurillas, misma que puede relacionarse con tatuajes, escarificación o pintura participatoria de alguna ceremonia o ritual que, además de denotar filiación clánica o gremial (Angulo, 1996), pudiera ser indicio de estatus social, como lo señala su atavío; es posible que los colores empleados en la decoración de estas representaciones femeninas tengan un significado específico.

La disposición de estas figurillas femeninas en torno a una de mayor tamaño, mejor investida con decoración profusa y acompañada por una figurilla de infante, pudiera representar pleitesía hacia estos personajes centrales. La constante presencia del niño en los diferentes niveles de la ofrenda lo señalan como personaje principal de estas representaciones escénicas o simbólicas, alrededor del cual se desarrolla un ceremonial.

Los diferentes tamaños de las figurillas del infante en los distintos niveles de la ofrenda pudieran mostrar diferencias de edad de este personaje a través del tiempo.

La presencia de determinados artefactos que denotan estatus, como el espejo de pirita del tercer nivel, sobre el que se desplanta la figurilla central, pudiera remarcar la importancia social de esta mujer y del niño.

La presencia de univalvos procedentes de la costa del Golfo (Morris, 1973), además de confirmar el comercio con esta región, las relaciona con representaciones localizadas en el Templo de Quetzalcóatl y al Templo de los Caracoles Emplumados, esto aunado a la vasija esgrafiada con la representación de la serpiente, presente en la ofrenda, que tal vez los relaciona con Quetzalcóatl.

Respecto a los conglomerados de tiza blanca asociados a distintos niveles de la ofrenda, pudieran, por una parte, ser representaciones de alimentos similares a los reconocidos en el entierro 22 de La Ventilla (Muller, 1978); sin embargo, estos elementos se encontraban en el interior de vasijas, no así en esta ofrenda, en donde se encuentra por lo menos uno de ellos al interior de una de las cunas y los dos restantes, incluido el de grandes dimensiones, relacionados con las representaciones antes reseñadas, por lo que su significado pudiera diferir del de La Ventilla. Hasta el momento no se tienen datos acerca de estos elementos; sin embargo, algunos comentarios con personal del proyecto Teotihuacan indican la presencia de algunos conglomerados de tiza blanca en rellenos de estructuras, los cuales pudieran ser representaciones de bultos mortuorios.

Como se ha señalado, estos materiales, al igual que los obtenidos de las diferentes unidades de excavación, aún están en proceso de análisis, por lo que los comentarios aquí presentados deben considerarse como preliminares.

b i b l i o g r a f í a

- Angulo, Jorge
1996. "Teotihuacan, aspectos de la cultura a través de su expresión pictórica", en *Pintura Mural Prehispánica*, t. I, México, UNAM.
- Delgado Rubio, Jaime
1997. *Informe Parcial de Actividades Marzo-Abril 1997. Proyecto Arqueológico Carretera Tulancingo-Pirámides, Libramiento Teotihuacan*, manuscrito, México, DSA-INAH, Archivo Técnico.
- Millon, Rene, Bruce Drewitt y George Cowgill
1973. *Urbanization at Teotihuacan, Mexico*, vol. 1, Teotihuacan Map (part 2: Maps), Austin, University of Texas Press.
- Morris, Percy A.
1973. *A Field Guide to Shells of the Atlantic and Gulf Coasts and the West Indies*, 3a. ed., Boston, Houghton Mifflin Company.
- Muller, Florencia
1978. *La Cerámica del Centro Ceremonial de Teotihuacan*, México, SEP-INAH.
- Ratray, Evelyn
1987. *Evidencia Cerámica de la Caída del Clásico en Teotihuacan*, 1a. ed., México, UNAM.
- Rodríguez Sánchez, Ernesto A.
1996. *Proyecto Arqueológico Carretera Tulancingo-Pirámides, Libramiento Teotihuacan*, manuscrito, México, DSA-INAH, Archivo Técnico.
- Soto Pascual, Arturo
1996. "Los sustentos materiales de la comunicación", en *Pintura Mural Prehispánica*, t. I, México, UNAM.
- Tazzer, Alejandro
1996. "Análisis de Teotihuacan, visión itinerante", en *Arquitectura Mesoamericana*, 1a. ed., México, Trillas.

*Sara E. Fernández Mendiola
y Leticia Jiménez Hernández**

Restauración de la ofrenda cerámica teotihuacana

Al llegar el 24 de abril de 1997 a la Dirección de Salvamento Arqueológico, donde desarrollamos nuestra labor como restauradoras, la arqueóloga Margarita Carballal nos informó del hallazgo en las excavaciones del sitio Metepec (ubicado a dos kilómetros y medio del centro ceremonial de Teotihuacan); "...salió una ofrenda de varias figurillas y vasijas, y al parecer son de gran importancia"; en ese momento nos dispusimos a conocer el mencionado hallazgo.

Cuando llegamos a la excavación pudimos presenciar este extraordinario descubrimiento; alrededor de 50 coloridas figurillas que nos mostraron su gran belleza y majestuoso pasado, el cual por más importante que sea, no está exento del deterioro, lo que hacía evidente la necesidad de ser intervenidas para conservar y descifrar los secretos que encierran.

La ofrenda se remitió a la Dirección de Salvamento Arqueológico (78 piezas, entre figurillas miniatura,¹ vasijas, caracoles, pizarras y bultos de cal). Destacan, por su mayoría, las figurillas de sexo femenino y las más pequeñas (que son representaciones de infantes); todas poseen pintura facial y corporal que, como sabemos, era indispensable arreglo personal; los colores utilizados en estas piezas demuestran su estrecha relación con la divinidad. Entre los dioses teotihuacanos se encontraban la tierra, el agua, el fuego y el aire, conceptos básicos entre la gente que vive de la fertilidad de la tierra (siempre relacionada con la mujer).

Creemos que se trata de una ofrenda dedicada a la fertilidad y maternidad de la mujer, en donde también se representan las diferentes etapas del crecimiento de los infantes; estas figurillas han sido el punto de partida de muchas de nuestras especulaciones acerca del papel de la mujer en la antigüedad, y creemos que tenían un importante estatus como intermediarias entre lo divino y lo humano, debido a su capacidad para procrear y dar vida a otro ser humano.

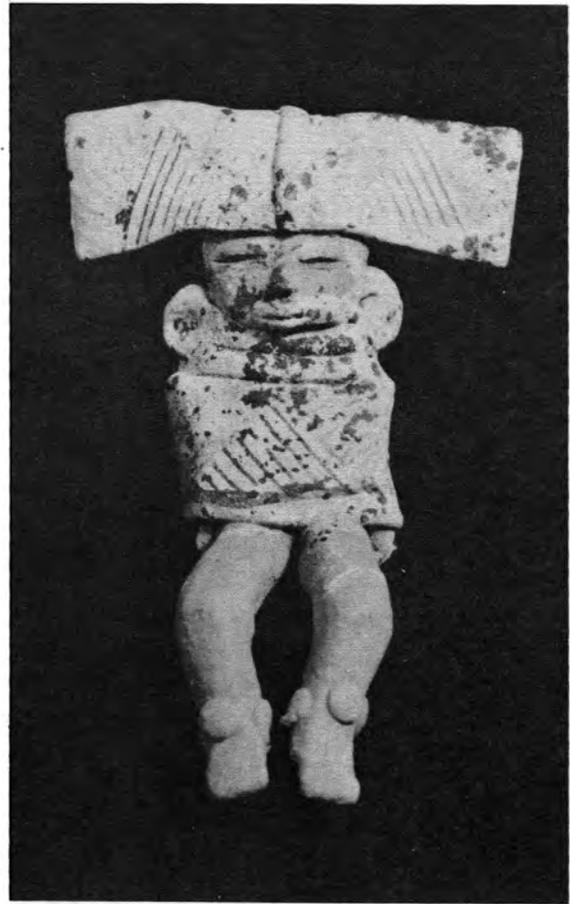
*Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.

¹Laurette Sejourné llama así a las estatuillas teotihuacanas menores de 15 centímetros.

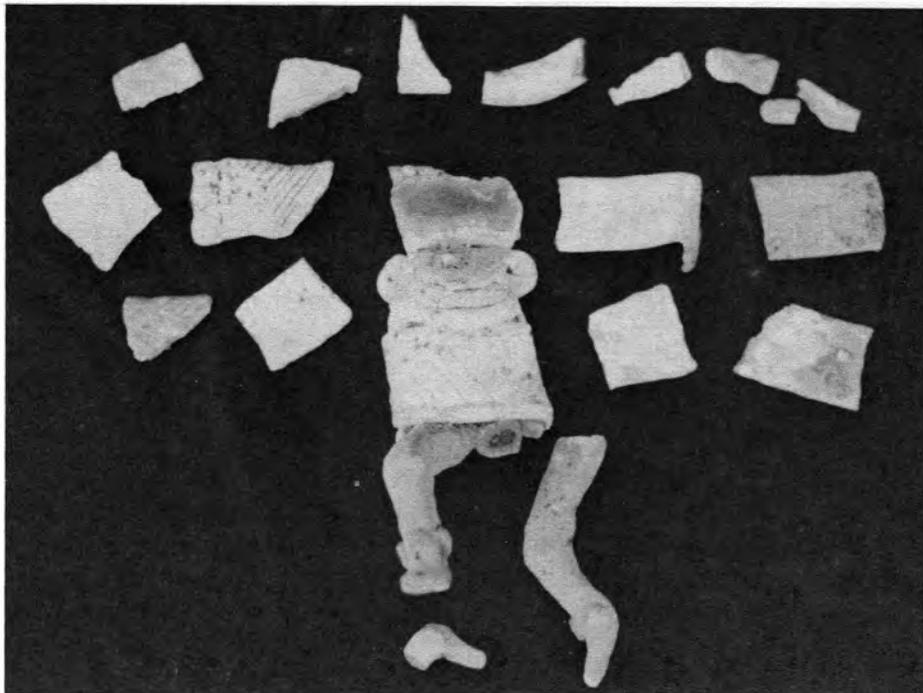


● Fig. 1

La variada indumentaria de las figurillas es una importante fuente de información, pues nos acerca más a la comprensión de los pueblos prehispanicos; hay que recordar que las ropas y joyas no sólo abrigan el medio ambiente y adornan, sino que también son elementos distintivos de las clases sociales, que marcan las diferencias



● Fig. 2b



● Fig. 2a



● Fig. 3a

(como hasta el día de hoy) entre dioses, sacerdotes, gobernantes, guerreros y gente común. Los motivos y colores reflejan la visión de los teotihuacanos acerca de su mundo, sus influencias, la moda y, como hemos dicho, la estructura social.

El primer reto para la intervención de las piezas fue que requeríamos de una metodología que nos limitara al aspecto puramente material; de-



● Fig. 3b

bíamos buscar el apoyo de una análisis arqueológico y crítico que aportara tanto el significado actual como el original de las piezas, así como su historia a través del tiempo. Este examen constituye una base para la interpretación crítica de los problemas referentes a la restauración.

Otro aspecto indispensable es el tecnológico, que estudia la estructura de la obra y analiza, a su vez, las alteraciones sufridas por el paso del tiempo, produciendo la reconstrucción de las causas-efecto, gracias a lo cual entendemos el mecanismo de deterioro y otorgamos la intervención más adecuada.

Simultáneo al registro fotográfico de inicio de proceso, que se realizó con la ayuda del arqueólogo Francisco Ortuño, realizamos las observaciones y exámenes que determinaron la propuesta de restauración.

La identificación de los materiales constitutivos, que radica en determinar los tipos de pigmentos, base de preparación y, si es posible, el tipo de aglutinante, estuvo a cargo del químico Javier Vázquez, quien mediante comunicación verbal nos proporcionó los siguientes datos: pigmento



● Fig. 4a

rojo: hematita; pigmento amarillo: ocre más pequeñas partículas de hematita; pigmento negro: óxido ferroso férrico más arcilla² y base de preparación: carbonato de calcio. Estos resultados confirman lo que las fuentes históricas refieren acerca de que los teotihuacanos utilizaron una reducida paleta cromática (8 o 9 colores), los cuales mezclaban con cal u otro pigmento para obtener diferentes tonalidades. El conocimiento tanto de los materiales originales utilizados en la obra como su técnica de manufactura nos aportan útiles herramientas para interpretar la vida de esta gente, ya que nos informa de un conocimiento de los minerales de la región, un posible intercambio con otros pueblos, una clara división del trabajo y de la existencia de un magnífico grupo de artesanos y artistas teotihuacanos.

Una vez establecida la propuesta de restauración, nos enfocamos a eliminar el principal deterioro que las piezas presentaban, la pulverulen-

² Todos estos pigmentos se encuentran tanto mezclados como sobre un enlucido o base de preparación de carbonato de calcio.



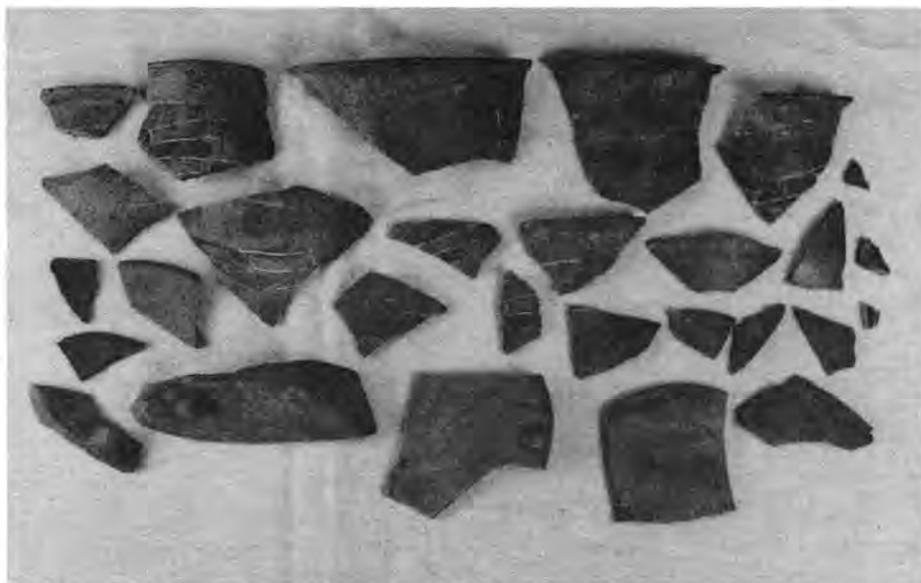
● Fig. 4b

cia en los pigmentos de la decoración, debido a la pérdida de cohesión entre las partículas al carecer del aglutinante con el cual fueron elaboradas (goma de origen natural).

Para este proceso requeríamos de un consolidante que les devolviera la adherencia a las partículas de pigmento, y que no provocara alteración física, química, cromática, de textura, apariencia y, a la vez, fuera reversible.

De varias opciones se eligió, con ayuda del biólogo Pablo Torres, la utilización del mucílago de nopal (*nopalli*), planta de la familia de las cactáceas mexicanas de la que se extrae la goma de nopal, que es un polisacárido obtenido biológicamente por la acción de insectos barrenadores en hojas y tallos. El mucílago lo encontramos en el exterior de los tallos y hojas formando grumos de varios colores y tonalidades, que van del blanco y amarillo al ámbar y rojo.

Su propiedad adhesiva consiste en actuar a nivel físico aglutinando las partículas diversas del pig-



● Fig. 5a

mento mediante una interfase que se forma entre las dos superficies; la goma tiene, además, las siguientes características: no tóxica, reversible, no deja halos blancos, no se oxida, no es atacada —en condiciones ambientales estables— por microorganismos, es un material compatible con el original, rescata la tradición prehispánica, es de origen natural y no forma película en superficie (por lo que no provoca brillo).

Se efectuaron pruebas de laboratorio que consistieron en la aplicación de la goma de nopal al 5% en fragmentos representativos de las piezas; el primero con pigmento amarillo y el segundo y tercero con enlucido de cal; en ellos se aplicó la goma a temperatura ambiente por medio de un pincel, debajo de un microscopio estereoscópico. En cada muestra se hicieron tres aplicaciones; la primera consistió en darle una sola capa de goma, la segunda dos capas y la tercera tres capas.

Los resultados obtenidos fueron que una sola capa no bastaba para englobar todas las partículas del pigmento, ya que al tocarlas se seguía quedando el color en las manos; con dos aplicaciones el pigmento quedaba totalmente adherido, y con tres ca-

pas era difícil que se absorbiera todo el consolidante.

La razón por la cual se absorbe rápidamente la goma es que ésta penetra hasta el soporte, adheriendo a su paso las partículas de pigmento entre sí, las partículas a la base de preparación y la base de preparación al soporte.

Una vez aprobado el consolidante, se inició la intervención en las piezas; el primer proceso fue la limpieza de mugre, tierra y raíces; ésta se realizó con productos químicos (agua-alcohol y



● Fig. 5b

agua-canasol, que es un jabón no iónico), como mecánicamente (brochas y bisturí); este proceso fue lento, debido a que en caso de no realizarse con cuidado, el pigmento podía caerse, pero de evitar esta limpieza la efectividad del consolidante se vería afectada, ya que un fijador aplicado antes de la limpieza daría adherencia tanto a la capa pictórica como a la mugre superficial, además de causar dificultad en la penetración.

Después del fijado se requería devolver la forma a cada pieza; este proceso es como un rompecabezas: se tiene que ir jugando con cada fragmento y, en ocasiones, hay que repetir la búsqueda, puesto que éstos se llegan a ocultar o confundir; la unión de fragmentos concluye cuando se asegura que éstas son todas las piezas que conforman nuestro rompecabezas. Para este proceso se emplea un adhesivo líquido que se aplica sobre dos superficies, las cuales, al evaporarse el solvente, deja entre ellas una película de adhesivo sólido que constituye la unión; la fácil reversibilidad de este adhesivo es su característica principal (Mowital 50 en acetona).

El resane es la última intervención estructural y da pie a la apreciación visual y estética; se realizó con una pasta cerámica de carbonato de calcio, caolín, fibra de vidrio y adhesivo, que llenó los espacios vacíos faltantes; de no realizarse este proceso, las piezas estarían expuestas a la pérdida continua del material original, ya que en las zonas donde se realizó la unión quedan espacios susceptibles al desgaste.

Estos resanes tienen la característica de servir como elemento de sacrificio, por lo que se requiere que sean menos fuertes que el material original; además son compatibles con el original en composición y porosidad, son de fácil aplicación y son similares a la textura del material original.

Para reforzar la protección de los fragmentos y la recuperación de las formas, se colocaron costillas, las cuales brindaron mayor estabilidad estructural a las piezas. La reintegración de color se rea-

lizó para restablecer la imagen y devolver la unidad formal, estética e histórica de la obra.

Para la reintegración se utilizaron veladuras con pinturas al barniz en xilol, sobreponiéndolas hasta llegar al tono deseado.

Conclusiones

La finalidad de nuestra intervención de restauración fue lograr la recuperación y la permanencia en la forma, la técnica y el sentido simbólico de la obra, para conservar intactos los elementos clave para poder entender y explicarnos el momento y el porqué de la creación de la ofrenda.

Es importante mencionar la influencia de varios factores para una adecuada conservación: la técnica de manufactura de las piezas, las condiciones de enterramiento a las que estuvieron expuestas, la técnica de excavación en conjunto con una intervención *in situ*, la manipulación y el mantenimiento de las condiciones una vez extraídas de su contexto original.

Ivan Šprajc, Florentino García Cruz
y Heber Ojeda Mas*

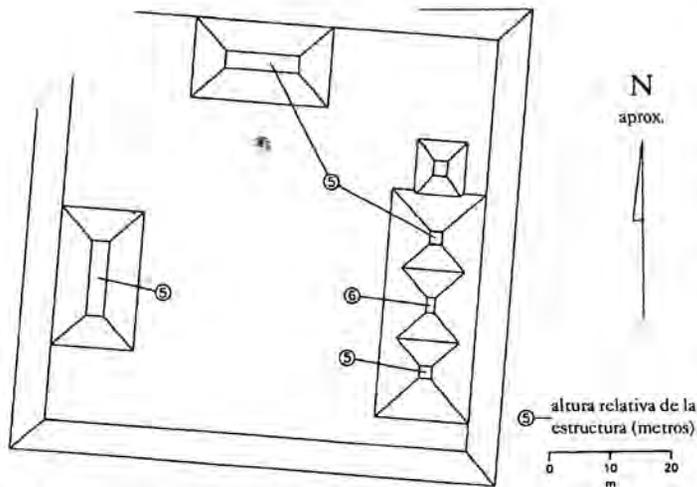
Reconocimiento arqueológico en el sureste de Campeche

Algunas de las lagunas más grandes que persisten en el mapa arqueológico del área maya se ubican en las regiones centrales de la península de Yucatán, particularmente en el sur y sureste del estado mexicano de Campeche. En la monumental obra de Ruppert y Denison (1943), resultado de cuatro expediciones de la Carnegie Institution of Washington, realizadas en los años treinta bajo la dirección de Karl Ruppert, se encuentran reportados diversos sitios de esta parte del Petén, pero éstos son —según palabras del mismo Ruppert (*ibid.*, p. 1)— sólo algunos de los más grandes y mejor preservados. Puesto que desde entonces no se ha emprendido casi ningún trabajo serio de prospección en el área (*cf.* Adams, 1981, p. 216),¹ en gran parte aún es arqueológicamente desconocida. El Proyecto de Reconocimiento Arqueológico en el Sureste del Estado de Campeche —formando parte de las actividades que realiza el Instituto Nacional de Antropología e Historia en el marco del Programa de Certificación de Derechos Ejidales y Titulación de Solares Urbanos (Procede)— representa un intento por remediar la situación. La primera etapa del proyecto se realizó en julio y agosto de 1996, en el extremo sureste del Petén campechano.

El área de reconocimiento, accesible a lo largo de los caminos que conducen desde los poblados de Xpujil y Nicolás Bravo hacia el sur, está escasamente poblada y, en su mayor parte, todavía cubierta por la selva tropical. El territorio, que en tiempos de Ruppert y sus expediciones estaba casi sin población permanente, empezó a colonizarse hace dos o tres décadas y actualmente está repartido entre diversos ejidos, cuyos habitantes son predominantemente de habla chol, originarios de los Altos de Chiapas.

*Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas, INAH.

¹Como excepción, hay que mencionar las intensas exploraciones realizadas recientemente en el área de Calakmul (*cf.* Folan *et al.*, 1995; Morales, 1987). Sin embargo, el único de los sitios grandes que no fue localizado por Ruppert en sus expediciones es El Palmar, descubierto por Thompson (1936), mientras que los datos sobre otros sitios reportados posteriormente (Müller, 1960) son tan deficientes que, en realidad, no se pueden tomar en cuenta.



● Fig. 1 Arroyo Negro: croquis del conjunto principal (acrópolis)

La realización y los resultados del reconocimiento se exponen con detalle en el informe (Šprajc *et al.*, 1996); las cédulas de registro de los sitios y la información cartográfica correspondiente se encuentran en el acervo de la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas (DRPMZA) del INAH.²

Consideraciones metodológicas

En la realización del proyecto se siguieron los lineamientos generales para el proyecto Atlas Arqueológico Nacional (Nalda y López, 1984; Velázquez *et al.*, 1988, pp. 63 y ss.). Antes del inicio de los trabajos de campo, fue revisada la bibliografía y se examinaron las cédulas de registro que existen para los sitios del área en el acervo de la DRPMZA del INAH. Asimismo fueron revisadas las fotos aéreas de la región, pero su utilidad resultó nula, por ser relativamente antiguas y, en particular, por estar disponibles sólo en escala 1:80,000, lo que no permite detectar vestigios arqueológicos bajo la espesa cubierta vegetal que caracteriza la mayor parte de la región. El hecho no ha de extrañar, conside-

² Queremos destacar que la realización del proyecto fue posible gracias al apoyo que nos brindaron de maneras muy diversas los habitantes de la región, así como los integrantes del Ejército Mexicano que tenían sus bases en varios lugares, por distintas razones debemos un agradecimiento particular al teniente Samuel Vargas Urbina, comandante de la Base de Operaciones El Civalito.

rando las dificultades que tenía Nalda (1989, pp. 6 y ss.) en la fotointerpretación de las áreas selváticas, incluso al usar estereopares a escala 1:37,000. Por consiguiente, el trabajo de campo debió apoyarse exclusivamente en las indicaciones de los informantes locales.

Los aspectos que se examinan a continuación son propios del estudio de la cultura maya, ya que no se han encontrado vestigios de otras culturas. Al iniciar los trabajos de campo teníamos la intención de visitar y registrar todos los lugares con vestigios

arqueológicos que nos fueran reportados, pero la tarea pronto resultó irrealizable. Las experiencias que tuvimos durante los primeros días, al recorrer los terrenos de los ejidos Justo Sierra Méndez y Arroyo Negro, nos llevaron al razonamiento muy parecido al que, en relación con sus métodos de reconocimiento en el sur de Quintana Roo, expone Harrison (1981, p. 261):

A "systematic" method involving the walking of a grid system by a number of investigators was considered. Such an approach was quickly rejected during the initial reconnaissance of the area. The nature of the topography, including large expanses of dense secondary growth, and the sparse distribution of modern settlement made such a procedure logistically dangerous as well as potentially expensive for little return.

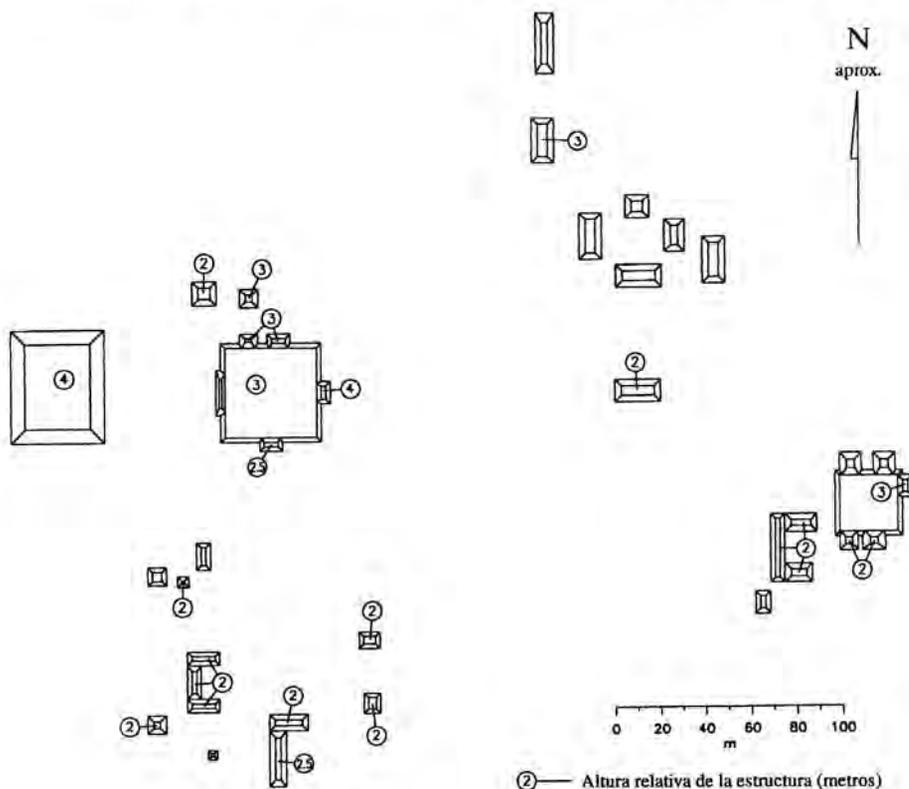
Nuestros recorridos en los primeros dos ejidos que visitamos no fueron rigurosamente sistemáticos, ya que la localización de todos los puntos de interés arqueológico estuvo basada en las indicaciones de informantes locales (por razones obvias: *cf.* Ashmore, 1981, pp. 60 y ss.; Harrison, 1981, p. 261), pero sí suficientemente detallados para comprobar que también en esta región, así como en otras partes de las tierras bajas mayas, la distribución de los restos arqueológicos es continua a través de extensiones inmensas del terreno, por lo que el "esfuerzo por recuperar la totalidad de las estructuras visibles en superficie está muy por encima de las posibilidades de realización a mediano plazo de un proyecto de este tipo

[i. e. Atlas Arqueológico]” (Nalda, 1989, p. 24). El problema que de alguna manera tuvimos que resolver fue el mismo que se presentó durante la preparación del proyecto Atlas Arqueológico Nacional: el de la definición de “sitio arqueológico”, como “unidad mínima de registro” (*ibid.*, pp. 3-24), útil para fines de un proyecto de reconocimiento como el nuestro.

En su estudio sobre el patrón de asentamiento en el sur de Quintana Roo, Nalda (1989, p. 3) cita la definición de Willey y Phillips, según la cual “el único requisito que normalmente se espera que cumpla un sitio es el que esté razonablemente cubierto de restos de ocupación antigua; la idea general es que estos restos pertenecen a una sola unidad de asentamiento [...]”. “La definición”, continúa Nalda (*ibid.*), “parte del supuesto de que los restos de ocupación antigua invariablemente aparecen como concentraciones aislables de otras similares; es decir, constituyen distribuciones con límites reconocibles”. En varias regiones, “ese supuesto es una realidad” (*ibid.*). En efecto, en su obra acerca de la Cuen-

ca de México, Sanders *et al.* (1979, p. 34), definiendo el sitio como “cualquier área localizada que muestra signos de alteración por el hombre observables con el método arqueológico”, consideraron importante añadir que el sitio es una “unidad espacialmente aislable”; aunque tenían dificultades en cuanto a la comprensión del significado sociológico del sitio —de su tamaño, la complejidad arquitectónica y la densidad de artefactos (*ibid.*)—, mencionan que el deslinde de las “unidades espacialmente aislables” no les ocasionaba mayores problemas (*ibid.*, p. 54). La situación es, como observa Nalda (1989, pp. 3 y ss.), “drásticamente diferente en el área maya”, donde “los materiales parecen radiar desde múltiples centros de ocupación cuya influencia individual, más que agotarse, se transforma gradualmente en la que ejercen los centros vecinos” (*ibid.*, p. 4).

En términos prácticos, el problema con el que nos enfrentamos tenía dos aspectos. En primer lugar, tuvimos que contestar las preguntas: ¿qué vamos a registrar?, ¿qué tan exhaustivo y deta-



● Fig. 2 Arroyo Negro: croquis de los montículos en la zona urbana del poblado actual.

llado puede ser nuestro reconocimiento? Puesto que el registro de todos los restos de ocupación antigua hubiera sido una tarea muy ambiciosa, implicando el “abandono de la idea de realizar el proyecto dentro de un tiempo mínimamente razonable” (Nalda, 1989, p. 4), era necesario adoptar un criterio adecuado para seleccionar los tipos de vestigios arqueológicos que se registrarían. Al haber realizado recorridos relativamente detallados en los primeros días, adquirimos al menos “un conocimiento mínimo del patrón de asentamiento de la región sujeta a prospección” (*ibid.*, p. 24), por lo que pudimos concluir que también en nuestro caso era necesario aplicar la restricción sugerida por Nalda (*ibid.*) para el sur de Quintana Roo, es decir, limitar el registro a “los centros multifuncionales en que se desarrollan actividades asociadas al ritual y la administración, además de servir como residencia de grupos diversos”. Esto no significa que, adoptando este enfoque, hayamos registrado sólo los conjuntos que incluyen “estructuras de uso especial” (*special purpose structures*, en la nomenclatura de Ashmore, 1981, pp. 51 y ss.) y que han sido designados también simplemente como “centros” (*ibid.*, pp. 55 y ss.; Willey, 1981, pp. 391 y ss.); aunque al modificar la estrategia del trabajo cambió el énfasis en nuestras preguntas a los informantes (empezamos a buscar “ruinas grandes”), también registramos muchas estructuras habitacionales que fueron advertidas.

La segunda pregunta fue: ¿cómo determinar la extensión de un sitio? Dicho de otro modo, había que encontrar una manera adecuada de delimitar los restos arqueológicos distribuidos en el espacio, para agruparlos en “sitios”. El problema no quedó resuelto al enfocar nuestra atención en centros, ya que también registramos varias áreas habitacionales, aunque no de manera sistemática. Considerando que el “sitio” debería, idealmente, corresponder a una “unidad de significado cultural a la población prehispánica” (Sanders *et al.*, 1979, p. 34; *cf.* Nalda, 1989, p. 4), esta tarea resultó ser particularmente difícil.

Los centros que registramos representan núcleos de nuestros sitios, a los que anexamos los mon-

tículos habitacionales detectados en la vecindad, suponiendo que debieron haber formado parte de la misma comunidad, regida por —o de alguna manera vinculada con— el centro. Sin embargo, este procedimiento de “formar” sitios presenta varios problemas e incoherencias:

1. Si la distribución de estructuras habitacionales en el terreno entre dos centros es relativamente continua (como normalmente ocurre, aunque siempre se manifiestan concentraciones o agrupamientos y lagunas intermedias de espacio al parecer “vacío”) la asignación de los vestigios habitacionales a uno u otro sitio es arbitraria.
2. Un sitio puede ser una aglomeración arbitraria de vestigios arqueológicos también por falta de indicadores cronológicos: pocas veces tenemos la certeza de que las estructuras que incluimos en un sitio sean contemporáneas.
3. El sitio, al considerarlo como agrupamiento de vestigios arqueológicos que incluyen un centro, no necesariamente representa una unidad culturalmente significativa, ya que tal vez corresponde a un eslabón o segmento de una sola comunidad muy jerarquizada, es decir, de un grupo que, a pesar de su compleja organización social, constituía una unidad territorial y económica más o menos compacta y autosuficiente (*cf.* Willey, 1981, pp. 395 y ss.).
4. Algunas de las áreas habitacionales detectadas quizá estaban vinculadas con algún centro que ni siquiera hemos encontrado.
5. No siempre es fácil definir un conjunto arquitectónico como centro (Ashmore, 1981, pp. 55 y ss.). La dificultad persiste aun si consideramos que la asignación de la categoría “centro” o “centro multifuncional” a un conjunto de estructuras es condicionada por la presencia de estructuras de uso especial (*cf.* Willey, 1981, p. 391): cuando el estado de preservación de un grupo de montículos, aunque altos y voluminosos, no permite determinar su fun-

ción original, puede tratarse de un centro, o de un grupo de residencias de personas o familias de rango elevado, es decir, de una versión elaborada de “grupo de patio” (cf. Ashmore, 1981, pp. 48 y ss.).

Por consiguiente, los sitios registrados, de los que cada uno tiene un número (clave) y ocupa una cédula (archivo de la DRPMZA del INAH; véanse comentarios en Šprajc *et al.*, 1996), deben considerarse como unidades arbitrarias de registro, a pesar de nuestro esfuerzo de aproximarnos, con la demarcación de cada sitio, a una entidad social real. La extensión atribuida a un sitio es, por razones referidas, arbitraria e incluye espacios aparentemente vacíos entre agrupamientos de estructuras; sin duda estos espacios intermedios contienen restos de estructuras que no fueron advertidos, pero pueden en parte haber sido áreas de cultivo dentro del mismo asentamiento (cf. Chase y Chase, 1996, pp. 214 y ss.; Killion *et al.*, 1989, pp. 288 y ss.).

Las coordenadas geográficas de los sitios fueron determinadas con un posicionador portátil GPS (usando el datum NAD-27), en tanto que las alturas sobre el nivel del mar fueron tomadas de las cartas topográficas del INEGI, escala 1:50,000.³ Con frecuencia la vegetación impedía el posicionamiento por satélites en el área de interés, obligándonos a buscar un lugar idóneo en los alrededores; teniendo en consideración la distancia y el azimut entre el punto de medición y el área de vestigios arqueológicos, fue determinada la posición de esta última. Las coordenadas corresponden al centro multifuncional que representa el núcleo del sitio; si el área nuclear es extensa se menciona la estructura a la que corresponden las coordenadas. El margen de error estimado de las coordenadas es de 50 m aproximadamente, considerando el grado de imprecisión del posicionamiento GPS, así como los posibles errores resultantes del procedimiento descrito de localización indirecta.

³En este artículo se citan las coordenadas geográficas de cada sitio; las coordenadas UTM correspondientes aparecen en las cédulas de registro (archivo de la DRPMZA del INAH).



● Fig. 3 Monumento 104: un fragmento de cerámica proveniente de la sala de saqueo en el cuadrángulo norte

Comentarios de los sitios

A continuación se presentan datos acerca de la ubicación y las características principales de los sitios más importantes que fueron registrados en esta primera temporada de trabajos de campo. En las descripciones de los restos arquitectónicos se usa la nomenclatura definida en la bibliografía; por ejemplo, “estructura de uso especial”, “grupo de patio”, “agrupamiento” (*cluster*), “acrópolis”, “centro”, etc. (Ashmore, 1981; Adams, 1981, p. 218; Harrison, 1981, pp. 276 y ss.; Willey, 1981, pp. 388 y ss.). Los croquis que se hicieron de algunos complejos arquitectónicos importantes son aproximados. El norte marcado en los planos es magnético, desviado casi 3°30' hacia el oriente del norte astronómico (no se hicieron mediciones precisas de la declinación magnética local; en 1993 fue, en el área de Xpujil, de 3°54').⁴ Para posibilitar eventuales análisis posteriores (por ejemplo volumétricos), varios croquis incluyen alturas aproximadas de las estructuras respecto al nivel del terreno inmediato—natural o artificial (por ejemplo plataformas)—sobre el cual están construidas; no se indican alturas menores de dos metros.

⁴El valor fue obtenido por I. Šprajc, durante los trabajos de delimitación de las zonas arqueológicas de Xpujil, Becán y Chicanná, realizados por la DRPMZA del INAH.

Arroyo Negro

El conjunto que parece haber sido el centro cívico-ceremonial del sitio se localiza sobre un terreno ligeramente elevado, a casi 500 m al noreste del centro del poblado actual Arroyo Negro⁵ y a unos 150 m al poniente del río Arroyo Negro, casi en el borde del gran bajo que se extiende al oriente del río (longitud: 89°14'38" W; latitud: 17°51'45" N; altura sobre el nivel del mar: 80 m). El sitio ocupa terrenos de los ejidos Arroyo Negro y Justo Sierra Méndez, incluyendo las zonas urbanas de ambos poblados.⁶

El conjunto principal del sitio es una acrópolis, con varias estructuras construidas sobre una plataforma, cuya altura del lado sur, donde al parecer se encontraba el acceso, es de casi 5 m. Las estructuras sobre la plataforma están distribuidas alrededor de una plaza abierta hacia el sur (fig. 1). No se observan muros expuestos.

Tres estructuras que se elevan sobre una plataforma alargada en el flanco oriente de la plaza forman, con el montículo en el lado opuesto de la plaza, un conjunto que recuerda al Grupo E de Uaxactún. Ruppert (1934, pp. 94 y ss.; 1940; Ruppert y Denison, 1943, pp. 5 y ss., tabla 1) encontró "arreglos especiales" (*special assemblages*) de este tipo en varios sitios del sur de Campeche y Quintana Roo y el norte de Guatemala. En algunos casos la plataforma alargada del lado este soporta más de tres estructuras, pero las tres importantes son, según observa Ruppert (1940, p. 224), fácilmente identificables y, por lo regular, más altas. También en Arroyo Negro son, en realidad, cuatro los montículos alineados en la dirección norte-sur en el lado este de la plaza, pero el

⁵Este fue reubicado y ya no se encuentra en el lugar indicado en la carta topográfica E16C13 del INEGI, escala 1:50,000, sino a casi 6 km hacia el noreste (longitud: 89°14'50" W; latitud: 17°51'31" N).

⁶Adams (1990, pp. 25, 29, 34 y 37) menciona un sitio llamado Arroyo Negro, pero lo ubica "donde el Río Azul sale de Guatemala" (*ibid.*, p. 25), por lo que ha de tratarse de otra localidad: el Río Azul pasa la frontera a casi 6 km al sureste del Arroyo Negro actual y a alrededor de 8 km al este del pueblo abandonado.

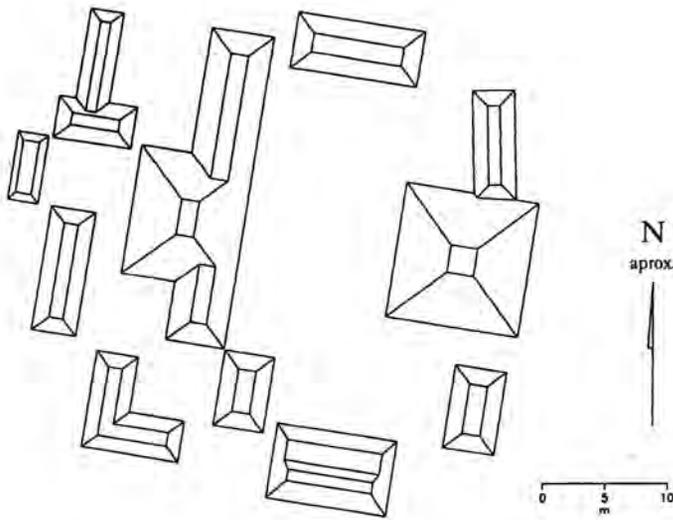
que se ubica en el extremo norte es mucho más bajo que los tres restantes, cuya altura varía entre 5 y 6 m (fig. 1). Reconsiderando la posible función astronómica del Grupo E de Uaxactún y de los demás conjuntos parecidos, Aveni y Hartung (1989) mencionan otros sitios con distribuciones arquitectónicas de este tipo, pero agregan que casi todos se encuentran en el norte del Petén (*ibid.*, p. 453, fig. 35.14), es decir, en el área que fue señalada por Ruppert (1940, p. 225, fig. 15) y en la que se localiza también Arroyo Negro. Es probable que el conjunto pertenezca a etapas tempranas del Clásico, considerando el fechamiento del Grupo E de Uaxactún, que parece ser el prototipo de estos complejos arquitectónicos (Aveni y Hartung, 1989, pp. 454 y ss.).

Montículos habitacionales, distribuidos en grupos informales y grupos de patio, se extienden hacia el noreste, poniente y suroeste (fig. 2). Algunos parecen haber sido residencias de élite.

Monumento 104

El sitio se ubica al suroeste del poblado Arroyo Negro, sobre una elevación natural y de ambos lados de la frontera entre México y Guatemala (longitud: 89°18'52" W; latitud: 17°48'56" N; altura sobre el nivel del mar: 190 m; las coordenadas corresponden a la pirámide principal al norte de la frontera). Su nombre se debe a la inmediata cercanía de la mojonera 104 de la frontera.⁷ A casi 60 m al norte de la frontera se encuentra una estructura piramidal derruida, de unos 15 m de altura. De su lado noreste fue excavado, en tiempo relativamente reciente, un largo túnel de saqueo desde el arranque del talud hasta el centro de la estructura. Otra cala de saqueo excavada del lado poniente, a media altura de la estructura, destruyó una parte de la cúspide. Inmediatamente al sur de la pirámide se observan huellas de una nivelación; tal vez se trata de una plaza, de unos 50 por 50 m, pero sus

⁷El sitio había sido localizado por Richard Bronson en 1986 y visitado en 1995 por la expedición de Camel Trophy y Mundo Maya ("Camel Trophy-Mundo Maya: proyecto arqueológico"; mecanuscrito anónimo y sin fecha en el archivo del Centro INAH Campeche).



● Fig. 4 El Civalito: croquis del conjunto principal

contornos no quedan claros, con excepción de la terraza oeste.

En los alrededores hay varios montículos colocados en grupos de patio. El sitio se extiende a Guatemala, donde se encuentra otra plaza dominada por una pirámide de dimensiones comparables a las de la pirámide del lado mexicano.

En un cuadrángulo ubicado a unos 500 m al norte de la pirámide principal se observan varias calas recientes de saqueo, excavadas a nivel del piso de la plazuela y perpendicularmente a los ejes longitudinales de los montículos, alargados y bajos (de 2 a 4 m de altura). Una de las estructuras fue perforada por un túnel, en cuya extensión lateral advertimos restos de una tumba de cista que, al parecer, había contenido un riquísimo ajuar funerario: entre el material removido observamos una gran cantidad de fragmentos de cerámica policromada, con dibujos y glifos (fig. 3).⁸ La forma y la posición de las calas, como las características de las estructuras afectadas, reflejan la práctica común entre los sa-

⁸De los 19 tiosos recolectados en el escombro, 15 son del tipo Saxché Naranja Policromo, perteneciente al grupo Saxché, complejo Tepeu 1.

queadores de la región (cf. Hansen *et al.*, 1991, pp. 239 y ss.). El contenido de la tumba saqueada en el sitio Monumento 104 corrobora, además, la afirmación de Hansen *et al.* (1991, pp. 239 y 241) de que la calidad de la cerámica proveniente de los entierros no necesariamente corresponde con el tamaño y la sofisticación de las estructuras que los abrigan.⁹ El hallazgo representa un testimonio más de la alarmante intensidad con la que se están devastando los sitios arqueológicos en el área del Petén (cf. *Mexicon* 17/1995, núm. 5, p. 84; 18/1996, núm. 2, p. 23). Evidencias de saqueo reciente y profesional fueron observadas en todos los sitios visitados.

El Civalito

El conjunto principal, situado alrededor de un kilómetro al norte del poblado El Civalito (longitud: 89°16'58" W; latitud: 17°53'43" N; altura sobre el nivel del mar: 100 m), consiste en diversos montículos distribuidos alrededor de una plaza (fig. 4). La estructura más grande, de casi 10 m de altura, es un montículo piramidal que se localiza en el costado oriente de la plaza, por lo que el grupo corresponde al "plano de plaza 2", según la definición de Becker (1971). Conjuntos arquitectónicos de este tipo son comunes no sólo en el área del Petén sino también en el sur de Quintana Roo: entre los ejemplos de distribución que Harrison (1981, pp. 277 y ss., fig. 10.3) denomina "patio con pirámide con aposento" (*patio with chambered pyramid*) predominan los que tienen la pirámide ubicada al oriente de la plazuela.

En el poblado actual El Civalito y en los alrededores hay varios agrupamientos de montículos,

⁹Si las suntuosas ofrendas funerarias no se encuentran exclusivamente en las estructuras más espléndidas, podemos en ello ver un reflejo de la gran complejidad de la organización social maya: hablando de Caracol, Chase y Chase (1996, p. 220) mencionan que, aparte del gobernante, habla diversos individuos que, al morir, recibieron atenciones especiales.

comúnmente conformados por grupos de patio. A casi 2 km al noroeste del poblado fueron descubiertos dos montículos con restos de bóvedas, así como algunos chultunes. Inmediatamente al sureste del poblado se encuentra una aguada.

Considerando el fechamiento de conjuntos arquitectónicos de tipo "plano de plaza 2" en Tikal (Becker, 1991, p. 14), el conjunto principal del sitio tal vez data del Clásico tardío, periodo al que pertenece también la cerámica de superficie recolectada en el poblado actual (complejo Tepeu 2-3).

Los Alacranes

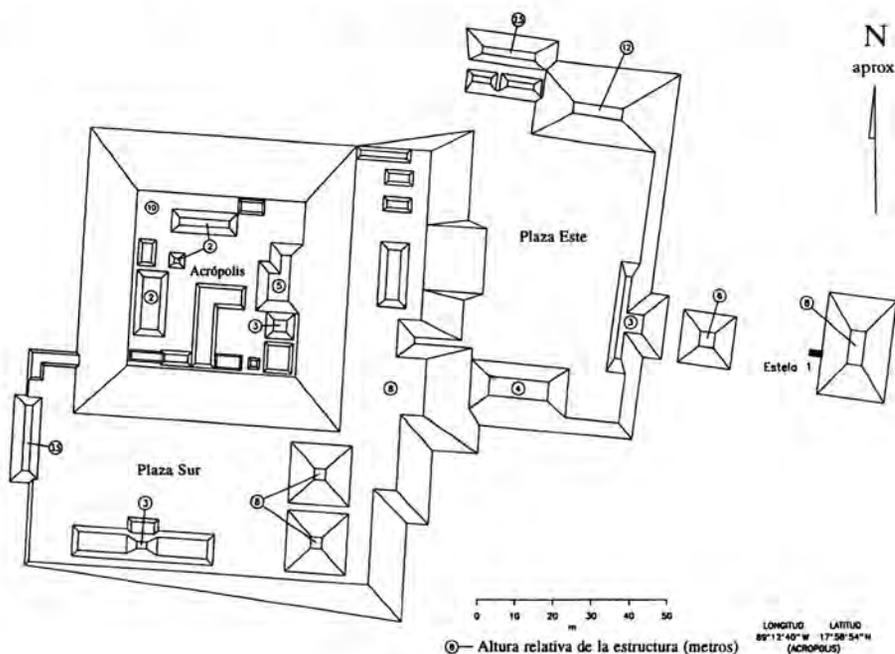
El sitio se compone de dos centros ubicados en los cerros inmediatamente al oriente y poniente de la población actual de Los Alacranes, entre 60 y 80 m sobre el nivel del valle en el que se localiza el poblado moderno y donde se conservan restos del área habitacional.

El Complejo Este (longitud: $89^{\circ}12'40''$ W; latitud: $17^{\circ}58'54''$ N; altura sobre el nivel del mar: 190 m) consiste en estructuras construidas sobre plataformas en distintos niveles. El conjunto principal es una acrópolis, con varias estructu-

ras edificadas sobre una plataforma de planta casi cuadrada y de alrededor de 10 m de altura; los lados de la base de la plataforma miden cerca de 70 m. Al sur de la acrópolis se extiende una plaza con diversas estructuras. Otra plaza está en un nivel más bajo al oriente de la acrópolis (fig. 5). Al oriente y al sur de las plataformas, sobre las que se ubican las plazas y la acrópolis, hay otros montículos.

También el Complejo Oeste (longitud: $89^{\circ}13'26''$; latitud: $17^{\circ}58'46''$; altura sobre el nivel del mar: 210 m) está compuesto de estructuras construidas sobre terrazas y plataformas en varios niveles. Los montículos más grandes, algunos de más de 10 m de altura, se localizan en la cumbre, distribuidos alrededor de una plaza. En un nivel más bajo, hacia el oriente, se encuentran restos de lo que parece haber sido un juego de pelota.

La cerámica de superficie encontrada en los dos conjuntos arquitectónicos pertenece a los complejos Tzakol y Tepeu, indicio de que ambos centros florecieron durante el Clásico; junto con el área habitacional en las llanuras adyacentes han de haber conformado una sola unidad de asentamiento. Cabe mencionar que en las re-



● Fig. 5 Los Alacranes: croquis del Complejo Este

giones cercanas en el norte de Belice parecen ser comunes los sitios con dos recintos cívico-ceremoniales (Hammond, 1981, pp. 165, 173 y ss.).

Durante los recorridos fueron localizadas también dos estelas que, junto con la arquitectura monumental, hablan de la considerable importancia sociopolítica que debió tener el asentamiento a nivel regional.

La estela a la que asignamos el número 1 fue advertida —muy inclinada hacia adelante y casi por completo cubierta por el escombro— en una cala de saqueo, al pie de una estructura derruida en el extremo oriente del Complejo Este (fig. 5). Los saqueadores, que excavaron tanto por encima como por debajo de la estela, dejaron expuesta su parte superior, pero al parecer abandonaron su empresa antes de llegar a la base del monumento. Al liberar y levantar la estela, constatamos que se trata de un bloque de piedra inusualmente grande, de casi 3.50 m de largo, 1.80 de ancho y 35 cm de espesor. Sus bordes están labrados de manera burda; sólo la cara frontal está trabajada en relieve, con excepción de su extremo inferior que originalmente debió haber estado empotrado en el piso (fig. 6). La parte más deteriorada del monumento corresponde al área del cuerpo y las piernas del personaje central, que ocupa la sección superior del frente labrado. La exfoliación que ha sufrido esta parte probablemente se produjo por el impacto o la fricción al haberse caído o inclinado la estela sobre el escombro amontonado por el derrumbe del edificio adyacente; sin embargo, algunas raduras observadas en el relieve sugieren que éste pudo haber sido dañado también —o sobre todo— por los saqueadores, cuando cavaban por debajo de la estela. Las quemaduras recientes realizadas en la milpa colindante, después de haber sido expuesta una par-

te de la estela, dejaron sus huellas en varias partes del monumento y pudieron haber contribuido a la exfoliación. Del personaje central se conservan en buen estado el tocado de plumas, partes de su rostro representado en perfil y mirando hacia la izquierda (desde el punto de vista del observador), así como algunos atavíos del lado derecho, entre los que destaca un perfil humano con su tocado y mirando hacia la derecha. De ambos lados del personaje central, así como a la izquierda de su tocado, en el extremo superior de la estela, se conservan secuencias glíficas. Una inscripción más larga, en dos columnas, ocupa la franja a lo largo del borde izquierdo superior de la estela: varios glifos son



© Fig. 6 Los Alacranes: Estela 1

claramente legibles, por ejemplo el número de distancia 2.17.5.7. Entre las escenas que se aprecian en la mitad inferior de la cara frontal de la estela destacan dos personajes sedentes y representados en perfil, uno con su cabeza volteada hacia atrás, así como dos perfiles de rostros humanos, cada uno saliendo de las fauces de una serpiente (fig. 6).

La Estela 2 fue encontrada en el costado poniente de un montículo en el extremo oriente del Complejo Oeste. Estaba en la posición casi horizontal (aunque un informante local recordaba haberla visto parada) y cubierta con una



© Fig. 7 Los Alacranes: Estela 2

delgada capa de escombros, al parecer acumulada por los saqueadores en tiempos relativamente recientes. Al liberar el extremo superior de la estela, advertimos áreas esculpidas en la cara inferior, por lo que decidimos levantarla. Las dimensiones máximas de la Estela 2 resultaron ser más modestas que las de la Estela 1, alcanzando 2.90 m de largo, 1.50 de ancho y 25 cm de espesor (fig. 7). Los diseños, que cubren sólo la cara que daba al poniente, son menos claros que en la Estela 1, debido a que los relieves son mucho más bajos, mientras que los glifos no están realizados en relieve sino incisos. Además, es evidente que la mitad superior de la

estela, caracterizada por un color blanquizco, estuvo expuesta durante siglos, por lo que está muy erosionada. Del personaje central, que ocupaba las dos terceras partes superiores de la estela, se conservan sólo partes de sus pies y de sus atavíos de plumas, que adornaban no sólo la cabeza sino que aparecen también en los dos lados del cuerpo. En ambos lados y debajo de la escena central se encuentran varias columnas de glifos y otros motivos (fig. 7).

Aunque en las inscripciones de las dos estelas parece haber fechas de Rueda Calendárica, llama la atención la ausencia de las Series Iniciales. Esto podría tener relación con las costumbres de la región: Thompson (1936, p. 126) observa que en ninguna de las estelas de El Palmar, que es el más grande de los sitios cercanos conocidos hasta el momento, aparecen fechas de Cuenta Larga.

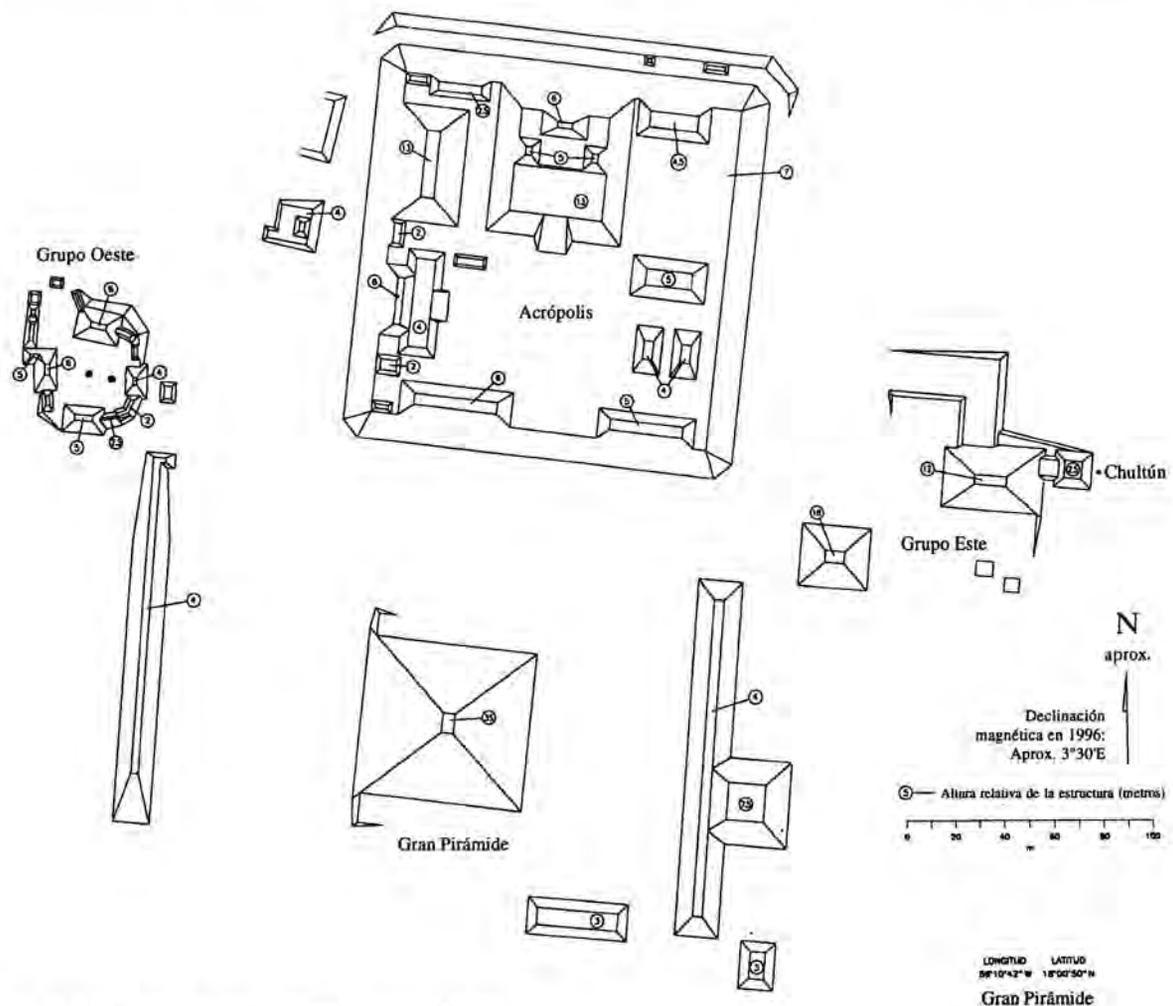
Después de fotografiarlas, regresamos las dos estelas a la posición en la que habían sido encontradas. Sin embargo, para asegurar la protección de ambos monumentos, presentamos una propuesta de rescate de emergencia a la Coordinación de Arqueología del INAH.

Sin duda los dos monumentos tienen un valor excepcional, que radica no sólo en su calidad artística sino también en la información implícita, en la iconografía y en las inscripciones. El estado de preservación de las estelas, en particular de la Estela 1, es bueno, debido a que quedaron sepultadas (la Estela 1 en su totalidad y la Estela 2 sólo en parte) durante la mayoría del tiempo transcurrido después del abandono del asentamiento. Es de esperar que las secuencias glíficas, de las cuales varias podrán ser leídas por los epigrafistas, contengan datos históricos de gran interés. También cabe mencionar la escasez o incluso ausencia de monumentos de comparable valor histórico y artístico en esta parte del Petén campechano: casi todas de las más de 40 estelas

de El Palmar están muy erosionadas; si esto se debe a la pobre calidad de la piedra disponible en el área (el avanzado grado de erosión observado en diversos bloques de piedra expuestos en las construcciones de los sitios visitados parece apoyar la idea), es probable que los monumentos esculpidos que se encuentren en otros sitios de la región estén comparablemente deteriorados, por lo que las estelas de Los Alacranes pueden considerarse de importancia singular.

El Mameyal

El sitio se ubica en el ejido Los Alacranes, a casi 6 km al poniente del poblado (longitud: 89°16'31" W; latitud: 17°58'57" N; altura sobre el ni-



● Fig. 8 Mucaancah: croquis del Complejo Norte

vel del mar: 160 m; las coordenadas corresponden a la plaza principal). Los datos disponibles del sitio son muy deficientes, ya que las inclemencias de tiempo impidieron hacer una inspección satisfactoria. Se trata de un centro relativamente grande, con varias estructuras de alturas mayores de 10 m; sin embargo, sólo pudimos visitar un grupo, cubierto por la vegetación baja y tupida (*acahual*) que dificultaba el recorrido y obstaculizaba el reconocimiento de vestigios arqueológicos. El grupo, que parece ser el principal, se compone de varias estructuras dispuestas alrededor de una plaza cuyos lados miden cerca de 60 m. En el costado oriente de la plaza se sitúa un montículo piramidal de alrededor de 15 m de altura; el lado poniente está encerrado por tres montículos, de los que el central tiene aproximadamente la misma altura que el del lado opuesto, en tanto que los dos adyacentes alcanzan casi 6 m de altura. El conjunto hace recordar al Grupo E de Uaxactún o “arreglos especiales”, según la nomenclatura de Ruppert (1940), pero la disposición de las estructuras está invertida: en El Mameyal, las tres estructuras alineadas en la dirección norte-sur encierran el lado *poniente* de la plaza. En el talud poniente del más alto de los tres montículos observamos un túnel grande de saqueo, que expuso elementos arquitectónicos de la estructura. En la zona aledaña pudimos observar otros montículos de considerables dimensiones; los informantes locales también mencionaron que en los alrededores había otras ruinas grandes.

En vista de las características de la arquitectura, se puede clasificar al sitio como perteneciente al Clásico.

El Cacao

El sitio se ubica en el ejido Los Alacranes, a casi 4.5 km al noroeste del poblado (longitud: 89° 15'21" W; latitud: 17°59'32" N; altura sobre el nivel del mar: 240 m). Se trata de un sitio con estructuras de modestas dimensiones, ubicadas sobre una elevación alargada y de poca altura. Los montículos más grandes alcanzan alturas entre 5 y 10 m. En la parte más alta del cerro se

encuentra un montículo de alrededor de 8 m de altura, en cuyo talud norte observamos un enorme túnel de saqueo excavado recientemente. Los saqueadores penetraron en dos cuartos abovedados y estucados, perforando el muro exterior y el que separa los dos cuartos en el interior del edificio. En el primer cuarto también rompieron el piso, debajo del cual tal vez estaba una tumba. Sobre algunas partes del estuco, que cubre las paredes de los cuartos y está muy bien preservado, observamos restos de pintura roja.

En el escombros de saqueo en la estructura más grande fueron encontrados cuatro fragmentos cerámicos del complejo Chicanel, pertenecientes al Preclásico, pero es presumible también la ocupación para el Clásico.

Mucaancah

En ausencia de un nombre tradicional con el que se conozca el sitio entre los habitantes del ejido Santa Rosa, en cuyos terrenos se ubica, decidimos identificarlo con un nombre distinto al de la población moderna, para evitar la confusión con otros sitios arqueológicos llamados “Santa Rosa”.¹⁰ El nombre *Mucaancah* (“pueblo enterrado” o “escondido”, en maya yucateco) fue elegido al observar que las estructuras más grandes del sitio, a pesar de encontrarse muy cerca de la carretera que pasa por Santa Rosa y otros poblados, quedan ocultas bajo la exuberante vegetación selvática; además, los impresionantes complejos arquitectónicos, todos arruinados, evocan la noción de una “ciudad enterrada”.

Los restos de los dos centros que llamamos Complejo Norte y Complejo Sur se ubican a escasos 2 km al este y al sur, respectivamente, del poblado actual de Santa Rosa, ambos muy cerca de la orilla del gran bajo que se extiende hacia el oriente.

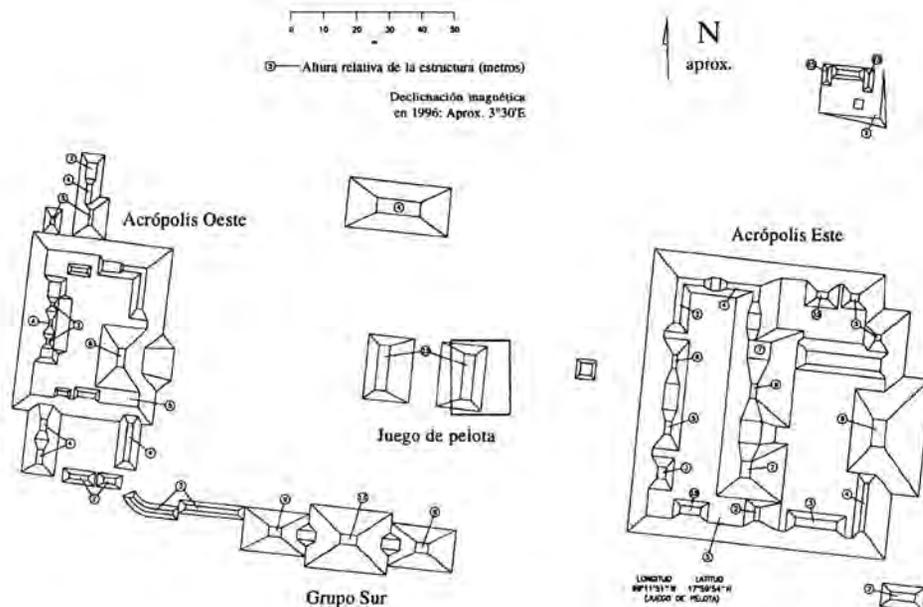
¹⁰Por ejemplo, Santa Rosa Xtampak, o Santa Rosa que el mapa *Archaeological sites in the Maya area: section IV* (Middle American Research Institute, Tulane University of Louisiana, 1940) coloca a casi 25 km al noreste de Xpuhil.

El grupo más importante del Complejo Norte (longitud: $89^{\circ} 10' 42''$ W; latitud: $18^{\circ} 00' 50''$ N; altura sobre el nivel del mar: 100 m; las coordenadas corresponden a la Gran Pirámide) es sin duda la Acrópolis, que consiste en diversas estructuras construidas sobre una gigantesca plataforma de planta casi cuadrada (fig. 8). Los lados de la plataforma miden más de 150 m, mientras que su altura es de unos 7 m. Entre las estructuras sobre la plataforma, dispuestas alrededor de una plaza, destaca un basamento de planta cuadrada y de alrededor de 13 m de altura; ubicado al norte de la plaza, sostiene tres estructuras piramidales de entre 5 y 6 m de altura, de las que una está dañada por un largo túnel de saqueo. El conjunto manifiesta características de "complejos triádicos", como los describe Hansen (1990, pp. 171 y ss.) y que aparecen, por ejemplo, en El Mirador y Nakbé (Graham, 1967, figs. 29 y 32). "Aunque el estilo triádico se encuentra en la arquitectura monumental del Clásico temprano y tardío [...], parece que este modo arquitectónico es más común en contextos preclásicos" (Hansen, 1990, p. 171), en particular en el Preclásico tardío, según lo indican las evidencias de Nakbé, El Mirador, Tintal, Güiro y Calakmul (Hansen, 1994, p. 40; Folan, 1994, p. 58; Folan *et al.*, 1995, pp. 316 y ss.). Además del grupo triádico, el enor-

me volumen de la Acrópolis de Mucaancah, así como algunos fragmentos cerámicos del complejo Chicanel encontrados en la superficie, sugieren que la gran plataforma y algunas estructuras sobrepuestas corresponden al Preclásico tardío.

A casi 80 m al sur de la Acrópolis se eleva el edificio más alto del sitio: la estructura piramidal, de alrededor de 35 m de altura, está muy derruida, por lo que la ubicación de la escalinata no es patente; no obstante, la cumbre del montículo, alargada en la dirección norte-sur, sugiere que la escalinata estaba del lado oriente o poniente.

Dos estructuras largas se localizan al oriente y al poniente de la Gran Pirámide, encerrando una gran plaza. Entre las estructuras del Grupo Este destacan dos montículos piramidales, en tanto que el Grupo Oeste está compuesto de diversos montículos que encierran una plaza de forma irregular (fig. 8). Llama la atención la similitud que muestra la distribución de los edificios del Grupo Oeste con diversos conjuntos arquitectónicos en los sitios del norte de Belice, por ejemplo, con el Grupo A de San José (Thompson, 1939, p. 9, fig. 1), el Grupo B de K'axob (McAnany, 1995, p. 54, fig. 2.14), el Grupo A de Patchacan (Sydris, 1983, p. 52, fig. 30)



● Fig. 9 Mucaancah: croquis del Complejo Sur; el rectángulo en el centro marca el área abarcada en la fig. 12

y varios conjuntos de Nohmul (Hammond, 1981, 166, fig. 7.2A). Los fechamientos de algunos edificios del Grupo B de San José y del Grupo B de K'axob sugieren que los grupos arquitectónicos de este tipo corresponden al Clásico (*cf.* Thompson, 1939, p. 229; McAnany, 1995, pp. 54 y ss.).

Por otra parte, es necesario mencionar que el plano del Complejo Norte de Mucaancah manifiesta alguna similitud con el del Grupo I de Baking Pot, Belice, a pesar de las diferencias en tamaño y orientación: el Grupo I de Baking Pot es de dimensiones más modestas y tiene la pirámide principal ubicada al poniente de la plaza, encerrada por dos estructuras largas en los costados norte y sur y por una plataforma con otros edificios en el lado este (Willey *et al.*, 1965, p. 302, fig. 177). Es posible que la disposición arquitectónica de este tipo tenga su origen en el Preclásico: la idea, apoyada por la presencia del conjunto triádico y los tiestos Chicanel en el Complejo Norte de Mucaancah —aunque predomina la cerámica Tzakol y Tepeu—, es al menos congruente con el hecho de que también la cerámica encontrada en Baking Pot corresponde tanto al Clásico como al Preclásico (*ibid.*, pp. 301-309).

Sobre una elevación que se ubica a menos de un kilómetro hacia el norte fueron observadas

algunas terrazas, plataformas y montículos de dimensiones más modestas. Al parecer el sitio no continúa hacia el oriente, donde a corta distancia comienza la extensa área de bajos; cerca de 300 m al oriente de la larga estructura este, sólo encontramos un petroglifo erosionado en forma de espiral. La distribución de montículos es prácticamente continua hasta el poblado de Santa Rosa al poniente, y hacia el suroeste, cuando menos hasta alrededor de un kilómetro de distancia del complejo principal; en esta área habitacional fueron observados también varios chultunes.

El Complejo Sur se sitúa a 2.5 km hacia el suroeste del Complejo Norte (longitud: 89°11'51" W; latitud: 17°59'54" N; altura sobre el nivel del mar: 100 m; las coordenadas corresponden al Juego de Pelota). Las llamadas Acrópolis Este y Oeste, con estructuras que comprenden varios patios o plazuelas, y el Grupo Sur, compuesto de tres montículos piramidales y algunas estructuras alargadas, delimitan una gran plaza, en cuyo centro se conservan restos de un juego de pelota (fig. 9). Un grupo más pequeño, con arquitectura monumental, se encuentra a casi 200 m hacia el norte.

En la superficie fueron encontrados varios fragmentos de cerámica Tzakol y Tepeu, que pre-



● Fig. 10
Mucaancah,
Complejo Sur:
Relieve 1

domina también en el Complejo Norte. En vista de que la distribución de montículos entre ambos centros es casi continua, parece ineludible la conclusión de que pertenecieran a un solo asentamiento que, al alcanzar su apogeo en el Clásico, tenía dos grandes recintos cívico-ceremoniales. Como se dijo, en relación con Los Alacranes, Hammond (1981, pp. 165, 173 y ss.) encontró esta dualidad en la planeación urbana en varios sitios del norte de Belice, por ejemplo en Baking Pot, El Pozito, Nohmul y Xunantunich; “tales regularidades”, comenta Hammond (1981, p. 175), “presumiblemente reflejando requerimientos funcionales, podrían ser más extendidas de lo que ahora pensamos”. En efecto, las diferencias que se observan entre los Complejos Norte y Sur de Mucaancah parecen apoyar la idea de que “las funciones de las dos unidades pueden haber sido distintas, siendo una residencial y administrativa, y la otra ritual y ceremonial” (Willey, 1981, p. 394).

En su análisis acerca de las posibilidades de aplicar los términos “microestructura” y “macroestructura”, definidos por K. C. Chang, a los datos sobre los patrones de asentamiento en las tierras bajas mayas, Willey (1981, pp. 394 ss.) propone que el área en el radio de 5 a 6 km en torno a un centro mayor se considere como per-

teneciente a una sola comunidad o un “micropatrón”, y agrega que estos límites, aunque arbitrarios, se basan en “los pocos estudios disponibles sobre el asentamiento en las tierras bajas, en los cuales se han examinado centros y sus periferias” (*ibid.*, p. 395). Aplicando el criterio a nuestro caso, podemos suponer que incluso los Complejos Este y Oeste de Los Alacranes estaban unidos con Mucaancah en una sola comunidad o microestructura, considerando que la distancia entre los conjuntos extremos —Complejo Oeste de Los Alacranes y Complejo Norte de Mucaancah— es de escasos 6 m. Aunque los pocos datos disponibles no permiten acercarnos a las formas concretas de la organización sociopolítica imperante en la región durante el Clásico, es difícil pensar que las comunidades tan jerarquizadas, como lo indican los vestigios arqueológicos, coexistieran tan cerca una a otra, siendo políticamente independientes o rivales, es decir, sin estar unidas cuando menos a nivel de una “macroestructura”.

En el Complejo Sur, del lado oriente de la estructura este del Juego de Pelota, encontramos dos bloques de piedra con relieves. Las dimensiones de cada uno de los bloques son de 70 × 35 × 35 cm. En una de las caras de cada bloque se encuentra la representación de un jugador de



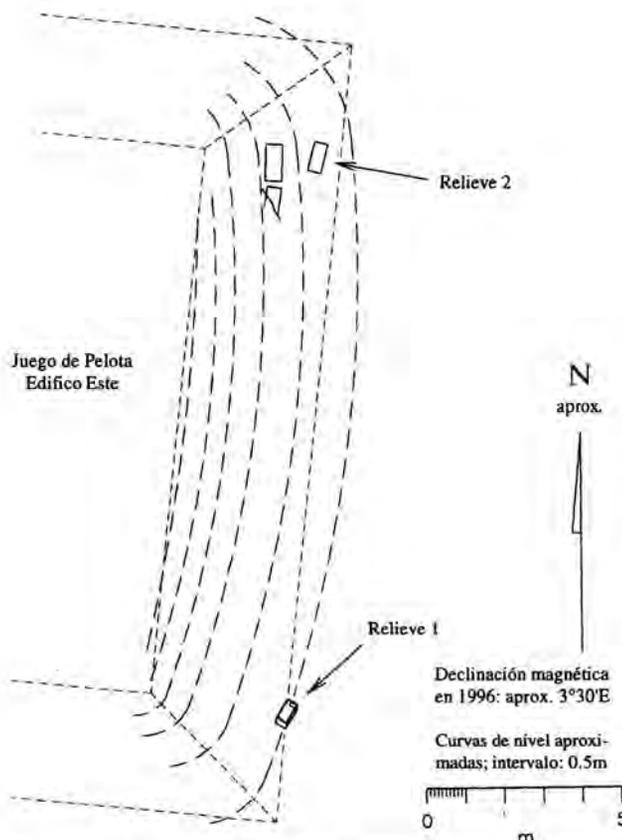
● Fig. 11
Mucaancah,
Complejo Sur:
Relieve 2

pelota en bajorrelieve (figs. 10 y 11). El bloque denominado Relieve 1 se encontró, con el relieve hacia arriba y fuera de su posición original, cerca de la esquina sureste de la estructura en el arranque del talud. El Relieve 2 estaba, con su parte inferior enterrada, cerca de la esquina noreste del montículo; la cara con el relieve daba al oriente. A menos de un metro al poniente del Relieve 2 y en un nivel más alto observamos dos bloques labrados (aunque sin relieves) alineados en dirección norte-sur. La posición en que se encontraron los tres bloques sugiere que formaban parte de dos peldaños de la escalinata de acceso en la parte alta del edificio. Es probable que los Relieves 1 y 2, este último encontrado casi *in situ*, fueran bloques extremos de un escalón. Ambos fueron removidos del sitio, para impedir su robo, mutilación y deterioro por agentes naturales, y entregados en resguardo al ejido Santa Rosa; pero antes fue realizado un levanta-

miento de detalle, para documentar la situación exacta en la que fueron encontrados respecto a la posición de los otros bloques que, cubiertos con tierra y escombros, quedaron *in situ* (fig. 12).

El jugador de pelota representado en el Relieve 1 se encuentra en posición casi extendida, mirando hacia la izquierda, desde el punto de vista del observador, y apoyándose en el piso con su mano y rodilla derechas (fig. 10). En su cuerpo, debajo del cual está la pelota, se conservan partes del protector de cintura. En el lado izquierdo del relieve se encuentra una superficie rectangular, sobre la que tal vez había una inscripción jeroglífica, actualmente borrada.

El Relieve 2 muestra a otro jugador, tendido boca abajo en el piso, con sus piernas dobladas hacia arriba y alcanzando con su mano la pelota que se encuentra en el extremo derecho inferior de la escena, debajo de un rectángulo erosionado en el cual —así como en el Relieve 1— quizá había un texto glífico (fig. 11). También este jugador conserva partes de su protector de cintura, en tanto que su cabeza con el tocado está muy deteriorada. Es notable que la porción izquierda inferior del relieve, que se encontró enterrada, está muy bien preservada: en esta parte se observa el borde decorado del faldellín o delantal del jugador, así como su protector de rodilla, en el que se logra identificar un rostro humano estilizado, parecido a los que adornan este elemento en otras representaciones conocidas de jugadores de pelota (cf. Coe, 1973, p. 30; Schele y Miller, 1986, pp. 255, 258 y ss., fig. VI.2, láms. 95 y 95a) y que Schele y Miller (1986, p. 250) interpretan como caras de Tláloc; el protector de rodilla se encuentra las más de las veces —así como en nuestro caso— en la rodilla derecha del jugador, costumbre que persiste durante el Postclásico (cf. Greene Robertson, 1991, p. 104). Los aspectos estilísti-



● Fig. 12 Mucaancah, Complejo Sur: levantamiento de la situación en la que fueron encontrados los relieves 1 y 2; el área representada corresponde a la señalada con el rectángulo en la fig. 9

cos de los dos relieves corresponden a los que, según Cohodas (1991, pp. 256 y ss.), son característicos de las representaciones del juego de pelota en el Clásico tardío.

Sin duda Mucaancah presenta un gran potencial para la investigación arqueológica, tanto por su tamaño y monumentalidad como porque su ocupación comienza aparentemente ya en el Preclásico: las excavaciones podrían contribuir, entre otras cosas, a una mejor comprensión del auge que vivió el norte del Petén en el Preclásico tardío, del "colapso" que ocurrió al final del periodo y de la transición al Clásico temprano (cf. Hansen, 1994, pp. 46 y ss.). Asimismo, es obvio que Mucaancah deberá tenerse en cuenta en las consideraciones acerca de la organización territorial y sociopolítica de los mayas en esta parte de las tierras bajas. De los sitios grandes, el más cercano conocido a la fecha es El Palmar, reportado por Thompson (1936) y situado a casi 18 km al noroeste de Mucaancah; la distancia es comparable a la que separa centros grandes en otras áreas (cf. Willey, 1981, pp. 402-407).

Dos Naciones

El sitio se ubica en los terrenos de los ejidos Dos Naciones y Los Tambores, en las partes altas de un cerro situado a casi 2 km al noreste del poblado Dos Naciones (longitud: 89°20'22" W; latitud: 17°58'42" N; altura sobre el nivel del mar: 330 m). En la cumbre y en las pendientes adyacentes hay diversas estructuras dispuestas alrededor de plazuelas y patios. La estructura más grande, en la cumbre del cerro, tiene alrededor de 8 m de altura y exhibe dos calas de saqueo. Una de las estructuras tiene expuestas partes de sus muros exteriores.

Nuevo Veracruz

El sitio se ubica en el ejido Nuevo Veracruz (perteneciente al estado de Quintana Roo), inmediatamente al oeste del poblado (longitud: 89°10'54" W; latitud: 18°03'05" N; altura sobre el nivel del mar: 180 m; las coordenadas corres-

ponden a las estelas). Aunque el sitio no fue bien inspeccionado y los datos con que contamos son deficientes, es obvio que se trata de un centro importante. Durante una breve visita observamos varias estructuras de más de 10 m de altura, así como dos estelas lisas, una todavía en posición vertical. Hace algunos años fue encontrada en el área una vasija policromada con dibujos bien preservados (Cortés de B., 1996). Las características de la vasija y de los restos arquitectónicos sugieren que el sitio floreció durante el Clásico.

Conclusiones

Considerando que el área abarcada por los recorridos de esta temporada es relativamente pequeña, los resultados obtenidos sólo permiten hacer más que algunas generalizaciones preliminares.

Los sitios registrados pueden calificarse como restos de poblados mayas que florecieron entre el Preclásico y el Postclásico. Todos tienen estructuras cuyas características reflejan la estratificación interna de las comunidades y los distintos niveles de integración sociocultural. La densidad de los vestigios arqueológicos en el área de prospección es comparable a la que se manifiesta en otras partes de las tierras bajas centrales. Además, en vista del hallazgo de algunos sitios con arquitectura monumental, es probable la existencia de otros centros importantes en la región. Los montículos habitacionales están distribuidos en grupos informales y grupos de patio. La frecuencia de ciertos tipos de grupos y agrupamientos y sus características particulares sólo podrán ser reveladas por estudios más detallados de patrones de asentamiento, pero parece evidente que la arquitectura monumental y los patrones urbanos comparten algunas características con el Petén, por una parte, y con el norte de Belice, por la otra. Cabe agregar que el estado en el que se encuentran actualmente casi todas las estructuras inspeccionadas no permite ver detalles de construcción; los pocos elementos arquitectónicos expuestos fueron observados casi exclusivamente en calas de saqueo.

Varios centros que registramos —Arroyo Negro, El Civalito, Los Alacranes, Mucaancah y Nuevo Veracruz— están localizados en la inmediata cercanía de la extensa área de bajos que se extiende hacia el este y sureste de la línea imaginaria con la que podemos conectar estos sitios. Por consiguiente, los centros mencionados pueden agregarse a la lista de sitios localizados en las orillas de grandes bajos, al parecer a raíz de diversas ventajas que ofrecía tal ubicación del asentamiento (*cf.* Harrison, 1981, p. 273; Folan *et al.*, 1995, p. 311).

En esta primera etapa de investigación no parece tener sentido intentar jerarquizar los sitios registrados, es decir, asignarles rangos o categorías según alguno de los métodos de clasificación propuestos (por ejemplo: Garza y Kurjack, 1980, pp. 18 y ss.; Turner *et al.*, 1981; Velázquez *et al.*, 1988, pp. 71 y ss.). Aplicando los criterios sencillos que empleó Harrison (1981, p. 269) para clasificar los sitios como “grandes”, “medianos” y “pequeños”, podemos concluir que los sitios descritos son grandes (Monumento 104, Complejos Este y Oeste de Los Alacranes, El Mameyal, Complejos Norte y Sur de Mucaancah, y Nuevo Veracruz) y medianos (Arroyo Negro, El Civalito, El Cacao y Dos Naciones), mientras que los demás son pequeños (Šprajc *et al.*, 1996), aunque quizá fueran sólo partes de asentamientos más grandes cuyos núcleos no se han detectado.

Debido a que los sitios registrados se localizan en terrenos ejidales, corren el peligro de ser afectados por asentamientos humanos y actividades agrícolas. No obstante, podemos afirmar que, hasta la fecha, la destrucción de vestigios arqueológicos ha sido causada sobre todo por los saqueadores: las innumerables calas recientes observadas en los sitios visitados, muchas evidentemente realizadas por profesionales que conocen la localización más probable de las tumbas, demuestran que el saqueo sistemático ha alcanzado dimensiones alarmantes. Aunque la destrucción de contextos arqueológicos, aunada a la sustracción de ofrendas funerarias y su consecuente desaparición, son hechos lamenta-

bles por sí mismos, hay que agregar que las calas y túneles descomunales con frecuencia producen daños irreparables en las estructuras. Si no se frena la depredación, las consecuencias podrían ser desastrosas: recordemos que a causa de las excavaciones ilícitas varios sitios del adyacente Petén guatemalteco ya quedaron por completo devastados (Hansen *et al.*, 1991, pp. 227, 239).

Las características de la arquitectura monumental y la presencia de monumentos esculpidos, incluyendo estelas con inscripciones, otorgan lugar especial a Los Alacranes y Mucaancah, sitios que sin duda conservan información muy importante para la comprensión del desarrollo cultural y de la organización social, territorial y política de los mayas del norte del Petén.

b
i
b
l
i
o
g
r
a
f
í
a

- Adams, Richard E. W.
1981. "Settlement patterns of the central Yucatan and southern Campeche regions", en W. Ashmore (ed.), *Lowland Maya Settlement Patterns*, Albuquerque, School of American Research-University of New Mexico Press, pp. 211-257.
- 1990. "Archaeological research at the Lowland Maya city of Rio Azul", en *Latin American Antiquity* 1 (1), pp. 23-41.
- Ashmore, Wendy
1981. "Some issues of method and theory in Lowland Maya settlement archaeology", en W. Ashmore (ed.), *Lowland Maya Settlement Patterns*, Albuquerque, School of American Research-University of New Mexico Press, pp. 37-69.
- Aveni, A. F. y H. Hartung
1989 "Uaxactun, Guatemala, Group E and similar assemblages: an archaeoastronomical reconsideration", en A. F. Aveni (ed.), *World Archaeoastronomy*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 441-461.
- Becker, Marshall Joseph
1971. *The Identification of a Second Plaza Plan at Tikal, Guatemala and its Implications for Ancient Maya Social Complexity*, tesis doctoral, Ann Arbor, University of Pennsylvania, University Microfilms.
- 1991. "Plaza plans at Tikal, Guatemala, and at other Lowland Maya sites: evidence for patterns of culture change", en *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, núm. 14, pp. 11-26.
- Coe, Michael D.
1973. *The Maya Scribe and his World*, Nueva York, The Grolier Club.
- Cohodas, Marvin
1991. "Ballgame imagery of the Maya Lowlands: history and iconography", en V. L. Scarborough y D. R. Wilcox (eds.), *The Mesoamerican Ballgame*, Tucson, The University of Arizona Press, pp. 251-288.
- Cortés de Brasdefer, F.
1996. "A Maya vase from 'El Señor del Petén'", en *Mexicon* 18 (1), p. 6.
- Chase, Arlen F. y Diane Z. Chase
1996. "The organization and composition of Classic Lowland Maya society: the view from Caracol, Belize", en M. J. Macri y J. McHargue (eds.), *Eighth Palenque Round Table, 1993* ("The Palenque Round Table Series", vol. 10, M. Greene Robertson, general editor), San Francisco, The Pre-Columbian Art Research Institute, pp. 213-222.
- Folan, William J.
1994. "Calakmul, Campeche, México: una megalópolis maya en el Petén del norte", en W. J. Folan (coord.), *Campeche Maya Colonial*, Campeche, Universidad Autónoma de Campeche, pp. 55-83.
- Folan, William J., Joyce Marcus, Sophia Pincemin, María del Rosario Domínguez Carrasco, Laraine Fletcher y Abel Morales López
1995. "Calakmul: new data from an ancient Maya capital in Campeche, Mexico", en *Latin American Antiquity* 6 (4), pp. 310-334.
- Garza Tarazona de González, Silvia y Edward Barna Kurjack Bacso
1980. *Atlas Arqueológico del Estado de Yucatán*, México, Centro Regional del Sureste, INAH.
- Graham, Ian
1967. *Archaeological Explorations in El Peten, Guatemala*, Middle American Research Institute Publ. 33, Nueva Orleans, Tulane University.
- Greene Robertson, Merle
1991. "The ballgame at Chichen Itza: an integrating device of the polity in the Post-Classic", en G. W. van Bussel, P. L. F. van Dongen y T. J. J. Leyenaar (eds.), *The Mesoamerican Ballgame*, Leiden, Rijksmuseum voor Volkenkunde, pp. 91-109.
- Hammond, Norman
1981. "Settlement patterns in Belize", en W. Ashmore (ed.), *Lowland Maya*

Settlement Patterns, Albuquerque, School of American Research-University of New Mexico Press, pp. 157-186.

•Hansen, Richard D.

1990. *Excavations in the Tigre Complex, El Mirador, Peten, Guatemala*, El Mirador Series, Part 3, Papers of the New World Archaeological Foundation no. 62, Provo, Brigham Young University.

1994. "Investigaciones arqueológicas en el norte del Petén, Guatemala: una mirada diacrónica de los orígenes mayas", en W. J. Folan (coord.), *Campeche Maya Colonial*, Campeche, Universidad Autónoma de Campeche, pp. 14-54.

•Hansen, Richard D., Ronald L. Bishop y Federico Fahsen

1991. "Notes on Maya codex-style ceramics from Nakbe, Peten, Guatemala", en *Ancient Mesoamerica* 2, pp. 225-243.

•Harrison, Peter D.

1981. "Some aspects of Preconquest settlement in southern Quintana Roo, Mexico", en W. Ashmore (ed.), *Lowland Maya Settlement Patterns*, Albuquerque, School of American Research-University of New Mexico Press, pp. 259-286.

•Killion, Thomas W., Jeremy A. Sabloff, Gair Tourtellot y Nicholas P. Dunning

1989. "Intensive surface collection of residential clusters at Terminal Classic Sayil, Yucatan, Mexico", en *Journal of Field Archaeology* 16 (3), pp. 273-294.

•McAnany, Patricia A.

1995. *Living With the Ancestors: Kinship and Kingship in Ancient Maya Society*, Austin, University of Texas Press.

•Morales López, Abel

1987. "Arqueología de salvamento en la nueva carretera a Calakmul, municipio de Champotón, Campeche", en *Información*, núm. 12, Universidad Autónoma de Campeche, pp. 75-109.

•Muller, Florencia

1960. *Atlas Arqueológico de la República Mexicana 2: Campeche*, México, INAH.

•Nalda Hernández, Enrique

1989. "Reflexiones sobre el patrón de asentamiento prehispánico en el sur de Quintana Roo", en *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán* 16, núm. 97, pp. 3-27.

•Nalda Hernández, Enrique y Javier López Camacho

1984. "Proyecto Atlas Arqueológico Nacional" (manuscrito), México, INAH, DRPMZA.

•Ruppert, Karl

1934. "Explorations in Campeche", en *Carnegie Institution of Washington Year Book*, núm. 33, pp. 93-95.

1940. "A special assemblage of Maya structures", en C.L. Hay, R.L. Linton, S.K. Lothrop, H.L. Shapiro y G.C. Vaillant (eds.), *The Maya and their Neighbors*, Nueva York, D. Appleton-Century, pp. 222-231.

•Ruppert, Karl y John H. Denison, Jr.

1943. *Archaeological Reconnaissance in Campeche, Quintana Roo and Peten*, Carnegie Institution of Washington Publication 543, Washington.

•Sanders, William T., Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley

1979. *The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Nueva York-San Francisco-Londres, Academic Press.

•Schele, Linda y Mary Ellen Miller

1986. *The Blood of Kings: Dynasty and Ritual in Maya Art*, Nueva York, George Braziller-Forth Worth, Kimbell Art Museum.

•Sydris, Raymond V.

1983. *Archaeological Excavations in Northern Belize, Central America*, Monograph XVII, Institute of Archaeology, University of California Los Angeles.

•Šprajc, Ivan, Florentino García Cruz y Héber Ojeda Mas
1996. *Proyecto de Reconocimiento Arqueológico en el Sureste del Estado de Campeche, como Parte de las Funciones del INAH en el Procede: Informe de la temporada Julio-agosto de 1996* (mecanuscrito), México, Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas, INAH.

•Thompson, J. E.
1936. "Exploration in Campeche and Quitana [sic] Roo and excavations at San Jose, British Honduras", en *Carnegie Institution of Washington Year Book*, núm. 35, pp. 125-128.

1939. *Excavations at San Jose, British Honduras*, Carnegie Institution of Washington Publ. núm. 506.

•Turner, Ellen Sue, Norman I. Turner y R. E. W. Adams
1981. "Volumetric assessment, rank ordering and Maya civic centers", en W. Ashmore (ed.), *Lowland Maya Settlement Patterns*, Albuquerque, School of American Research-University of New Mexico Press, pp. 71-88.

•Velázquez Morlet, Adriana, Edmundo López de la Rosa, Ma. del Pilar Casado López y Margarita Gaxiola
1988. *Zonas Arqueológicas: Yucatán*, México, INAH.

•Willey, Gordon R.
1981. "Maya Lowland settlement patterns: a summary review", en W. Ashmore (ed.), *Lowland Maya Settlement Patterns*, Albuquerque, School of American Research -University of New Mexico Press, pp. 385-415.

•Willey, Gordon R., William R. Bullard, Jr., John B. Glass y James C. Gifford
1965. *Prehistoric Maya Settlements in the Belize Valley*, Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, vol. 54, Cambridge, Harvard University.



Las esculturas estucadas de Chakanbakán

Una visita esporádica al sitio arqueológico de Chakanbakán efectuada en 1980 fue el primer paso de las investigaciones. El asentamiento de varios kilómetros de extensión aún no ha sido delimitado. Se encuentra a ambos lados de la carretera federal Escárcega-Chetumal, entre los sitios de Xpuhil y Kohunlich, en territorio quintanarroense (fig. 1).

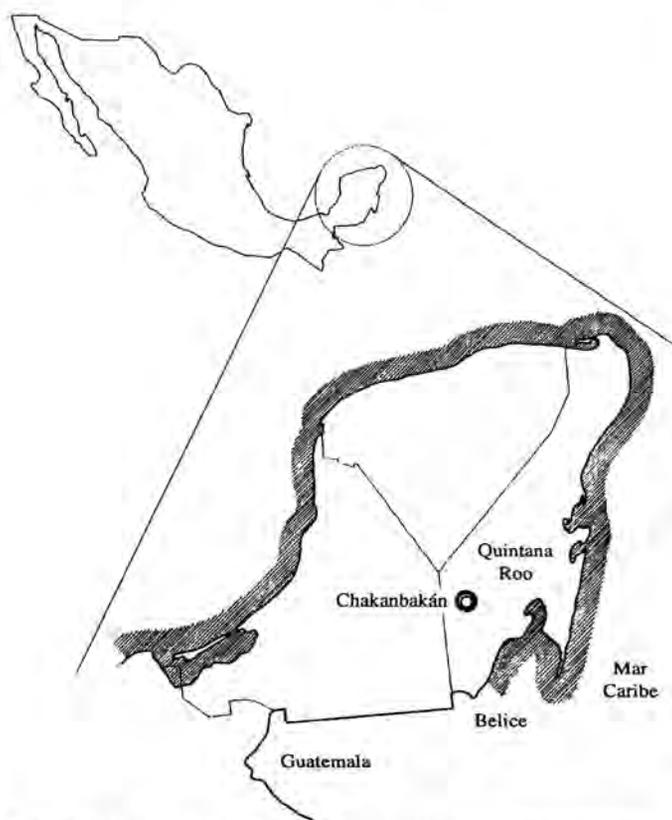
Chakanbakán es uno de los 863 sitios arqueológicos detectados hasta 1995 en Quintana Roo y uno de los 448 ubicados en el sur de la misma entidad.

La característica principal del centro cívico religioso se basa en su situación geográfica; se encuentra sobre una elevación natural menor del terreno a 300 m de altura, rodeada por el agua de la Laguna Om y la sabana, donde abundan lagartos, serpientes y aves acuáticas que, junto con los monos de la región, el tapir, el venado, el jabalí y otros animales, constituyen un ejemplo de fauna y flora común en el sur de Quintana Roo o en el Bajo Petén.

Uno de los conjuntos arquitectónicos importantes del lugar es el Grupo Jaguares, integrado por dos estructuras: una plataforma que sirve de basamento y un cono truncado de casi 30 m de altura, así como de otros edificios menores (fig. 2).

Sobre el Nohochbalam o estructura CH-1 (como se designa al edificio mayor) los saqueadores iniciaron en 1991 la destrucción de dos de las esculturas de estuco descubiertas en 1980 por quien suscribe. Como medida preventiva, ambas esculturas se cubrieron de nuevo con tierra y piedras colocadas cuidadosamente, de manera que no se lesionaran; este proceso fue implementado en otros sitios que tuvieron el mismo destino.

En 1993 dio inicio la prospección; el levantamiento topográfico incluyó el mapeo de un millón cien mil metros cuadrados de superficie, habiéndose registrado en aquel entonces alrededor de 400 construcciones de características plurales, y se



● Fig. 1 Chakanbakán se localiza relativamente cerca de los límites con Guatemala y Belice, en la región conocida como el Bajo Petén

recolectaron diversos ejemplares de tiestos de cerámica.

En 1994 y 1995 fue implementada la excavación de diversas construcciones; entre ellas se incluyó el Nohochbalam y la restauración de las figuras estucadas.

Liberación de esculturas

En coordinación con Arturo Solano, prestigiado restaurador del Centro INAH Tabasco, con la colaboración de seis ayudantes de restauración, bajo la dirección del director del proyecto, se inició la liberación de las esculturas estucadas, técnicamente designadas por los especialistas como mascarones.

La idea original consistió en liberar de escombros la estructura para dejarla al descubierto paralelamente a la liberación de los mascarones. Confor-

me avanzaba dicha liberación, y se tomaban las mediciones, las fotografías y se elaboraban los dibujos, el restaurador trabajaba al mismo tiempo, de manera que cuando cada mascarón quedaba liberado ya se le había proporcionado la intervención más urgente y se realizaba la construcción paulatina de un techo de guano para protegerlos del intemperismo; esto sucedió en la mayoría de los casos.

Los materiales utilizados por el restaurador fueron los mismos que se emplearon durante varios años en el vecino sitio de Kohunlich, una pasta elaborada a base de paraloid y sascab de gránulos de varios tamaños, posteriormente mezclados con *thinner* americano al 40% (comunicación personal con Arturo Solano, noviembre de 1994). La pasta se aplicó en los resanes y en los bordes. Con ella se unieron los fragmentos y se reintegraron algunas secciones que fueron apareciendo en el escombros.

Varias secciones faltantes se rellenaron con la misma pasta, para sustituirlas en la siguiente temporada de campo por los fragmentos de estuco original que se lograran identificar en el almacén de recuperación. Quedaba pendiente —para la siguiente temporada— “La limpieza de las esculturas, el tratamiento de textura, la diferenciación entre las restauraciones, la reposición y lo original, la corrección de errores de volumen, la restitución de color y la terminación de la restauración de los mascarones CH-1-V y CH-1-VI”.

Después se decidió cambiar de técnica; la Coordinación Nacional de Restauración del Patrimonio Cultural del INAH optó por sustituir los polímeros y emplear la técnica de inoculación de agua de cal y el retiro de las reintegraciones, así como de las reconstrucciones implementadas por Solano.

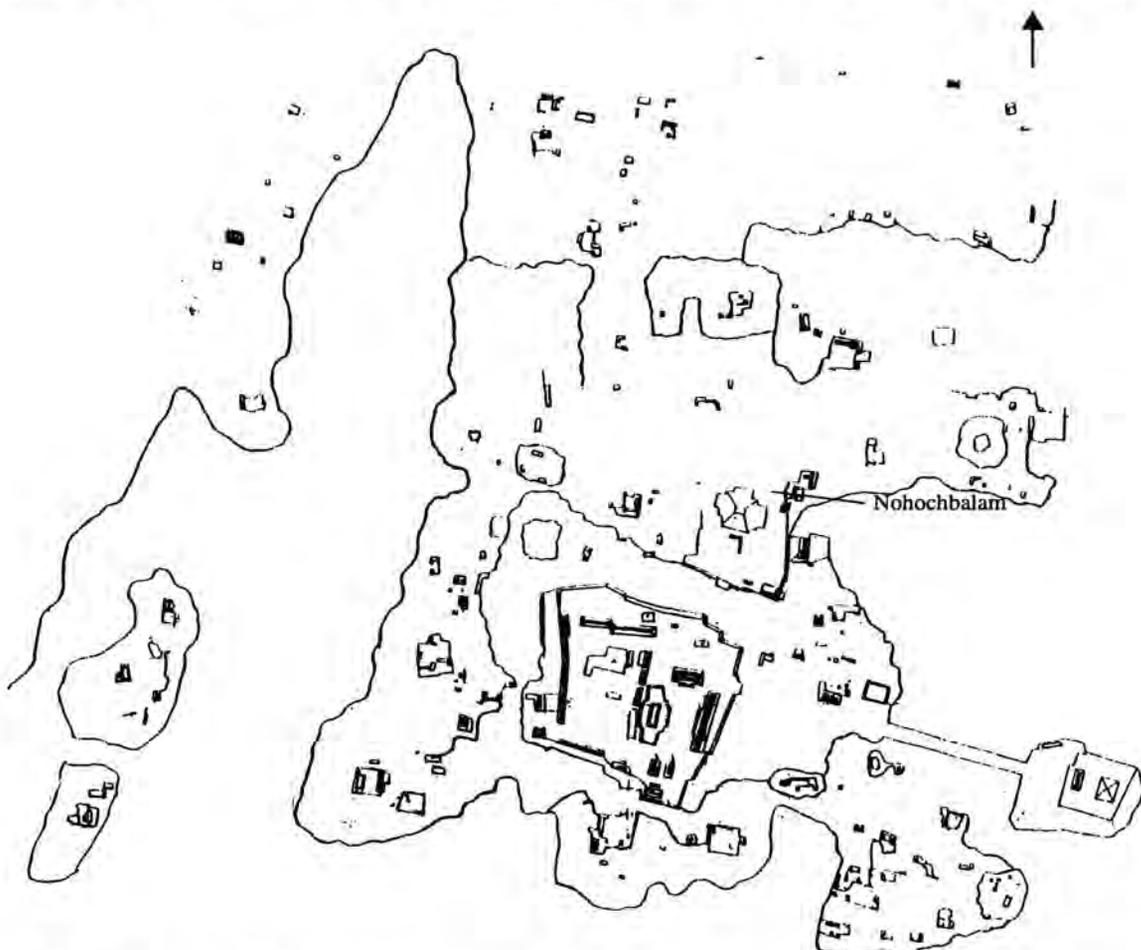
Durante el proceso de liberación de los mascarones se detectaron varias etapas constructivas

posteriores a la estructura que los contiene; no se trataba de simple escombros cubriendo la pirámide, como se creía en un principio, sino de un complejo sistema de superposiciones que habían cubierto y modificado su estructura original, por lo que se decidió no continuar liberando el resto de las esculturas. Gracias al registro metodológico de la información, la escalinata de la última época que había sido dibujada y marcada fue reintegrada; la parte desmontada con antelación se colocó en su sitio.

Al momento de liberar los mascarones del penúltimo y antepenúltimo cuerpos se advirtió que las esculturas habían sido cubiertas con piedras pegadas con lodo, en cuya mezcla se encontraban abundantes tiestos, y que un sistema de protección había sido implementado

en ellos para conservarlos bajo una nueva construcción.

Cuando los mayas de Chakanbakán decidieron cubrir las esculturas para dar paso a otro edificio, es lógico pensar que empezaron por las de abajo y posteriormente fueron ascendiendo hasta concluir con las del último cuerpo. Los últimos dos mascarones (CH-1-I y CH-1-II), situados a ambos lados de los restos de su escalinata original, fueron cubiertos en la época prehispánica con tierra vegetal acompañada de pequeñas piedras granuladas, con lo que se quería evitar el deterioro de las esculturas. Enseguida se colocaron piedras de regular tamaño pegadas con lodo, las cuales sirvieron como núcleo al muro de piedra careada, alisada, para recubrirse con una capa delgada de aplanado de estu-



© Fig. 2 El Nohochbalam es la estructura de mayores dimensiones del sitio arqueológico; durante las últimas exploraciones se detectaron varios mascarones estucados con gran cantidad de atributos de la cultura olmeca

co. Sobre este mismo muro fue colocado el relleno de lo que sería el último cuerpo de la pirámide con su respectivo muro estucado.

Los dos mascarones del penúltimo cuerpo fueron recubiertos también con una capa de tierra negra con piedras granuladas, a veces sobre éstas un poco de sascab. Encima recubrieron el mascarón con relleno de piedras desde muy pequeñas hasta grandes, pero sin sobrepasar el peso que pudiera soportar un hombre normal. Este núcleo concluía con dos muros paralelos que corrían rumbo a la escalinata y en sentido opuesto, integrando así el penúltimo cuerpo de la nueva estructura piramidal. En varios casos se observó que el peso de la construcción provocó la incrustación de piedras regulares a través del estuco de los mascarones.

Tanto en el núcleo de la última escalinata como en el relleno de los cuerpos piramidales penúltimo y antepenúltimo, hacia el frente de los mascarones, se encontraron, formando parte del material de construcción, trozos de estuco provenientes de los mascarones, que fueron rotos de manera intencional.

Los mascarones CH-1-V y CH-1-VI conservan la evidencia de haber sido destruidos intencionalmente; el primero fue perforado a la altura de la orejera izquierda para incrustar el muro de mampostería para que se sujetara con fuerza, formando un cajón que se relleno también con el mismo material, hasta concluir esa sección del nuevo cuerpo de la pirámide. Para aferrar la nueva mampostería, conformada homogéneamente de lodo y piedra, la cara del mascarón fue desfigurada desprendiéndole casi todo el estuco, a tal grado que quedara al descubierto el núcleo. Mediante algunos restos de estuco en el tocado fue posible rescatar valiosa información.

El mascarón CH-1-VI se trató igual; en la sección derecha de la cara se destruyó por completo la orejera y parte del tocado; los nuevos constructores hicieron una abertura a manera de entrada y construyeron perpendicularmente un muro de amarre casi paralelo y abajo de la esca-

linata más reciente. La cara del mascarón tuvo mejor suerte —sólo fue desprendido el estuco— pues dejaron el aplanado de lodo para cuadrar al amarre de las nuevas piedras (pegadas con lodo) que integrarían el cuerpo del edificio en esa sección. A pesar de haber sido desprendido el estuco, con excepción de la boca, se distingue a la perfección una cara humana de rasgos felinos con tocado.

Los otros mascarones no fueron exhumados; sólo se dibujó parte de la orejera del CH-1-VII en 1991. El CH-1-XIV se logró observar parcialmente a través de una horadación.

Es importante mencionar que cuando se terminó de cubrir cada mascarón en la etapa siguiente, los mayas colocaron un piso de estuco sobre el nuevo cuerpo de la pirámide; así se continuó hasta concluir el último. Finalmente, los constructores del nuevo edificio hicieron seis gigantes mascarones que se sobrepusieron a los anteriores seis de los primeros tres cuerpos; no se encontraron evidencias de la existencia de mascarones en los cuerpos superiores.

Fabricación de los mascarones

El Nohochbalam de Chakanbakán es una subestructura aparentemente de siete cuerpos, provista de escalinata con vista al sur. Como es común en este tipo de edificios, a mayor altura menor el volumen en la cima. Con el mismo principio los mayas de Chakanbakán fabricaron siete pares de mascarones, dispuesta cada escultura a ambos lados de la escalinata sobre los siete cuerpos. Las paredes de los cuerpos inclinados hacia adentro, a manera de talud, fueron el soporte de cada escultura estucada, salvo que en el centro, exactamente donde va la cara, los escultores dieron volumen a manera de protuberancia amorfa con piedras pegadas con lodo aferrando el núcleo al cuerpo del edificio, en tanto lo que sería parte de las orejeras y demás adornos aparecían; con base plana de piedra bien careada, la parte central la constituía la masa amorfa, misma que posteriormente fue tomando forma con nuevas piedras de mejor calidad, según lo requiriera la parte de la

cara que se deseaba definir. Por el trabajo posterior al armado estructural de los mascarones se infiere que, para haber obtenido tan magníficos resultados, era obvia la existencia de un dibujo previo de donde se iba copiando el diseño.

El siguiente paso fue recubrir el armado de la estructura de la cara, la cual ya había adquirido la forma deseada; aunque burda, adoptó la imagen de una cara humana integrada por piedras; encima, las juntas se rellenaron con argamasa de tierra negra, quizá de lodo procedente de la laguna mezclado con gravilla fina. La argamasa recubrió la totalidad de la cara, alcanzando espesores variables de acuerdo con la complejidad de las diversas partes que conforman el mascarón. Esta aplicación se colocó de manera homogénea en toda la escultura al mismo tiempo, ya que no aparecen evidencias de tareas, por lo menos hasta donde se logró observar. La aplicación de esta capa a manera de piel definió la forma más cercana a un rostro casi humano.

Sobre los taludes que sostendrían el resto de la decoración, posterior al secado de la argamasa, el escultor aplicó una capa delgada de estuco, hacia ambos lados del mascarón; sobre esta capa se practicó la *sinopia* de las figuras, exclusivamente en áreas más planas o poco voluminosas.

Otro elemento constitutivo de la fabricación de las esculturas fue el más importante, la pasta fina: elaborada a base de cal, sascab en grano y tamizado, gravilla fina y concreciones de madera de diversos tamaños, hasta de 2 cm de largo. El mascarón se recubrió con el estuco; las partes menos voluminosas se fabricaron con estuco muy fino y sumamente duro, sin fragmentos de madera. Encima de esta pasta se colocó, antes de secarse, otra del mismo material, pero con la madera mezclada. Podríamos decir que se trata de una misma capa de estuco, sólo que de fondo muy compacto, resistente. En las partes delgadas de la cara, ésta doble capa no aparece, sólo es una.

Con el modelado final de pasta de estuco se detallaron las cejas, los párpados, los bordes de los

labios, las orejeras, los ángulos de toda la escultura. Algunos elementos fueron hechos exclusivamente de estuco, con el principio del pastillaje.

Habiéndose secado las esculturas de manera natural con el calor solar, se recubrieron probablemente con una delgada capa de barro o directamente se colocó leña, encendiéndosele fuego y propiciando así el endurecimiento del estuco.* Después se retiraron el carbón, las cenizas y la protección de barro. Sobre la obra terminada se decoraron los mascarones con bandas y líneas negras de varios grosores, delineando contornos y proporcionando forma a los ojos, dientes, párpados y otras partes de la cara y tocado. También hay líneas curvas, puntos, líneas paralelas, bandas verticales y horizontales.

La iconografía

El mascarón es un complemento de la arquitectura muy generalizado en el área maya, aunque este tipo de esculturas estucadas no están asociadas, en general, a estructuras de estilo Petén. El Nohochbalam es un edificio muy común de características peteneras; sin embargo, las esculturas, pese a su austeridad iconográfica, poseen un caudal de información que contribuye a ampliar los conocimientos acerca de la sociedad que edificó esta ciudad.

Los seis mascarones exhumados son esculturas antropozoomorfas: ni son completamente humanas ni completamente animales; son rostros similares a los de seres humanos pero con rasgos felinos, específicamente del jaguar.

Los dos mascarones más pequeños (CH-1-I y CH-1-II), situados con el talud sur del último cuerpo, tuvieron originalmente poco más de 3 m de altura y poco más de 4 m de ancho. Ambos son muy semejantes entre sí; difieren ligeramente en el tocado y en la expresión del rostro; éstos sí son más animales que humanos. Los dos llevan un casco en la cabeza con orejeras enmarcando la cara de manera similar a las cabezas colosales de Tabasco y Veracruz. Los ojos ras-

* Será necesario realizar más análisis de laboratorio para comprobar que así sucedió.

gados, un poco oblicuos, se conservan en buen estado en los dos casos, salvo los izquierdos.

En el centro, en el desplante superior de la nariz, resalta el entrecejo. La nariz es prominente; en ambos casos las fosas nasales se encuentran al frente, en forma circular. De la boca apenas se aprecian dos depresiones laterales separadas por la protuberancia de los dientes. Los dos mascarones descansan sobre otro mascarón de barbilla, a los que, en la siguiente etapa, les fue mutilada la nariz para construir el muro que los cubriría. Los mascarones inferiores yacen con los ojos abiertos, con la pupila decorada en negro. A los lados de la cara, las orejeras y sus accesorios descansan sobre un zoclo; éstas parecen representar conchas marinas y colmillos pendientes.

Desde el punto de vista estético, los dos mascarones son de menor calidad que los del cuerpo inferior; al parecer sus constructores disminuyeron su entusiasmo e interés en ellos cuando los demás habían sido elaborados con mayor calidad y estética; tal vez porque fueron los últimos en fabricarse.

Los mascarones del penúltimo cuerpo oscilan entre los 4 m de altura y 6 m de ancho (CH-1-III

y CH-1-IV). Su estado de conservación es mejor que regular. El CH-1-III se encuentra en mejores condiciones que su pareja CH-1-IV, a pesar de los estragos causados por los depredadores en la nariz, la frente y el casco.

Sus espectaculares dimensiones, los elementos que los componen y la expresión del rostro hacen del mascarón CH-1-III la más importante de las seis esculturas exhumadas en Chakanbacán. En la cabeza lleva un casco similar al de las cabezas colosales olmecas, con las orejeras vistas en perfil descendentes a manera de barras a ambos lados de la cara, para descansar sobre el zoclo en los mismos lados. En la cara el entrecejo fruncido aparece dividido en dos, como si el personaje estuviera enojado (fig. 3).

Los ojos, aunque incompletos, aparecen oblicuos y rasgados, enmarcados en los párpados más afuera que los propios ojos, pero menos que las mejillas. Abajo de los ojos una línea horizontal se encargó de destacar los pómulos. Sobre éstos se elaboró una figura en forma de nuestro signo de coma, horizontal. Los restos de la nariz *in situ* y los ejemplos de las narices de las otras esculturas permitieron inferir que, como aparece en la restauración, así fue; sólo lo sabremos cuando se ensamblen los originales recuperados en el escombros.



● Fig. 3 El mascarón denominado CH-1-III representa el jaguar en una de sus advocaciones diurnas

La nariz descansa sobre el labio superior y éste, a su vez, sobre la base de los dientes superiores, originalmente diseñados con líneas de pintura negra. Las fauces abiertas están perfectamente elaboradas, profundizadas con pigmento negro y enmarcadas por las comisuras los bigotes, que parece no tener duda de que lo son, fueron resaltados con líneas paralelas centrales desde la raíz hasta la punta.

Del centro que está abajo de las fauces emerge el mentón. La cara se asienta sobre un segundo mascarón de barbilla de semblante extraordinario, aunque horripilante. La nariz es ancha, remarcadas las aletas de las fosas por encima con una línea curva, de las mismas aletas perforadas surgen dos cuentas tubulares de puntas redondeadas, simuladamente de jade, mismas que descansan sobre el hocico (fig. 4).

Los ojos amplios, dibujadas las pupilas con pintura negra, asoman entre párpados y cejas tendientes a lo flamígero. La mirada es solemne y profunda. Abajo de los ojos, directamente sobre el piso inmediato, aparecen estilizados unos dientes. En ambos lados de la cara se advierte el tocado con un marco ancho, donde se plasma un maxilar superior descarnado, con los dientes

centrales realistas en tanto los demás están estilizados, semejantes a los del mascarón de barbilla. En el ángulo superior, sobre el maxilar, emerge un elemento redondo en espiral como si se tratara de un ojo.

En el centro de la escena la enorme orejera contenía cinco prominencias, una de ellas central. Toda la orejera estaba asentada simuladamente sobre dos barras horizontales. Tanto en la parte superior como en la inferior aparecen dos POP con los extremos redondeados. El zoclo que sirve de base a toda la composición es el espacio que en otros lugares, como en Kohunlich, se utilizó como banda celeste, donde se observan representaciones de algunos astros. Aquí sólo aparecen dos bandas verticales y un elemento lanceolado. Todo el arreglo, incluyendo el mascarón, tiene una tonalidad oscura, más que por la acción del fuego por la pátina del tiempo.

Su similar, el mascarón CH-1-IV, es muy parecido; existen ligeras diferencias en la sección lateral del tocado. A pesar de ser semejante en la composición escenográfica, la calidad estética no es la misma; el autor del CH-1-III era un auténtico artista; él no fue quien elaboró las otras esculturas; un análisis dactilográfico tal vez podría



● Fig. 4 El mascarón CH-1-III se acompaña de un segundo mascarón de barbilla en su advocación de jaguar nocturno

despejar la duda. A pesar de su deterioro, es posible apreciar sus diferencias; es necesario hacer mención especial del dibujo situado en el zoclo derecho abajo del atado, aún no identificado.

El mascarón CH-1-V conserva sólo restos de pasta de estuco en parte de la cabeza y el tocado de la sección izquierda; como en los casos anteriores, el mascarón tenía un casco compuesto con orejeras alargadas. En medio del casco había dos volutas en sentido opuesto una de la otra. En la parte superior de la frente y a los lados del casco se colocó un elemento circular con la técnica del pastillaje. Aún quedan restos de pintura negra en varios puntos. El lado izquierdo del tocado permite observar varias figuras en altorrelieve; debido a la falta del resto de la composición es imposible saber de que se trata.

El mascarón CH-1-IV, como se dijo, se encuentra desfigurado; a no ser por los restos de las fauces y los colmillos dibujados diríamos que perdió todo el estuco. A pesar de ello, a través de la estructura de piedra y el recubrimiento de argamasa se advierte la forma del casco y los rasgos faciales zootropomorfos.

Los seis mascarones están asociados al jaguar; es muy probable que los otros ocho también representen al felino. El jaguar se relacionaba con las tinieblas, la oscuridad, el inframundo, los muertos; simbolizaba el sol nocturno. La suntuosidad del edificio y la solemnidad repetitiva de felinos nos hace pensar en lo importante que debió ser el Nohochbalam para la cosmogonía de Chakanbakán. En una fecha relevante, aún no determinada, cuatro individuos fueron decapitados al pie de la pirámide en el altar del templo adjunto conocido como Kulpool; es probable que hayan sido jóvenes competidores del cercano juego de pelota ubicado a poco más de 200 m de distancia; la cancha está orientada directamente al altar y a la pirámide, en una sección del trayecto en una pequeña calzada que une los grupos Jaguares y Danto.

Las cabezas de los jóvenes fueron ofrendadas al culto del dios nocturno; se depositaron cuatro

vasijas, se cubrieron con cuatro más y se selló el piso junto con el altar. Hoy se conserva uno de aquellos cráneos; de los otros tres se tiene evidencia de su existencia. Sin embargo, todavía hace falta demostrar cuáles mascarones se encontraban expuestos cuando sucedió este hecho, ¿los primeros o los de la segunda época? No es tan difícil aceptar la relación del sacrificio humano con el Nohochbalam y el juego de pelota; recuérdese que la pelota era la representación misma del sol. En Kohunlich, ciudad maya eminentemente dedicada al astro, la cancha está orientada de este a oeste; la pelota en movimiento significaba el trayecto del sol de oriente a poniente con su ruta al ocaso, al inframundo donde convertido en jaguar, el señor de las tinieblas, el sol de noche deambulaba por el camino de los muertos hasta que alcanzaba el alba, convertido en sol naciente, en sol nuevo, en sol de día; es por ello que Kinich Ahau, en el Kohunlich, aparece como dios joven emergiendo de las entrañas del monstruo de la tierra a través de las fauces, pintado de rojo y mirando hacia el poniente.

Sobre el mismo concepto de muerte o dios nocturno, en los mascarones CH-1-III y CH-1-IV encontramos motivos de evocación a ella, como la mandíbula descarnada acompañada por los elementos ya descritos, atributos frecuentes en estelas y tableros del área maya, así como en la Lápida Sepulcral del Templo de las Inscripciones de Palenque.

Filiación con otros sitios y con otra cultura

Desde el inicio de las exploraciones del Nohochbalam en 1994, la primera impresión que tuve al ver liberado el mascarón CH-1-III fue que me encontraba frente a una cabeza colosal olmeca; de no ser por algunos indicios del rostro y la ornamentación, lo habría aceptado en su totalidad. El análisis detallado de la parafernalia que lo rodea influyó en nuestra decisión para negarlo, pero no en su totalidad, pues creo que muchos de sus atributos —y no pocos— proceden de la cultura del litoral del golfo. Al exhumar las otras cinco esculturas con característi-

cas similares, la aceptación derivó en mayor convencimiento.

Recapitulando la geografía peninsular, siempre insistimos en hallar la presencia olmeca en diversos sitios arqueológicos, y a más recientes exploraciones de colegas, mayores evidencias al respecto. Los primeros indicios se presentan en el bajorrelieve de Loltún, donde aparece un personaje de pie ataviado con cinturón de máscara en el frente, así como un tocado y otros implementos en las manos; estilísticamente se parece a otros relieves olmecas del Centro de México.

Los mascarones de Kohunlich tienen los labios gruesos, olmecoides. Los de Butrón, lamentablemente hoy desaparecidos, también eran de labios semejantes. Los llamados reyes de Balamkú llevan pectorales de máscaras antropomorfas, que a mi juicio son de rasgos fisonómicos olmecas. El pectoral del Rey 3 porta un casco, entrecejo abultado, cara redondeada, pómulos saltados, nariz ancha y labio superior grueso, según se aprecia en los restos. En la estructura 50a de San Gervasio, Sabloff y Rathje localizaron un pendiente de jade olmeca. Asimismo, en Edzná fue descubierto un mascarón de estuco en la estructura 419-1; Zapata (1991, pp. 28-63) identifica elementos de filiación olmeca.

Si los sitios citados son poseedores o no de influencia olmeca es tema que postergaremos; por ahora considero pertinente argumentar los atributos olmecas detectados en el Nohochbalam de Chakanbakán.

La representación de un hombre-jaguar en el mascarón CH-1-III es de por sí un rasgo evidente; otro de los atributos es el volumen de la escultura comparable con el tamaño de las cabezas colosales; a los olmecas les agradaba esculpir imágenes megalíticas. El uso del casco es un elemento más, pero no sólo bastó fabricarlo sino que además se elaboró la banda o diadema que en las esculturas colosales rodeaba toda la cabeza; también hay unas acanaladuras verticales elaboradas con el mismo estuco y, en el caso del mascarón CH-1-IV, las volutas y grandes pastillas.

Del casco del mascarón CH-1-III descienden dos orejeras por las mejillas en forma de barras, exactamente igual a las que penden de las cabezas monolíticas mencionadas.

Otras semejanzas con lo olmeca, además de lo jaguaresco, es el ceño fruncido subdividido en dos protuberancias, los ojos rasgados y oblicuos como en las demás esculturas, los párpados rectangulares sumidos con respecto a las mejillas, las líneas horizontales a la altura de los pómulos, la cara ancha y redondeada, los pómulos resaltados, la nariz que se aprecia en los otros mascarones es ancha, con las fosas nasales redondas, hocico abierto y prominente en la parte superior, dientes superiores resaltados con pintura negra, fauces abiertas y hendidas, comisura de los labios bajas, labios gruesos, el inferior más alto que las comisuras, mentón prominente, el mascarón de barbilla conserva cejas con tendencias ligeramente flamígeras.

Más golondrinas para hacer primavera no son necesarias; tal vez valga la pena exponer esta cita:

La presencia de atributos olmecas en los mascarones de Chakanbakán no significa la continuidad en el área maya de la Cultura del Litoral del golfo, sino más bien se trata del aprovechamiento de atributos olmecas en composiciones contextuales de la Cultura Maya. Si bien es cierto que la llamada "cultura madre" irradió a otras, queda demostrado en Chakanbakán su influencia, considerada tal, como la inclusión de elementos de una cultura extinta en el desarrollo de otra. Si se observa con detenimiento el mascarón CH-1-III se aprecia con claridad la diferencia de la parte central de la composición, o sea la cara con todos esos atributos externos en contraste absoluto con las escenas laterales claramente mayas.

Se sabe de la existencia de varios sitios arqueológicos en el área maya con presencia de mascarones exhumados, como en Uaxactún, Tikal, Altunhá, El Mirador, Cerros, Lamaná, Edzná, Becán, Calakmul, Kohunlich y otros sitios. En Quintana Roo se detectaron 14 sitios más que conservan mascarones modelados en estuco que aún permanecen cubiertos por el escombro; no se sabe cuántos de ellos pudieran poseer rasgos olmecas, pero con los antecedentes anteriores, no se descartaría la probabilidad.

Comparando los mascarones de Chakanbakán con los de otros sitios, se desprende que ninguno es parecido a éstos; el que más se acerca es el encontrado por Zapata en Edzná; al parecer la manufactura es la misma; a mi modo de ver es semejante al CH-1-III de Chakanbakán exclusivamente y poco, en la fisonomía, mínimamente con los elementos decorativos. Sin embargo, veo también un casco encima con moldura, el ceño fruncido, nariz ancha, fauces profundas y el nudo que en el CH-1-III aparece cuatro veces en las orejeras.

Los mascarones del Templo de El Tigre también son descomunales; aunque representan al jaguar antropomorfizado, no hay semejanza estilística, a no ser por los grandes nudos de las orejeras y las posibles mandíbulas descarnadas (Matheny, 1986, pp. 22 y 31). En Cerros las esculturas se aproximan más a Chakanbakán: proporciones, técnica de manufactura, casco con acanaladuras y pastillas. Aunque tipológicamente los mascarones de la estructura H-SUB 3, Plaza Sur, Grupo H, de Uaxactún no sean semejantes a los que estamos examinando, coinciden en la nariz, en las narigueras tubulares, en la trompa y en el ceño fruncido.

El tipo de esculturas estucadas presentes en Chakanbakán abarca una amplia distribución en el área maya, pero las características peculiares se restringen geográficamente.

Cronología

Como se podrá constatar, en ningún momento se dijo que los mascarones del Nohochbalam son olmecas; se sugirió la continuidad de ciertos elementos como reminiscencias en composiciones escultóricas de la cultura maya. Entre los mascarones de Chakanbakán y el desarrollo de aquella cultura hay mucha distancia; como se dijo en otro trabajo:

aunque dista en varios siglos con la maya, no cabe la menor duda que su influencia quedó plasmada en Chakanbakán, no es de extrañarse, pues cuando la era olmeca se consumó allá por los años 600 a 400 a.C. el área maya

poseía ya algunos rasgos que definirían la cultura del sureste mexicano y de parte de Centroamérica.

Estos mascarones, de cierta composición "austera", son característicos del Preclásico; si se comparan con los de Kohunlich, resaltará la diferencia, ya que la composición barroca de aquellos se integra de abundantes elementos, congestionando los espacios. Los ojos rasgados y oblicuos, jaguarescos, no son comunes en el Clásico temprano, periodo al que pertenecen los de Kohunlich.

Las esculturas del Nohochbalam están mirando al sur; aunque no es regla establecida; sólo para el Preclásico, sí es común en algunos otros sitios. Otra característica de estos mascarones es su confección, la técnica de manufactura y el color del estuco con remarcaciones negras, caso distinto para el Clásico temprano, donde el color predominante es el rojo, que invade en la mayoría de los casos, no sólo la obra escultórica sino todo el edificio.

Creemos pertinente situarlos en el Preclásico superior—el análisis de la cerámica localizada en las exploraciones, presente en los inicios de su clasificación, contribuirá a esta hipótesis—, pero más importante es el complemento cronológico que se obtendrá de los trozos de carbón descubiertos en la pasta de estuco de los mascarones en 1994.

Bibliografía

- Zapata Peraza, René
1991. "Un mascarón Preclásico en Edzná, Campeche", en *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, año 19, septiembre-diciembre de 1991, núm. 110-111, Mérida, Yucatán.

Costumbres funerarias y sociedad del Clásico tardío en la cuenca de Zacapu, Michoacán

Al inicio del siglo XIII, cuando los antepasados del Cazonci se establecieron en la cuenca de Zacapu, llegaron a un territorio ocupado desde hacía mucho por pueblos sedentarios. Los datos proporcionados por las fuentes etnohistóricas muestran que, en esa época, los grupos de pescadores y agricultores que vivían en las cuencas lacustres de Michoacán tenían una compleja organización social. Si bien la *Relación de Michoacán* relata la llegada al poder de un grupo supuestamente chichimeca, también nos enseña que el intrincado proceso de formación del estado tarasco resultó de la integración de los recién llegados con las poblaciones autóctonas. Sin embargo, hasta hace poco no se sabía mucho de la historia de esos pueblos que vivían en las cuencas lacustres de Michoacán antes del Postclásico. Las investigaciones realizadas por el CEMCA en la región de Zacapu desde hace más de diez años revelaron una parte de esa historia antigua. El propósito del presente artículo es dar a conocer parte de esos trabajos. Aquí, intentaremos sacar provecho de los datos proporcionados por el contexto funerario para conocer mejor las sociedades que se desarrollaron en la cuenca de Zacapu entre 500 y 900 de nuestra era. Enfocaremos, en particular, los complejos funerarios excavados en el sitio de Guadalupe.

Guadalupe pertenece a un conjunto de sitios ubicados al noreste de la ciudad de Zacapu (fig. 1). Estos asentamientos se distribuyen sobre una serie de ligeras ondulaciones del terreno, conocidas localmente como *lomas*. Las investigaciones arqueológicas e históricas realizadas en esta zona a partir de 1983 (Arnauld *et al.*, 1993) mostraron que el contexto ambiental de esos sitios había sufrido cambios drásticos al inicio del presente siglo. En aquella época, el fondo de la cuenca, aún inundado por una gran ciénega, fue desecado de manera artificial por los hermanos Noriega, dueños de la hacienda de Cantabria. Desde entonces, las lomas, como toda la ciénega, constituyen una gran llanura agrícola. Sin embargo, en la época prehispánica las lomas formaban una avanzada de tierra firme en el gran pantano de Zacapu.

* Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA).



● Fig. 1 Ubicación de los sitios mencionados

La loma de Guadalupe se encuentra en el límite sur de esta zona. El sitio fue descubierto en 1994 durante el recorrido sistemático efectuado en el marco del proyecto Michoacán (*idem*). Desde entonces, la presencia de importantes concentraciones de materiales arqueológicos en la superficie llamó la atención de los arqueólogos. A pesar de que los sitios de las lomas se caracterizan por la ausencia de estructuras visibles en superficie, dos elementos interesantes destacaban en Guadalupe. Primero, la presencia de bloques y lascas de basalto levantados por el arado indicaban que podían existir estructuras conservadas en el subsuelo. En efecto, el sustrato natural de la ciénaga carece de este tipo de material, que fue extraído por el hombre a partir de los macizos volcánicos que rodean la cuenca. Segundo, además del abundante material cerámico visible en la superficie, el dueño de la parcela había encontrado ahí una máscara de piedra de estilo teotihuacanoide (*ibid.*, p. 121).

Dos primeras temporadas de excavaciones fueron realizadas en 1985 y 1986 (*idem*). Varios sondeos mostraron que el sitio presentaba depósitos antrópicos bien conservados, en particular en la cumbre de la loma. En esta zona se realizaron excavaciones extensivas que permitieron el descubrimiento de un importante conjunto funerario

(dos tumbas colectivas). La complejidad de esas estructuras funerarias y el buen estado de conservación de los vestigios plantearon la necesidad de volver a excavar en el sitio para tratar de entender mejor los ritos mortuorios del Clásico. Dos nuevas temporadas fueron realizadas en 1993 (Pereira, 1996a), las cuales permitieron ampliar las excavaciones alrededor de las tumbas colectivas y explorar otros conjuntos funerarios ubicados en diversas partes de la loma (fig. 2).

Los trabajos realizados en la loma de Guadalupe permitieron conseguir importante información tanto acerca de las costumbres funerarias como

de las propiedades bioantropológicas de las poblaciones del Clásico tardío.¹ En este artículo nos limitaremos a presentar las características socioculturales resultantes de esta investigación.

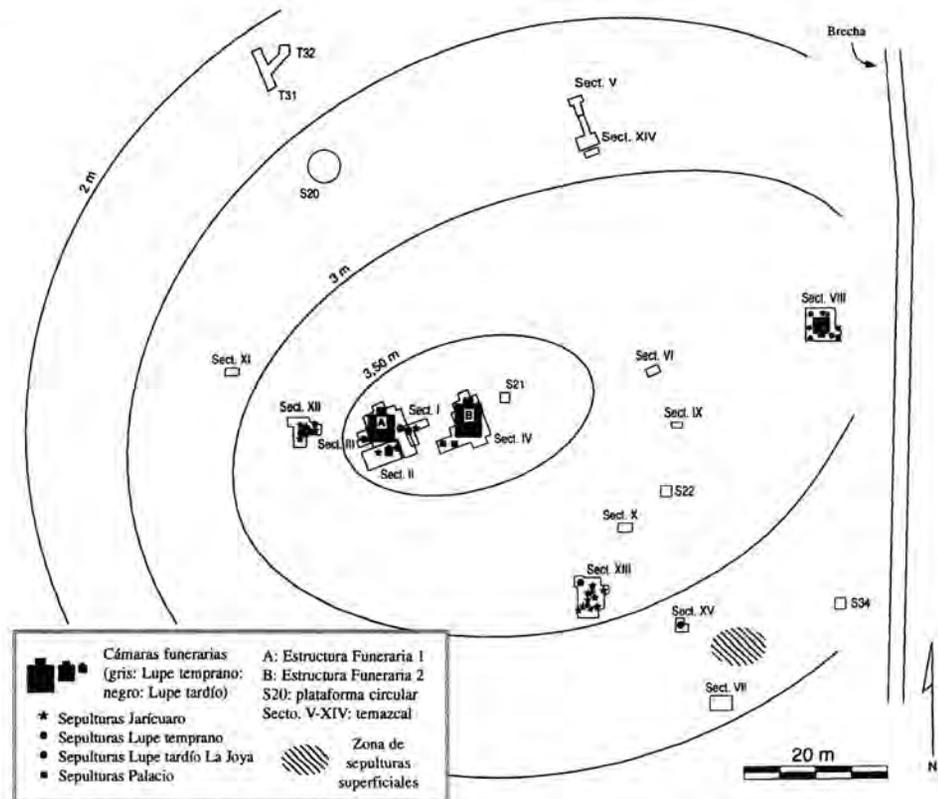
Cronología y secuencia de ocupación

Las excavaciones realizadas en Guadalupe indican que el sitio fue ocupado de manera continua durante la segunda mitad del Clásico. Varias etapas ocupacionales fueron definidas con base en las evidencias estratigráficas (Pereira, 1996a, pp. 38-58). Esas etapas pudieron ser fechadas con el material cerámico asociado, respecto a la secuencia cronológica establecida por Michèlet (1993; Michèlet *et al.*, 1989). Las numerosas vasijas encontradas en las ofrendas funerarias (95 piezas completas) permitieron confirmar la secuencia.

Secuencia de ocupación

Las primeras huellas de presencia humana en la loma corresponden a la fase Loma Alta 3 (350-500 d.C.). Los vestigios arqueológicos atribuibles a ese periodo son escasos (una fosa y algunos tepalcates dispersos) e indican una presencia huma-

¹En Guadalupe se han excavado 40 sepulturas y se tienen los restos de alrededor de 100 individuos.



● Fig. 2 Plano general de la Loma de Guadalupe (Mich. 215)

na muy reducida, de carácter probablemente no funerario. En aquella época la morfología general de la loma no estaba modificada y conformaba entonces un pequeño islote separado de las otras lomas por un brazo del pantano.

La ocupación funeraria del sitio empieza con la fase Jarácuaro (500-600). Tal vez para proteger estas primeras zonas funerarias de las inundaciones temporales de la ciénega, el piso natural de la loma fue realzado con un relleno de tierra. Esos rellenos, reforzados por muros de contención periféricos, se irán repitiendo con regularidad hasta el final del Clásico. En la fase Lupe (600-850), la superficie de la loma es ampliada al rellenar la depresión natural que separaba la isla de las lomas ubicadas al este. Nuevos conjuntos funerarios son establecidos en esa zona. Al final de este periodo (Lupe tardío-La Joya: 750-900), el sitio alcanza una superficie de 2 a 3 ha. A pesar de la fuerte erosión sufrida por el sitio desde que se introdujo el arado mecánico en la zona, se piensa que la acumulación de rellenos artificiales pudo alcanzar 1.5 a 2 metros.²

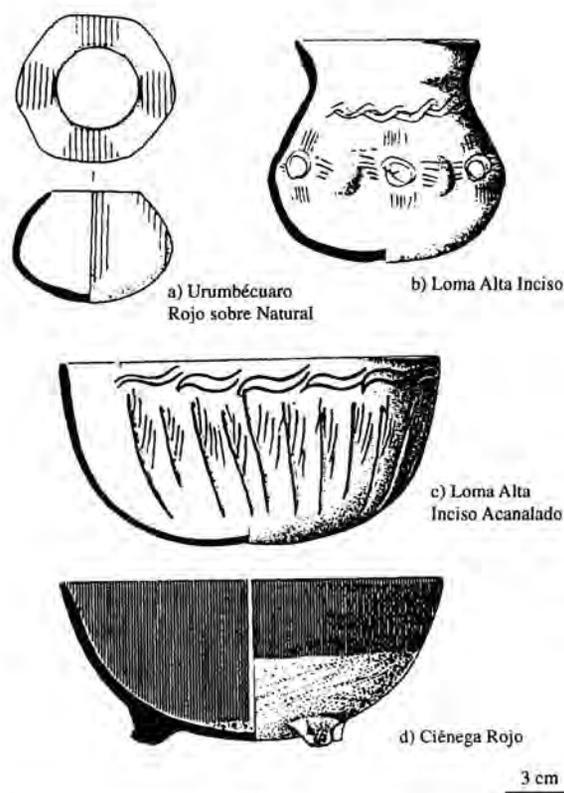
Al inicio del Postclásico, las lomas sufrieron un abandono general (Arnauld *et al.*, 1993). En Guadalupe las actividades de relleno se interrumpen, pero el sitio aún fue ocupado de manera esporádica durante el inicio de la fase Palacio (alrededor del 900). Dos sepulturas y un depósito intrusivo proporcionaron materiales correspondientes a esta temporalidad.

Evolución de la cerámica³

Respecto a la cerámica encontrada en las ofrendas, se pueden distinguir cuatro conjuntos. A comparación con los trabajos anteriores, las excavaciones de 1996 permitieron mostrar que la ocupación del sitio no se limita a las fases Jarácuaro y Lupe temprano sino que se extiende hasta el inicio del Postclásico.

²Actualmente el grosor de las capas antrópicas tiene 1.30 m en la parte más elevada de la loma. Sin embargo, en algunas zonas se que la erosión pudo alterar casi 1 m de sedimentos.

³Los tipos cerámicos que citaremos aquí fueron definidos por Michélet (1993). El lector encontrará una definición precisa de esos tipos en aquel trabajo.



● Fig. 3 Cerámica de la fase Jarácuaro

• Para la fase Jarácuaro (fig. 3), tenemos 28 vasijas. Según Michèlet (1993), esa fase corresponde a un breve periodo que marca una transición entre los complejos cerámicos Loma Alta y Lupe. La fase Jarácuaro fue fechada de modo tentativo entre 550 y 600 d.C. (Michèlet, 1990, p. 284). Sin embargo, teniendo en cuenta la importancia de esa ocupación en Guadalupe y la escasez de fechas de carbono 14 disponibles hasta el momento (dos fechas), es razonable pensar que este periodo fue más largo.⁴

El material Jarácuaro se caracteriza por la coexistencia de caracteres heredados de la tradición Loma Alta, junto con elementos que anuncian el complejo Lupe. La aparición de los tipos Lupe Café Pulido y Ciénega Rojo, así como el predominio de la cerámica monocroma café o roja evocan las tendencias que caracterizan el complejo Lupe. Sin embargo, los elementos relacionados con la tradición Loma Alta están

presentes todavía. Aunque ya desapareció la cerámica policromada típica de esta fase (Carot, 1993), es notable que aún hay monocromos finos del grupo *Loma Alta* (Loma Alta Pulido, Inciso, Rayado o Acanalado; fig. 3b, c) así como algunas piezas del tipo Urumbécuaro Rojo sobre Natural (fig. 3a). Las formas y las decoraciones muestran también una clara filiación con la fase Loma Alta. Los cuencos hemisféricos de base convexa son comunes; sus paredes son delgadas y a veces tienen bordes convergentes (tecomates). Algunas piezas presentan un contorno poligonal (fig. 3a) que encontramos en el complejo Loma Alta. Los diseños incisos también son heredados de ese complejo: frisos de doble ola, rayas y acanaladuras oblicuas en el cuerpo, motivos en forma de sol o de cruz de San Andrés.

Las ollas presentan un perfil sencillo: panza globular, cuello y borde curvo-divergente, labios adelgazados. También se encuentran molcajetes con punzonado en el fondo y pequeños soportes cónicos sólidos (fig. 3d).

• La fase Lupe temprano (fig. 4) está fechada entre 600 y 750 (Michèlet, 1990, p. 284). A partir de este periodo los grupos cerámicos Lupe Café y Ciénega Rojo se tornan dominantes. Tenemos 38 vasijas completas en total de este periodo.

En comparación con la fase anterior, ahora el grupo Lupe se hace dominante y reemplaza al grupo Loma Alta. El grupo Lupe corresponde a una evolución de los monocromos Loma Alta. Se distinguen de ellos por un acabado de superficie de menor calidad y por coloraciones más variadas que oscilan entre el beige y el café gris verdusco. Las formas marcan también una evolución sensible: los cuencos hemisféricos presentan formas cada vez más abiertas y aparecen las escudillas de fondo plano y de paredes recto-divergentes; también hay algunas escudillas trípodes de soportes en forma de lengüeta (Arnauld *et al.*, 1993, fig. 53). Las técnicas de decoración son parecidas a las del grupo Loma Alta (incisiones, rayas, acanaladuras, punzonado); las innovacio-

⁴El intervalo de 500-600 es tentativo.

nes son pocas (pequeñas protuberancias obtenidas por técnica de repujado; fig. 5b). Sin embargo, el repertorio gráfico muestra una evolución. El tema característico de la fase Lupe es el friso de volutas angulares subrayado por líneas horizontales onduladas (fig. 4a). Las acanaladuras son agrupadas en pares radiales verticales delimitadas arriba por una acanaladura horizontal (fig. 4b).

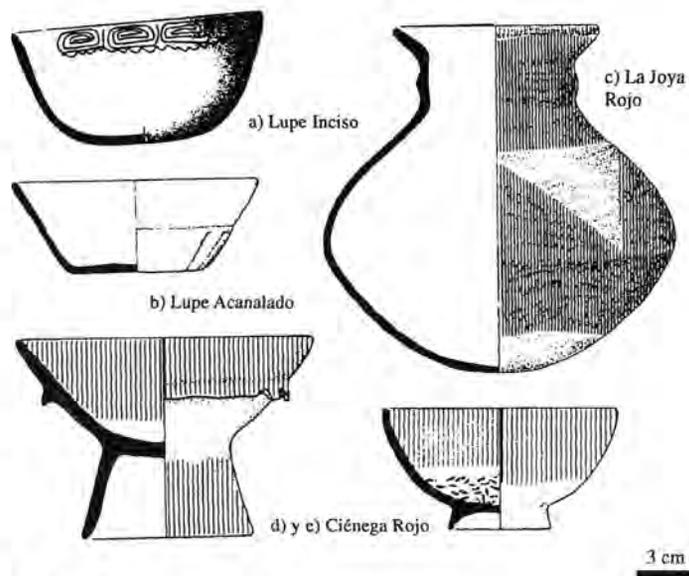
El tipo Ciénega Rojo es otro tipo diagnóstico del complejo Lupe, en particular las copas de pedestal (fig. 4d), decoradas con molduras externas en el cuerpo y diseños calados en la pared del pedestal. Hay también cuencos de base anular (fig. 4e) marcados a veces por cortas incisiones en el fondo (molcajetes).

Notamos asimismo la presencia de una olla de tipo La Joya Rojo con decoración seudonegativa en forma de triángulos invertidos (fig. 4c).

- Para la fase Lupe tardío-La Joya tenemos 22 vasijas completas. Este periodo está fechado entre 750 y 900 (Michèlet, 1990). El material cerámico de esta fase es semejante al descrito de la fase inmediata anterior. No obstante, se distingue de ella por la presencia de formas características del final del Clásico que anuncian el Postclásico temprano.

Los grupos Lupe y Ciénega siguen dominando, mientras que las formas y la decoración evolucionan:

- escudilla trípode de silueta sinuosa y soportes bulbosos huecos (fig. 5a) que anuncia una forma típica de la fase Palacio (*cf.* Michèlet *et al.*, 1989);
- olla La Joya Rojo (fig. 5c) de silueta compuesta y borde Chirimoyo (moldura externa) característico del Epiclásico (*idem.*);
- las copas de pedestal Ciénega Rojo decoradas con diseño al negativo (líneas horizontales onduladas, grecas; fig. 5d, e) son características de esta fase del Clásico tardío (tipo Ciénega Rojo Negativo), y anuncian también los motivos al negativo del tipo Chilar de la fase Palacio.

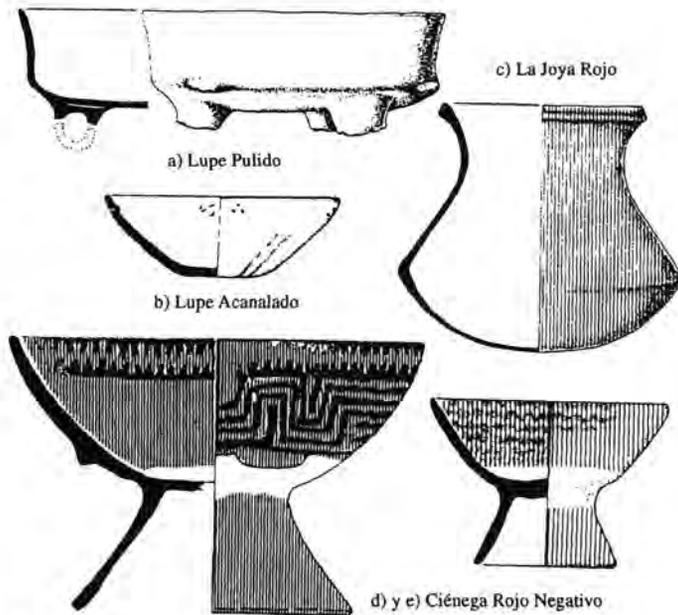


● Fig. 4 Cerámica de la fase Lupe temprano

- La fase Palacio (fig. 6) está poco representada en Guadalupe. Sólo siete vasijas procedentes de tres depósitos intrusivos son atribuibles a este periodo. Los tipos cerámicos encontrados son característicos del inicio del Postclásico en nuestra zona (Michèlet *et al.*, 1989): tenemos tres escudillas de tipo Chilar Negro Negativo variedad Crucita (fig. 6a, b), un cuenco y una escudilla trípode con soportes bulbosos de tipo Palacio Café Pulido (fig. 6c), así como una vasija anaranjada de producción exógena (fig. 6d). Este conjunto, que presenta todavía marcadas semejanzas con la cerámica del Epiclásico, con seguridad pertenece al inicio de la fase Palacio (alrededor del 900).⁵

Para concluir esta rápida presentación de la cerámica de Guadalupe, queremos hacer hincapié en que el material estudiado evidencia una importante continuidad cultural. Desde la fase Jarácuaro, donde se observan nexos con la fase Loma Alta, hasta el inicio del Postclásico, don-

⁵Es necesario mencionar que no aparece todavía en la muestra el grupo cerámico más común de la fase Palacio: el grupo Hornos (Michèlet *et al.*, 1989).



● Fig. 5 Cerámica de la fase Lupe temprano-La Joya

de se constituye el complejo Palacio, observamos una evolución paulatina de los tipos cerámicos, lo cual concuerda con las conclusiones de Michèlet *et al.* (1989) en cuanto a la secuencia regional.

Estructuración general de los conjuntos funerarios

A escala del sitio comprobamos que la distribución de las sepulturas no es ni homogénea ni aleatoria. Las sepulturas forman grupos muy densos, separados unos de otros por zonas con menor densidad y hasta vacías. De hecho, si miramos con atención, observamos que los vestigios funerarios muestran una gran estabilidad y una importante continuidad, tanto en la manera de disponer las sepulturas como en la composición de los depósitos.

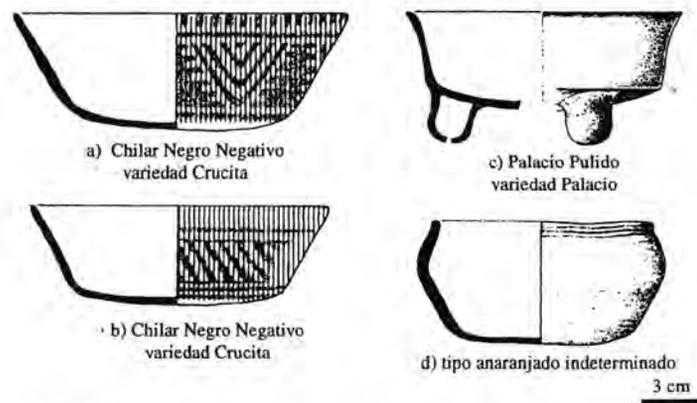
La conformación de los conjuntos funerarios ilustra bien esta idea. Vemos, en efecto, una voluntad de reocupación sucesiva de los lugares de inhumación. A partir de un núcleo de varias sepulturas establecidas en la

fase Jarácuaro, o Lupe temprano, los conjuntos van ampliándose con el tiempo, agregando nuevos entierros, y llegan a formar grupos de relativa densidad. Los difuntos son depositados al lado o encima de sepulturas más antiguas, pero, pese a la densidad de las sepulturas, las sobreposiciones son pocas (lo cual implica un previo conocimiento de los entierros ya existentes). Que los lugares de inhumación continúen siendo utilizados y que las características de los vestigios sigan siendo las mismas es indicio de que los muertos pertenecían a un grupo culturalmente homogéneo.

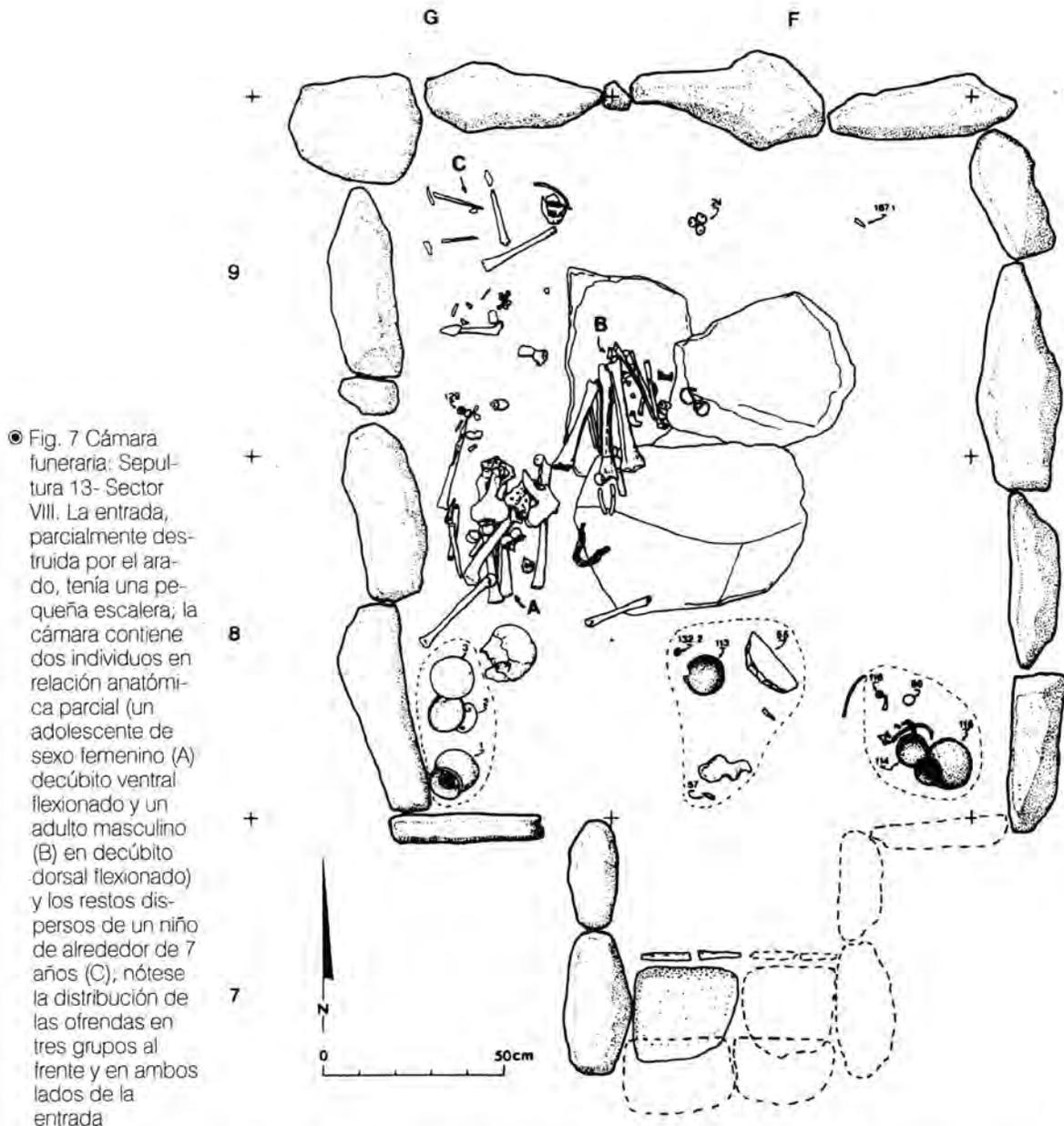
Lo mismo nos demuestran los objetos asociados. Como hemos dicho, el estudio de la cerámica indica que la evolución de tipos y formas fue progresiva. La lítica muestra, por otro lado, cierta estabilidad durante la ocupación.

Las deformaciones cefálicas constituyen un buen argumento en favor de una idea de continuidad cultural, pues nos revelan una gran homogeneidad en las épocas Jarácuaro, Lupe y quizá hasta la fase Palacio (Pereira, 1996a).

También comprobamos una continuidad en la arquitectura de las tumbas, tanto en sus técnicas de construcción como en el tipo de estructura.



● Fig. 6 Cerámica de la fase Palacio



● Fig. 7 Cámara funeraria: Sepultura 13- Sector VIII. La entrada, parcialmente destruida por el arado, tenía una pequeña escalera; la cámara contiene dos individuos en relación anatómica parcial (un adolescente de sexo femenino (A) decúbito ventral flexionado y un adulto masculino (B) en decúbito dorsal flexionado) y los restos dispersos de un niño de alrededor de 7 años (C); nótese la distribución de las ofrendas en tres grupos al frente y en ambos lados de la entrada

Podemos pensar que las diferencias formales observadas no sean el reflejo de variaciones cronológicas, sino que ilustran la variabilidad inherente a las prácticas funerarias.

Si bien el sitio parece haber sido utilizado preferentemente como lugar de entierros, tenemos datos que nos refieren también otros tipos de actividades rituales; por ejemplo, en las excavaciones de la parte norte de la loma aparecieron algunas estructuras no sepulcrales; asimismo, en el sector noroeste se despejó una plataforma

de forma circular de 5.6 m de diámetro; en el noreste fueron descubiertos los vestigios de un temazcal; recientemente, una prospección geofísica realizada por el equipo de Luis Barba (UNAM) ha permitido localizar otras estructuras de importantes dimensiones que indican que el sitio estaba dividido en dos sectores funcionalmente distintos: la parte sur y central de la loma estaba reservada para inhumaciones, mientras que en el sector norte se observan diferentes estructuras ceremoniales, no sepulcrales. Es probable que esas estructuras desempeñaran un

papel particular en el desarrollo del ritual funerario, pero los datos de que disponemos acerca de su función son aún insuficientes.

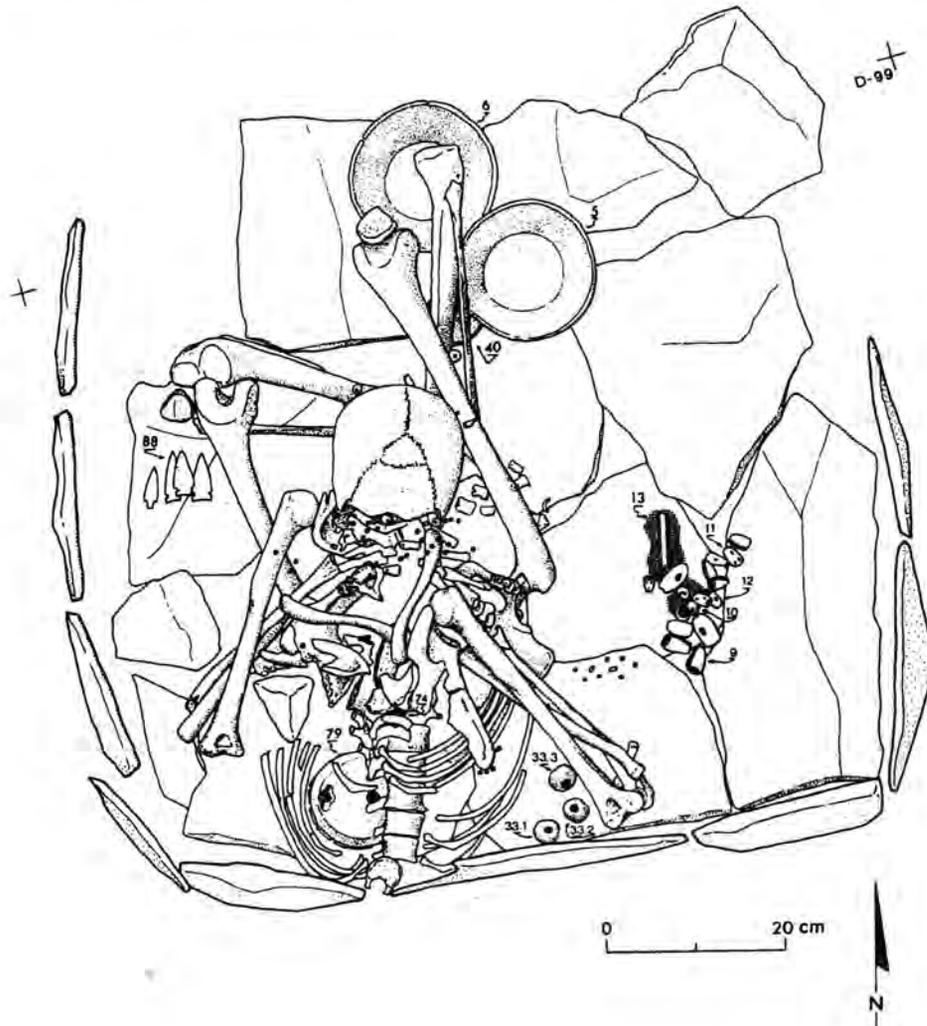
Arquitectura y uso del espacio sepulcral

Los resultados obtenidos en las temporadas de campo de 1993 permitieron enriquecer sustancialmente la imagen de los rituales funerarios del Clásico medio-reciente que se tenía hasta ese entonces. A las grandes estructuras funerarias de la cima de la loma, hoy podemos asociar un conjunto de sepulturas más o menos complejas; esta diversidad plantea el problema del papel que desempeñaban y del funcionamiento de las estructuras sepulcrales.

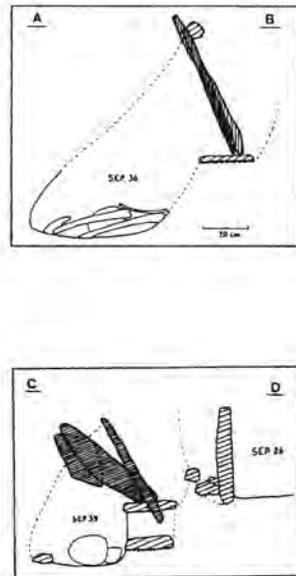
Desde las particularidades observadas a nivel de los dispositivos arquitectónicos, nos ha sido posible distinguir diversos conjuntos dentro de nuestro *corpus*. Hemos definido las siguientes categorías:

- Cámaras funerarias (fig. 7)
- Cajas (fig. 8)
- Sepulturas en nicho (fig. 9, 10, 11)
- Sepulturas en fosa sencilla (fig. 12)
- Urnas (fig. 13)

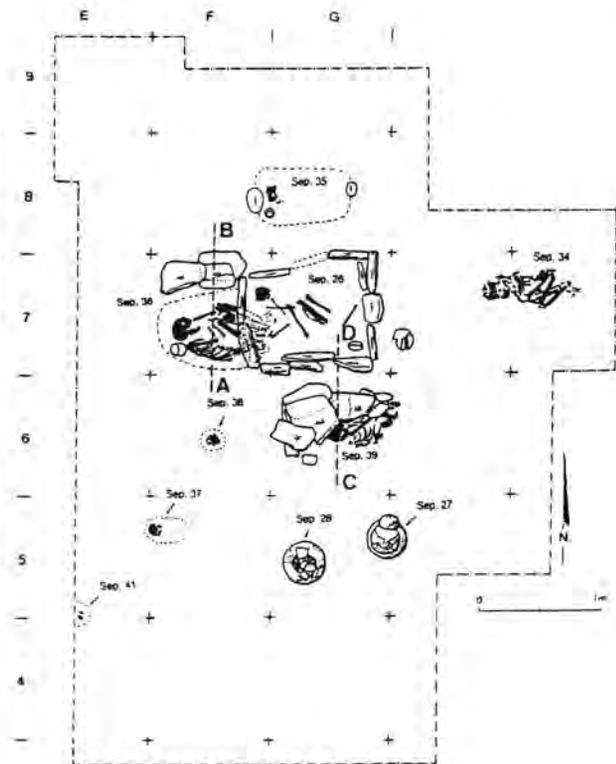
Las categorías fueron utilizadas de modo concomitante. Los datos tafonómicos y arqueológicos señalan que la mayoría de estos elementos servían para acondicionar un espacio vacío en el que iban a ser depositados los restos de uno o



● Fig. 8 Sepultura en caja: Sepultura 11-Sector IV



● Fig. 9 Perfil de dos sepulturas en nicho del Sector XIII-Sepulturas 36 y 39



de varios individuos. Podemos cuestionarnos acerca del significado de las diferencias observadas.

Cámaras funerarias

Desde el punto de vista del modo de funcionamiento, las cámaras funerarias ocupan un lugar particular, pues su arquitectura es la más elaborada. Se trata de estructuras de forma cuadrangular construidas con bloques de piedras, y a las que se accedía por una entrada lateral (fig. 7). El espacio sepulcral estaba cubierto por un techo, a menudo desmontado cuando la tumba dejaba de ser utilizada. Tal vez este techo estaría formado por grandes losas de andesita (fig. 14), sin duda reforzadas, en las grandes cámaras sepulcrales, por travesaños de madera. Cuando las cámaras eran utilizadas, es probable que la entrada se cerrara con losas móviles.

Hay cuatro tumbas de este tipo. Tres fueron encontradas en la cumbre de la loma (Estructuras Funerarias 1 y 2, Sepultura 9) y correspon-

den a la fase Lupe temprano; la última se localiza en el Sector VIII y está fechada en la fase Lupe tardío-La Joya (Sepultura 13; fig. 7). Las Estructuras Funerarias 1 y 2 son las más grandes: 3.5 x 3 m para la primera y 4.5 x 3 m para la segunda. El contenido de la primera estaba intacto, mientras que el de la segunda fue muy alterado por perturbaciones poscortesianas.⁶ La Sepultura 9 se encuentra al sur de la Estructura Funeraria 1. Sus dimensiones reducidas (1.2 x 1.1 m) con seguridad se deben a que fue hecha para recibir los restos de tres niños (alrededor de 6 y 4 años y 6 meses).

Este tipo de estructuras estaba pensado para recibir los restos de varios individuos. En las Sepulturas 9 y 13 la disposición de los restos óseos indica que los individuos fueron objeto de depósito primario. En el caso de la Estructura Funeraria 1 es probable que esta forma de depósito quedara restringida a unos pocos individuos, mientras que la mayoría de los restos humanos

⁶Esas tumbas son descritas de manera detallada en Arnauld *et al.* (1993) y en Pereira (1996).



● Fig. 10 Colapso de la tapa de lajas de una sepultura en nicho

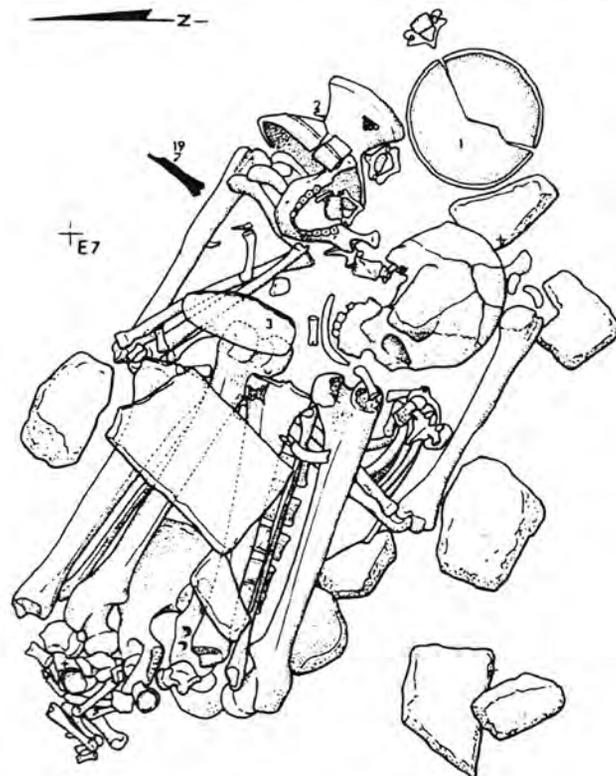
corresponderían a depósitos secundarios (Pereira, 1992).

Por otra parte, diversos indicios muestran utilización en diferentes etapas, lo que implica que la tumba fue reabierta. El tiempo de uso es difícil de calcular, y sin duda varía de una sepultura a otra. Sin embargo, si consideramos los datos estratigráficos y la cerámica asociada, parece que el tiempo de utilización fue relativamente corto, a escala de la cronología cerámica pues, en efecto, las ofrendas funerarias presentan una gran homogeneidad interna.

Las modalidades de abandono de las cámaras funerarias constituyen uno de los aspectos más originales de este tipo de sepultura. Al parecer la clausura definitiva de las sepulturas habría dado lugar a diversas manipulaciones. En cuanto al contenido de la tumba es muy probable que los vestigios funerarios hayan sido objeto de una reintervención final, es decir, de una reorganización de las ofrendas, agrupadas

frente a la entrada o a uno y otro lados de la misma (fig. 7). También los restos humanos sufrieron manipulaciones diversas. En la Estructura Funeraria 1 los huesos están dispuestos a uno y otro lados de la entrada, y una línea compuesta por fémures aparece según el eje de ésta. En las Sepulturas 9 y 13, algunos huesos fueron retirados de las osamentas.

Después de estas disposiciones finales, las sepulturas eran cerradas definitivamente. En las tumbas más grandes (Estructuras Funerarias 1 y 2, Sepultura 13), esta clausura implica desmontar el techo y después rellenar el espacio interior de la cámara. En el caso de las Estructuras Funerarias 1 y 2 las tumbas fueron cubiertas con un piso de laja.



● Fig. 11 Alteraciones ocasionadas por la caída de las lajas en los restos óseos y en las ofrendas: Sepultura 21-Sector VIII. Véase los desplazamientos sufridos por el cráneo, las vértebras cervicales y los huesos de la mano derecha, así como la vasija 2, fragmentada y volteada

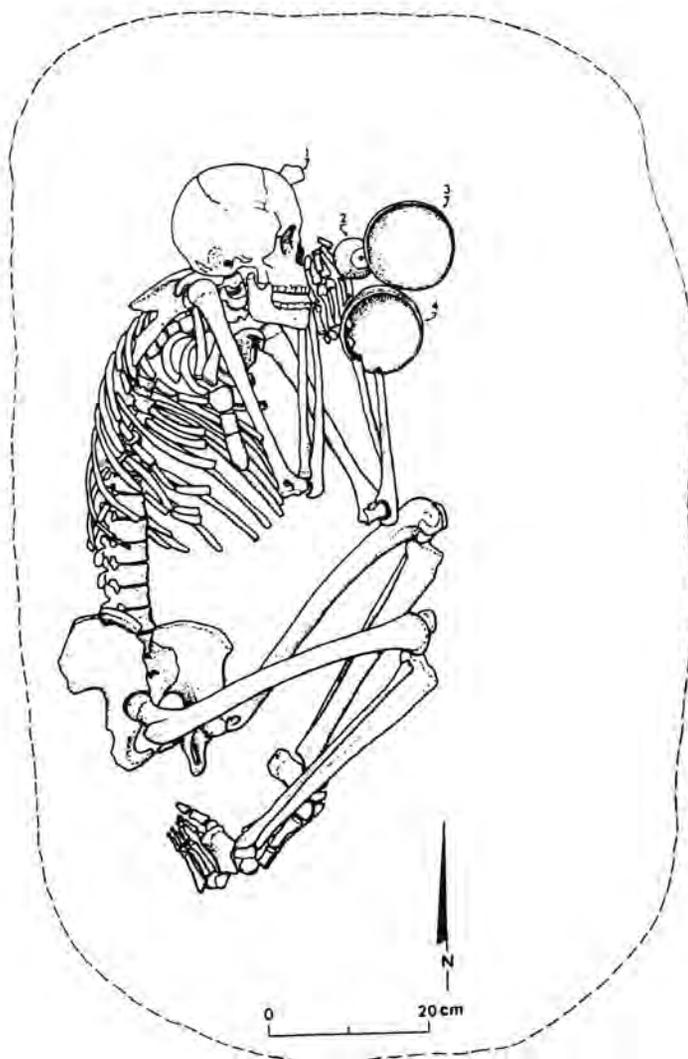
Pese a las similitudes de las cámaras funerarias, aparecen también importantes diferencias entre ellas, por ejemplo, en cuanto al tamaño de las estructuras o a la cantidad de individuos enterrados. Desde este punto de vista las Estructuras Funerarias 1 y 2 ocupan un lugar aparte. Su situación topográfica, sus características arquitectónicas y la complejidad del sistema funerario indican que su papel rebasa el de una simple sepultura. La importancia de los depósitos (35 individuos en la Estructura Funeraria 1; al menos 10, en la 2) y la disposición final de las osamentas confieren a estas estructuras el aspecto de verdaderos osarios.

Otras formas de sepultura

La mayoría de las sepulturas presentan un dispositivo funerario menos complejo.

- Las sepulturas en fosa sencilla (fig. 12) son las más frecuentes (20 casos). El cuerpo del difunto es colocado en una fosa de perfil simétrico, a menudo cubierta por lajas.
- Otras inhumaciones en fosas más elaboradas las hemos llamado sepulturas en nicho (8 casos). Se caracterizan por una fosa de perfil asimétrico: una de las paredes de la fosa presenta una pequeña cavidad en la que se coloca al difunto. Después la apertura de la fosa se cerraba con algunas lajas oblicuas, cuyo borde inferior reposaba sobre una pequeña banqueta de piedra o de tierra.⁷ Este tipo de dispositivo (figs. 9 y 14) fue encontrado también en el sitio de Loma

⁷En Guadalupe, este singular tipo de dispositivo pudo ser detectado gracias a criterios tafonómicos, al relacionar las observaciones osteológicas *in situ* con los elementos de piedra asociados (figs. 10 y 11). Se pudo comprobar, por ejemplo, que el derrumbe de lajas en la cavidad vacía provocaba diversas perturbaciones sobre las osamentas y las ofrendas (desplazamientos y fragmentaciones).



● Fig. 12 Sepultura en fosa sencilla: Sepultura 32-Sector XII

Alta (Pereira, 1996b), lo que demuestra que su uso comienza al menos a principios de nuestra era (fase Loma Alta 2: 0-350 d.C.).

- Las sepulturas en caja (ocho ejemplos) son características del Clásico medio-tardío. Son pequeñas estructuras excavadas en el suelo y construidas con piedras verticales; las cajas pocas veces rebasan el metro cuadrado. Están tapadas con lajas horizontales; el piso a veces está enlosado (fig. 8; véase también la Sepultura 26, fig. 9).
- Inhumaciones en urnas (3 casos). Se trata, en todos los casos, de niños colocados en el



© Fig. 13 Sepultura en urna: Sepultura 27-Sector XIII

fondo de una olla cuyo cuello fue quebrado a propósito. La urna está cubierta por un cuenco grande volteado o por tepalcates de grandes dimensiones (fig. 13).

A diferencia de las cámaras funerarias, las sepulturas que acabamos de describir no disponen de un sistema de acceso lateral. De modo general, parece que estas sepulturas fueron concebidas para ser usadas en ocasión de un evento único. En la mayoría de los casos el sujeto principal corresponde a un depósito primario, a veces acompañado de algunos restos de otro individuo. Estas formas de depósito parecen deberse a una misma ceremonia. Cuando la inhumación contiene dos depósitos primarios, las conexiones muestran que los dos cuerpos fueron colocados de manera simultánea. Es probable que algunas sepulturas hayan sido abiertas después para recuperar algunas osamentas (Pereira, en prensa), pero no hay pruebas de reutilización de las mismas.

Podemos concluir que las diferentes formas de sepulturas encontradas no reflejan modos de uso distintos. Más bien creemos que las diferencias observadas en el modo de construcción de cajas

y fosas reflejan diferencias sociales o simbólicas.

Tratamiento mortuario y culto a las osamentas

Una de las principales características de las prácticas funerarias de Guadalupe reside en la coexistencia de depósitos primarios y secundarios, a menudo asociados, en un mismo espacio sepulcral.

El depósito primario constituye la forma más extendida. Incluye sujetos de todas las edades y de ambos sexos. La posición del cadáver varía: decúbito dorsal (fig. 11), decúbito lateral derecho o izquierdo (fig. 12), decúbito ventral, sedente (fig. 8); éstas variantes no parecen tener rela-

ción con la edad o el sexo del difunto. Parece que en la fase Lupe son más diversas que en la Jarácuaro, donde el decúbito lateral izquierdo predomina. Sin embargo, los datos de que disponemos son aún insuficientes como para concluir que este carácter refleja una evolución significativa. Por otro lado, la posición del cuerpo y la disposición de los objetos funerarios indican patrones. Vemos que, en todos los casos, el cuerpo del difunto fue colocado en forma flexionada, con los miembros colocados adelante del torso. La orientación del cuerpo sigue, en general el eje de los puntos cardinales, aunque la dirección de la cabeza varía. Es raro que no se encuentren ofrendas, entre ellas varios objetos con pruebas de uso cotidiano. Los recipientes de cerámica son los más frecuentes; a menudo se encuentran cerca de la cabeza, y pocas veces cerca de los pies; los otros objetos están dispuestos de modo indistinto; los ornamentos, en general, aparecen sobre el esqueleto.

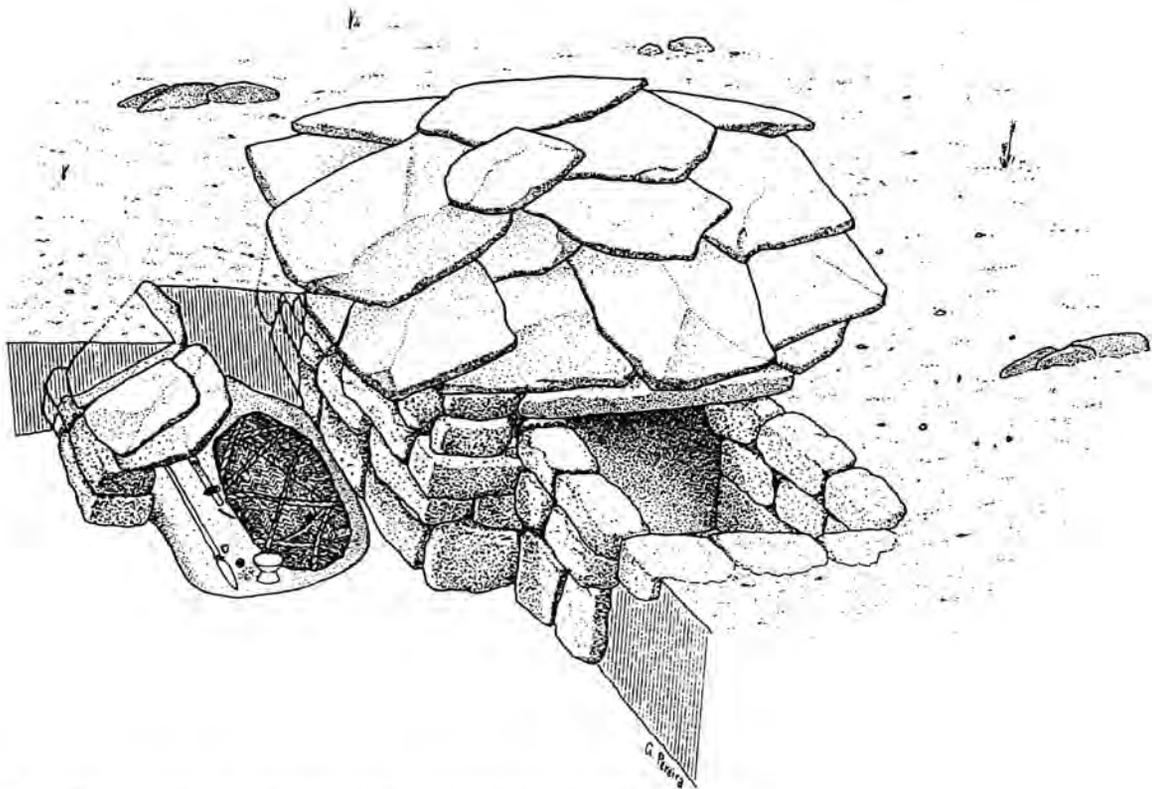
Por otro lado, los datos tafonómicos han permitido conjeturar que el cadáver era objeto de una preparación anterior al depósito sepulcral; indicios de diferentes tipos muestran que el cuerpo se envolvía con telas y petates. En general, esta

envoltura formaría un bulto funerario atado con cordeles.

Si bien la información proporcionada por los depósitos primarios es prueba del trato reservado al cadáver, los depósitos secundarios permiten pensar en un conjunto de prácticas basadas en la manipulación de las osamentas. En Guadalupe los datos que disponemos indican, en efecto, que esas manipulaciones tuvieron lugar después de la descomposición total de los tejidos blandos. Los depósitos secundarios contienen restos de sujetos adultos, de ambos sexos, adolescentes y niños. Del grupo de niños comprobamos que faltan los menores de 5 años. Observamos tanto conjuntos de huesos largos de un mismo esqueleto (depósitos secundarios no selectivos) como piezas óseas aisladas (tibia, fémur o cráneo, en el caso de depósitos secundarios selectivos). Las dos formas de depósitos secundarios aparecen tanto para el grupo de adultos como para los niños.

Aparte, parece que, contrario a lo que sucede con los depósitos primarios, los secundarios carecen de ofrendas, aunque algunos depósitos secundarios aislados escapan a esta regla. Pero, en todas las sepulturas donde las dos modalidades de depósito coexisten, los objetos están siempre asociados al individuo en relación anatómica; esto podría ser cierto también para la Estructura Funeraria 1, ya que los resultados que obtuvimos a partir del estudio espacial de los vestigios permiten suponer que originalmente las ofrendas estaban asociadas a depósitos primarios (Peireira, 1992).

¿Debemos suponer entonces que las diferencias observadas entre los depósitos primarios y secundarios indicarían diferencias sociales? No quedamos conformes con esta explicación por lo siguiente: *a)* Hay probabilidades de que los huesos encontrados en los depósitos secundarios procedan de sepulturas primarias, las cuales sí contaban con ofrendas. *b)* Diversos depósitos de este

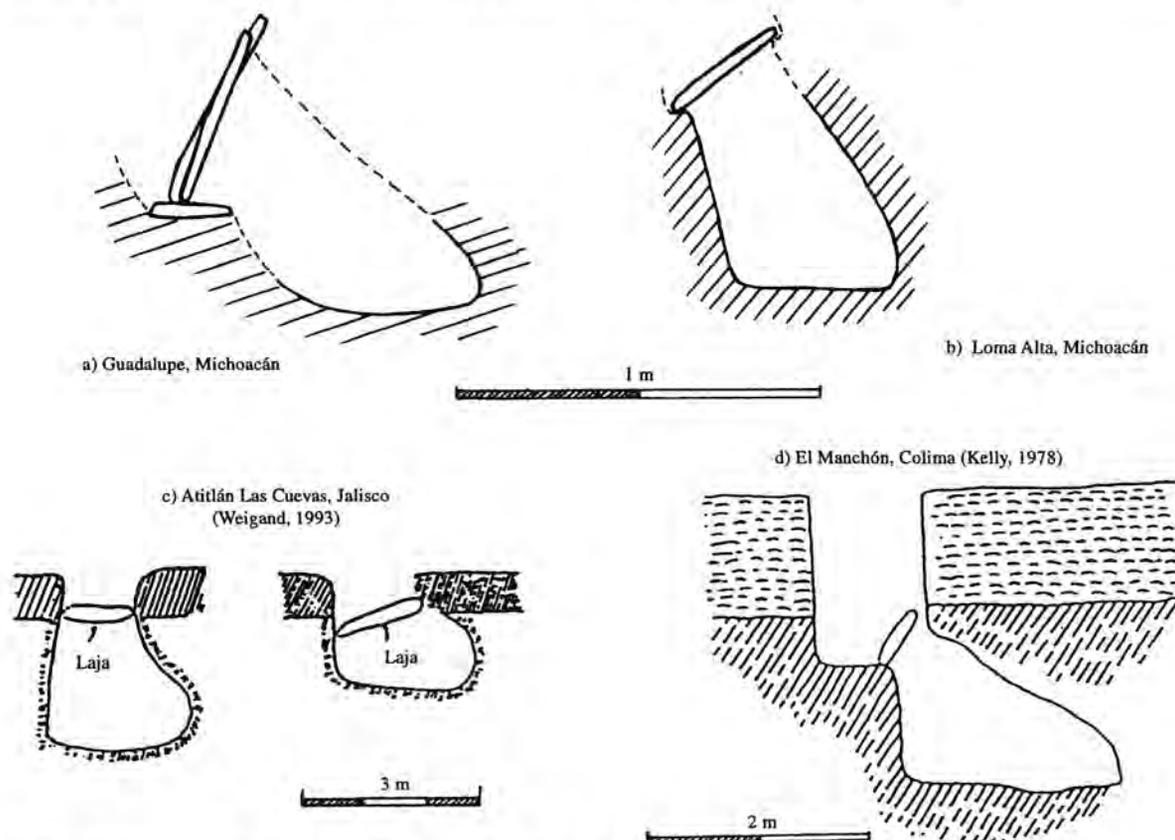


● Fig. 14 Reconstrucción hipotética de un conjunto funerario del Sector VIII

tipo dan muestras de la existencia de retiro intencional de huesos. *c)* En cuanto a la Estructura Funeraria 1, podemos señalar que, si bien algunos sujetos parecen haber sido introducidos en la tumba como cadáveres, es también cierto que sus restos fueron finalmente mezclados sin distinción con los huesos traídos del exterior.

Los elementos que acabamos de referir nos obligan a considerar que las diferencias entre los depósitos primarios y los secundarios constituyen dos facetas complementarias del ritual funerario, dos etapas que parecen reflejar una transformación en el trato acordado a los restos humanos. En efecto, el ritual que acompaña al entierro primario es muy diferente del ritual que acompaña a las manipulaciones secundarias. Tenemos la impresión de que el depósito primario muestra sobre todo un trato individual de la muerte. Al difunto lo acompañan varios objetos que ilustran características de la persona en el mundo de los vivos: objetos cotidianos, orna-

mentos que —como lo indica Binford (1971)— simbolizan el estatus social del muerto. Esos atributos permiten ubicar al fallecido en el seno de la comunidad de muertos. Este carácter contrasta un poco con la imagen que nos ofrecen los depósitos secundarios. Cuando pasamos del cadáver a las osamentas, el difunto parece perder su estatus diferenciado, particular, y ganar un estatus indiferenciado, anónimo. Las diferentes características observadas en las excavaciones son ejemplo de lo que decimos, pues por un lado los restos óseos no están ya directamente relacionados con los objetos mismos, que a veces han sido reorganizados posteriormente, y, por otro, los huesos de varios individuos a menudo fueron entremezclados, dentro de un mismo depósito, sin haber tenido en cuenta la integridad de un mismo esqueleto (pues puede tratarse de un aporte parcial). En la Estructura Funeraria 1, por ejemplo, los huesos de un mismo sujeto están, en general, dispersos en uno u otro montón de huesos.



© Fig. 15 Comparación de los perfiles de sepulturas en nicho con algunas tumbas de tiro

Es interesante comprobar que los comportamientos descritos intervienen al comienzo y al final del proceso de descomposición; de hecho, parece que esta oposición entre depósitos primarios y secundarios muestra una oposición entre cadáver y osamenta. Los datos tafonómicos indican que las intervenciones secundarias tuvieron lugar, como hemos dicho, cuando las partes blandas han desaparecido por completo. Parece también que a veces se procedió a una limpieza del hueso cuando ciertos residuos tardaban en desaparecer; al menos así lo interpretamos para el caso de trazas de raspado observadas en una de las tibias encontradas sobre la tapa de una sepultura del Sector XII.

Así pues, distinguimos dos momentos en el ritual funerario: las prácticas que se le asocian parecen obedecer a una simbología diferente. Los atributos del primer entierro (depósito primario) indican ampliamente la identidad del difunto, mientras que las prácticas que intervienen después de la descomposición (manipulaciones y retiro de los huesos, depósitos secundarios, reestructuración de los objetos, etc.) obedecen a una lógica colectiva (¿comunitaria?) en la que los caracteres individuales del difunto dejan de percibirse. De acuerdo con lo que sugiere Thomas (1984) a propósito de otros contextos culturales, nos podemos preguntar si este comportamiento corresponde a un proceso de integración del difunto al seno de la comunidad de los antepasados. Si así fuera, uno de los objetivos de las prácticas secundarias habría sido el de mantener una cohesión entre los muertos, símbolo de continuidad y de estabilidad para la comunidad de los vivos.

Patrón funerario y organización social

Si bien los ritos secundarios tienden a mostrar una determinada cohesión en el interior de las comunidades, esto no significa que la sociedad del Clásico tardío haya sido igualitaria. Muy al contrario, varios elementos muestran que en ella había una verdadera jerarquía. Estas diferencias son aparentes por la organización global de la necrópolis, el grado de elaboración del dispositivo funerario y la naturaleza de las ofrendas.

Ubicación de las sepulturas

Como hemos dicho, la organización espacial de las sepulturas permite distinguir varios grupos repartidos en diferentes sectores de la loma. De los conjuntos que pudimos excavar, nos parece posible destacar elementos centrales y periféricos.

- A escala del sitio, el conjunto funerario localizado en la cima de la loma parece ocupar un lugar especial. Se distingue de los otros grupos por su posición central y dominante (desde el punto de vista de la topografía), así como por la amplitud de las estructuras que ahí aparecen y por la riqueza de las ofrendas.⁸
- A escala local, la organización de los depósitos permite distinguir una tumba central y, alrededor de ella, sepulturas más sencillas. Es el caso del sector localizado en la cumbre del sitio, en el cual las grandes cámaras funerarias ocupan este lugar principal. En el Sector VIII, la Sepultura 13 desempeña un papel similar; lo mismo la Sepultura 26 en el Sector XIII.

Vemos también que esas tumbas centrales se establecen justo encima de una sepultura más antigua. Tal es el caso de la Estructura Funeraria 1 (cámara funeraria colectiva Lupe temprano), construida por encima de la Sepultura 3 (caja Jarácuaro con restos de dos adultos de sexo masculino); de la Sepultura 13 (cámara funeraria múltiple Lupe tardío) establecida encima de la Sepultura 18 (sepultura múltiple en fosa Lupe temprano); de la Sepultura 26 (caja Jarácuaro con los restos de un hombre y de un adulto de sexo no determinado) encima de la Sepultura 26 (sepultura en nicho de un adulto de sexo masculino, correspondiente también a la fase Jarácuaro).

Por otra parte, comprobamos que los cadáveres de los niños de menos de cinco años de edad eran generalmente inhumados en zonas distintas: fuera de las grandes estructuras funerarias, si nos re-

⁸Recordemos que es en esta zona donde una máscara de piedra de estilo teotihuacanoide fue descubierta por el propietario de la milpa. La presencia de esta pieza excepcional refuerza la importancia atribuida a las sepulturas de esta zona.

ferimos a la cima de la loma, agrupados en la parte sur del conjunto, en cuanto al Sector XIII (véanse las sepulturas 27, 28, 37, 38, 41, fig. 9).

Surgen interrogantes acerca del significado político y social de los conjuntos funerarios. La presencia de reagrupamientos de sepulturas y la estructuración de estos conjuntos alrededor de tumbas principales indica un sistema de organización jerárquica. Las sepulturas evocan dos niveles de jerarquía:

- Una jerarquía interna del grupo, dentro de la cual las tumbas centrales parecen ocupar un lugar principal.
- Una jerarquía entre grupos, dentro de la cual el sector de la cima del sitio se destaca con claridad.

Es interesante ver en este esquema de organización funeraria una imagen de la organización social. ¿Los personajes inhumados en las tumbas centrales corresponden a jefes de linaje? ¿Las diferencias entre los grupos dan muestras de una organización política y, de ser así, los personajes de la cima de la loma pertenecían a una élite? Que algunos individuos gozaron de una cierta posición política y social es cierto; sin embargo, el significado de los conjuntos de sepulturas es más complicado. ¿Esos grupos estarían determinados por lazos de parentesco entre los individuos, por la pertenencia a un mismo grupo de habitaciones o a un mismo grupo social? Sin haber podido aún relacionar los datos funerarios y los de áreas habitacionales, es difícil excluir cualquiera de estas posibilidades. La antropología biológica ofrece algunas pistas de interpretación. Indica, primero, que no hay al parecer especialización global del sitio, según criterios de edad o sexo. La hipótesis del carácter familiar (en sentido amplio) de los grupos está sugerida por los datos procedentes del Sector VIII, donde los sujetos inhumados parecen compartir variaciones morfológicas que evocan un determinado parentesco biológico. Los resultados aportados por el sector central no son determinantes en este sentido. Por otro lado es posible

que el uso de las grandes cámaras funerarias tenga relación con otros criterios como actividad socioprofesional, pertenencia a una misma entidad política, social, etcétera.

Elaboración de las sepulturas

Según Tainter (1977), el grado de elaboración de la sepultura puede reflejar ciertas formas de diferenciación. En Guadalupe observamos grandes diferencias en la arquitectura de las sepulturas y en los materiales de construcción usados; sobre este aspecto, el uso más o menos importante de la piedra ejemplifica diferencias notables en cuanto a lo utilizado en la construcción de una u otra sepultura. Recordemos que las piedras encontradas en el sitio debieron ser transportadas desde los yacimientos situados en los macizos volcánicos que rodean la cuenca. Así pues, el conjunto funerario de la cima de la loma destaca otra vez de los otros sectores, dada la gran cantidad de piedra empleada en la construcción de las grandes cámaras funerarias; si consideramos este factor, las Sepulturas 3, 11 (cajas) y 9 (pequeña cámara funeraria) destacan también.

En los otros sectores las tumbas centrales son las que tienen mayor cantidad de piedras. Es el caso de la Sepultura 13 (cámara funeraria), en el Sector VIII. En el Sector XIII, la Sepultura 26 corresponde a una caja con dimensiones más modestas que las tumbas descritas anteriormente. Sin embargo, en comparación con otras sepulturas del sector, esta estructura es la más elaborada.

Las sepulturas en fosa implican una inversión más limitada al momento de acondicionar el lugar de inhumación. Sin embargo, existen también diferencias dentro de este conjunto. En algunas fosas con perfil asimétrico se usaron, por ejemplo, bloques y lajas para cerrar la cavidad.

Con excepción de inhumaciones en urna, que parecen reservadas para los cadáveres de niños de corta edad, los otros tipos de sepultura no parecen exclusivos de una clase de edad particular. Encontramos los restos de adultos y niños tanto en las cámaras funerarias, en las cajas,

como en los diferentes tipos de fosas. Si acaso hay diferencias, éstas se deben más a las dimensiones de la tumba que a las características. La Sepultura 9, que contiene los restos de 3 niños, corresponde a un modelo reducido de las grandes cámaras funerarias. También observamos estas diferencias de tamaño a propósito de las cajas y de los diferentes tipos de fosas.

Distribución de las ofrendas

En arqueología funeraria las ofrendas son, en general, consideradas como índices muy precisos del estatus del individuo. Este aspecto fue demostrado por múltiples trabajos (Binford, 1971). Sin embargo, el valor acordado a cada objeto puede variar considerablemente de una sociedad a otra. Entre la gama de posibilidades que se nos presenta, es preciso considerar tanto las características biológicas del difunto (edad al momento del deceso, sexo) como las propiedades intrínsecas del objeto (su función, material con que está hecho, etcétera).

Para el caso de Guadalupe, hemos dicho que el estatus del individuo se manifiesta en la primera inhumación. La distribución de los objetos muestra que las diferencias de sexo son más acentuadas que las de edad.

En las sepulturas con restos de sexo femenino encontramos artefactos utilizados para el hilado, el tejido o la cestería: malacates de barro decorados con motivos geométricos finamente incisos (fig. 12, núm. 2); punzones y agujas de hueso; piedras utilizadas para aplanar y ablandar las fibras de tule y carrizo para el trenzado de petates y cestas. Hoy, estas piedras aún son utilizadas por los artesanos purépechas de las orillas del lago de Pátzcuaro. En algunas sepulturas masculinas encontramos grandes cuchillos de basalto que con seguridad se usaron en la colecta de plantas lacustres (fig. 11, núm. 3); sin embargo, la preeminencia de algunos hombres está expresada sobre todo por los atributos guerreros. Dichos atributos presentan variedad y gran elaboración: mazos labrados en piedra verde o en basalto; átlatl provistos de agarraderas de

hueso o concha; puntas de proyectil de obsidiana, calcedonia, sílex, basalto, etc.; en fin, espléndidos cuchillos pedunculados de obsidiana trabajada por presión. La panoplia de esos guerreros aparece realzada por múltiples adornos de piedra y concha colocados sobre el cuerpo del difunto: collares de cuentas, pendientes diversos, brazaletes, discos de piedra adornados con finos mosaicos de pirita, etc. Observemos, para finalizar, que el pigmento rojo (cinabrio y hematita) aparece sólo en las sepulturas masculinas.

Parece entonces que en el Clásico tardío y final el guerrero haya tenido una importancia cada vez mayor en la sociedad. Exhibe su estatus con las armas y adornos que hablan de su capacidad política o económica para procurarse objetos preciosos. También es notable la presencia de algunas sepulturas infantiles donde aparecen esos objetos de prestigio, lo que sugiere que pudo existir una transmisión hereditaria de ese estatus. Esta tendencia parece cristalizarse en todo el comienzo del Postclásico, con un personaje inhumado en la cima de la loma (fig. 8); se trata de un adulto joven de sexo masculino. Los índices arqueológicos y osteológicos permitieron demostrar que este sujeto murió a causa de una lesión provocada por una flecha. El tratamiento que se le dio y los objetos que le acompañan son de gran interés. Yace sentado en una caja con piso de lajas y estaba envuelto como bulto funerario. Presenta mutilación dental⁹ (tipo B4 y A4 de Romero, 1958) y lleva un rico conjunto de ornamentos, entre los que se encuentran numerosas cuentas de caolín; plaquetas rectangulares y anillos de nácar; fragmentos de un pectoral de nácar con forma de mariposa estilizada; una cuenta grande de pirita y un *tescacuitlapilli* (espejo dorsal) de arenisca con un mosaico de pirita (fig. 8, núm. 79). Diferentes objetos fueron depositados a sus lados: tres vasijas, delante de él (núm. 5, 6, 40); cuatro puntas de proyectil de colores diferentes (sílex, calcedonia y basalto) situadas a la

⁹Es importante mencionar que la mutilación dental no es frecuente entre los pueblos pretarascos de Michoacán. Los minerales fueron identificados por Ricardo Sánchez, Laboratorio de Geología, SLAANAH.

izquierda (núm. 88); en fin, a su derecha, lo que fue quizá una bolsa ricamente adornada con conchas marinas (núms. 9, 11 y 12) y que contenía cinabrio (trama cruzada), una navaja prismática de obsidiana (núm. 13) y una pequeña piedra negra pulida (núm. 10).

Los atavíos con los cuales este personaje fue enterrado son muy interesantes, ya que recuerdan la indumentaria de los guerreros toltecas tal como está representada en la iconografía de Tula. Al igual que los famosos atlantes del Templo B, lleva un *texcacuitlapilli*, un pectoral con forma de mariposa, cuatro dardos y una bolsita ritual. Sin embargo, en cuanto a la cronología, es probable que nos encontremos, en Guadalupe, en un contexto anterior al florecimiento de la cultura tolteca del Altiplano Central: como hemos señalado, la Sepultura 11 puede ser fechada alrededor de 900 mientras que, según Cobean (1990), la fase Tollan, que marca el apogeo de Tula, correspondería más bien a los siglos XI y XII. Tal vez más significativo aún es que los atavíos de este personaje tengan antecedentes en los entierros de la fase Lupe.

La imagen del guerrero, tal como aparece en las sepulturas de Guadalupe, constituye un elemento más que comprueba la anterioridad de rasgos culturales supuestamente toltecas en el Centro-Occidente (Braniff, 1972; Faugère-Kalfon, 1991) y Noroeste (Hers, 1989) de Mesoamérica.

En fin, cabe mencionar que uno de los atributos con los cuales estos personajes están relacionados representan también un símbolo importante de los guerreros de la época tarasca: en la *Relación de Michoacán* existen numerosas alusiones a las cuatro flechas de color que simbolizan la guerra cósmica. Al igual que en la Sepultura 11, esas flechas son de color rojo, negro, blanco y amarillo.

Guadalupe y las sociedades del Clásico tardío en el Centro-Occidente de Mesoamérica

Como lo han mencionado varios autores (Faugère-Kalfon, 1992; Pollard, 1996), el Clásico

tardío-Epiclásico coincide con un periodo de transformación de las sociedades prehispanicas del norte y centro de Michoacán. En la región de Zacapu, las investigaciones realizadas por el CEMCA han permitido evidenciar una serie de cambios tanto en el patrón de asentamiento como en las estructuras económicas. En particular, la fase Lupe se caracteriza por un importante aumento demográfico: mientras que —durante las fases Loma Alta y Jarácuaro— el asentamiento se concentra en la cuenca lacustre de Zacapu, durante la fase Lupe los sectores de la sierra y de la vertiente Lerma son progresivamente colonizados (Michèlet *et al.*, 1989). Al final del Clásico, la ocupación humana es densa y se evidencia una jerarquización en el patrón de asentamiento (Faugère-Kalfon, 1992, 1996; Migeon, 1990). La mayoría de los sitios son aldeas ubicadas cerca de las zonas de cultivo, pero también existen varios poblados más importantes que presentan una pequeña área ceremonial. Además, existen algunos sitios mayores con áreas ceremoniales importantes, formadas por plazas, patios, pirámides, canchas de juego de pelota, etc. En la cuenca de Zacapu, el sitio de Loma Alta, para el Clásico medio, y el de Yácata La Virgen, para el Epiclásico, parecen desempeñar un papel importante.

Varios datos indican que existe un intensificación en la explotación de los recursos. En la zona de la vertiente Lerma (Faugère-Kalfon, 1992), así como en la sierra (Migeon, 1990) se han detectado amplias zonas de terrazas agrícolas. Esa intensificación de la producción agrícola es consecuencia de una aceleración drástica de la erosión en las zonas de vertientes: en los alrededores de los actuales pueblos de Naranja, Carátacua y Comanja (sur de la cuenca), Tricart (1992, pp. 182-197) identificó capas coluviales que atestiguan un importante suceso erosivo, el cual empezó a finales del Clásico como consecuencia de la intensa antropización de esta zona.

Es importante mencionar que es también a finales del Clásico cuando las minas-talleres de Zináparo-Prieto entran en una etapa de explotación intensiva (Darras, 1991, 1996).

De acuerdo con estos datos, las sociedades de finales del Clásico atraviesan un proceso de complejización política y económica. Los datos proporcionados por los contextos funerarios de Guadalupe nos permiten acercarnos a las características socioculturales de esos pueblos.

Afinidades culturales

En cuanto a la cultura material, se notan importantes semejanzas entre la cuenca de Zacapu y varios sitios contemporáneos ubicados en las tierras altas de Michoacán y en el suroeste del Bajío guanajuatense. Por un lado, la cerámica de Guadalupe se asemeja a las piezas encontradas por Piña Chan y Oi (1982) en la Tumba 1 de Tingambato, así como a las que proceden de las excavaciones de Pollard (1995, 1996), en Urichu. Es necesario mencionar que el material procedente de esos sitios se asemeja más a la cerámica correspondiente a la ocupación Lupe tardío-La Joya y Palacio inicial de nuestro sitio que a las fases anteriores. Destaca, en particular, la presencia de vasijas de forma y decoración parecida a los tipos Ciénega Rojo Negativo (Piña Chan y Oi, 1982, fig. 6; Pollard, 1995, fig. 8a). En Tingambato también hay ollas de silueta compuesta y bordes tipo Chirimoyo (Piña Chan y Oi, 1982, fig. 12), características del Epiclásico en la cuenca de Zacapu. Por otro lado, existen vínculos evidentes entre la cerámica de Guadalupe y la estudiada por Sánchez Correa (1995) para la zona de La Gloria, Guanajuato. De nuevo encontramos ahí las copas de pedestal de engobe rojo y decoración geométrica al negativo, así como los cuencos monocromos rojos con base anular y café con decoración incisa.

Así, según D. Michèlet (1990), el centro-norte de Michoacán manifiesta, desde finales del Clásico, tendencias culturales comunes. De acuerdo con los datos disponibles, podemos extender este parentesco cultural a los grupos que poblaban el sur de Guanajuato. Esta relación es notable desde el punto de vista de la cerámica para el Clásico tardío, así como para los periodos más antiguos (Carot, 1993), pero también es perceptible por medio de la arquitectura monu-

mental (Carot *et al.*, en prensa; Faugère-Kalfon, 1996; Taladoire, 1989).

En cuanto a los sistemas funerarios, la falta de datos comparativos para el Clásico tardío en el Bajío nos impide ampliar nuestras comparaciones en este dominio. No obstante, para el estado de Michoacán, las excavaciones realizadas en diferentes proyectos nos permiten relacionar Guadalupe con una tradición que abarca gran parte de las tierras altas de la región. En efecto, cámaras funerarias con características muy similares a las que hemos descrito en Guadalupe han sido descubiertas en varios sitios clásicos de la zona. Tal es el caso de Tingambato en el sur de las tierras altas (Piña Chan y Oi, 1982), de Urichu en la cuenca de Pátzcuaro (Pollard, 1995, 1996), pero también de Tres Cerritos en la Cuenca de Cuitzeo (Macías G. y Vackimes S., 1989). A pesar de las variaciones locales, esas tumbas tienen características comunes: se trata de construcciones de piedra compuestas por una cámara de planta cuadrada o rectangular con un acceso lateral; muestran evidencias de depósito sucesivo y contienen los restos de numerosos individuos; la calidad y cantidad de ofrendas que contienen indican también que ese tipo de entierro estaba relacionado con la élite.

Las excavaciones realizadas en Guadalupe muestran también que, al lado de esas cámaras funerarias, existen otras sepulturas más sencillas. Por ser menos espectaculares, es frecuente que los arqueólogos no presten tanta atención a ese tipo de entierros. Sin embargo, como hemos mencionado, corresponden a patrones bien definidos. En cuanto a las sepulturas en caja, se reporta también un ejemplo en Urichu (Cahue y Pollard, 1996). Por otro lado, es interesante comentar que los entierros flexionados en sepulturas de caja son muy característicos del complejo El Grillo del valle de Atemajac, Jalisco (Galván, 1976). En esta zona, dicho complejo aparece a finales del Clásico, de manera que la tradición de sepulturas en caja reportada en Guadalupe podría ser, como lo sugiere Beekman (1996), un posible antecedente de los entierros de El Grillo.

También llama la atención la semejanza entre las sepulturas en nicho encontradas en la cuenca de Zacapu con algunas tumbas de tiro sencillas de Jalisco y Colima. Tanto el perfil de esas fosas como su sistema de cerrado (sistema de lajas oblicuas apoyadas sobre una banqueta) recuerdan las tumbas reportadas por Kelly (1978) en El Manchón, Colima, o por Weigand (1993) en Atitlán Las Cuevas, Jalisco (fig. 15). Por el momento, carecemos de información para explicar estas similitudes. Cabe mencionar que en la zona de Zacapu las sepulturas en nicho están presentes desde el inicio de nuestra era (Loma Alta) hasta finales del Clásico (Guadalupe).

Características de la élite

Respecto a la organización social, los conjuntos funerarios de Guadalupe nos brindan la imagen de una sociedad compleja y jerarquizada. La estructuración de los grupos de sepulturas y las ofrendas asociadas con los difuntos sugieren dos características importantes:

1. La existencia de un grupo dominante que sepultaba a sus muertos en tumbas en el sector más elevado de la Loma.
2. El papel dominante de los guerreros, que parece aumentar con el tiempo.

Como hemos mencionado, estos personajes son los que concentran la mayoría de bienes exóticos y de objetos de prestigio. Dichos objetos son armas y adornos elaborados, con materiales procedentes de regiones más o menos lejanas. Pensamos que ese papel preponderante del guerrero no sólo caracteriza a los grupos de la cuenca de Zacapu; encontramos los mismos símbolos de poder en otros sitios del Clásico tardío michoacano. En la Tumba 1 de Tingambato, localizamos también puntas de proyectil, agarraderas de átlatl, macanas de piedra, espejos dorsales de pirita y numerosos ornamentos de concha y piedra verde-azul (Piña Chan y Oi, 1982) que simbolizan el prestigio del guerrero. El caso de las sepulturas de Urichu (Pollard, 1996) es igualmente ilustrativo. En la tumba más importan-

te la mayoría de los difuntos son adultos masculinos asociados con objetos semejantes a los hallados en Guadalupe: agarraderas de átlatl, puntas de proyectil por grupos de cuatro, ornamentos de concha y turquesa y pigmentos rojo. Es interesante destacar que, como en Guadalupe, hay aquí también un entierro de niño asociado con armas (agarraderas de átlatl y cuatro puntas de proyectil) y ornamentos elaborados con concha y turquesa.

Los productos de intercambio

En Guadalupe hemos notado una determinada evolución en cuanto a los productos exóticos usados por la élite. Mientras que esos bienes son relativamente escasos en las sepulturas Jarácuaro, la cantidad y la diversidad de dichos materiales va en aumento durante la fase Lupe; tal es el caso de los objetos de concha marina (muy escasos durante las fases anteriores). La mayoría de estos objetos fueron elaborados sobre conchas procedentes de la costa del Pacífico. Cabe mencionar, sin embargo, que una de las dos trompetas de caracol encontradas en la Estructura Funeraria 1 (Arnauld *et al.*, 1993) procede del Caribe (Olguín y Polaco, 1993). En cuanto a los minerales, tenemos numerosas cuentas de caolinita, así como ornamentos de pirita, amazonita y turquesa; pigmentos rojos identificados como hematita y cinabrio;¹⁰ puntas de proyectil de sílex y calcedonia. La caolinita, la hematita, la pirita, la calcedonia quizá proceden de regiones vecinas (Guanajuato y Michoacán). En cuanto al cinabrio, se conocen importantes yacimientos en la Sierra Gorda (Querétaro) explotados en el Clásico. Las fuentes de amazonita y turquesa son mucho más lejanas. Recientemente se han localizado yacimientos de amazonita en el sur de Chihuahua (R. Sánchez, comunicación personal), mientras que la turquesa procede tal vez del suroeste de los Estados Unidos. Es interesante destacar que, en Guadalupe, la amazonita sólo aparece en las sepulturas de Jarácuaro y Lupe temprano, mientras que la turquesa apa-

¹⁰Los minerales fueron identificados por Ricardo Sánchez, Laboratorio de Geología, SLAA-INAH.

rece en los depósitos Lupe tardío y Palacio inicial. En cuanto a la obsidiana, al lado de productos procedentes de las minas de Zináparo, hay algunas navajas prismáticas de obsidiana verde procedentes de Pachuca. Estas piezas sólo se encuentran en los depósitos Jarácuaro y desaparecen en la fase Lupe. Durante dicha fase, las navajas son de obsidiana gris y al parecer proceden de Zinapécuaro (Darras, 1996, comunicación personal).

Como lo indican esos datos, durante el Clásico tardío existen numerosas pruebas de intensos intercambios entre la cuenca de Zacapu y otros grupos contemporáneos: los contactos son importantes con la costa del Pacífico (¿con Tingambato como punto intermedio?) y con el norte (Guanajuato, Querétaro, Chihuahua, suroeste de los Estados Unidos). En fin, el gran ausente parece ser el Altiplano Central. Si en efecto existen elementos culturales relacionados con el Centro de México, son escasos los objetos procedentes de esta región: no tenemos cerámica importada y la obsidiana verde de Pachuca es muy escasa. En cuanto a la máscara teotihuacanoide encontrada en Guadalupe, es probable que proceda de Guerrero, ya que es más parecida a las copias guerrerenses de este tipo que a las teotihuacanas originales (B. Olmedo, comunicación personal; Olmedo y González, 1986).

Conclusión

Como lo muestran los datos proporcionados por los conjuntos funerarios de Guadalupe, los grupos pretarascos del norte de Michoacán conocieron un proceso de complejización de jerarquización social durante el Clásico tardío. Este proceso, que parece iniciar durante la fase Lupe, evolucionó hasta la formación de los señoríos que controlaban las cuencas lacustres michoacanas en el momento en que llegaron los Uacúsechas. Este proceso fue progresivo y procede de una evolución local de los grupos humanos que poblaban esas cuencas desde el Preclásico. Es lo que parecen indicar los datos obtenidos de las excavaciones de Urichu (Pollard, 1996). Tanto en este sitio como en Guadalupe, nota-

mos la emergencia de una élite guerrera que parece controlar la circulación de productos exóticos. Es importante mencionar que este desarrollo parece estar poco relacionado con las dinámicas culturales del Altiplano Central, más bien con los grupos del norte de Mesoamérica y en particular con los del Bajío. Hay que esperar que las investigaciones arqueológicas futuras en estas regiones permitan entender mejor los nexos que existen entre esas zonas del Centro-Occidente de Mesoamérica. La historia de esas áreas permitirá comprender mejor la formación de las estructuras estatales que marcaron el periodo Postclásico, tanto en Michoacán (el estado tarasco) como en el Altiplano Central (estado tolteca).

Esperamos haber demostrado que un estudio detallado de los patrones funerarios permite obtener información fundamental en cuanto a la ideología y el tipo de sociedad de los pueblos del pasado. Esperamos que los arqueólogos presten más atención a este tipo de vestigio que, por desgracia, es considerado a menudo como un obstáculo al desarrollo de los trabajos arqueológicos o como una fuente cómoda para llenar las vitrinas de los museos.

Agradecimientos

Agradezco a Concepción Asuar su ayuda para la traducción al español de este texto, escrito originalmente en francés. Quisiera también agradecer a Françoise Bagot por sus dibujos del material cerámico (figs. 3, 4, 5 y 6). Los demás dibujos son del autor.

bibliografía

- Arnauld, M.C., P. Carot y M.F. Fauvet-Berthelot
1993. "Arqueología de las lomas en la
cuenca lacustre de Zacapu, Michoacán,
México", en *Cuadernos de Estudios
Michoacanos*, núm. 5, México, CEMCA.
- Beekman, C. S.
1996. "El complejo El Grillo del centro de
Jalisco: una revisión de su cronología y
significado", en E. Williams y P. Weighan
(coords.), *Las Cuencas del Occidente de
México (Época Prehispánica)*, Zamora, El
Colegio de Michoacán, pp. 247-291.
- Binford, L.
1971. "Mortuary practices: their study
and their potential", en J. A. Brown
(ed.), *Approches to the Social Dimensions of
Mortuary Practices*, Memoirs of the
Society for American Archaeology 25.
- Braniff, B.
1972. "Secuencia arqueológica en
Guanajuato y la Cuenca de Mexico:
intento de correlación", en *Mesa Redonda
de la Sociedad Mexicana de Antropología*,
t. II, México, pp. 273-323.
- Cahue, L. y H. Pollard
1996. "Cambios de costumbres fune-
rarias: las transformaciones de la élite de
Urichu", en *IV Coloquio Internacional de
Occidentalistas*, Guadalajara.
- Carot, P.
1993. *Le Site de Loma Alta, Lac de Zacapu,
Michoacán, Mexique*, tesis doctoral, Uni-
versité de Paris I, París.
- Carot, P. et al.
1996. "La arquitectura de Loma Alta,
Zacapu, Michoacán", en *IV Coloquio de
Occidentalistas*, Guadalajara.
- Cobean, R.
1990. *La Cerámica de Tula, Hidalgo*,
Colección Científica, México, INAH.
- Darras, V.
1991. *Techniques Préhispaniques de l'Obsi-
dienne: les Centres d'exploitation de
Zináparo-Prieto, Michoacán, Mexique*,
tesis doctoral, Université de Paris I,
Panthéon-Sorbonne.
- Darras, V.
1996. "Economía de la obsidiana en Mi-
choacán: modalidades de abastecimiento
e implicaciones político-culturales", en
Arqueología 15, México, INAH, pp. 41-54.
- Faugère-Kalfon, B.
1991. "San Antonio Carupo (Centro-
norte de Michoacán, México): nuevas
evidencias de ciertas transformaciones
en el inicio del Postclásico", en *Journal
de la Société des Américanistes* 77, París,
pp. 45-61.
1992. "Algunos aspectos del Clásico en el
centro-norte de Michoacán", en *Arqueo-
logía* 7, México, INAH, pp. 39-50.
1996. *Entre Zacapu y Río Lerma: Culturas
en una Zona Fronteriza*, México, CEMCA
(Cuaderno de Estudios Michoacanos 7).
- Galván, L. J.
1976. *Rescate Arqueológico en el Fracciona-
miento Tabachines, Zapopan, Jalisco*, México,
INAH (Cuaderno de los Centros 28).
- Hers, M. A.
1989. *Los Toltecas en Tierra Chichimeca*,
México, Instituto de Investigaciones
Estéticas, UNAM.
- Kelly, I.
1978. "Seven Colima tombs: an
interpretation of ceramic contents", en
*Contribution of the University of California
Archaeological Research Facility*, núm 36,
Berkeley y Los Ángeles, University of
California Press, pp. 1-26.
- Macías Goytia, A. y K. Vackimes Serret
1989. "Las turquesas de un lago", en R.
García Moll y A. García Cook (coords.),
Homenaje a Román Piña Chan, México,
INAH, pp. 41-71.
- Michèlet, D.
1990. "El centro-norte de Michoacán en
el Clásico: algunas reflexiones", en A.

- Cardos de Méndez (coord.), *La Época Clásica: Nuevos Hallazgos, Nuevas Ideas*, México, Museo Nacional de Antropología, INAH, pp. 279-291.
1993. "La cerámica de las Lomas en la secuencia cerámica regional", en *Arqueología de las Lomas en la Cuenca Lacustre de Zacapu, Michoacán, México*, México, CEMCA (Cuadernos de Estudios Michoacanos, núm. 5), pp. 149-155.
- Michèlet, D., M.C. Arnauld, y M. F. Fauvet-Berthelot
1989. "El proyecto del CEMCA en Michoacán. Etapa I: un balance", en *Trace 16*, México, CEMCA, pp. 70-87.
- Migeon, G.
1990. *Archéologie en Pays Tarasque. Structure de l'Habitat et Ethno-préhistoire des Habitats Tarasques de la Région de Zacapu (Michoacán, Mexique) au Postclassique Récent*, tesis doctoral, UFR d'Art et d'Archéologie, Université de Paris I.
- Olguín, E. y O. Polaco
1993. "Concha labrada del complejo Lupe", en *Arqueología de las Lomas en la Cuenca Lacustre de Zacapu, Michoacán, México*, México, CEMCA (Cuadernos de Estudios Michoacanos, núm. 5), pp. 163-167.
- Olmedo, B. y C. González
1986. *Presencia del Estilo Mezcala en el Tempo Mayor: una Clasificación de Piezas Antropomorfas*, tesis de licenciatura, México, ENAH/INAH.
- Pereira, G.
1992. *Problèmes Relatifs au Fonctionnement d'une Sépulture Collective: le Cas de la Structure Funéraire 1 de Guadalupe (Michoacán, Mexique)*, tesis doctoral, Laboratorio de Antropología, Université de Bordeaux I.
- 1996a. *Potrero de Guadalupe: Anthropologie Funéraire d'une Communauté pré-Tarasque du Nord du Michoacán, Mexique*, tesis de doctorado, Panthéon-Sorbonne, Université de Paris I.
- 1996b. "Nuevos hallazgos funerarios en Loma Alta, Zacapu, Michoacán", en E. Williams y P. Weigan (coords.), *Las Cuencas del Occidente de México (Época Prehispánica)*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 105-129.
- En prensa. "Manipulaciones de restos óseos en la loma de Guadalupe, un sitio funerario del periodo Clásico de la cuenca de Zacapu, Michoacán", en E. Malvido, G. Pereira y V. Tiesler (coords.), *Simposio Internacional: el Cuerpo Humano y su Tratamiento Mortuorio*, México, CEMCA/INAH.
- Piña Chan, R. y K. Di
1982. *Exploraciones Arqueológicas en Tingambato, Michoacán, México*, INAH.
- Pollard, E.
1996. "La transformación de élites regionales en Michoacán central", en E. Williams y P. Weigand (coords.), *Las Cuencas del Occidente de México (Época Prehispánica)*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 131-156.
- Pollard, H.
1995. "Estudio del surgimiento del estado tarasco: investigaciones recientes", en E. Williams y P. Weigand (coords.), *Arqueología del Occidente y Norte de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 29-63.
- Romero, J.
1958. *Mutilaciones Dentarias Prehispánicas de México y América en General*, México, INAH (Serie Investigaciones, núm. 2).
- Sánchez Correa, S.
1995. *La Gavia, Guanajuato: Aproximación al Desarrollo Cultural de una Porción del Bajío Noroccidental*, tesis de licenciatura, México, ENAH.
- Tainter, J. S.
1977. "Modeling change in prehistoric social systems", en L.R. Binford (ed.), *Theory Building in Archaeology*, Nueva York, Academic Press, pp. 327-351.

- Taladoire, E.
1989. "Las canchas de juego de pelota de Michoacán (CEMCA: Proyecto Michoacán)", en *Trace* 16, México, CEMCA, pp. 88-99.

- Thomas, L. V.
1984. "Les rituels funéraires", en *Bulletin de la Société de Thanatologie*, núm. 60-61, París, pp. 33-42.

- Tricart, J.
1992. "La cuenca lacustre de Zacapu: un acercamiento geomorfológico", en D. Michèlet (coord.), *El Proyecto Michoacán 1983-1987. Medio Ambiente e Introducción a los Trabajos Arqueológicos*, México, CEMCA, pp. 112-197.

- Weigand, P.C.
1993. "La transición del Formativo-Clásico y del Clásico-Postclásico en la zona jalisciense de Teuchitlán/Etzatlán", en P. Weigand, *Evolución de una Civilización Prehispánica*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 21-37.



*Mari Carmen Serra Puche**
*y J. Carlos Lazcano Arce***

Xochitécatl-Cacaxtla en el periodo Epiclásico (650-950 d.C.)

Este artículo es continuación, en orden cronológico, del que apareció en el número 16 de *Arqueología*, referente a la ocupación más temprana de Xochitécatl, haciendo alusión a los materiales arqueológicos y las etapas constructivas del sitio. El Proyecto Arqueológico Xochitécatl-Cacaxtla exploró las principales estructuras que conforman tanto la zona de Xochitécatl como la llamada Plaza de las Tres Pirámides en Cacaxtla. La evidencia localizada permitió conocer la existencia de diversas características comunes durante el Epiclásico (fig. 1).

Este estudio se refiere al periodo Epiclásico en estos sitios y en el valle de Tlaxcala. Por un lado, se presentan las características a través de los materiales arqueológicos que han permitido definir la segunda ocupación del llamado complejo Xochitécatl-Cacaxtla. Y por otro, expondremos algunas ideas de lo que llamamos el segundo abandono de esta región, correspondiente al final del periodo Epiclásico.

En el trabajo anterior de Xochitécatl-Formativo (Serra y Palavicini, 1996) se presentaron las características más relevantes del periodo Formativo en el sitio de Xochitécatl, por lo que en este trabajo omitimos la ubicación y antecedentes que ha tenido este proyecto y la descripción general del sitio.¹

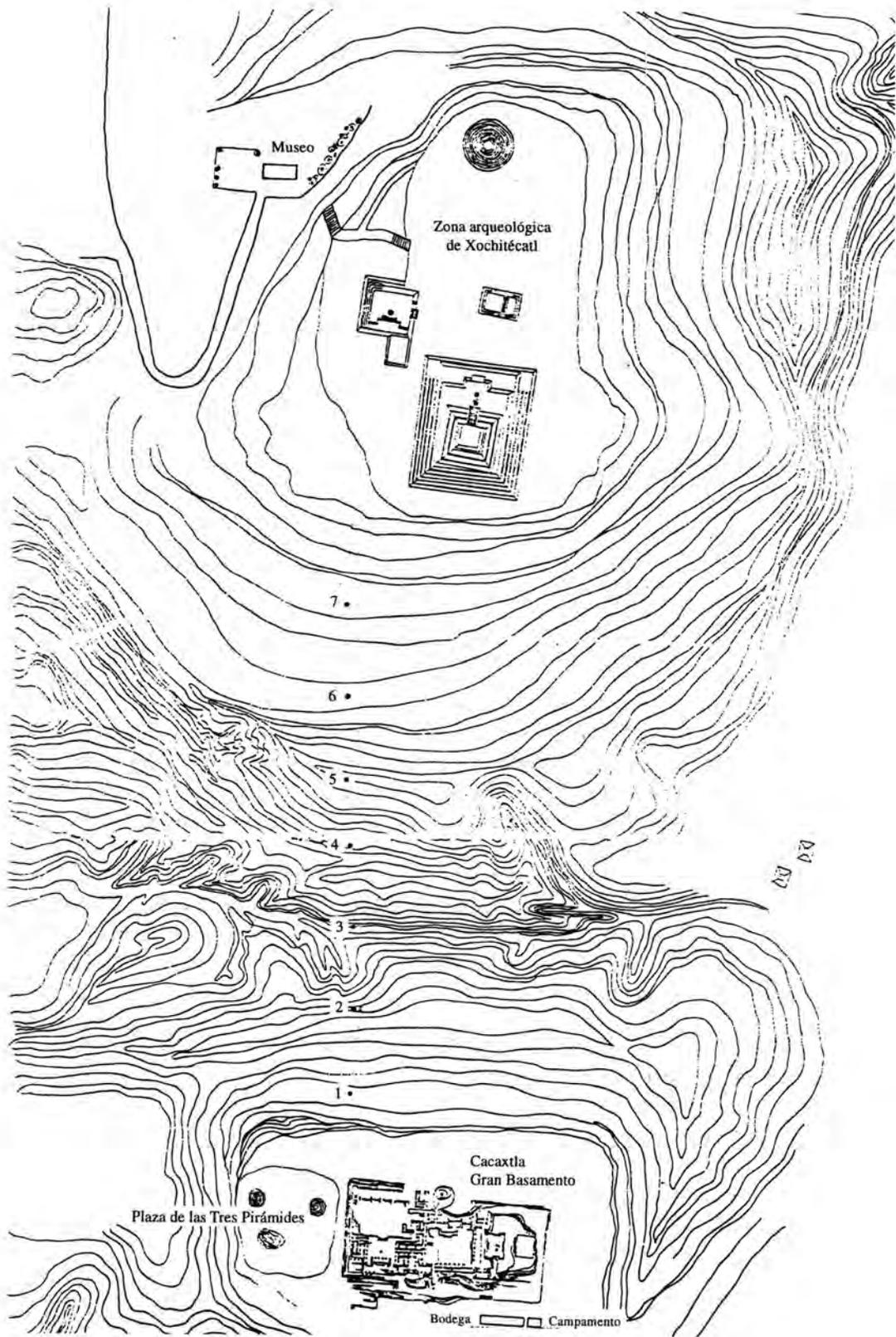
El Epiclásico en el valle Puebla-Tlaxcala y en Xochitécatl-Cacaxtla

El periodo Epiclásico se caracteriza por la gran movilidad de grupos humanos; después del auge teotihuacano hay un reacomodo de la población, tanto de la Cuenca de México como de las regiones aledañas, lo cual dio como resultado el surgimiento de centros de poder como Xochicalco en Morelos, Xochitécatl-Cacaxtla en Tlaxcala, Tenango en el valle de Toluca, etc. Así inicia el Epiclásico, etapa de transición de singular importancia que sentó las bases y pautas que carac-

*Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.

**Posgrado, ENAH.

¹A este respecto, véase Serra y Palavicini, 1996.



● Fig. 1 Xochitécatl-Cacaxtla

terizaron al periodo Postclásico (Webb, en Sugiura, 1990).

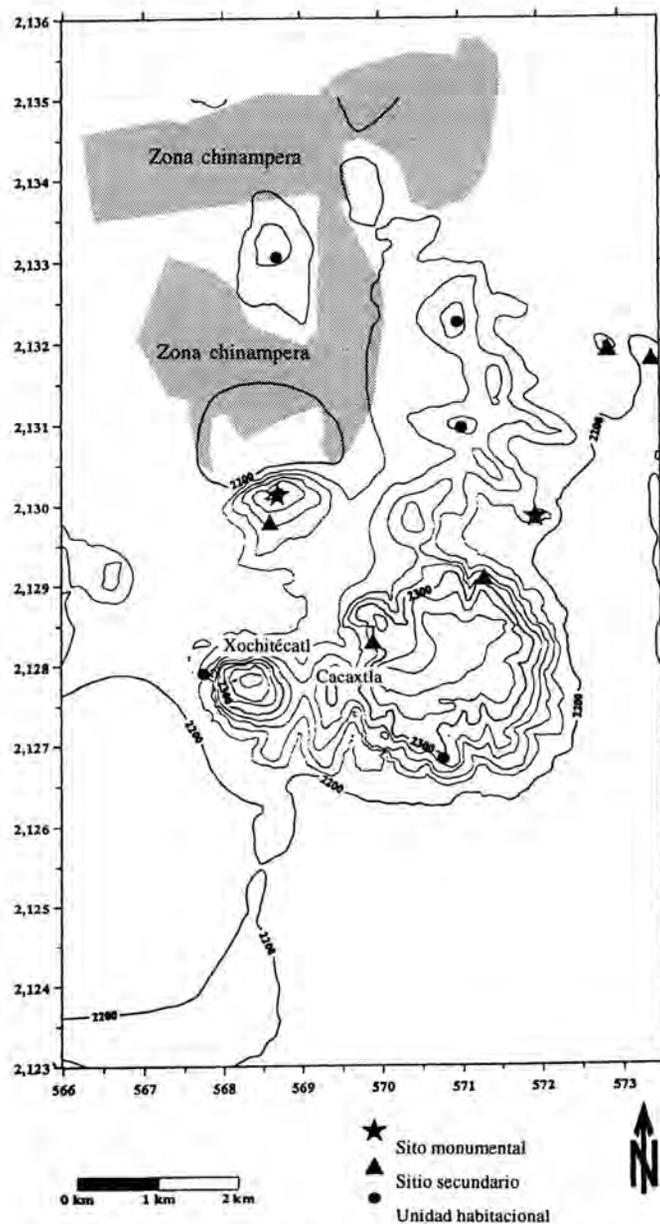
Hasta hace poco el estudio de la arqueología del Altiplano había dado poca importancia al Epiclásico; de ahí que para entender esta etapa es preciso, primero, analizar los procesos históricos que se dan en el Altiplano Central, posteriormente intentar esclarecer el destino de los teotihuacanos después del proceso de caída de su sociedad (Sugiura, 1990). El periodo Epiclásico muestra cambios sociales que, desde nuestra perspectiva, tienen un carácter cuantitativo, de forma y expresión, en donde sociedades estatales secundarias disputan un lugar en el nuevo panorama económico y social que deja Teotihuacan (Lazcano, 1997).

En el valle de Puebla-Tlaxcala, y en especial los asentamientos de este periodo que rodean a Xochitécatl y Cacaxtla, presentan un patrón de asentamiento muy claro. Se ubican en lugares elevados en estrecha relación con los sitios principales (Serra y Lazcano, 1997). En este patrón de asentamiento hay dos tendencias poblacionales típicas del Epiclásico: centralización y ruralización (Sugiura, 1990). La primera está representada por Xochitécatl-Cacaxtla y el sitio de Mixco Viejo; dichos asentamientos se encuentran en lo alto de lo que morfológica y geográficamente se conoce como el Bloque Xochitécatl-Nopalucan-Nativitas. La segunda tendencia poblacional se da en conjuntos de sitios de menor tamaño, con pequeñas edificaciones y agrupaciones de unidades residenciales (fig. 2).

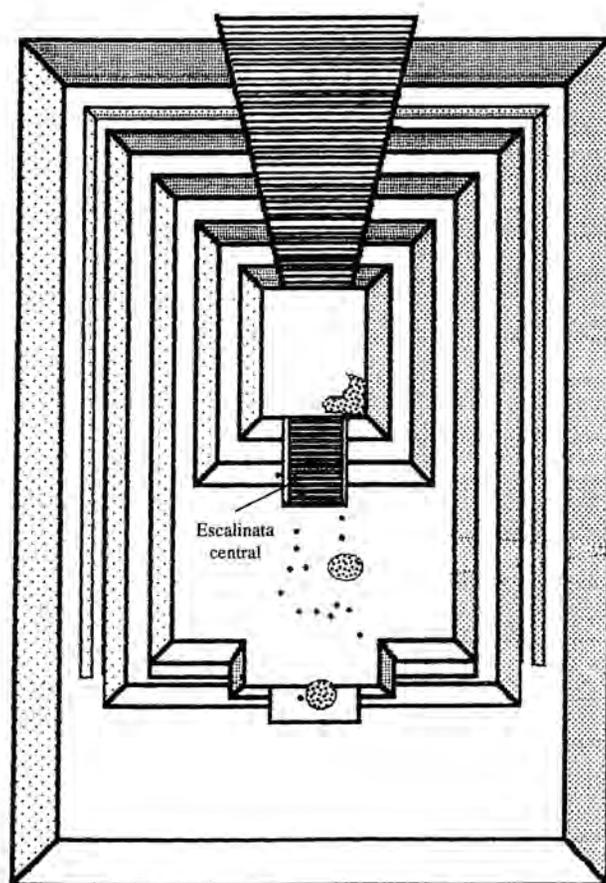
En cuanto al espacio temporal donde se ubican dichos sitios, varios investigadores han hecho diferentes señalamientos al respecto. Pedro Armillas (1941, 1946), en sus trabajos de reco-

nocimiento de Cacaxtla, Xochitécatl y Mixco, define parte de la cerámica que localizó y establece a que momento pertenecen.

Aunque mi colección de tiestería de esos lugares no es muy abundante y no he visto ninguna pieza completa, hay en ella suficientes tipos característicos para poder sacar conclusiones sobre las épocas de ocupación de Cacaxtla y Xochitécatl (de Mixco no tengo cerámica). Entre la de superficie identificable de Xochitécatl se



● Fig. 2 Proyecto Xochitécatl, Recorrido 1996, jerarquización de sitios



••• Entierros ● Ofrendas de figurillas

● Fig. 3 Localización de escalinatas, entierros y ofrendas del Epiclásico en la Pirámide de las Flores

encuentra material arcaico y cholulteca (Cholula III); también recogí en ese lugar una figurilla Mazapan; esto sugiere una ocupación antigua y reocupación posterior o una larga ocupación pues la falta de material de horizontes intermedios puede ser debida a lo reducido del muestrario. El material bien definido de Cacaxtla está constituido por una cerámica con baño carmín, muy bruñido, delgada, que se encuentra también en Tehuacán y en Teotihuacan, en este lugar en fases más bien tardías y que parece constituir un precedente del Coyotlatelco, con el cual es bastante posible que esté genéticamente relacionada, y por último cerámica incisa antes de la cochura en estilo que recuerda igualmente fases tardías de Teotihuacan (Armillas, 1946, p. 22).

En las excavaciones en Xochitécatl del investigador Bodo Spranz de la Universidad de Freiburg, Alemania (1970), se reporta:

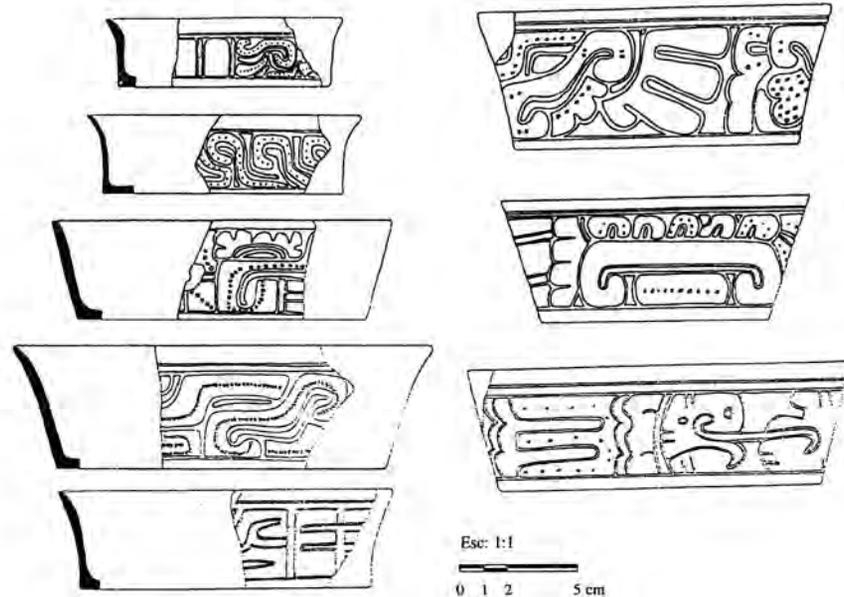
el hallazgo de unas ofrendas con figurillas de barro pintadas, entre ellas unas huecas con niños en el vientre [...] También se hallaron figuras con miembros móviles.

Según los análisis, las ofrendas fueron depositadas entre el abandono de Teotihuacan Clásico al fin de la fase Metepec, y antes del desarrollo del periodo de los Toltecas de Tula, es decir, entre 750 y 900 d.C. (Spranz, Bodo, 1978).

Por otra parte, los trabajos realizados por el Proyecto Puebla-Tlaxcala durante los años setenta, establecen la fase Cultural VI: Texcalac 600-1100 d.C. Ésta se distingue por sus sitios ubicados generalmente sobre laderas altas y cimas de los cerros y lomas; en algunas ocasiones también se localizan en las partes adyacentes a dichas lomas o cerros (esta condición se observó en los recorridos de superficie del Proyecto Xochitécatl). Asimismo, los poblados son de tres categorías: grandes conjuntos concentrados, pequeños conjuntos que se agrupan para formar un pueblo mayor, o casas aisladas y dispersas. Se continúa con los sistemas de cultivo anteriores, terrenos terracedos

con canales o de cultivo sobre camellones que se inundan periódicamente, o bien cultivos de humedad o verdaderas chinampas a las orillas de los lagos y lugares pantanosos (García Cook, 1973, p. 69).

Si bien esta fase abarca un área muy amplia a través de un punto de vista regional (aunque se establece sólo a partir de recorridos de superficie y pozos de sondeo), en lo que llamamos complejo Xochitécatl-Cacaxtla-Mixco, encontramos sólo algunas coincidencias. La fase Tenanyecac 100-600 d.C. que antecede a Texcalac y que corresponde al momento principal del periodo Clásico, temporalidad que para esta región de Tlaxcala propone la Fundación Alemana para la Investigación Científica (FAIC), no está presente en nuestro complejo.



Tablero Esgrafiado

Foso Esgrafiado Pared Gruesa

● Fig. 4 Cerámica diagnóstica del inicio de la Segunda Ocupación de Xochitécatl y Cacaxtla

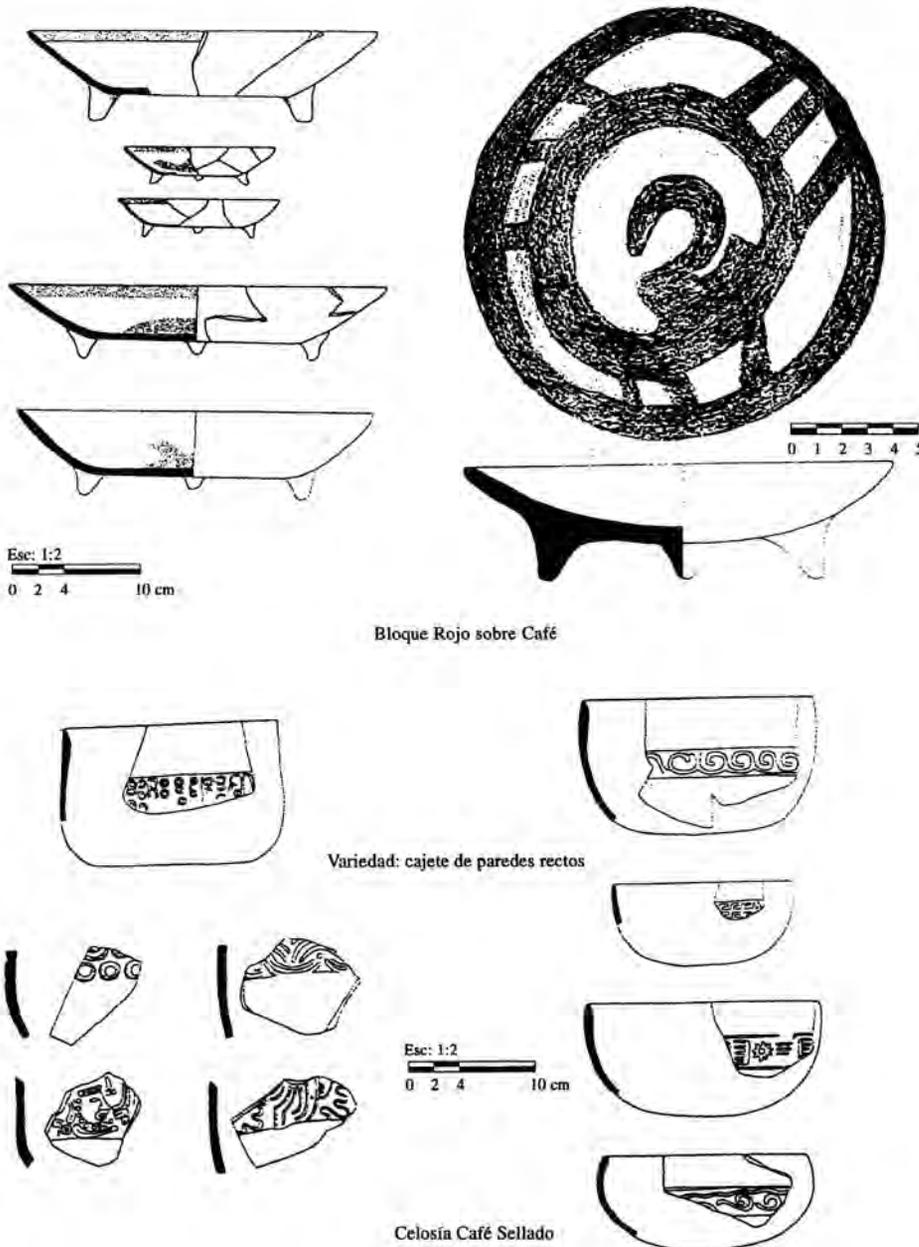
En el caso de los investigadores que exploraron y excavaron Cacaxtla, señalan que los materiales cerámicos más abundantes son monocromos, platos rojo/bayo y los vasos y cajetes incisos que recuerdan fases tardías de Teotihuacan. Según las características de los diferentes materiales arqueológicos localizados, el apogeo del sitio se ubicaría entre el 600 y 850 d.C. (Molina, 1977). Estos autores señalan dos momentos de “concentración de materiales” que corresponden, el primero a 400 y 600 d.C. y, el segundo, entre los 600 y los 850 d.C. La cronología relativa que

obtuvieron del estudio comparativo de esa cerámica lleva a las fases comprendidas entre 600 y 900, como son Teotihuacan II y IV, Tajín V y VI en la costa del Golfo y Cholula II y IV en Puebla. La cronología, dada por fechamiento absoluto de un dintel de madera, fluctúa entre 556 y 835 d.C., lo que les permitió establecer que el famoso mural de la batalla fuera de 655 d.C.

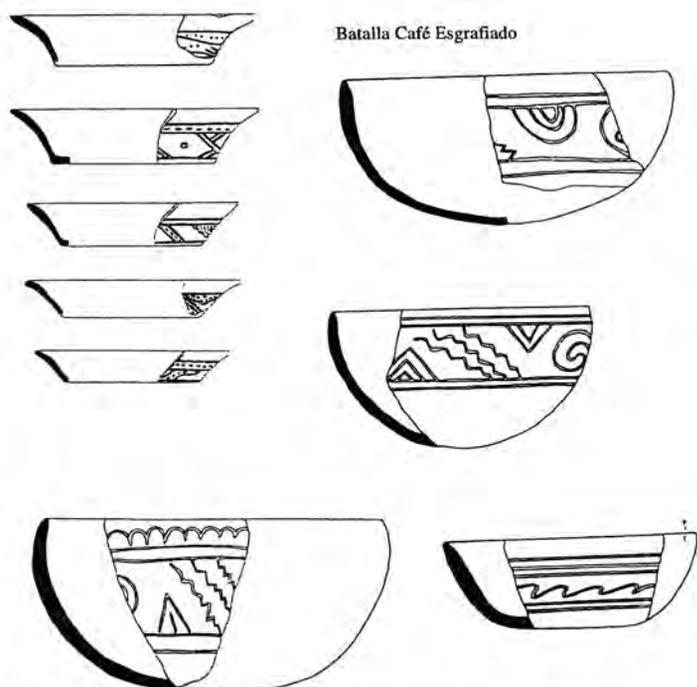
Así, existen algunas hipótesis acerca de la posible etnicidad de los habitantes de estos sitios durante el periodo Epiclásico (Segunda Ocupa-

ción 650-850 d.C.). Se habla de la presencia de los Olmeca-Xicalanca (Muñoz Camargo, 1972; Armillas, 1941; Jiménez Moreno, 1942), como los que fundan Cacaxtla, grupo cuyo origen puede ser teotihuacano o del Golfo. En el llamado Mural de la Batalla del Gran Basamento se representan dos grupos étnicos que según los estudiosos son, por un lado, los mayas vencidos y, por otro, el de los Olmeca-Xicalanca vencedores.

Es difícil distinguir un grupo étnico específico en las poblaciones del complejo Xochitécatl-Cacaxtla-Mixco, ya que gran parte de las investigaciones se han fundamentado en las representaciones de las pinturas murales de Cacaxtla, dejando a un lado la evidencia arqueológica y descontextualizando los murales. En otros trabajos (Serra, 1996, 1997) se han descrito algunos indicadores de etnicidad (atavío, tocados,



● Fig. 5 Cerámica diagnóstica de la Segunda Ocupación



● Fig. 6 Cerámica diagnóstica de la Segunda Ocupación

etc.), pero considerando también el amplio *corpus* arqueológico recuperado mediante los estudios (recorrido, excavación, análisis de materiales, etc.) realizados en estos sitios.

Para Marta Foncerrada de Molina (1993), las representaciones del grupo vencedor en Cacaxtla ponen de manifiesto su temprano origen y su definitiva filiación Olmeca-Xicalanca. El grupo conquistador emparentado con los mayas regionalizó el tocado de banda y, con ello, estableció un rasgo diferenciador que los identificaba como un grupo aparte en el concierto de pueblos cultos del Altiplano Central y de la costa del Golfo.

Segunda ocupación (550-950 d.C.)

Como se ha señalado (Serra y Palavicini, 1997), el primer abandono del complejo tiene lugar entre el año 100 a.C. y el año 0, y por la evidencia con las que contamos hasta el momento, debió llevarse a cabo en un periodo relativamente corto. La presencia de cerámica semejante a la Tezoyuca de la Cuenca de México, puede sugerir fechas hasta de 100 d.C.

Durante la exploración de Xochitécatl no se localizaron materiales o elementos que se puedan considerar característicos del periodo Clásico y mucho menos como procedentes de Teotihuacan o Cholula; tampoco se observaron en los reconocimientos de superficie de las áreas próximas al sitio. Como causas del abandono, de la salida de los pobladores del complejo Xochitécatl-Cacaxtla-Mixco y de los que se encontraban a su alrededor, creemos que se debió a las consecuencias de la actividad volcánica del Popocatepetl, que favoreció el surgimiento de núcleos de población lejos de las áreas afectadas (véase el cuadro cronológico comparativo).

Este abandono duró hasta mediados del siglo VI de nuestra era, es decir, entre el año 500-550 d.C., iniciándose la reocupación de estos sitios con la construcción en Xochitécatl del Basamento de los Volcanes, estructura que se ubica hacia el centro de la plaza central. Este edificio presenta sistemas, materiales y elementos arquitectónicos que, como el talud-tablero y el uso extensivo del estuco so-



● Fig. 7 Edificio Basamento de los Volcanes en Xochitécatl. Se observa el tablero talud estucado rodeado por una banqueta de estuco



● Fig. 8 Escalinata de tepetate cubierta con lodo en la Pirámide de las Flores

bre tezontle (material ausente en la primera ocupación) se consideran característicos de Cacaxtla. Si bien este pequeño edificio fue construido sobre una subestructura del Formativo, su orientación es claramente distinta a la de los otros edificios del centro ceremonial, por lo que hay que considerar que su trazo y planeación responden a criterios muy diferentes a los considerados durante la primera ocupación (fig. 7).

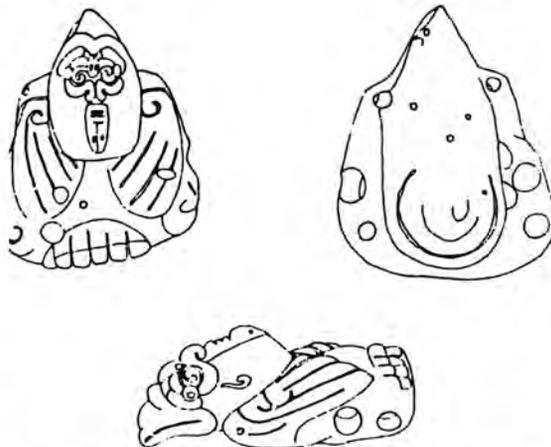
La Pirámide de las Flores tuvo modificaciones, con la construcción de una gran escalinata de bloques de tepetate sobre la fachada principal (la cual debió encontrarse en ruinas al ser reocupado el sitio); nuevamente la fachada oeste se convirtió en un área de función ceremonial caracterizado por nuevos elementos de carácter ritual (fig. 8).

En Cacaxtla (Gran Basamento) existen por lo menos las tres primeras etapas constructivas y en el caso de la Plaza de las Tres Pirámides, se edificó la estructura que se encuentra por debajo de la misma plaza (Serra y Lazcano, 1996).

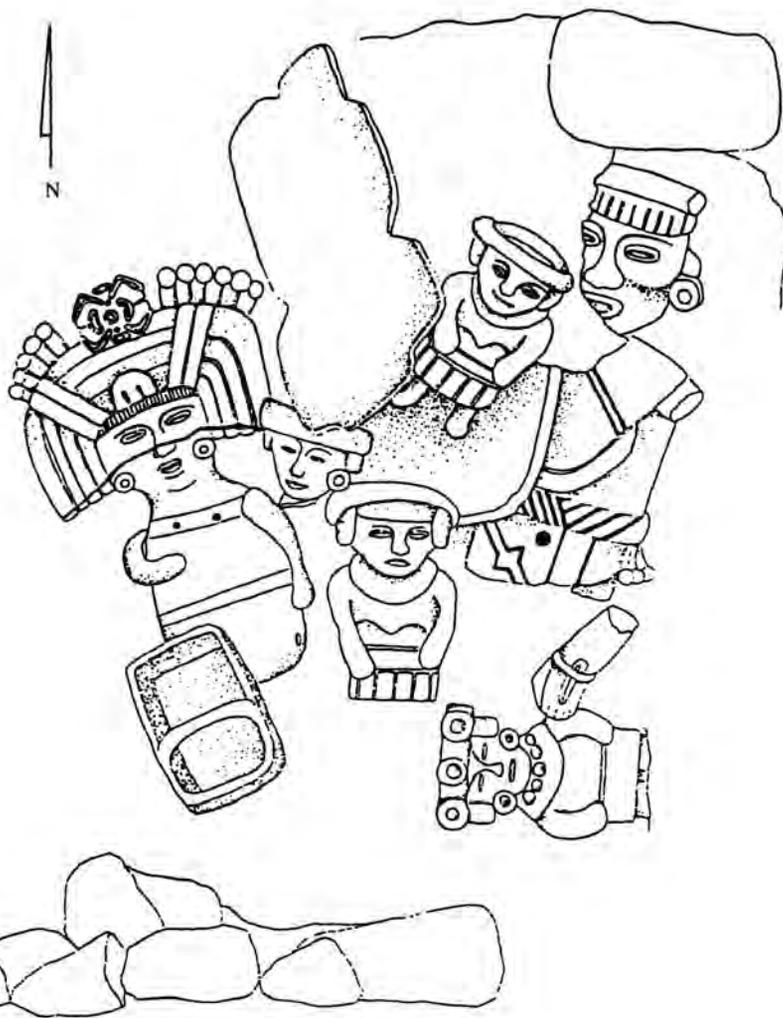
Para etapas posteriores coincidimos con lo señalado por los Molina (1977) acerca de que el apogeo de los sitios ocurre entre 650 al 950 d.C. Para este momento en las edificaciones de Xochitécatl, Cacaxtla y seguramente Mixco, se han concluido las últimas etapas constructivas y sus modificaciones.

Mediante el fechamiento de C_{14} a 2 sigma efectuados de muestras provenientes de la Pirámide de las Flores, del Basamento de los Volcanes en Xochitécatl y del Edificio No. 2 de la Plaza de las Tres Pirámides en Cacaxtla, podemos establecer una cronología: de 632 a 774 d.C. (749 ± 151).

Por otro lado, estos sitios —para el Epiclásico— conforman una sola unidad (Lazcano, 1996), en la que el grupo dominante controló gran parte de los valles que se encuentran al sur, al norte y el área que cubren los ríos de Zahuapan y Atoyac, incluyendo lo que es el Bloque Xochitécatl-Nopalucan-Nativitas. De igual forma, en este periodo Xochitécatl-Cacaxtla se convierte en el sitio más importante de la región; el área de residencia de la clase gobernante y administrativa se ubicó en Cacaxtla y quizá en Mixco, mientras que las actividades religiosas y civiles públicas se desarrollaban preferentemente en Xochitécatl. Esta relación es evidente con la presencia de estructuras arquitectónicas y la orientación de espacios en Cacaxtla; por ejemplo:



● Fig. 9 Figurilla zoomorfa en jadeita proveniente de la Ofrenda 1 de la Plaza de las Tres Pirámides



● Fig. 10 Ofrenda de figurillas *in situ* del Edificio de las Flores

- a) El alineamiento que existe del acceso del Edificio "A" con la Pirámide de las Flores al oeste y La Malinche al este.
- b) La serie de terrazas adosadas en la ladera oeste del cerro de Cacaxtla, las cuales sugieren la presencia de grandes accesos escalonados semejantes al descubierto en la Plaza de los Tres Cerritos, mismo que se puede definir como acceso principal a dicho conjunto y que se orienta hacia Xochitécatl y no hacia el Gran Basamento.
- c) La fachada posterior de la Pirámide de las Flores, donde se detectó la presencia de un adosamiento, el cual sugiere la presencia de una escalinata construida durante la segunda ocu-

pación del edificio, sobre las estructuras de la ocupación anterior; dicha escalinata correspondería al Epiclásico (fig. 3).

Los materiales arqueológicos que caracterizan la segunda ocupación han sido descifrados de acuerdo con las tipologías previamente establecidas de los tipos diagnósticos de este periodo, es decir, marcando la presencia de dichos tipos en el área y haciendo nuevas descripciones de los tipos locales (véase cuadro de síntesis y distribución).

Presentamos aquí las cerámicas más características que fechan esta segunda ocupación y que señalan contactos y relaciones con áreas circunvecinas. Existen algunos tipos cerámicos foráneos que nos llevan a concluir rutas de interacción con-



● Fig. 11 Ejemplo de figurillas del Epiclásico localizadas en Xochitécatl

troladas por Xochitécatl-Cacaxtla, rutas de paso entre la región del Golfo y Oaxaca hacia el Altiplano Central.

Tablero Esgrafiado. Presenta fundamentalmente formas de cajete con paredes rectas, rectas divergentes, curvo divergentes, todos con base plana. Al exterior tiene engobe monocromo color café oscuro o negro, la textura es pulida “a palillos” y tiene una decoración con diversos motivos que en la mayoría de los casos cubren la totalidad de la pared. La técnica decorativa

conjunta tanto al esgrafiado, el raspado y el punzonado. Esta decoración es el atributo diagnóstico clave para distinguir este tipo. Al interior presenta el mismo engobe y pulido, sin tener decoración. Reportado por Sejourné (1966, p. 124); Müller (1978, p. 121); Cobean (1990, p. 77) y Spranz (1978).

Foso Esgrafiado Pared Gruesa. Presenta al exterior un engobe delgado y mezcla una coloración bicroma de rojo sobre café, la textura es pulida y tiene una técnica decorativa esgrafiada y acanalada. Al interior el color es café sin engobe y la textura es alisada. Las formas únicas que presenta son grandes vasos con tres soportes cónicos. Reportado por Müller (1978, p. 125) y Molina (1986; fig. 4).

Celosis Café Sellado. El sellado es el atributo diagnóstico fundamental. Lo más común son los diseños sellados de formas geométricas, destacando la formada por grecas que se enrollan a sí mismas, todo esto en una franja que rodea la vasija completa. Otro diseño que destaca es aquel en el que el sellado muestra un rostro (en perfil) de un individuo rodeado de motivos geométricos. Las formas principales son cuencos y cajetes de paredes rectas. Reportado en Cacaxtla por Molina (1986). Identificado con el de Jiménez Café Sellado del grupo cerámico Pastura, Loza Norte Pulida, Complejo Cerámico Corral, Esfera Coyotlatelco (800-900 d.C.) (Cobean, 1990, p. 197). También lo establecen Müller (1978, p. 124), Sejourné (1966, p. 128, fig. 109) y Parsons *et al.* (1982, p. 425, fig. 93) presenta el Early Toltec Carved Brown Bowl, que es idéntico al Café Sellado.

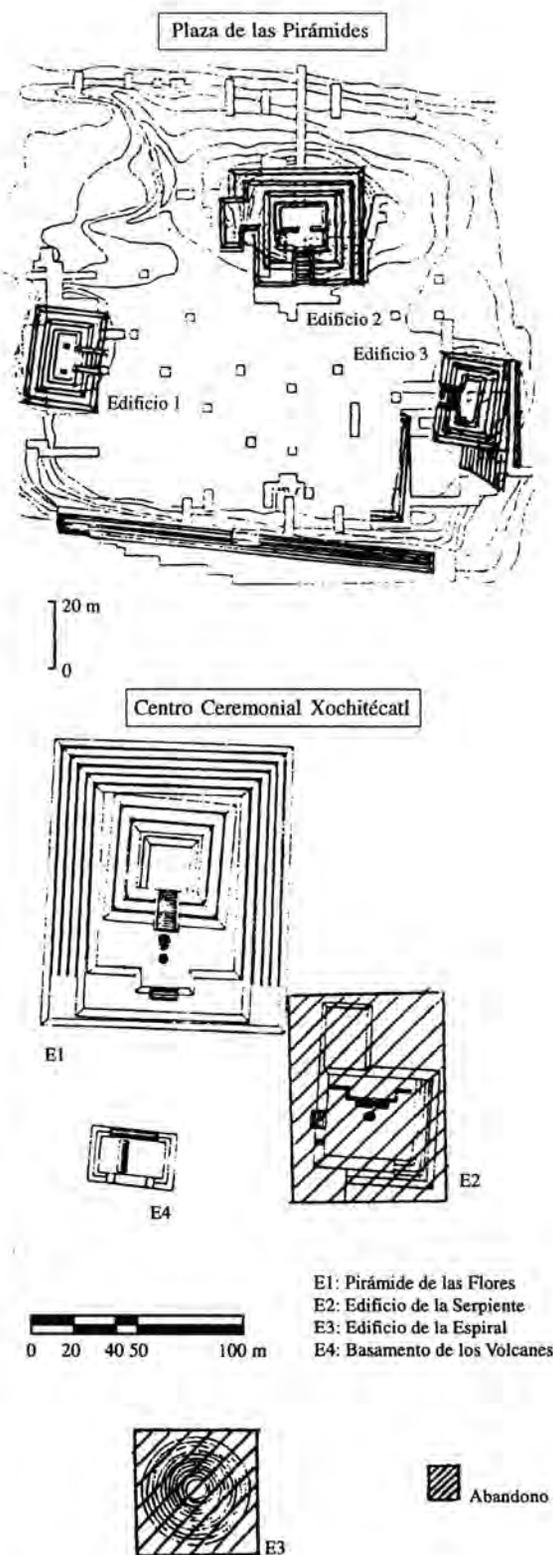
Coyotlatelco Rojo sobre Café. Se puede considerar como una variedad local del Coyotlatelco de la Cuenca de México, más rico en diseños y de mejor acabado, como lo describió Tozzer en 1919, quien lo caracterizó por tener un fondo crema o amarillento; las formas predominantes son vasos cilíndricos, platos o cajetes con soporte anular (Noguera, 1965, p. 101). Presenta diversos diseños y el acabado es pulido “a palillos”. En este rubro también se tiene el Rojo sobre Crema, cuyas formas principales son los pequeños

platos trípodes y cajetes con paredes curvo convergentes. Fuera de dicha región, lo encontramos en Tula reportado desde las excavaciones de Acosta (1945). Cobean (1990) lo señala como un componente principal de los complejos cerámicos del Clásico terminal; en las fases de Tula lo ubica en la Corral (800-900 d.C.). Para Cacaxtla es reportado por Molina (1986), como la variante 2A Rojo Mica sobre Café; esta característica del Rojo Mica también está presente en la mayoría de los tiestos que hemos identificado para este grupo cerámico tanto del Basamento de los Volcanes como en la Pirámide de las Flores. García Cook y Merino Carrión (1988, p. 310) lo mencionan como un tipo cerámico característico de su fase Texcalac (650-1100 d.C.) al que llaman Rojo sobre Café con variantes como el Rojo sobre Café Oscuro. En Teotihuacán Müller (1978) menciona la presencia de los motivos característicos del Coyotlatelco en la subfase Xometla (800-1000 d.C.). Yoko Sugiura (comunicación personal) establece que efectivamente nos encontramos ante una versión local de este tipo característico del Epiclásico.

Bloque Rojo sobre Café. Esta cerámica ocupa el primer lugar en cuanto al número de tiestos recuperados en la Pirámide de las Flores. Al igual que el Coyotlatelco rojo sobre café, se tienen platos trípodes con distintos motivos, bandas concéntricas al fondo y una que rodea todo el borde del plato. Pedro Armillas (1946) la menciona como material bien definido de Cacaxtla, constituido por cerámica con baño carmín sobre café pulido del conocido como palillos. Se encuentra también en Tehuacán y Teotihuacán para fases más tardías. López de Molina (1981) dice al respecto:

La cerámica Rojo/Bayo o Rojo/Anaranjado constituye uno de los elementos típicos del sitio de Cacaxtla, cuya forma característica es el plato trípode con soportes cónicos. Es hacia el Clásico tardío (Tenanyecac- Texcalac: 600-650 d.n.e) cuando ocurre su máximo desarrollo.

Molina también menciona como típica de Cacaxtla la cerámica Rojo sobre Bayo (variante 7A), cuya decoración es idéntica a la del material que



● Fig. 12 Edificios de la Segunda Ocupación en Xochitécatl y en la Plaza de las Tres Pirámides en Cacaxtla

se acaba de describir (Molina, 1986, lámina 106). En Tula se identifica con el Tolteca Red on Buff (Cobean, comunicación personal), presente desde la fase Corral terminal (950 d.C.). En la reciente excavación (1994) de la Plaza de las Tres Pirámides al sur del Gran Basamento, apareció en gran cantidad este tipo cerámico (fig. 5).

Batalla Café Esgrafiado. Este tipo presenta dos variedades de forma características, platos de soportes cónicos y cajetes de paredes curvo divergentes. La decoración esgrafiada siempre va al exterior y se encuentra constituida por líneas horizontales que rodean la vasija; algunos otros ejemplares asemejan grecas y líneas diagonales que se unen a las horizontales. En algunos casos se presenta punzonado. Este tipo fue reportado por los Molina como la variante 5a a la que llamaron Gris Inciso (Molina, 1986). En el caso de Tula se parece al que reportan con el nombre de Rojo Esgrafiado del Complejo Prado (700-800 d.C.) (fig. 6).

Los materiales de obsidiana son distintos al periodo de ocupación anterior, tal vez debido a que durante el Epiclásico el trabajo de obsidiana se enfoca preferentemente a la producción de artefactos de uso ritual; hay una selección más



● Fig. 13 Concha y jadeita en el edificio de la Plaza de la Tres Pirámides en Cacaxtla (Ofrenda 1)

cuidadosa de la materia prima, que llega en forma de macronúcleos para producir artefactos de mayor calidad. Se extiende el uso de la plataforma pulida, que permite un mejor control de la técnica, incrementándose tanto la cantidad como la calidad de las navajas prismáticas obtenidas de estos núcleos. Se nota así una especialización en el trabajo con micronúcleos, quizá enfocada a la obtención de navajas delgadas que después eran retocadas para obtener instrumentos muy finos, semejantes a las agujas que se han localizado tanto en Cacaxtla como en Xochitécatl en contextos como entierros y ofrendas, probablemente relacionados con el autosacrificio.



● Fig. 14 Ofrenda 1 *in situ*

Entre dichos artefactos hay también grandes cuchillos y puntas de proyectil, que han sido localizados en ofrendas de Cacaxtla, así como en entierros de Xochitécatl. Es importante señalar que estos cuchillos han sido localizados también como ofrendas en la Plaza de las Tres Pirámides de Cacaxtla y son iguales a los representados en el famoso Mural de la Batalla. Estos instrumentos se hacían en el sitio, como lo atestigua la presencia de una importante concentración del desecho, resultante de este tipo de trabajo, localizada en la terraza oeste de la Pirámide de las Flores.

Las ofrendas de elementos marinos y objetos de jade son característicos de este periodo, sobre todo en Cacaxtla, como ofrendas bajo el piso de los templos, y en Xochitécatl, asociados principalmente a entierros. La presencia de elementos como el jade, las conchas marinas, la obsidiana, cerámicas de comercio como mixteca laca, plumbate, y la proveniente de la Huasteca, indican que Xochitécatl-Cacaxtla participaba en un complejo sistema de intercambio que debió involucrar varias regiones culturales de Mesoamérica. Un caso característico de esto es el hallazgo de una figurilla de jade asociada a tres gasterópodos de la familia *olividae*, provenientes del Edificio No. 2 de la Plaza de las Tres Pirámides. Dichos objetos se encontraron como una ofrenda a la segunda etapa constructiva de este edificio (figs. 9, 13 y 14).

Otro hallazgo arqueológico que enriquece la interpretación de Xochitécatl es el de las ofrendas de figurillas en la Pirámide de las Flores, representando mujeres de diversas edades y actitudes. Estas ofrendas se hacían en la escalera de acceso a este edificio y consisten en cientos de figurillas y otros objetos, como pequeñas vasijas, incensarios, etcétera (figs. 10 y 15).



© Fig. 16 Figurillas del Epiclásico. Pirámide de las Flores



© Fig. 15 Localización de ofrenda de figurillas de la Pirámide de las Flores

Las figurillas femeninas se agrupan, según sus características, en representaciones de mujeres orando, de pie o sentadas con los brazos levantados en actitud de rezo, con tocados de bandas y quechquemitl. Otro grupo es el de las mujeres ricamente ataviadas hechas en molde y que destacan por sus tocados de flores. Entre los grupos más característicos está el de las mujeres embarazadas o recipientes, que llevan una figurilla de niño en un agujero dentro del pecho; otras son las madres que cargan sus niños en la espalda o en el regazo. También están presentes las mujeres ancianas, lo que conlleva a la conclusión de una representación en conjunto del ciclo de vida de la mujer, como ofrenda a un espacio que sirvió para ceremonias dedicadas al culto femenino y a la fertilidad (figs. 11 y 16).

La orientación de la Pirámide de las Flores hacia el volcán de La Malinche, que desde la parte alta del edificio se ve como el perfil de un rostro femenino y la coincidencia de la salida del Sol el 29 de septiembre; justo en el punto que representa la boca del perfil femenino, o sea en fechas de cosecha y que según Sahagún coincide con la fiesta donde se sacrificaban mujeres a los cerros, nos lleva a continuar la interpretación de la utilización del espacio de características femeninas (Serra, 1996-1997).



● Fig. 17 Entierro No. 3. Pirámide de las Flores

En la plataforma y en la escalera de acceso a la Pirámide de las Flores se localizaron 32 entierros, casi todos individuos jóvenes e infantiles, tal vez la mayoría femeninos; se localizaron directamente en los rellenos de la estructura, en cistas hechas con lajas de piedra o cubiertos por grandes vasijas elaboradas especialmente (figs. 17 y 18).

Se ha detectado mutilación dentaria y deformación craneana en algunos de ellos. Es evidente que fueron ofrendas al edificio en relación con el ceremonial que se realizaba en dicho espacio. Estos entierros presentaron ofrendas de navajas prismáticas de obsidiana con retoque, puntas de proyectil y pequeños cuchillos, caracoles y placas de piedra verde. No hay un patrón en cuanto a orientación ni posición del entierro, pero el que se localicen en ese espacio ceremonial permite considerarlos como ofrendas al mismo (figs. 19 y 20).

Así, por medio de los materiales arqueológicos hemos querido dar las características más significativas que nos han permitido definir la segunda ocupación de lo que hemos llamado complejo Xochitécatl-Cacaxtla-Mixco (fig. 12).

Segundo abandono: el final del Epiclásico (900-1000 d.C.)

El abandono de Cacaxtla y Xochitécatl se ha calculado entre 900 y 1000 d.C., lo que ha sido corroborado por material cerámico. Para este se-

gundo abandono se plantean dos posibles causas: de igual modo que en el caso del primer abandono (100 d.C.), se considera una nueva erupción del Popocatepetl que originó la repetición de un fenómeno social ya descrito (Serra y Palavicini, 1996), la cual afectó no sólo a Cacaxtla-Xochitécatl-Mixco, sino también a Cholula y, en general, a toda el área ubicada hacia el sur y oeste del valle de Tlaxcala.

Otra hipótesis está relacionada con la identidad étnica de los habitantes de Cacaxtla-Xochitécatl, a quienes se ha descrito como los Olmeca-Xicalanca, grupo que ocupaba la región al momento de arribar a ella los teochichimecas durante el Postclásico temprano o medio. Se considera que éstos fundaron el primero de los cuatro señoríos, Tepeticpac, para después expulsar a los Olmeca-Xicalanca, dirigirse a Cholula y vencer a los gobernantes de dicha



● Fig. 18 Entierro No. 20, colocado en cista. Pirámide de las Flores



● Fig. 19 Entierro No. 24 colocado en cista. Pirámide de las Flores

ciudad, quienes se identifican también con este grupo étnico. Varias fuentes citan la expulsión de los Olmeca-Xicalanca, quienes se retiraron hasta la provincia de Zacatlán, pero sólo Muñoz Camargo (1972) identifica a este grupo como habitantes de la región del Bloque Nativitas y constructores de Xochitécatl y Mixco.

Lo cierto es que la identidad étnica de los habitantes de Xochitécatl-Cacaxtla no se ha podido establecer aún con claridad. Queda en las fuentes, considerando que éstas fueron escritas por lo menos 500 años después del momento que aquí nos ocupa, que con el arribo de los grupos chichimecas a la región, el área sufre un reordenamiento profundo: se conforman dos centros de poder, uno ubicado en Cholula, que experimenta un notable crecimiento a partir del Postclásico medio y otro con cabecera en los Cuatro Señoríos que, gracias a las alianzas y lazos de parentesco que establecieron entre ellos, formaron una estructura política lo bastante sólida como para enfrentar los constantes intentos de conquista emprendidos por el Imperio Azteca. Este nuevo orden se refleja en el patrón de asentamiento, ya que la población tendió a concentrarse cerca de estos centros de poder, mientras que el Bloque Xochitécatl-Nopalucan-Nativitas y sus alrededores quedaron deshabitados.

Conclusiones

En esta breve descripción acerca de los hallazgos arqueológicos correspondientes al periodo Epiclásico en Xochitécatl, surgen más preguntas e incógnitas a resolver que las respuestas que se han logrado. La investigación arqueológica que está en proceso trata de explicar el lugar que ocupó Xochitécatl-Cacaxtla en la región del valle de Tlaxcala en este periodo, que se muestra como uno de los más controvertidos del desarrollo de las sociedades en Mesoamérica.

Entre las preguntas que establecemos como urgentes de resolver están: ¿Si Xochitécatl-Cacaxtla representaron a una sociedad estatal?, si lo es ¿cuál fue su esfera de dominio?, ¿cuales fueron sus relaciones con los otros sitios del Altiplano Central?, ¿qué fue lo que hizo que una vez abandonado durante el Clásico, el sitio y el área circundante vuelvan a ser ocupados, adquiriendo un poder de dominio sobre el resto de los habitantes de la región? Para entender el porqué de este nuevo dominio, del control de recursos, de los aspectos ceremoniales, entre muchos otros, se debe continuar con más investigaciones y con la excavación de unidades habitacionales donde se verá reflejada la vida cotidiana y el modo de vida de los habitantes de Xochitécatl-Cacaxtla.



● Fig. 20 Entierro con ofrenda de navajillas prismáticas. Pirámide de las Flores

Síntesis y distribución cronológica de arquitectura y materiales arqueológicos para la Segunda Ocupación

	<i>Pirámide de las Flores</i>	<i>Edificio de la Serpiente</i>	<i>Edificio de la Espiral</i>	<i>Basamento de los Volcanes</i>	<i>Cacaxtla Plaza de las Tres Pirámides</i>	<i>Cerámica diagnóstica</i>	<i>Fechas de erupciones del Popocatepetl</i>
Primer abandono 100 d.C.	Abandono temporal	Abandono	Abandono	Abandono temporal	Abandono temporal		100 a 215 d.C.
Inicio de la Segunda Ocupación 632 a 774 d.C., C ₁₄	Ampliación de los tres primeros cuerpos con enormes rellenos de tierra y tepetate. Ofrendas a la escalinata e inicio de la fachada de lajas	Abandono	Abandono	Ampliación del edificio con la construcción de una escalinata al este y otra al oeste	Construcción de la subestructura de la Plaza (tablero-talud) y de la primera etapa constructiva de los tres edificios	Foso Esgrafiado Pared Gruesa Tablero Esgrafiado Café Palillos Cerritos café burdo	
Momento de esplendor de la Segunda Ocupación 750 a 950 d.C.	Se concluyen todos los cuerpos del edificio y se termina la fachada principal, junto con el recinto superior	Abandono	Abandono	Terminación del edificio en tablero talud y con una banqueta estucada que lo rodea	Conclusión de la última etapa constructiva. Así como de las grandes escalinatas de tepetate que miran hacia Xochitécatl	Coyotlatelco Rojo/Café Bloque Rojo/Café Celosía Café Sellado Batalla Café Esgrafiado Cerritos Café Burdo	
Segundo abandono 900 d.C.	Abandono	Abandono	Abandono	Abandono	Abandono		800 a 1095 d.C.

Cuadro cronológico comparativo

		<i>Cuenca de México</i>	<i>Valle de Teotihuacan</i>	<i>Región de Tula</i>	<i>Xochitécatl-Cacaxtla</i>	
1500	Postclásico tardío	Azteca IV Azteca III Azteca II/I	Teacalco Chimalpa Zocango Auatongo	Tesoro	Abandono	
1400				Palacio		
1300				Fuego		
1200	Postclásico temprano	Mazapa	Mazapa	Tollan		
1100						
1000	Clásico	Coyotlatelco	Xometla	Corral terminal		Segunda Ocupación
900				Oxtotipac		
800				Prado		
700				Xolalpan	Xolalpan	(Chingu)
600						
500	Formativo terminal	Tlamimilolpa	Tlamimilolpa	Formativo terminal	Abandono	
400		Miccaotli	Miccaotli			
300						
200						
100						

b i b l i o g r a f í a

•Abascal Macías, Rafael
1976. "La arqueología del suroeste de Tlaxcala", en *Revista Comunicaciones*, núm. 2, Proyecto Puebla-Tlaxcala, Puebla, México, Fundación Alemana para la Investigación Científica.

1979. "Un ensayo de periodificación en base a la agricultura en la época prehispánica de Tlaxcala", en *Revista Comunicaciones*, Suplemento núm. V, núm. 16, Proyecto Puebla-Tlaxcala, Puebla, México, FAIC.

•Armillas, Pedro
1941. *Cacaxtla y otros Lugares de la Zona Arqueológica del Suroeste de Tlaxcala*, (informe inédito), México, Departamento de Monumentos Prehispánicos.

1946. "Los Olmeca-Xicalanca y los sitios arqueológicos del suroeste de Tlaxcala", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. VIII, México, SMA.

•Cobean, Robert
1990. *La Cerámica de Tula, Hidalgo. Estudios sobre Tula 2*, México, INAH (Colección Científica, núm. 215).

•Foncerrada de Molina, Marta
1993. *Cacaxtla: la Iconografía de los Olmeca-Xicalanca*, México, UNAM.

•García Cook, Ángel
1973. "Arqueología de la región Puebla-Tlaxcala", en *XIII Mesa Redonda de la SMA*, Jalapa, México.

1976. *El Proyecto Puebla-Tlaxcala: Finalidad y Logros*, Proyecto Puebla Tlaxcala, Puebla, FAIC.

•García Cook, A. y Leonor Merino
1988. "Notas sobre la cerámica prehispánica en Tlaxcala", en Mari Carmen Serra y Carlos Navarrete (eds.), *Ensayos de Alfarería Prehispánica*, México, UNAM (Serie Antropología, núm. 82).

•Jiménez Moreno, W.
1942. "El enigma de los olmecas", en

Cuadernos Americanos, vol. 49, núm. 5, año 1, México.

•Lazcano Arce, J. Carlos
1997. *Modos de Vida y Explotación de Recursos Naturales en el Complejo Xochitécatl-Cacaxtla*, mecanuscrito.

•López de Molina, Diana
1977. "Los murales prehispánicos de Cacaxtla", en *Boletín del INAH*, 2a. época, núm. 20, México, INAH.

1977a. "Cacaxtla y su relación con otras áreas Mesoamericanas", en *XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, Guanajuato, México.

1981. "Un informe preliminar sobre la cronología de Cacaxtla", en *Interacción Cultural en el México Central*, México, IIA-UNAM (Serie Antropología, núm. 41).

•Molina Feal, Daniel
1977. "Consideraciones sobre la cronología de Cacaxtla", en *XV Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, t. 2, México, SMA.

1986. "La cerámica de Cacaxtla", en S. Lombardo, D. López de Molina y D. Molina Feal (coords.), *Cacaxtla: el Lugar Donde Muere la Lluvia en la Tierra*, México, Gobierno del Estado de Tlaxcala-INAH.

•Müller, Florencia
1978. *La Cerámica del Centro Ceremonial de Teotihuacan*, México, SEP-INAH.

•Muñoz Camargo, Diego
1972. *Historia de Tlaxcala*, E. Aviña Levy (ed.), México.

•Noguera, Eduardo
1965. *La Cerámica Arqueológica de Mesoamérica*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas.

•Ratray, Evelyn
1966. "An archaeological and stylistic study of Coyotlatelco pottery", en

Mesoamerican Notes 7-8, México, UDLA, pp. 87-180.

•Sejourné, Laurette

1966. *Arqueología de Teotihuacan. La Cerámica*, México, FCE.

•Serra Puche, M. Carmen *et al.*

1993-94. *Proyecto Arqueológico Xochitécatl*, Informe Técnico Parcial, ts. I, II, III (inédito), Archivo Técnico del Consejo de Arqueología, INAH.

•Serra Puche, M. Carmen

1996. "The concept of feminine sites in Mesoamerica. A case of archaeological evidence on the site of Xochitécatl, Tlaxcala, Mexico", *Proceedings from the Dumbarton Oaks Conference on Pre-Columbian Gender* (en prensa), Washington.

1997. "Evidencias de indicadores de la presencia femenina en Xochitécatl", en *Anales de Antropología* (en prensa), México, UNAM.

•Serra Puche, M. Carmen y B. Palavicini

1996. "Xochitécatl, Tlaxcala en el periodo Formativo", en *Arqueología*, segunda época, núm. 16, México, Coordinación Nacional de Arqueología, INAH.

•Serra Puche, M. C. y Carlos Lazcano

1997. *Proyecto Arqueológico Xochitécatl*, Informe Técnico (excavación), mecanuscrito, Archivo Técnico del Consejo de Arqueología.

•Spranz, Bodo

1971. "Late Classic figurines from Tlaxcala, Mexico, and their possible relation to the Codex Borgia group", en *Mesoamerican Writing Systems*, Conference at D.O. Research Lib. Washington.

1978. *Las Pirámides del Cerro de Xochitécatl, Tlaxcala (México)*, Franz Steiner Verlag, GMBH Wiesbaden, Alemania.

•Sugiura, Yoko

1990. *El Epiclásico y el Valle de Toluca: un Estudio de Patrón de Asentamiento*, tesis

doctoral, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

•Tschohl, Peter

1977. *Catálogo Arqueológico y Etnohistórico de Puebla-Tlaxcala, México*, t. I, W. Kreuser, Köln, Nüremberg, Alemania.

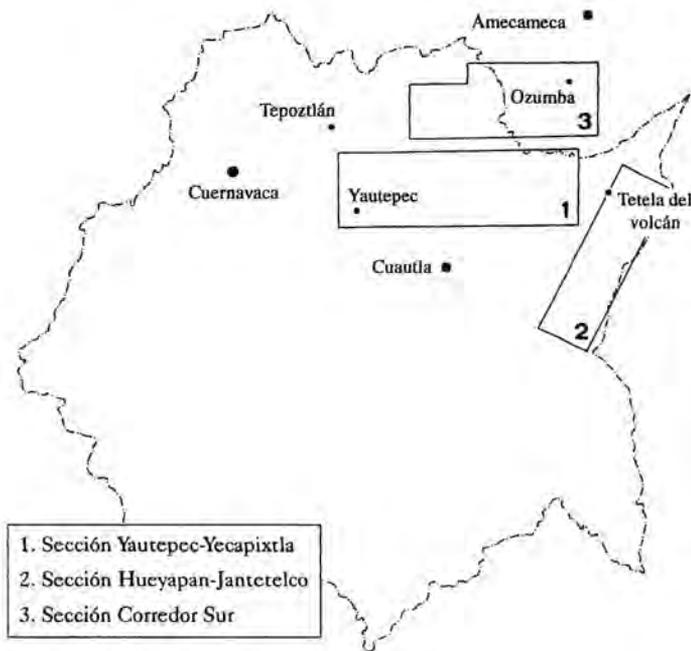
El noreste de Morelos y la desestabilización teotihuacana

Con el término “noreste de Morelos” me refiero al área comprendida por las laderas meridionales de la serranía que cierra la Cuenca de México por el sureste y el tramo inicial de tierra caliente que arranca de su somontano. Es un área drenada por los primeros ramales del sistema hidrológico del Río Balsas, ecológicamente diversa como consecuencia de su topografía. Warman,¹ en su estudio del campesinado de la región, distinguió tres bandas altitudinales a lo largo del Amatzinac: la tierra fría, que arrancaría de los pinares de la Sierra Nevada; la tierra templada, que comenzaría hacia la cota de 1 750 m sobre el nivel del mar y la tierra caliente, con altitudes inferiores a los 1 500 m. El esquema tiene aplicación general en todo el noreste de Morelos; contiene, sin embargo, importantes desviaciones producto del patrón de circulación del aire: tierras que se considerarían de alto riesgo por su altitud, pueden estar libres de heladas; no debe extrañar, entonces, que algunos de los sitios arqueológicos más grandes del Amatzinac se encuentren próximos o dentro de la banda de tierra fría, o que el sitio de mayores dimensiones en el área estudiada, Tepetlixpa, se encuentre en el corredor que conecta la Cuenca de México con la región de Cuautla, a más de 2 300 m sobre el nivel del mar.

A esta heterogeneidad ambiental se suma una diversidad cultural, manifiesta al menos en la última parte de la historia prehispánica del área: Tepoztlán, Tlayacapan, Totolapan, Ocuituco, Hueyapan y Zacualpan parecen haber sido, entre otros, asentamientos xochimilcas en las márgenes del territorio tlahuica.² Como tales, integraron, en el Postclásico tardío, parte del noreste de Morelos a un dominio con centro en la Cuenca de México.

Hasta principios de la década de los setenta, la historia prehispánica del noreste de Morelos era poco conocida: eran contados los trabajos arqueológicos en qué apoyarla; de hecho, sólo dos sitios habían sido estudiados: Tepoztlán y Chalcatzingo. Del primero existía un trabajo de registro y una intervención menor de conservación de Francisco Rodríguez³ que se sumaban a la investi-

*Dirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico, INAH.



● Fig. 1 Cobertura del noreste de Morelos

gación de Seller⁴ de los glifos contenidos en la llamada Pirámide del Tepozteco. En Chalcatzingo, Piña Chan⁵ había realizado excavaciones de alcance relativamente modesto, que se sumaron a la primera descripción de la escultura monumental del sitio, hecha por Eulalia Guzmán,⁶ así como al trabajo posterior, más extenso, de Carlo Gay.⁷ Las investigaciones de Chalcatzingo reabrieron la discusión acerca del origen de los olmecas. Piña Chan propuso, en aquel entonces, la existencia de dos desplazamientos: el primero, con “posible foco de dispersión[...] en la confluencia de los estados de Puebla, Morelos y Guerrero”,⁸ estaría fechado hacia 900-700 a.C.; el segundo, asociado a la producción de escultura monumental, sería posterior a 500 a.C. y se habría dado en sentido inverso (desde la llamada área nuclear olmeca, en el sur de Veracruz y Tabasco, hacia el Centro de México). En su primera parte, la propuesta era congruente con la tesis de Covarrubias, para quien el origen de la “cultura madre”, productora del estilo olmeca, debía fijarse al sur de la Cuenca de México, en Oaxaca-Guerrero.⁹ Ambas tesis pasaron al olvido al darse a conocer los resultados de trabajos posteriores, en especial el de Coe¹⁰ en la década de los sesenta; recientemente, con las exca-

vaciones de Copalillo,¹¹ han sido reconsideradas.

Chalcatzingo y Tepoztlán, sumados a la relativa profusión de fuentes escritas del siglo XVI sobre el último periodo del desarrollo prehispánico, hicieron que el noreste de Morelos fuera visto como región de olmecas y tlahuicas-mexicas. Unos localizados en el Preclásico medio y otros en el Postclásico tardío, dejaban un vacío de casi 2000 años de historia de las comunidades prehispánicas en el área.

En la década de los setenta se iniciaron nuevos trabajos en Chalcatzingo, esta vez bajo la dirección de David Grove. El proyecto no estuvo dirigido tanto a cubrir ese gran vacío que existía en la historia cultural del no-

reste de Morelos como a producir nueva evidencia relacionada con el viejo “problema olmeca”. Uno de los trabajos periféricos que se hicieron dentro del proyecto consistió en el reconocimiento de superficie de una extensa zona alrededor del sitio; el trabajo fue realizado por Ken Hirth siguiendo, en gran medida, la estrategia y los planteamientos básicos de la investigación previa de Sanders en la Cuenca de México. Fue el primer trabajo de esta naturaleza en Morelos; permitió recuperar información importante para la construcción de propuestas acerca del Clásico de la región. Para el valle del Amatzinac, Hirth, preocupado sobre todo por explicar la relación de la región con Teotihuacan, sugirió la existencia de una primera fase en la que las comunidades morelenses, socialmente jerarquizadas, se habrían insertado, sin pérdida de autonomía política, en la red de intercambios controlada por ese gran centro urbano; en una segunda fase, caracterizada por un significativo incremento poblacional y una economía de alta productividad agrícola, esas comunidades se habrían integrado como tributarias a su dominio. En apoyo a esta idea, Hirth destacó la proliferación, en el Clásico temprano, de caseríos y pequeñas aldeas agrupadas alrededor del “gran centro cere-

monial” de San Ignacio, ubicado cerca de Tenango, así como la tendencia a ocupar tierras próximas a barrancas poco profundas.¹²

La importancia de la relación entre Teotihuacan y el noreste de Morelos fue apoyada por otros descubrimientos en la misma época. Martínez Donjuan,¹³ excavando en Las Pilas, sitio muy cercano a Chalcatzingo, encontró una importante presencia teotihuacana en las ofrendas de sus entierros. El sitio se sumaba al ya mencionado de San Ignacio —el cual llama la atención por su extensión y la abundancia relativa de material de filiación teotihuacana— así como al de El Palacio, al oeste del mismo San Ignacio; se sumaba también a Chalcatzingo, donde acababa de encontrarse un juego de pelota de la fase Xolalpan¹⁴ y el cual, junto con la estructura que había excavado Piña Chan¹⁵ en el mismo sitio, parecía configurar un asentamiento del Clásico de proporciones significativas. Hirth y Angulo, en su síntesis de la presencia teotihuacana en Morelos, reforzaron la idea de un importante desbordamiento cultural desde la Cuenca de México: para el noreste de Morelos consignaron material teotihuacano en los sitios de Oaxtepec, Pantitlán, Itzamatitlán, Ticumán, Cuautlixco, Olintepepec, y un asentamiento sin nombre entre Casasano y Tetelcingo.¹⁶

Con ese marco de referencia, a comienzos de la década de los ochenta la ENAH inició en la región trabajos de superficie y de excavación. El punto de partida del proyecto correspondiente fue el opuesto al suscrito en el trabajo mencionado de Hirth y Angulo: en el Proyecto Morelos de la ENAH se sostenía que en el Clásico y Epiclásico los valles de Morelos debieron haber tenido un desarrollo autónomo, relativamente al margen del proceso de constitución y desaparición del dominio teotihuacano, sin que esto implicara un aislamiento de la región de su vecino al norte; relaciones comerciales y la posible participación de un mismo sistema de creencias y de su simbología podían haber producido un determinado tránsito de mercancías entre ambas regiones, así como similitudes en el bagaje cultural, pero esos materiales y afinidades

no deberían oscurecer el esquema general de desarrollos independientes. Esta idea estaba basada en nuestra interpretación de los datos proporcionados por Sanders *et al.*¹⁷ acerca del patrón de asentamiento de la Cuenca de México. Según esta interpretación, la península de Ixtapalapa habría operado como límite sur del dominio teotihuacano. La idea se fundamentaba en que, a diferencia de las regiones de Texcoco, Zumpango y Tenayuca-Cuautitlán, cuyas dinámicas poblacionales parecen haber estado en gran medida determinadas por los procesos de crecimiento y desestabilización del centro urbano de Teotihuacan, las comunidades más meridionales de la cuenca no parecían haber respondido, demográficamente hablando, a esos procesos. Al menos no lo hicieron con la misma intensidad, lo cual es un aparente indicador de la existencia de una independencia política y económica o, alternativamente, de una discontinua y débil integración de estas comunidades al sistema teotihuacano de tributación. En efecto, el desmesurado incremento poblacional de la región de Texcoco durante la fase 211: 750-950 d.C. (10 veces el nivel de MH: 300-750 d.C.) puede interpretarse como un proceso de ruralización de la población del centro urbano; el fenómeno de abatimiento poblacional en Zumpango y en Tenayuca-Cuautitlán (del orden de 14 y 22%, respectivamente) pueden entenderse como un proceso paralelo al despoblamiento de Teotihuacan; pero la insensibilidad de Chalco-Xochimilco y de Ixtapalapa (el primero duplica su población en la fase 211 y el segundo la incrementa en un tercio de su nivel del Clásico) a la desaparición de la hegemonía de Teotihuacan no podía verse sino en términos de una situación de marginalidad. Esta interpretación de los datos de Sanders *et al.* nos hizo fijar el noreste de Morelos como una de las áreas clave para entender lo que habíamos definido como movimiento poblacional desde Teotihuacan hacia el exterior de su dominio.

El problema general por entenderse era el de la presencia teotihuacana fuera de su ámbito inmediato. Mucho se ha discutido sobre este tema. Se ha hecho notar, por ejemplo, que la zona de in-

fluencia de Teotihuacan se extendió por toda Mesoamérica: materiales y estilos teotihuacanos en lugares tan remotos como Kaminaljuyú y Tikal parecerían confirmar la aseveración. Esta amplia dispersión de materiales teotihuacanos se ha interpretado como producto de alianzas y, en última instancia, del reconocimiento de una hegemonía que habría trascendido el ámbito de lo ideológico y de la moda; en este sentido, se ha señalado la posibilidad de desplazamientos de, al menos, determinados segmentos de la población teotihuacana, específicamente de cuadros de élite. En el caso del Proyecto Morelos nos proponíamos contribuir no tanto al entendimiento de lo esporádico, limitado a ciertas esferas de la cultura material, o porcentualmente de poca monta, sino a lo generalizado y significativo por tratarse de “presencias teotihuacanas” en sentido estricto.

La hipótesis de la que se partió fue generada en un trabajo previo que se hizo en el sur de Querétaro y la cual pretendía explicar la presencia de materiales teotihuacanos a lo largo de lo que, más tarde, en el siglo XVI, sería la frontera norte de Mesoamérica. Lo que se dijo en esa ocasión fue: primero, que los materiales teotihuacanos en esa región eran muy escasos; de hecho, ni siquiera se podía decir que la región había sido afectada por el patrón cerámico de la Cuenca de México del momento, lo cual no deja de extrañar si se considera que a partir de él se generó una moda extensamente adoptada en Mesoamérica. Segundo, las pocas evidencias que se tenían de una “presencia teotihuacana” se concentraban en uno o dos sitios y se fechaban no hacia Metepec u Oxtotipac —las fases asociadas al colapso teotihuacano— sino hacia Xolalpan, momento del auge del centro urbano. Ambas invalidaban la posibilidad de asociar los materiales teotihuacanos a la tesis de que la dispersión humana ocurrió después del “colapso” del centro urbano. Las observaciones no eran congruentes con la idea de una expansión teotihuacana hacia el Norte de México durante el Clásico,¹⁸ pues faltaba por explicar la fuerte componente local de la región: el área estudiada había sido de 1 000 km² y en ella habían sólo

uno o dos sitios que apoyarían la tesis y cerca de 100 que apuntaban en la dirección contraria.

La hipótesis alternativa era que la presencia teotihuacana fuera de su ámbito inmediato, cuando ésta se refería a una verdadera trasposición cultural y no a una manifestación marginal dentro del contexto de un desarrollo local, era indicador de un desplazamiento de población teotihuacana que evadía la opresión de un sistema que había entrado en crisis, producto de un desequilibrio entre las demandas crecientes del grupo de élite y la capacidad productiva del sistema. Esa crisis, que se manifestaba en el registro arqueológico con cierto desfase temporal, se evidenciaba por la pérdida del aparato estatal de su capacidad de prevenir fisiones. La hipótesis partía de dos premisas. Una era que desde épocas anteriores al auge de Teotihuacan la tecnología mesoamericana aplicable a procesos asociados a la producción de bienes de consumo y de prestigio había alcanzado su máxima evolución, es decir, que el desarrollo teotihuacano se había dado bajo condiciones de tecnología constante. La otra era que, dada el fuerte componente ideológico en las condiciones de reproducción del sistema, no debía esperarse que la opresión ejercida por la élite teotihuacana se intentara superar por enfrentamiento directo: la evasión resultaba ser la forma de resistencia generalizada.

Esta hipótesis se trasladó al noreste de Morelos. A partir de ella se definieron tres áreas de estudio (fig. 1). La primera cubrió una franja de 450 km² entre las poblaciones de Yautepec y Yecapixtla. La segunda, con una superficie de casi 150 km², se localizó entre Hueyapan y Jantelco; salvo por un pequeño traslape intencional por homogeneizar criterios, esta segunda área era una extensión hacia el norte del área trabajada por Hirth alrededor de Chalcatzingo. La tercera se ubicó en el corredor sur de Chalco-Amecameca-Cuautla y conectaba la franja Yautepec-Yecapixtla mencionada con el límite norte de la región Chalco-Xochimilco trabajada por Parsons como parte del Proyecto Cuenca de México; el área cubre poco más de 300 km², la

mitad de los cuales están dentro del Estado de México.

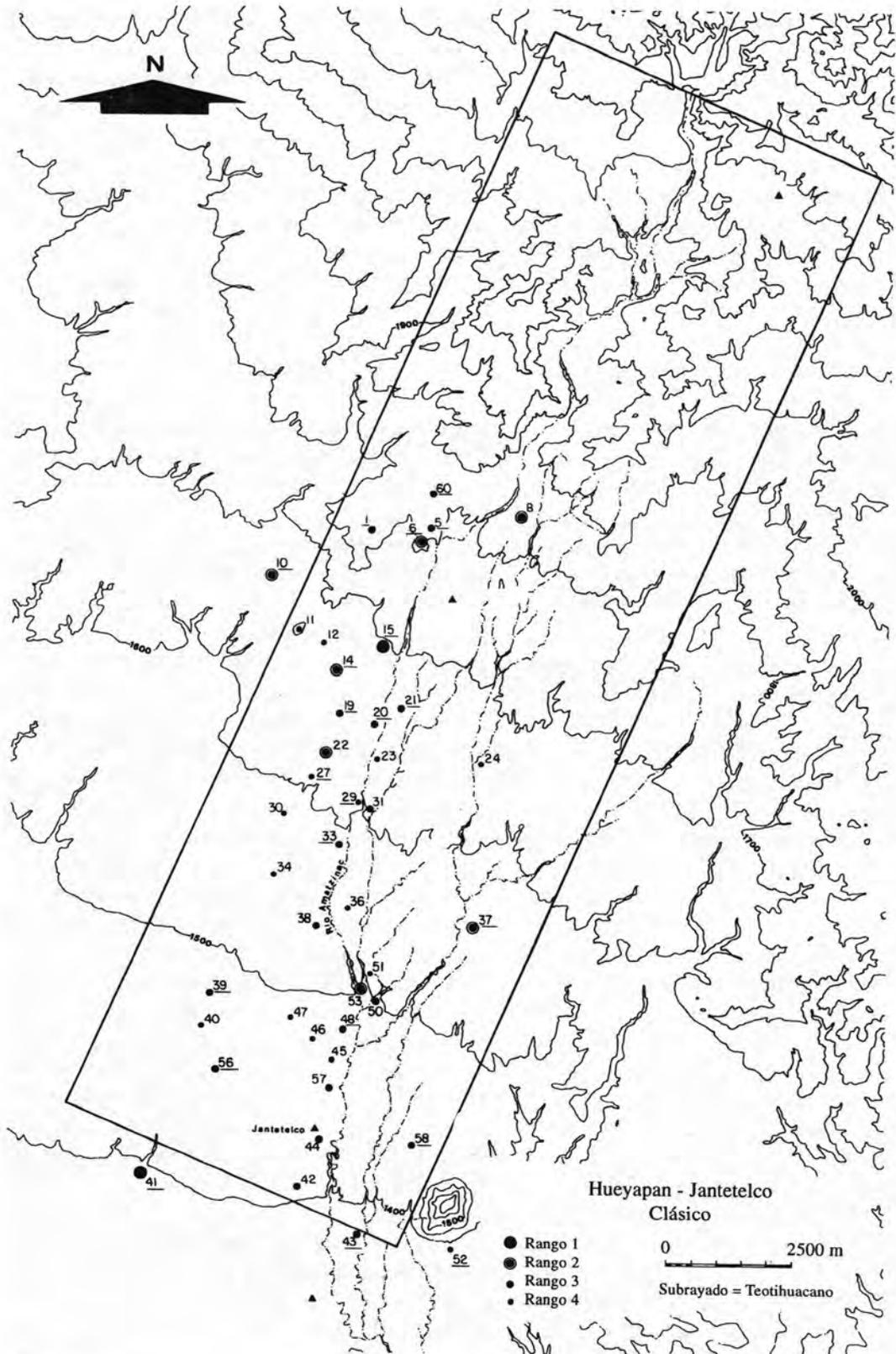
La selección de las dos primeras áreas citadas obedeció al interés que se tenía por contrastar una zona que considerábamos de alto potencial agrícola con otra relativamente marginal. La idea era que, de haberse producido un éxodo teotihuacano de la manera prevista, es decir, en condiciones de desventaja (pues, tratándose de un acto de resistencia, el grupo migrante renunciaba a todo apoyo del centro urbano) debía esperarse que la zona de Yautepec-Yecapixtla, con sus suelos profundos, sus muy escasas posibilidades de heladas y sus aguas permanentes y más accesibles, pero también más poblada y de tierras más disputadas, debía haber sido la menos propensa a recibir población externa. Lo contrario habría que esperar de la franja de Hueyapan-Jantetelco. La razón de la tercera área fue la de crear una especie de gran transecto que mostrara el continuo de la transformación cultural que se esperaba apareciera mayor a medida que se incrementaba la distancia entre los grandes centros de población de la Cuenca de México, en especial desde Teotihuacan y los valles de Morelos.

Los recorridos que se hicieron en estas tres áreas se apoyaron en la interpretación de su foto aérea: en el caso de Yautepec-Yecapixtla y del Corredor Sur, la escala de la foto fue de 1:25,000; en el caso de Hueyapan-Jantetelco, de 1:9,000. La estrategia fue la de sobremarcar sitios por verificar; entre otras cosas esto implicó el revisar en campo no sólo alteraciones visibles en foto que podían atribuirse a la presencia de restos arqueológicos, sino también las posiciones que, aunque no mostraran en foto alteración alguna, eran, por su potencial ambiental, propensas a contener una ocupación prehispánica. La estrategia difiere de la seguida, por ejemplo, por Sanders *et al.* en la Cuenca de México y por Hirth alrededor de Chalcatzingo, los cuales optaron por recorridos en desplegado: la idea en estos trabajos fue la de lograr una "cobertura total" con base en un "peinado" del terreno, utilizando la foto aérea sólo como medio complemen-

tario de identificación y auxiliar en el registro de sitios. La estrategia por la que optamos en el noreste de Morelos había sido puesta en práctica en el sur de Querétaro y en el sur de Guanajuato en condiciones ambientales, de visibilidad y de tipo de alteraciones de paisaje muy similares a las del noreste de Morelos. En el caso del sur de Guanajuato pudimos contrastar los resultados obtenidos con esta estrategia de trabajo de superficie con los producidos por un muestreo estadísticamente válido con base en transectos seleccionados de modo aleatorio sobre un área estratificada de 1 000 km². La comparación de los universos recuperados por ambos caminos mostró una confiabilidad cercana a 100% para la estrategia de fotointerpretación y verificación mencionada.¹⁹

La prospección arqueológica permitió recuperar 115 sitios en la franja Yautepec-Yecapixtla (51 de los cuales quedaron sin muestrear),²⁰ 60 en la de Hueyapan-Jantetelco,²¹ y 99 en el Corredor Sur.²² Las conclusiones generales que se alcanzaron mediante el análisis de los sitios y de los materiales contenidos en estas franjas fueron inesperados. Primero, se encontró que la diferenciación, hecha a priori, entre franja privilegiada y franja marginal, era insostenible. En términos de densidad y tamaño de sitios, no existía diferencia significativa entre Yautepec-Yecapixtla y Hueyapan-Jantetelco. Esto sugería que nuestra primera evaluación sobre potencial agrícola de una zona con respecto a la otra era incorrecta, y que otras variables debían ser consideradas para dar cuenta de diferencias en ocupación. Se podía haber pensado que lo que sucedía era que ambas franjas habían operado en todo momento bajo condiciones de alta presión demográfica; esta propuesta resultaba inaceptable a la luz del débil poblamiento que se dio en la región hasta el Epiclásico; en resumen, el análisis de área de captación de sitio, realizado en Hacienda Calderón para el Clásico, no permite aceptar esa hipótesis alternativa.²³

Lo segundo que llamó la atención en los recorridos sobre las franjas mencionadas fue que, comparada con la de las áreas trabajadas en el



● Fig. 2 Hueyapan-Jantetelco, Clásico

sur de Querétaro y sur de Guanajuato, la intensidad de la ocupación compuesta de grupos sedentarios en el noreste de Morelos, tomada como el número total de sitios de sus diferentes periodos, resultaba ser 2.5 veces mayor. Si se tiene en cuenta que en esas áreas norteñas las primeras comunidades agrícolas sedentarias son del Formativo terminal; que su secuencia de ocupación sedentaria se interrumpe hacia los años 1100-1200 d.C., y que la ocupación más intensa del noreste de Morelos se da a partir de esta última fecha hasta el momento de la Conquista española, resulta que la población prehispánica del noreste de Morelos no fue significativamente mayor que la de una región para la que se ha postulado una situación de marginalidad.

Lo más sorprendente fue la muy escasa “presencia teotihuacana” en las áreas recorridas. Comparada con las expectativas, resultaba prácticamente inexistente. En la franja de Yautepec-Yecapixtla, un sólo sitio podía calificarse de tener filiación teotihuacana: Hacienda Calderón; en el Corredor Sur, otro: Tepetlixpa, y tres más con posibilidades: San Mateo Tecalco, San Mateo Cuecucuatitla y Los Cerritos, entre Ozumba y Chimalhuacan, todos en el Estado de México. En la franja de Hueyapan-Jantetelco no se encontró ninguna que respondiera a esa característica. Esto significaba que, de haber existido movimientos poblacionales desde Teotihuacan hacia afuera de su dominio como respuesta a la opresión tributaria, éstos debieron haber operado, a nivel de individuos o de familias y no de comunidades o segmentos importantes de ellas. Como estas aseveraciones parecen contradecir las observaciones aquí presentadas de Angulo y Hirth, es necesario hacer más explícita la definición particular de “presencia teotihuacana” con que se trabajó.

Distinguimos dos fenómenos culturales: uno, que podría calificarse como “situación teotihuacanoide”, se refiere a imitaciones o a la integración de rasgos teotihuacanos en una matriz cultural local; se trataría de la inserción en la “moda generalizada” del Clásico, dominada por Teotihuacan. La situación se interpreta como conse-

cuencia de la integración de los valles de Morelos —como tantas otras regiones lo hicieron— a la amplia esfera ideológica que suscribió y caracterizó la Mesoamérica del Clásico o de adopciones cuya justificación se localizaría en el campo de lo político. En este caso la manifestación cultural no implica la incorporación del receptor al sistema de tributación controlado por el donante o, en general una relación de sujeción.

Otra cosa distinta sería lo que llamaríamos una “situación teotihuacana”; en este caso se trataría de la presencia de materiales arqueológicos de fabricación teotihuacana o puestos en circulación por el centro urbano. Tratándose de una “situación teotihuacana” es necesario hacer una distinción en función del peso relativo que esos materiales tienen con respecto al total de los materiales que se manifiestan en el sitio. Cuando ese peso es insignificante la “situación teotihuacana” puede interpretarse como producto de comercio; tratándose de bienes de prestigio, ese comercio puede ser indicador de la existencia de creencias compartidas, pero no de una relación de dominación “material”. En este tipo de situación de intercambio la presencia relativa de los materiales teotihuacanos en Morelos no tienen por qué ser igual a la que existe en Teotihuacan; por otro lado, puede darse sin producir un remplazo de rasgos culturales locales y, viceversa, la evolución hacia formas compartidas puede producirse en un contexto de autonomía económica y política locales.

Cuando los materiales teotihuacanos se encuentran dispersos en buena parte del sitio y se manifiestan en altos porcentajes en la totalidad o un segmento importante del mismo, es posible calificar la “presencia teotihuacana” como “presencia” en sentido estricto. Para que esa dispersión y densidad de materiales se produzca, la cantidad de individuos con origen en Teotihuacan debe ser tal que justifique producirlos de modo local. Desde luego, debe darse la condición de que en el grupo migrante existan artesanos que puedan hacerlo. Una u otra cosa, por separado, no llegaría a producir una dispersión de material teotihuacano en altos porcentajes sobre un

sitio no-teotihuacano: un artesano migrante, aislado, no tendría para quien producir, al menos en cantidades apreciables, a no ser que se integrara a la producción de artefactos de tradición local o limitara su producción a “tipos” específicos que entrarían en la categoría de bienes de prestigio. Movimientos migratorios de personas o de familias aisladas no son detectables. Debe señalarse que bajo una situación de estricta “presencia teotihuacana”, no debe esperarse encontrar el espectro completo de tipos culturales; dado el aparente alto grado de especialización que se dio en Teotihuacan, es más plausible el que sólo una fracción de ese espectro se manifieste en el destino del grupo migrante.

Es a este segundo tipo de fenómeno al que me refiero cuando indico que sólo dos sitios teotihuacanos fueron localizados en nuestros recorridos sobre las franjas de Yautepec-Yecapixtla, Hueyapan-Jantetelco y el Corredor Sur. Debe admitirse que la distinción y caracterización de las situaciones teotihuacanoide y teotihuacana son propuestas de sentido común. Que conozca, no existe información arqueológica o etnográfica sobre la cual apoyarlas: el estudio de los mecanismos responsables por la dispersión de materiales en situaciones de este tipo no ha sido realizado; el camino parece ser la observación del comportamiento de comunidades migrantes modernas, la experimentación y la simulación. Mientras, el sentido común no es desdeñable.

Desde luego, hay otras formas de distinguir lo teotihuacanoide de lo teotihuacano. Todas son proposiciones de sentido común. Lo que las diferencia entre sí es el tipo de problema que se investiga. Hirth, por ejemplo, en su trabajo mencionado de prospección alrededor de Chalcatzingo, aisló lo teotihuacano con base en una lista de rasgos y tipos cerámicos, elaborada con la intención de dar cuenta de relaciones de intercambio y de “influencias” que pudieran exponer las relaciones de dominación entre Teotihuacan y la región que estudiaba. Este tipo de manejo suele hacer a un lado consideraciones sobre densidad de los materiales de origen externo —o producidos bajo patrones no-autócto-

nos— por relación a los contemporáneos de manufactura local: la simple presencia de un tipo cerámico contenido en la lista de rasgos definitoria clasifica al sitio en toda su extensión como teotihuacano. Esto produce importantes distorsiones del patrón ocupacional: un análisis espacial que parta de la información producida de esta manera, resulta un esfuerzo inútil.

En la figura 2 muestro el patrón de asentamiento derivado del análisis de material cerámico adscribible al Clásico en la franja de Hueyapan-Jantetelco;²⁴ en esa misma figura se indica cuáles son los sitios que, siguiendo una lista similar a la utilizada por Hirth como base de discriminación, tendrían filiación teotihuacana. El total de asentamientos del Clásico para la parte media del Amatzinac es de 42. Dos de ellos destacan por su magnitud: el 41, Amayuca, parece ser equivalente en extensión y arreglo general de sus edificios —aunque de monumentalidad menor— al sitio de San Ignacio; el 15, Zacualpan, es, por su extensión, el mayor de todos. Ambos sitios aparecen en la figura 2 con el rango superior de 1 (área del sitio mayor de 0.6 km²), aun cuando en el caso de Zacualpan las evidencias reconocibles en superficie sugieren que el sitio pudo haber carecido de un conjunto cívico-ceremonial de importantes proporciones.²⁵ Abajo de este rango existen siete sitios con extensión entre 0.3 y 0.1 km² (rango 2); 18 de 0.01 a 0.1 km² (rango 3); y 15 con áreas cubiertas inferiores a 0.01 km² (rango 4).

Si se empalma el mapa de la figura 2 con el producido por Hirth y Angulo²⁶ para el Clásico del área vecina al sur, se notará que los sitios de primera magnitud se extienden hacia el norte de Chalcatzingo dentro de un continuo de asentamientos de diversos tamaños que, por cierto, escapan a todo intento de geometrización. Al este y noreste de Tlacotepec aparecen San Felipe y San Juan Amecac, este último ya en el estado de Puebla (no muestreados durante los trabajos en la franja y, por tanto, no incluidos en el mapa de la figura 2); ambos son de proporciones comparables o mayores a las de San Ignacio, Amayuca o Zacualpan. El conjunto de sitios muestra, en

efecto, una fuerte inclinación a una localización próxima al Amatzinac; debe notarse, sin embargo, que Amayuca está a tres kilómetros al poniente del Amatzinac, distancia demasiado grande para apoyar la idea de que en el Clásico se dio una transformación generalizada hacia una agricultura de riego; los emplazamientos de San Felipe y San Juan Amecac, aún más alejados de un drenaje perenne de importancia, tampoco apoyarían la tesis.

Debe señalarse que de los 42 sitios registrados en la franja Hueyapan-Jantetelco, sólo en uno, el núm. 48, se encontró cerámica Naranja Delgado; en uno más, el núm. 39, cerámica engobada con Rojo Hematita Especular; y en otro, el núm. 14, cerámica extensamente producida en Teotihuacan en la fase Tlamimilolpa. Los demás sitios que mostramos en el mapa como afiliados a Teotihuacan han sido caracterizados como tales —siguiendo a Hirth— por la presencia de cerámica Rose Granular y ciertas formas de vasijas y apéndices como vasos y soportes anulares. Hay que advertir que la cerámica “granular” difícilmente puede postularse como indicador de una relación siquiera comercial entre Teotihuacan y Morelos (quizá lo contrario tiene más posibilidades de ser cierto); por otro lado, el soporte anular es un atributo generalizado en la época al que no puede apelarse para definir otra cosa que no sea la adopción de una moda general del Clásico. Aún contabilizando estos materiales de origen dudoso y ajenos a la esfera teotihuacana, el total de cerámica de supuesta filiación teotihuacana sería inferior a 5% del total. Si se compara esta situación con la del área del Amatzinac más al sur, resulta obvio que en el Amatzinac medio no se tiene, independientemente de los parámetros utilizados, una “situación teotihuacana”. El área bajo control de San Ignacio resulta ser un área aislada, al menos geográficamente, del dominio teotihuacano. Sería, de esta manera, un sitio más, fuera del área teotihuacana central —si pudiera llamarse así— que, al igual que Hacienda Calderón, Tepetlixpa y Las Pilas, requiere ser explicado.

De los dos sitios teotihuacanos encontrados en los recorridos de las franjas mencionadas, Hacie-

da Calderón, un asentamiento de tamaño medio localizado a corta distancia al este de Cocoyoc, fue el sitio con evidencias más claras de un desplazamiento de población teotihuacana. Su emplazamiento resulta ideal en cuanto a factores asociados con la agricultura: los suelos son profundos, ricos en nutrientes y de buena plasticidad; la pendiente general del terreno suave, de manera que no se requieren controles de erosión como terrazas o banales; las heladas son inexistentes y el agua está asegurada por manantiales que se encuentran en el sitio así como por un arroyo que drena escurrimientos del Popo y que parece haber sido de tipo perenne en la época prehispánica. Los manantiales y la poca altura desde la superficie de los campos al espejo de agua del arroyo permiten la agricultura de riego sin recurrir a costosas obras de desvío, canalización o represamiento.

Al pie de los derrames basálticos del grupo Chichinautzin, y al oriente de largas costillas de rocas sedimentarias de las formaciones Mexcala y Cuautla, quienes poblaron el sitio de Hacienda Calderón tuvieron acceso inmediato a buenos materiales de construcción: piedra y cal, así como a buenos bancos de barro para la manufactura de adobes y cerámica. Hoy día el área se caracteriza por la profusión de pequeñas ladrilleras y adoberas (algunas de las cuales aprovechan el adobe revertido de los derrumbes de las construcciones prehispánicas), así como por la intensa explotación de calizas para la producción de cal. Hasta hace poco, con la entrada a la región de grandes fábricas con costos de operación menores, la cal era producida por una gran cantidad de pequeñas caleras que operaban como empresas familiares. La obsidiana, ausente en la región, tenía que ser importada, sobre todo, desde la Sierra de las Navajas; buenos sustitutos, se encuentran profusamente en toda el área: pederrenal, cuarcita, basalto de grano fino y riolita. Todos ellos, excepto la última, cuya fuente más cercana se encuentra en el valle del Apatlaco, son materiales disponibles en cantidades abundantes y de buena calidad en las inmediaciones del sitio arqueológico. Otro recurso básico al cual quienes poblaron Hacienda Calderón no tuvie-

ron acceso inmediato fue la sal, que se introdujo al área desde Tehuacán, Tonaltepec, incluso, desde la Cuenca de México.

A juzgar por la información contenida en un mapa de principios del siglo XVIII, Hacienda Calderón debió haberse encontrado en medio de una sabana con guamúchiles en abundancia; las buenas posibilidades que ese hábitat habría ofrecido a la caza se complementaban con las del bosque mixto que se abre a espaldas del sitio y, en menor grado, con la de los cuajotales sobre las costillas de rocas sedimentarias que corren norte-sur. Estos últimos parecen haber sido intensamente explotados como fuente de suministro de leña para la preparación de alimentos y la calcinación de piedra caliza: así lo sugiere el contenido de un horno de cal que se excavó en el sitio arqueológico.

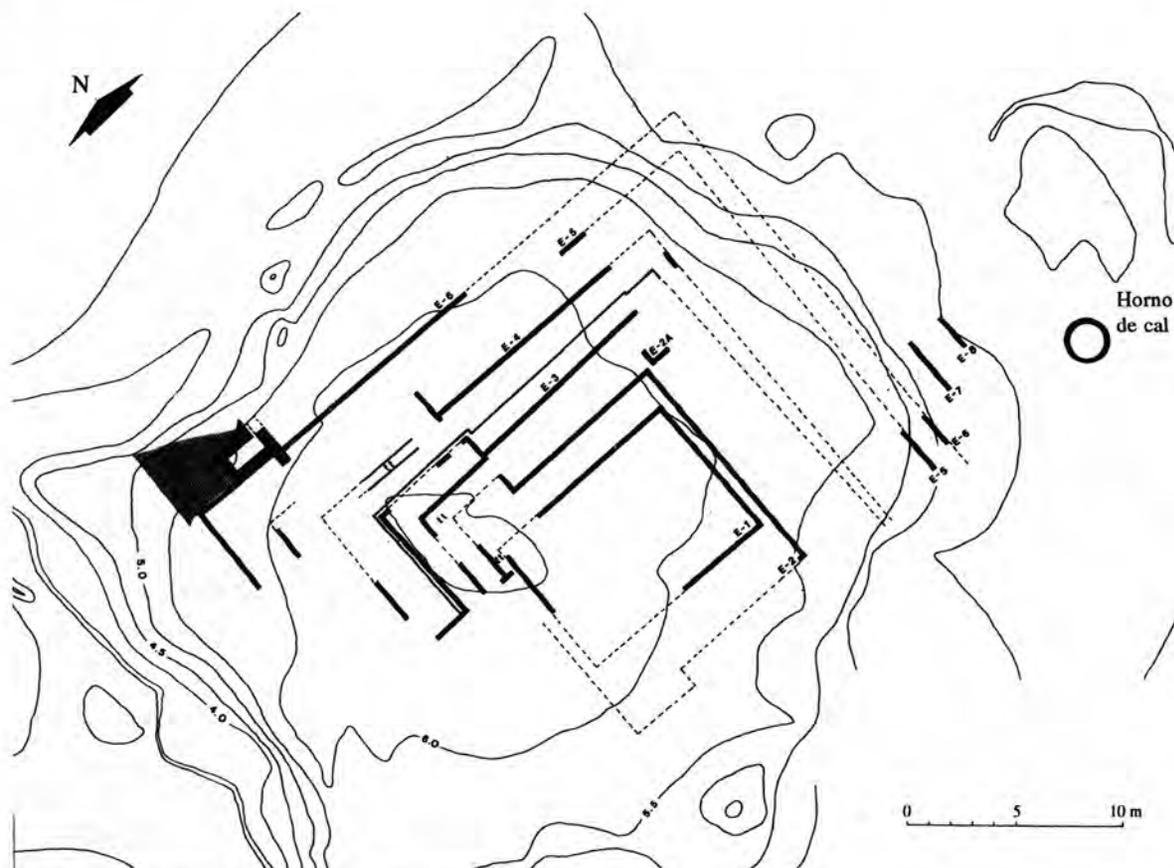
Si se comparan los emplazamientos de Hacienda Calderón y Teotihuacán, llama la atención la cantidad de características ambientales que comparten. Ambos están al pie de derrames basálticos, en un área de alta variabilidad ecológica, de frente a suelos fértiles, contiguos a manantiales y en el contexto de una región simbiótica. Esta similitud general apoya la idea de que en Hacienda Calderón los migrantes habrían buscado replicar las condiciones más favorables posibles de su lugar de origen.

La ocupación más temprana en Hacienda Calderón data del Formativo medio. El material recuperado de ese periodo es escaso; es más abundante que el correspondiente al Formativo tardío y terminal. Constituyen, en conjunto, casi 5-10% del material de superficie recolectado en la totalidad del sitio, y 15% del material recuperado por excavación de una de las estructuras principales del sitio. Con base en los materiales cerámicos es posible postular que el sitio se afilia, en el Formativo, a una esfera local: la tipología construida por Cyphers para Chalcatzingo²⁷ permite la identificación de todos los tipos de Hacienda Calderón, cosa que no sucede sino marginalmente cuando se utiliza como material de comparación a los tipos cerámicos

de la Cuenca de México. Esas primeras ocupaciones se localizaron en medio del área delimitada por los tres manantiales de la localidad.

La historia ocupacional de Hacienda Calderón muestra un *hiatus* en el Clásico temprano. Dada la situación de excepción del sitio en cuanto a recursos básicos, el *hiatus* no deja de sorprender. El sitio es reocupado hacia la fase de Tlamimilolpa tardío²⁸ de la secuencia teotihuacana y alcanzó su máximo desarrollo hacia finales del Clásico y el Epiclásico, momento para el cual la población debió haber andado cerca de los 1 000 habitantes.²⁹ Después de un segundo *hiatus*, el sitio fue reocupado en el Postclásico tardío; el centro de gravedad del sitio se localizó en Xochimilcatzingo, un poblado a casi un kilómetro al norte del asentamiento del Clásico. Según los habitantes de Tetelcingo, Xochimilcatzingo fue fundado por sus antepasados después de haber abandonado un primer asentamiento en un lugar próximo al casco de la hacienda de Calderón, lugar donde no hemos encontrado evidencia arqueológica de ocupación prehispánica. Es posible que Xochimilcatzingo haya sido el nombre del pueblo prehispánico al cual pertenecen los abundantes restos de cerámica tlahuica y mexica que se encuentran en el pueblo moderno. A juzgar por su toponimia, seguramente fue, al menos en parte, de filiación xochimilca. En documentos coloniales del pueblo aparece con ese nombre. La cimentación de su pequeña iglesia, hoy en ruinas, se apoya sobre la pirámide principal del conjunto arquitectónico mayor de la época mexica-tlahuica.

El cambio de centro de gravedad del sitio no implicó una desviación del patrón de preferencias: los manantiales y el arroyo que drenan los escurrimientos de la Sierra Nevada siguieron siendo los puntos de anclaje del asentamiento. Lo que cambió fue el sentido de la expansión del sitio: mientras que en el Clásico fue hacia el sur y oeste de los manantiales (siguiendo los escurrimientos derivados de los manantiales), en el Postclásico tardío fue hacia el norte, siguiendo más bien, aguas arriba, los escurrimientos de la Sierra Nevada.³⁰ Sin conocer la posición exac-



● Fig. 3 Hacienda Calderón, plantas de edificios

ta de los campos de cultivo en cada una de estas épocas, no es posible asegurar que el cambio refleja, para el Clásico, una mayor dependencia de la agricultura intensiva. Lo que sí deja ver es una discontinuidad en la dinámica de la ocupación, lo cual tiende a confirmar el *hiatus* que encontramos en el análisis cerámico. Esa discontinuidad se ve también en cambios que aparecen en diversas prácticas: utilización del espacio, arreglo de unidades habitacionales, tradición cerámica, sistemas constructivos. La existencia de dos *hiatus*, aunada al hecho de que, en cualquier caso y a pesar del alto potencial agrícola de la zona, los asentamientos siempre fueron relativamente pequeños, apunta en el sentido de una gran tolerancia a la entrada de grupos con origen distante. Nada parece estar más alejado de la realidad que la idea de que la franja Yauteppec-Yecapixtla debió haber operado como zona de alta prioridad, de sobrepoblamiento y de poca tolerancia en relación a las pretensiones de asen-

tamiento de un grupo desplazándose desde Teotihuacan.

En Hacienda Calderón se excavó una estructura grande con la esperanza de encontrar la secuencia que correspondiera a la dinámica de integración de una población alóctona a la cultura local. Se pensaba que esa secuencia iba a mostrar una pérdida del patrón teotihuacano por absorción de rasgos locales y que, dado el carácter de ruptura de la migración, la velocidad bajo la que se produciría la transformación sería relativamente alta. Lo que encontramos fue una secuencia de nueve edificios.³¹ Ocho de ellos (E-1 a E-8) resultaron ser basamentos; los más tempranos (E-1 a E-3) debieron haber llevado en su parte superior un sistema de cuartos; los más tardíos (E-4 a E-8), un templo en su parte superior y pequeños cuartos adosados al basamento. El otro edificio (Sub), el más temprano, parece haber sido parte de un complejo habita-

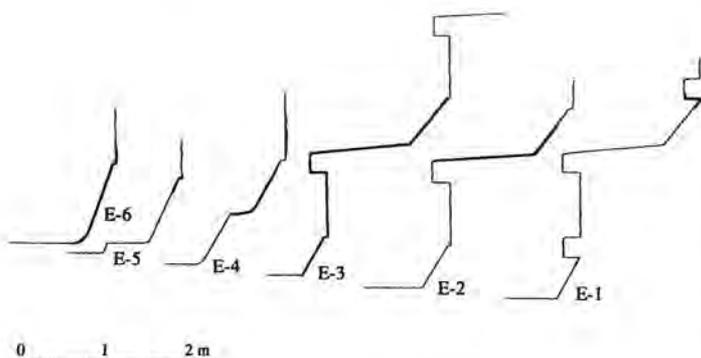
cional. Los basamentos no tienen regularidad en planta ni guardan un estricto paralelismo entre sí (véase la fig. 3); su orientación, en promedio, es de 4 grados al oeste del norte magnético del momento en que se realizaron las excavaciones, lo cual podría interpretarse como consecuencia de ajustes relativos al registro del movimiento del sol (la otra posible interpretación sería la de una falta de pericia en la ejecución del proyecto arquitectónico, lo cual resultaría incongruente con la relativa alta calidad del diseño general).

El perfil de estos basamentos muestra un talud-tablero; en el caso del basamento más temprano (E-1), el tablero está cerrado en su parte inferior; en los edificios más tardíos el tablero está abierto (véase la fig. 4). Ambos arreglos se encuentran en Teotihuacan, el segundo con mayor frecuencia. El talud-tablero abierto de Hacienda Calderón es similar en proporciones al encontrado en la estructura 1-B' en el interior de la Ciudadela en Teotihuacan;³² es similar al de varios edificios al oeste de la Calzada de los Muertos, cercanos al área de los llamados "Subterráneos". En E-2 se observa ya una desviación en proporciones y acabados de lo que podría llamarse la norma teotihuacana, en especial en el perfil del entrecalles que separa los cuerpos del basamento (ahora tiene un ligero curvamiento hacia abajo) y en la unión entre tablero y talud (reducido a un pequeño remetimiento). Así, es posible afirmar que a partir de E-2 la arquitectura de esta estructura en Hacienda Calderón tiene un desarrollo propio, afectado por estilos de origen local.

Las transformaciones correspondientes a los cambios del perfil básico y del diseño arquitectónico de la parte superior de los basamentos, tal vez marque, en Hacienda Calderón, el punto de cambio hacia un desarrollo propio, al margen de la comunidad de origen. El momento de esta transformación fue posible fecharlo por el contenido relativo de radiocarbono en una muestra extraída de un horno de cal asociado a E-5/ E-6 (construido para suministrar cal para recubrir los muros de E-6) y el *terminus post quem* dado por la cerámica contenida en los edificios.

La fecha de radiocarbono es de 913 d.C. \pm 55; la correspondiente al análisis cerámico es de 950 d.C. Considerando una separación de 30 años entre edificios consecutivos, y partiendo de la fecha de 950 para E-8, el punto de cambio estaría en 770-830 d.C. El distanciamiento temporal entre edificios y la transformación mencionada de patrón cultural estaría en concordancia con el fechamiento y tipología derivable de la ofrenda de cerámica encontrada en un entierro secundario asociado a una construcción posterior a E-1 y la cual manifiesta una fuerte asociación al patrón cultural teotihuacano (vasos cilíndricos, ollas trípodes, fondos planos, soportes anulares, soportes rectangulares perforados, etc.), aunque ya parece incorporar elementos de carácter aparentemente local. Con base en esta fecha se puede decir que sólo el primer tercio de la secuencia arquitectónica recuperada en esta excavación es pre"colapso teotihuacano"; el resto pertenece al Epiclásico. El material de los rellenos de los edificios confirma esta diferenciación: existe una primera época con cerámica del Preclásico medio y tardío incorporada en los rellenos de los diversos edificios, porcentualmente mayor en los más tempranos, proveniente de un área al este de la excavación donde se encontraron restos de habitación de esos periodos; mezclada con esa cerámica aparece el material de las fases Xolalpan y Metepec, porcentualmente mayor a medida que se avanza en la serie arquitectónica. En una segunda época, definible a partir de E-4, los materiales del Preclásico tienden a desaparecer al tiempo que hacen su entrada los del Epiclásico regional en porcentajes progresivamente más altos a costa de los del Clásico.

Si las muestras obtenidas en los nueve edificios son representativas del universo de materiales cerámicos utilizados en Hacienda Calderón durante el Clásico, entonces podría afirmarse que no sólo los tipos sino las proporciones relativas entre ellos son similares para Teotihuacan y para Hacienda Calderón. Esto es aplicable a la cerámica Naranja Delgado, lo cual no deja llamar la atención si se mantiene la tesis de una ruptura entre grupo migrante y comunidad de



● Fig. 4 Perfiles de edificios

origen. La razón posiblemente se deba a que la distribución de esa cerámica no fue un monopolio teotihuacano, al menos no en todas las épocas en que estuvo en circulación; centro alternativos de distribución o los productores poblados pudieron haberla introducido en el sitio. Debe señalarse que en Hacienda Calderón no se da la gama completa de tipos teotihuacanos; de hecho, algunos de los más conocidos están ausentes.³³

Con base en estos datos, la historia de Hacienda Calderón a partir del Clásico tardío sería: en una fecha posterior a 500 d.C. comenzó a constituirse en el sitio una colonia de teotihuacanos; llegaron como familias individuales, una tras la otra y en cantidad suficiente para justificar la producción de bienes propios de su lugar de origen y dar cierta continuidad, hasta una fecha próxima a 750 d.C., a la cultura material del centro urbano que abandonaban. La migración, de esta manera, no estaría vinculada, cronológicamente hablando, al "colapso teotihuacano": es anterior a él. Siendo así, el fenómeno tendría que entenderse como asociable a una expansión del área bajo control del centro urbano (consecuencia o no de una política de Estado) o a su proceso de desestabilización. El que la colonización se hiciera no como ampliación de un continuo sino más allá de las fronteras del dominio, da mayor viabilidad a la segunda posibilidad.

La colonia de teotihuacanos se estableció en tierras que en ese momento no estaban ocupadas. Se estableció en una región que, a juzgar por las diferencias formales en cerámica y por el tempestivo estrangulamiento en el suministro de obsidiana proveniente de la Sierra de las Navajas durante el Clásico, manifiesto en la sustitución generalizada de obsidiana por pederrenal y otros materiales (corriente que existió en el Preclásico y que se restableció en la época tlahuica-mexica),

no estaba sujeta a control por parte del centro urbano; esto les permitió un desarrollo autónomo, relativamente marginada de la dinámica cultural propia de Teotihuacan. Bajo la influencia de una cultura distinta, el grupo teotihuacano en Morelos se integró lentamente a la región y a su cultura. Su transformación cultural se debió haber completado por 700-750 d.C., hacia o poco antes del "colapso teotihuacano"; es a partir de ese momento que se puede decir que culturalmente los habitantes del sitio de Hacienda Calderón respondían ya a una filiación "morelense". Como grupo teotihuacano buscó reproducir las condiciones más favorables imaginables en términos del medio ambiente de su lugar de origen, así como la cultura material y el sistema de ideas básico del centro urbano.

Con el tiempo, con normas cada vez más relajadas, y quizá sin acceso a las nuevas técnicas que se desarrollaban en Teotihuacan, pronto entraron en un desfase y desvío cultural con respecto al centro urbano. El objetivo último se había logrado: la multiplicación de evasiones de este tipo impulsó la restauración de un equilibrio social y la prosperidad de las comunidades disidentes. Para los descendientes de esos migrantes se abrió un largo periodo de desarrollo independiente que no se interrumpió hasta la llegada a los valles de Morelos de los últimos grupos de migrantes nahuas del Postclásico.

¹Véase Arturo Warman, *...Y Venimos a Contradecir: los Campesinos de Morelos y el Estado Nacional*, México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH (Ediciones de la Casa Chata), 1976.

²Véase Michael E. Smith, *Postclassic Culture Change in Western Morelos, Mexico: The Development and Correlation of Archaeological and Ethnohistorical Chronologies*, tesis doctoral, Urbana, University of Illinois, 1983.

³Francisco M. Rodríguez, "Descripción de la Pirámide llamada Casa el Tepozteco...", en *Actas de la Undécima Reunión, Congreso Internacional de Americanistas*, México, 14-23 de octubre de 1995, 1997, pp. 233-237.

⁴Eduard Seler, "Die Wandskulpturen im Tempel des Pulquégottes von Tepoztlán", *Congrés International des Americanistes, Quinzième Session*, Quebec, 10-15 de septembre de 1906, t. II, 1907, pp. 351-379.

⁵Román Piña Chan, *Chalcatzingo, Morelos*, Dirección de Monumentos Prehispánicos, Informes, 4, INAH, 1955.

⁶Eulalia Guzmán, "Los relieves de las rocas del Cerro de La Cantera, Jonacatepec, Morelos", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*. 5a. Época, t. I, núm. 2, 1934, pp. 237-251.

⁷Carlo T. Gay, *Chalcatzingo*, Akademische Druck-u. Verlag Sanstalt, Graz.

⁸Román Piña Chan, *op. cit.*, 1953.

⁹Miguel Covarrubias, "Origen y desarrollo del estilo artístico olmeca", R.P. Gamboa (ed.), *Mayas y Olmecas*, Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centroamérica, Tuxtla Gutiérrez, SMA, 1942, pp. 46-49.

¹⁰Michael D. Coe, *America's First Civilization*, Nueva York, American Heritage, 1967.

¹¹Guadalupe Martínez Donjuan, *Archivo de Monumentos Prehispánicos*, Informe al Consejo de Arqueología, INAH, 1986.

¹²Véase Kenneth Hirth y Jorge Angulo Villaseñor, "Early state expansion in Central Mexico: Teotihuacan in Morelos", en *Journal of Field Archaeology*, vol. 8, 1981, pp. 135-150.

¹³Guadalupe Martínez Donjuan, *Las Pilas, Morelos*, INAH (Colección Científica, 75), 1979, pp. 44-56.

¹⁴Raúl Arana A., "Chalcatzingo en el Clásico y Postclásico", en *Seminario sobre Chalcatzingo*, AA, 1973.

¹⁵Román Piña Chan, *op. cit.*, 1953.

¹⁶Véase Jorge V. Angulo y Kenneth Hirth, "Presencia teotihuacana en Morelos", en *Interacción Cultural en México Central*, UNAM (Serie Antropológica, 41), 1981.

¹⁷William T. Sanders, Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley, *The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Academic Press, 1979.

¹⁸Armillas, por ejemplo, ha sugerido la existencia de una expansión de la frontera norte de Mesoamérica durante el Clásico como resultado de un proceso de colonización con origen en el Centro de México (presumiblemente Teotihuacan) que aprovecharía las nuevas oportunidades abiertas por un cambio climático hacia condiciones más húmedas. Véase Pedro Armillas, "Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de mesoamérica", en *Homenaje a Fernando Márquez-Miranda*, Publicaciones del Seminario de Antropología Americana, Universidades de Madrid y Sevilla, 1964, pp. 62-82.

¹⁹Enrique Nalda, "Descripción y evaluación de un muestreo de área en el Lerma medio", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XXXII, Arqueología de Superficie, México, SMA, pp. 79-105.

²⁰Enrique Nalda, *Proyecto Morelos. Informe No. 1 al Consejo de Arqueología*, 2 vols., Archivo de Monumentos Prehispánicos, INAH, 1980.

²¹*Idem.*

²²Adriana Velázquez Morlet, Edmundo López de la Rosa y Enrique Nalda Hernández, *Informe No. 5 al Consejo de Arqueología (Proyecto Morelos)*, Archivo de Monumentos Prehispánicos, INAH, 1986.

²³Mariana Arguimbau Casabianca, *El Sitio Hacienda de Calderón: Población, Patrón de Asentamiento y Análisis Territorial*, tesis de licenciatura, ENAH, 1986.

²⁴La cobertura completa, incluida en la recolección de material de superficie, llegó hasta Tlacotepec; de ahí que en el mapa aparezca sin registro la porción entre Tlacotepec y Hueyapan.

²⁵Como se indicó, el total de sitios localizados en la prospección de la franja Hueyapan-Jantetelco fue de 60. El número total de puntos de recolección de material sobre ese conjunto de sitios fue de 413. La colección de cerámica "diagnóstica" analizada fue superior a los 2 000 fragmentos. La extensión de cada uno de los sitios para el Clásico fue establecida como el producto de multiplicar el área cubierta por el material cerámico por el cociente resultante de dividir el número de puntos de recolección en que aparecía el material del Clásico entre el número de total de puntos de recolección que se fijaron para el sitio en particular.

²⁶Kenneth Hirth y Jorge Angulo Villaseñor, *op. cit.*, 1981.

²⁷Ann Marie Cyphers de Guillén, *The Preclassic Ceramic Chronology at Chalcatzingo, Morelos, Mexico: Implications for Internal Growth and External Contacts*, tesis de maestría, University of Wisconsin-Milwaukee, 1975.

²⁸Arguimbau, *op. cit.*, 1986.

²⁹*Idem.*

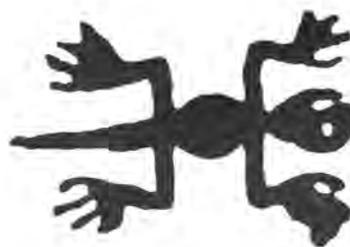
³⁰*Idem.*

³¹Enrique Nalda et al., *Proyecto Morelos, Informe No. 4 al Consejo de Arqueología: Excavaciones en el Sitio de Hacienda*

Calderón, vol. 1, Archivo de Monumentos Prehispánicos, INAH, 1982.

³²Véase Rubén Cabrera C., "La excavación de la Estructura 1B' en el interior de la Ciudadela", en *Memoria del Proyecto Arqueológico Teotihuacan 80-82*, vol. 1, INAH (Colección Científica, 132), 1982.

³³Todos los tipos que hemos registrado para la ocupación clásica de Hacienda Calderón son réplicas en pasta, acabado, forma y técnica y motivos decorativos de los que se encuentran en Teotihuacan. En este sentido no es posible hablar de cerámica teotihuacanoide. Lo que se tiene son tipos teotihuacanos producidos localmente y diferenciables de aquellos otros que existen contemporáneamente en el área y que, si bien acusan la influencia de una 'moda' teotihuacana sólo se da como variaciones al interior de una persistente tradición local[...]. En Hacienda Calderón, sin embargo, no se da el espectro completo de tipos, tal como se manifiesta en Teotihuacan. No tenemos, aparentemente, braseros, anafres con tres protuberancias, tapas de vasos, floreros, candeleros, vasos efigie, cajas rectangulares y flautas; las ánforas, ollas efigie y copas aparecen en nuestra colección en cantidades muy reducidas; no tenemos las técnicas de excavado, negativo y 'al seco'; no tenemos, finalmente, la gama completa de representaciones y motivos que aparecen en Teotihuacan en pastillaje, incisión, plano y bajo relieve, excavado y 'al seco'. Tomadas estas ausencias en su conjunto parecería que se trata de una falta de manejo de las técnicas más sofisticadas, así como un rechazo hacia la producción de ciertas formas que, como el candelero, pueden tener connotaciones ideológicas[...]. La situación puede interpretarse como una consecuencia del hecho de que en Teotihuacan ciertos tipos cerámicos —o, concretamente, ciertas técnicas— son de dominio restringido, posiblemente manejadas por especialistas, mientras que el conocimiento básico asociado a la producción alfarera es común a toda la población y, si no conducida a nivel familiar, sí a nivel de grupo corporado o complejo habitacional." Enrique Nalda *et al.*, *Informe No. 3 al Consejo de Arqueología: Excavaciones en el Sitio Hacienda Calderón*, vol. 1, Archivo de Monumentos Prehispánicos, INAH, 1982.



Fernando Getino Granados*
y Agustín Ortiz Butrón**

La actividad ritual a nivel de barrio: el *momoztli* de Palma y Venustiano Carranza¹

Hallazgo del *momoztli*

En agosto de 1987 se encontró el pequeño altar mexica, al que reconocemos formalmente como un *momoztli*; durante las excavaciones efectuadas en la esquina oriente de las calles de Palma y Venustiano Carranza del Centro Histórico de la ciudad de México (fig. 1), lugar donde actualmente se localiza un edificio propiedad de Banamex. Después del rescate, la estructura se transportó al Museo Nacional de Antropología, donde se excavó su interior para conocer el sistema constructivo y realizar tareas de consolidación y conservación (Getino y Ortiz, 1988a; Pérez, 1988).

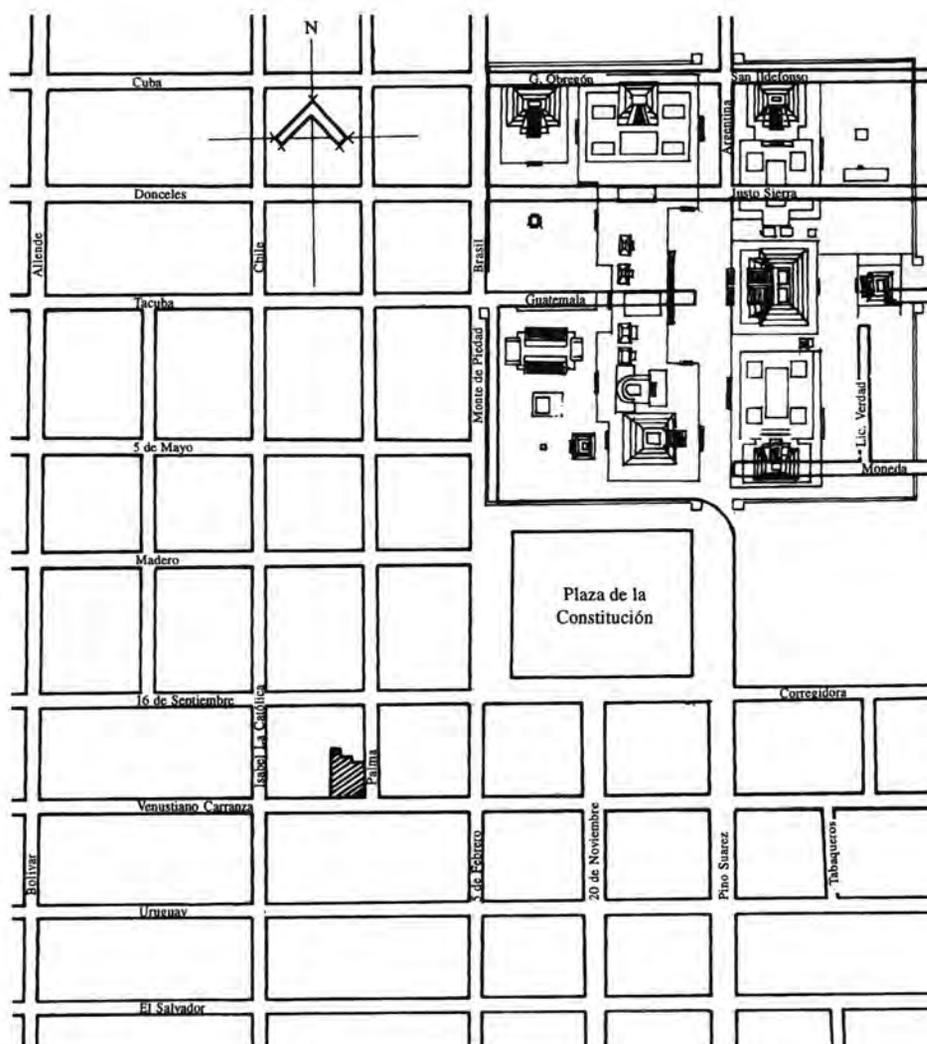
El lugar donde se ubica el predio se encuentra muy cercano a lo que fuera el Recinto Sagrado de México-Tenochtitlan, a escasos 290 m del centro de la actual Plaza de la Constitución (Zócalo). Durante su excavación se registró una prolongada secuencia ocupacional, que va desde el inicio del propio asentamiento mexica hasta finales del Virreinato. El *momoztli* estaba alrededor del centro de dicho predio, dentro de la Unidad de Excavación D-7 (fig. 2), a una profundidad de 4.9 a 5.6 m (Getino y Ortiz, *op. cit.*, pp. 21-22).

La exploración comenzó a los 2.6 m de profundidad, con referencia al nivel de banquetta de la esquina suroeste, debajo de la losa de cimentación de un edificio de los años cuarenta. Hasta los 4.3 m en promedio se observaron restos de arquitectura y materiales representativos del siglo XVI, los que, en conjunto con las cimentaciones del XVII y XVIII, alteraban las construcciones indígenas, sobre todo con basureros y antiguos pozos de agua que intruían a niveles aún más profundos (Getino *et al.*, 1987).

* Dirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico (DICPA).

** Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.

¹ Este trabajo es resultado del Proyecto Capuchinas (1987-1988) de la Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH. Dirigido por A. López Wario y M. Hernández Pérez. La excavación estuvo bajo la responsabilidad de los autores.



● Fig. 1 Plano de ubicación: actual traza del Centro Histórico. Recinto sagrado de Tenochtitlan hacia 1460-1480 (redibujado de Villalobos, 1985). Predio excavado en la esquina de Palma y Venustiano Carranza

Las evidencias de la cultura mexicana estaban entre 3.5 y 6.5 m de profundidad (fig. 3), definiéndose para esta época cuatro periodos de ocupación (fig. 4). Asimismo se observaron alteraciones originadas por factores naturales (como inundaciones y temblores) que provocaron desfases en la estratigrafía y afectaron los restos arquitectónicos de las distintas ocupaciones (Getino, 1988); fue notorio también el trabajo de nivelación del terreno para erigir cada uno de los asentamientos.

La construcción del *momoztli* corresponde al segundo periodo mexicana en el sitio, el cual fue cubierto después de su abandono mediante apisonados y rellenos de piedra para desplantar un edificio ya del tercer periodo; actividad asocia-

da con la colocación de ofrendas en cada una de las etapas (Getino y Ortiz, *op. cit.*, 1988a).

Las ocupaciones registradas en distintos puntos del predio se encontraron asociadas con la colocación de ofrendas y sacrificios humanos, resultando más evidente en el área del *momoztli*, donde se observa un carácter ritual desde la construcción del elemento hasta su posterior "enterramiento", y más aún, previo a la erección del nuevo emplazamiento.

Entendemos que el *momoztli* tenía carácter de espacio sagrado o zona liminar donde se desarrollaban las ceremonias rituales de la comunidad ahí asentada, recreando la cosmogonía de la sociedad mexicana. Como lugar sacro para realizar

las ceremonias, lo podemos reconocer como *axis mundi*, lugar de la creación mítica y contacto entre los ejes vertical y horizontal: cielo, tierra e inframundo y los cuatro rumbos: este, oeste, sur y norte (López Luján, 1993, pp. 51-62; López Austin, 1995, pp. 425-426).

La función y simbolismo del elemento arquitectónico nos llevó a analizar su representatividad a partir de la información arqueológica y en analogía con edificaciones similares mencionadas en fuentes etnohistóricas. Enfatizamos su carácter ritual considerando tres sucesos diferenciados: *a*) el proceso constructivo y función original del altar; *b*) su uso cotidiano y la actividad ritual sobre el mismo, *c*) el proceso para cubrirlo y la transformación del espacio (Getino y Ortiz, 1988b y 1990).

Para tal efecto describimos el contexto donde fue localizado y las características de su construcción. Lo comparamos con otros ejemplos reportados en investigaciones de distinta índole, para desarrollar una interpretación de su uso y función desde dos ámbitos principales: como espacio ritual y como elemento urbano. Discutimos acerca de su simbolismo dentro de la ideología mexica y su uso en las ceremonias rituales para contrastarlo con la información química de la superficie estucada, con la finalidad

de inferir la actividad realizada en el *momoztli* y el espacio que lo contiene.

Tipos de *momoztli*: ubicación, uso y función

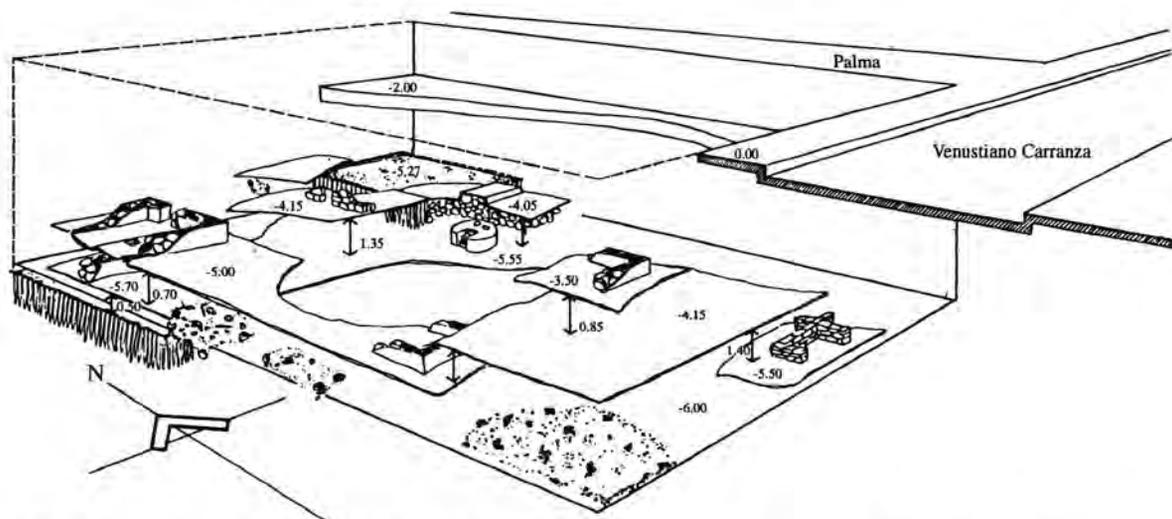
El vocablo náhuatl *momoztli* se refiere invariablemente a un altar o pequeño basamento para uso ritual. Ignacio Alcocer (1930) lo describe de la siguiente manera:

especie de altar o kiosco de escasa elevación, que se edificaba en el medio de los patios de los templos y de los mercados, que tenían escalerillas por los cuatro rumbos cardinales. Servían para pregones y ejecución de sentencias en los mercados y para ceremonias religiosas en los templos[...] En medio de las plazas de las ciudades, había ciertos macizos redondos de cal y canto, tan altos como altura y media de un hombre (2.55 m). Se subía a ellos por gradas, encima quedaba una plazuela, redonda como tejo, y en medio de esta plazuela estaba asentada una piedra, también redonda, con un ahugero [*sic*] en el centro.

Doris Heyden (1968), al estudiar la terminología y características del *momoztli*, encuentra distintas acepciones, pero todas coinciden en un significado común, su especificación como altar:

Mumustli: Altar de los ydolos o humilladero.

Momoztly: Humilladeros a manera de picotas que usa-



● Fig. 2 Secuencia ocupacional de la época mexica. Se observan restos de viviendas, chinampas y basureros de distintos periodos. El *momoztli* se ubica al centro, a una profundidad de 5.55 m

<i>Tlatoani</i>	<i>Fechas de gobierno</i>	<i>Etapas constructivas. Templo Mayor (Matos, 1985)</i>	<i>Periodos de desarrollo urbano de Tenochtitlan (Villalobos, 1985)</i>	<i>Épocas del estado mexicana</i>	<i>Ocupaciones en el predio (Palma y V. Carranza)</i>
Acamapichtli	1375-1395	II	Primero: Asentamiento	2a. •Dominio tepaneca •Primer gobierno •Muerte de Tezozomoc	1a. •vivienda de adobes •chinampa •Azteca II
Huitzilihuitl	1396-1417				
Chimalpopoca	1417-1427				
Izcoatl	1427-1440	III	Segundo: Autonomía y expansión	3a. •Independencia •Triple alianza •Tlacaelel •Fundación de los primeros barrios	2a. •viviendas de mampostería • <i>momoztli</i> •Azteca II-III
Moctezuma Ilhucamina	1440-1469	IV			
Axayacatl	1469-1481	IVb			
Tizoc	1481-1486	V			
Ahuizotl	1486-1502	VI			
Moctezuma Xocoyotzin	1502-1520	VII	Tercero: Descentralización	5a. •Poderío mexicana •Conquista española	4a. •vivienda •Azteca III-IV

● Fig. 3 *Tabla cronológica*. Los periodos de ocupación prehispánica en el predio excavado, comparados con los periodos de desarrollo urbano de Tenochtitlan, las etapas constructivas del Templo Mayor y las distintas épocas del estado mexicana

ban antiguamente, y a quienes nosotros llamábamos mentideros.

• *Momoztli*: Asiento o silla, hecho de piedra, también llamado Ichialoca, que quiere decir, donde se aguarda, y este asiento o trono dedicado a Tezcatlipoca, lo enraman de cinco en cinco días (días de mercado), y estaba todo el año con ramos, y nadie se sentaba en dicho asiento.

Momoztli: Altar redondo.

Momoztli: Altar.

Por su parte, E. Noguera (1973) resume la definición del *momoztli* como:

Altar o adoratorio levantado en el cruce de los caminos[...] pequeña plataforma conteniendo ofrendas de alguna naturaleza y colocadas frente al templo principal del lugar, o bien simples plataformas más o menos ornamentadas y situadas también frente al templo y asociadas al mismo. Igualmente pueden ser soportes para sostener alguna escultura.

El mismo autor describe su presencia en Mesoamérica desde el Preclásico, aunque es en sitios del Clásico, como Teotihuacan, donde su uso fue más extendido. Menciona para este caso los basamentos que se localizan en las plazas del Sol y la Luna y sobre la Calzada de los Muertos, los cuales miden en promedio 21 m por lado y alcanzan hasta 2 m de altura; o bien el de la Ciudadela, al poniente del Templo de Quetzalcóatl, cuya característica distintiva es el de tener escalinatas de 13 peldaños en cada uno de sus lados, sumando un total de 52, en clara relación con el calendario ritual (*ibid.*, pp. 111-113).

También existen en los patios de las unidades habitacionales en una escala mucho menor, desde un metro por lado, como en Zacuala, Tetitla y Atetelco, donde se presume que se realizaban ceremonias religiosas en modo más modesto y como reproducción de las efectuadas en los gran-

des templos. En Oztoyahualco, al poniente de otro conjunto habitacional, está un *momoztli* con escalinatas al norte y poniente; pero al interior de la casa había pequeñas maquetas usadas como altares móviles, que podían ser armadas y transportadas (Manzanilla y Ortiz, 1991).

En el Postclásico temprano tenemos como ejemplo la ciudad de Tula, con altares en el centro de las plazas asociados a los grandes basamentos, tal es el caso del "Altar Central" de Tula Grande o el que se localiza al oriente del edificio El Corral, los cuales contenían ofrendas alusivas al Sol y a Venus, respectivamente (Getino y Figueroa, s.f.). Persiste la tradición de construir también pequeños altares al centro de los patios de unidades habitacionales, con ofrendas asociadas a prácticas rituales de la población común. Otros ejemplos se encuentran en diversas ciudades mesoamericanas, como Chichén Itzá, Cholula, Tenayuca, Calixtlahuaca, Tizatlán, entre otras, encontrados en contextos similares (Noguera, *op. cit.*, pp. 115-117).

Para el caso de Tenochtitlan tenemos ejemplares encontrados durante distintos salvamentos arqueológicos. Específicamente en la construcción del Metro hay algunos reportados por J. Gussinyer, uno de los cuales se localiza en la estación Pino Suárez, dedicado a Ehécatl Quetzalcóatl, donde se observa la superposición de tres estructuras, pero conservando la característica forma circular (Gussinyer, 1969). Otro fue encontrado en la esquina de Brasil y Guatemala, donde comenzaba la antigua calzada de Tacuba (Gussinyer, 1972), el cual tal vez estaba relacionado con el culto a Tezcatlipoca, considerando el conjunto de cráneos y cuchillos depositados como ofrenda.

En las descripciones de Hernán Cortés y Bernal Díaz, entre otros, se menciona la presencia de los *momoztli* frente a los edificios principales, soportando braseros o como base de los monumentos de piedra, como el *cuauhxicalli* usado para el autosacrificio y el *temalacatl* donde se escenificaba el sacrificio gladiatorio. En comunidades menores, situadas en lugares alejados o

en la intersección de caminos, se construía el *momoztli* a manera de asiento de piedra y servía como adoratorio para Tezcatlipoca, colocándose ofrendas periódicamente (Noguera, *op. cit.*).

También encontramos noticias acerca del arribo de los primeros pobladores a la isla de Tenochtitlan, quienes durante las tareas de acondicionamiento del terreno para su establecimiento, construían el simbólico *tlalmomoztli* o altar de tierra como señal de posesión y efectuaban ritos al respecto, evidentemente de carácter fundacional (Bohem, 1986; Castillo, 1984).

En el transcurso de la historia de la ciudad las ceremonias rituales de mayor importancia eran presididas por el propio gobernante (*tlatoani*) en el recinto principal de la ciudad; por su parte los guerreros y nobles (*pipiltin*) realizaban los sacrificios gladiatorios y las ceremonias de ayuno y autosacrificio en los distintos templos, mientras que la gente común (*macehualtin*) realizaba actos rituales al interior de sus casas, en las calles o en el centro de los barrios, utilizando el consabido *momoztli* (Broda, 1982, pp. 39-50).

El *momoztli* de Palma y Venustiano Carranza

De la primera ocupación mexicana en el sitio estudiado, se encontraron restos de una vivienda con muros de adobe al sur del predio (nivel 5.50 m) y parte de una chinampa al noroeste (nivel 6.20 m), asociados a cerámica Azteca II, 50 cm debajo de una unidad habitacional construida en una época posterior (fig. 3). En el área de la vivienda de adobes se registró una serie de apisonados que la cubrían (hasta el nivel 4.15 m), y en el caso del área chinampera, ésta fue cubierta por una vivienda de piso estucado y muros de piedra (nivel 5.70 m), pertenecientes a la segunda ocupación (Getino y Ortiz, *op. cit.*, 1988a).

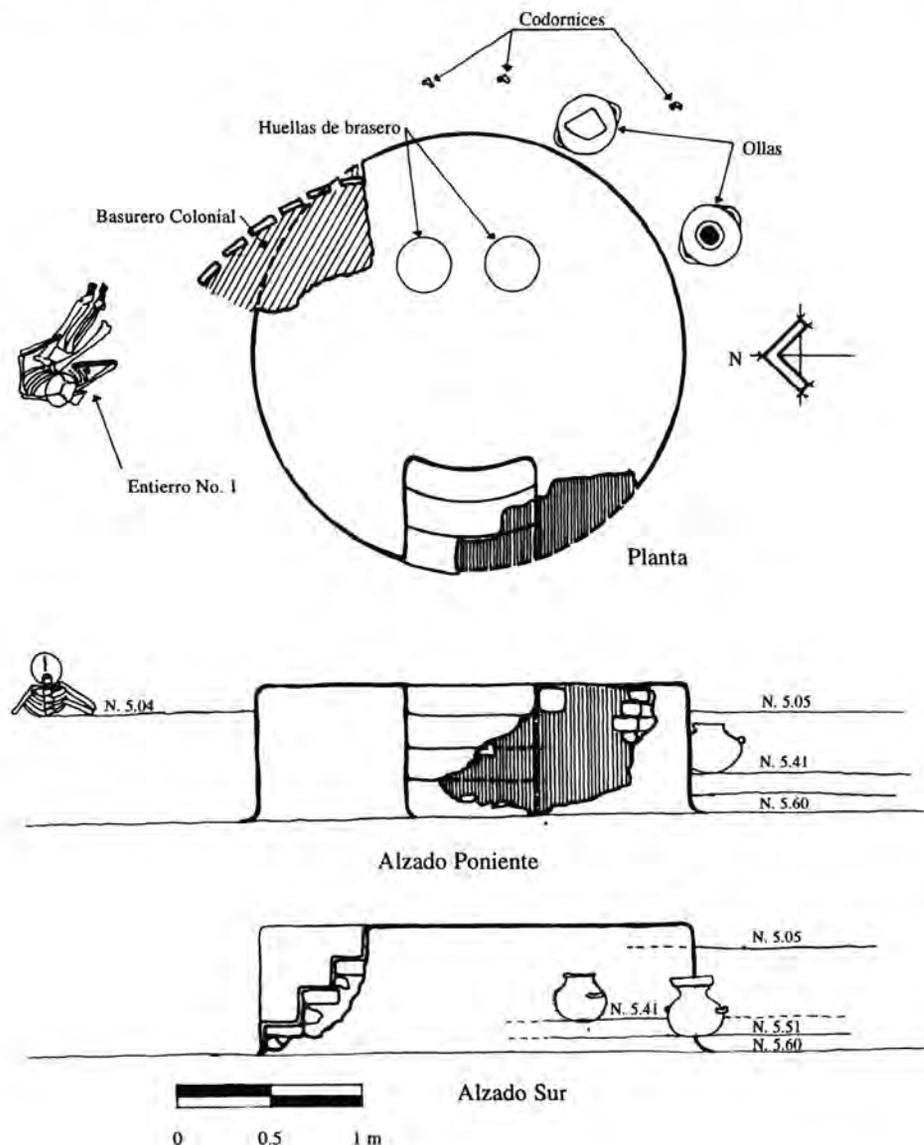
Al centro del predio (Unidad D-7) se localizó el *momoztli*, desplantado en el nivel 5.55-5.60 m (fig. 3); la profundidad corresponde con la de la vivienda de la ocupación anterior, pero debe mencionarse que hacia el norte del predio se

notó un hundimiento constante del terreno, lo que provocó desfases en la estratigrafía (*ibid.*).

El *momoztli* es de planta circular, con 2.36 m de diámetro y 70 cm de altura; tiene una escalinata remetida al oeste y conserva dos huellas redondas de base para brasero de 28 cm de diámetro, ubicadas simétricamente en la parte superior, al oriente (fig. 5). Tiene dos alteraciones que lo destruyeron parcialmente, una al noreste provocada por la intrusión de un basurero colonial que llegaba hasta 5 m de profundidad; la otra se observa al suroeste, destruyendo parte de la escalinata (fig. 6). En ambas roturas se observa

el núcleo del elemento, que consistió en hiladas de adobes recubiertas con cantos, y revestidos finalmente con un enlucido de estuco, el cual presentaba en la superficie vertical concreciones salitrosas originadas del lecho lacustre, formadas por estar sumergido el pequeño basamento en terreno fangoso durante un tiempo prolongado, tal vez derivado de una inundación (Getino *et al.*).

De la tercera ocupación se conservaron restos de viviendas fabricadas con mampostería (nivel 5 m), las cuales se localizaron al poniente del predio, así como una nueva área chinampera hacia la



● Fig. 4 Planta y alzados del *momoztli*. Ubicación de las ofrendas y el Entierro No. 1, en el proceso de "enterramiento" del altar. Intrusión del basurero colonial



● Fig. 5 El hallazgo del *momoztli* en la excavación de salvamento. Se observa la destrucción parcial del altar y las condiciones peculiares para su excavación, junto con las obras de cimentación para el edificio de Banamex

esquina noreste, en el nivel 5.27 m (fig. 3). Contemporáneo a estos vestigios, pero antecedidos en el proceso de deposición, se registró la secuencia de apisonados y el núcleo de piedra que cubrieron el área donde se localizó el *momoztli* y sirvieron de cimentación a otro edificio, conservándose restos de un piso y una banqueta entre los niveles 4.05 y 4.15 m (figs. 3 y 7).

En la parte superior del *momoztli* y el piso de su desplante, sobre todo en el lado oriente, se formó una gruesa capa de ceniza y carbón, que manchó la superficie estucada. Los apisonados que fueron cubriéndolo eran cuatro y medían 20 cm en promedio. Encima del primero (nivel 5.51 m), al sureste del altar, se colocó como ofrenda una olla que estaba tapada con una laja y contenía huesos de codornices (figs. 5 y 7).

Sobre el segundo apisonado se colocó otra olla en la misma dirección, 10 cm arriba de la anterior (nivel 5.41), pero ésta se encontró vacía; no obstante al oriente del altar se recuperaron tres esqueletos más de codornices sobre la superficie apisonada (Getino y Ortiz, 1988, p. 24; figs. 5 y 7).

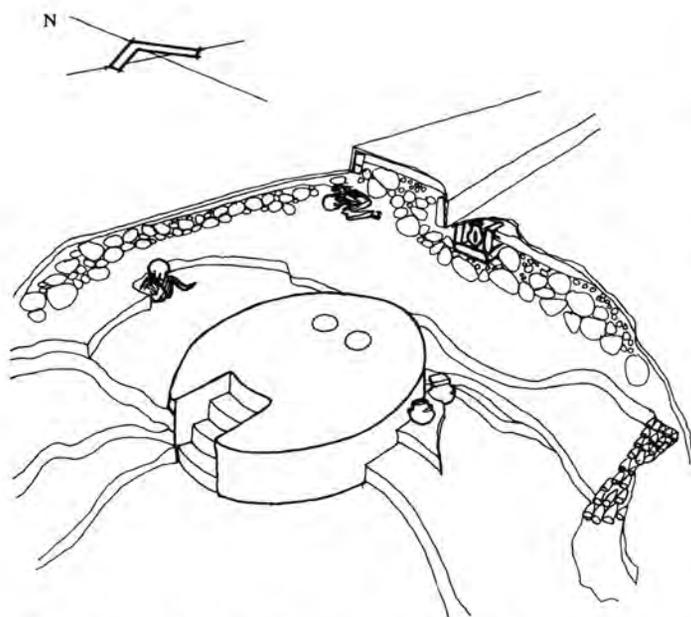
En el tercer apisonado se colocó un tendido de "clavos" de construcción (fig. 7), al sur de la estructura (nivel 5.05 m), reutilizados de alguna

construcción anterior, seguramente contemporánea al *momoztli*. En el mismo nivel, pero 70 cm al norte, se encontró un entierro primario ofrendado al altar (Entierro No. 1) (figs. 5 y 7), colocado en posición flexionada y sedente, con orientación oeste-este y el cráneo facial hacia el este (fig. 8).

El individuo sacrificado es de sexo femenino, con una edad aproximada de 18 años. Conservaba una coloración rojiza, tal vez de cinabrio, en las tibias y astrágalos. Tenía además una cuenta de jade cerca de las vertebrales cervicales, una concha entre las costillas y una estaca de madera sobre el esternón que terminaba en punta hacia la región pélvica (fig. 9).

A partir del cuarto apisonado se colocó un relleno de cantos que formaba el núcleo del edificio de la tercera ocupación. En la parte que cubre el área del *momoztli* estaba una banqueta orientada este-oeste, con un peralte de 10 cm (nivel 4.05 a 4.15 m), asociada a un basamento muy destruido que se localizaba al poniente; el piso de estuco conservaba la pintura original de color rojo.

A ambos lados de la banqueta se colocaron otras dos ofrendas. Al norte (noreste del *momoztli*), entre el núcleo de piedras y el último apisonado,



● Fig. 6 Colocación de las ofrendas. Proceso constructivo para cubrir el momoztli mediante apisonados de tierra y rellenos de rocas. Ubicación de las ofrendas asociadas al ritual de "enterramiento"

estaba otro entierro primario (Entierro No. 2). Aunque en este caso no se pudo excavar completo, debido a que fue alterado en gran medida por la maquinaria de la obra, se pudo definir que estaba colocado en posición decúbito lateral derecho y flexionado, con una orientación general este-oeste y el cráneo hacia el oeste (fig. 10).

El resultado del análisis osteológico indica que este individuo era de sexo masculino, con una edad aproximada de 18 años y una estatura promedio de 1.55 m. Estaba acompañado por una ofrenda consistente en siete vasijas miniatura (cinco cajetes y dos jarras) y un silbato con cabeza de águila; todas las piezas presentaron restos de pintura azul (Ortiz y Vackimes, 1988a).

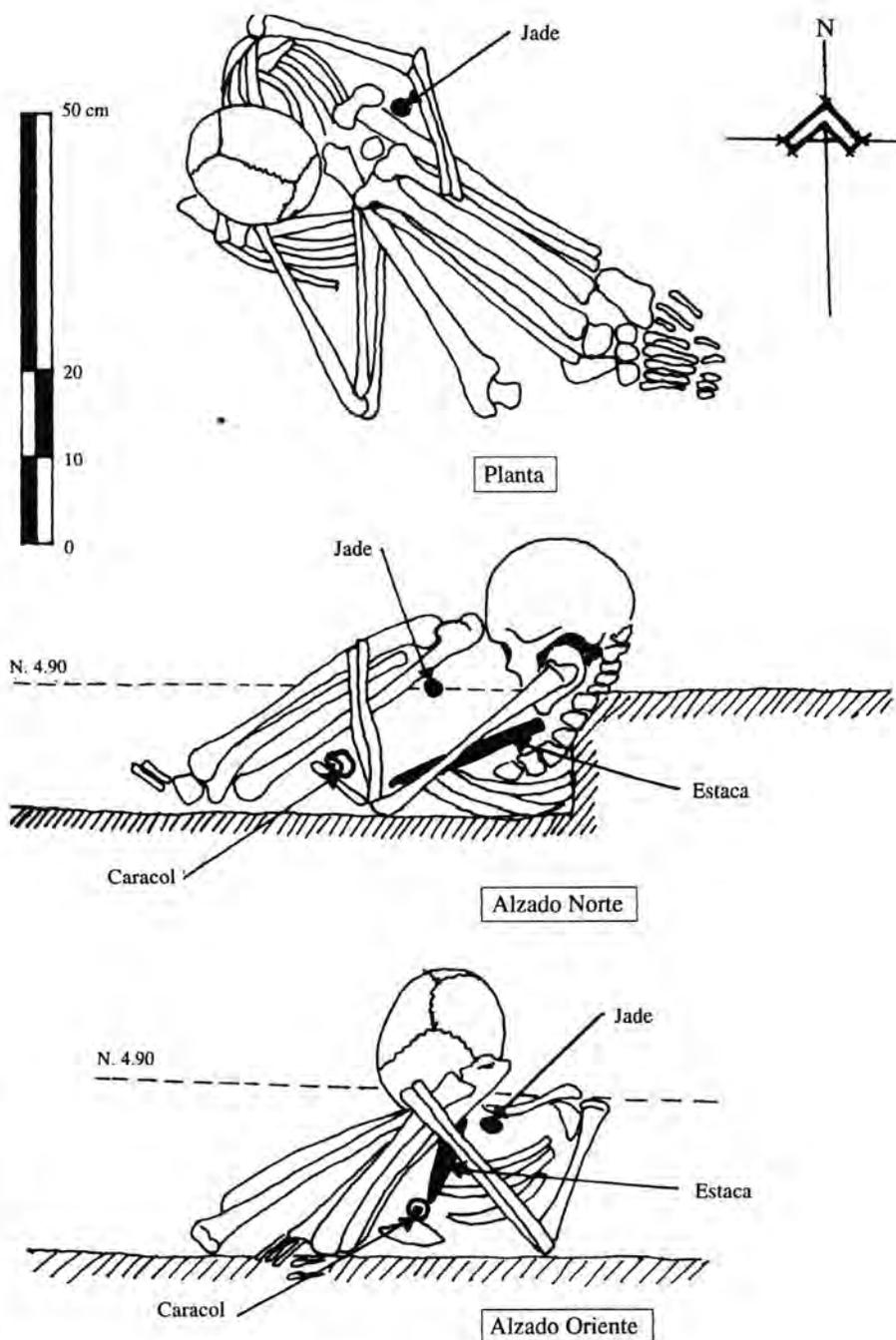
Por otro lado, la ofrenda encontrada al sur de la banqueta consistía en un cántaro de tipo Matlatzinca colocado en el interior de una pequeña caja de adobes. La vasija es de triple asa y fondo cónico con engobe rojo y blanco, de 30 cm de altura; tenía la boca sellada con un pequeño plato (fig. 11) y contenía huesos posiblemente de pescado, según se observó en una radiografía tomada por el equipo de restauración (Ricardo Pérez, comunicación personal, 1988).

Por último, el piso rojo, perteneciente a la tercera ocupación mexicana, estaba cubierto por un enlajado del siglo XVI, el que a su vez soportaba una superposición de muros y pisos del siglo XVII, encima de los cuales desplantaba un sistema de pilotaje que correspondía a una cimentación del siglo XVIII, por debajo de la losa de concreto mencionada.

Respecto al sistema constructivo del momoztli, consistía en cuatro hiladas de adobes colocados concéntricamente para dar la forma circular (fig. 12) unidos con una argamasa de arcilla con arena y contenían lascas de obsidiana, pequeñas conchas, caracoles lacustres y algunos fragmentos de cerámica del tipo Azteca II, que corresponden a la primera ocupación del sitio.



● Fig. 7 Entierro No. 1. Se trata de una mujer adolescente sacrificada al altar, fue depositada al norte del mismo, encima del cuarto apisonado que cubrió la escultura



● Fig. 8 Entierro No. 1. Vista en planta y alzados norte y este, donde se observan los objetos rituales que acompañaban a la joven sacrificada: cuenta de jade, caracol y estaca de madera

Encima de los adobes había una capa de ceniza y carbón, resultado de una pira encendida sobre su superficie (fig. 13). Sobre esta capa se colocó una pequeña caja, consistente en seis lajas chicas formando un cubo, que guardaba en su interior una cuenta de serpentina (*chalchihuite*) a manera de ofrenda. Una gruesa capa de lodo cubría tanto la acumulación de ceniza como la caja de ofrenda,

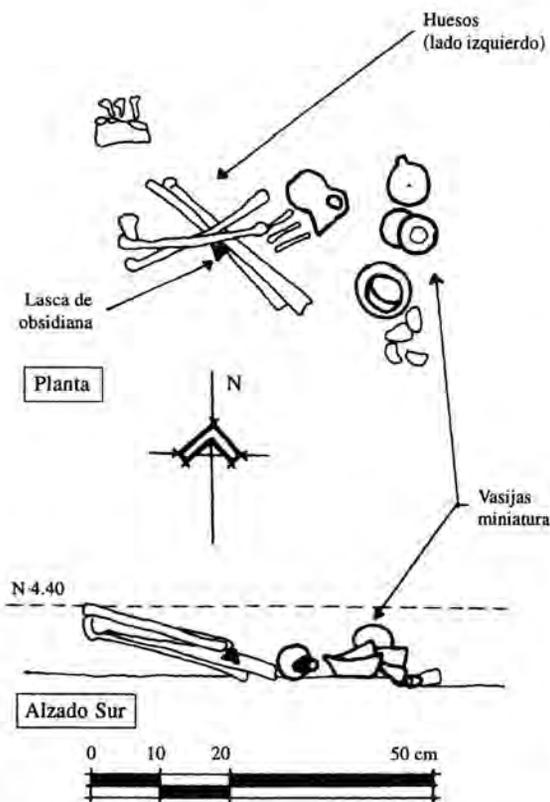
elevando el tamaño original que daba el apilamiento de adobes (fig. 14).

Es evidente que la colocación de la ofrenda y el encendido de la hoguera se realizaron antes del recubrimiento final de la estructura, el cual está formado por rocas de basalto y tezontle en la parte vertical, lajas de basalto y andecita for-

mando las molduras para los escalones, así como pequeñas lajas colocadas de canto en la parte horizontal sobre la capa de lodo, revestidos finalmente con el enlucido de estuco (fig. 14) (Getino y Ortiz, 1988a, 41-B).

El *momoztli* como elemento urbano y espacio ritual

Considerando la serie de ocupaciones del sitio estudiado, y en relación con las etapas de desarrollo en la historia de los mexica (fig. 4), creemos que los vestigios más antiguos registrados en la excavación, es decir la primera chinampa y la vivienda de adobes, corresponden al asentamiento de los pobladores originales de la isla, durante el gobierno de los primeros *tlatoani* de origen culhua (ca. 1375-1427 d.C.).



● Fig. 9 Entierro No. 2. Vista en planta y alzado, donde se observan los huesos largos del lado izquierdo *in situ*; la mayor parte del esqueleto fue removido por la maquinaria de la obra, pero no llegó a alterar la ofrenda que lo acompañaba: las vasijas miniatura pintadas de azul

La segunda ocupación registrada correspondería entonces al asentamiento tenochca ya independiente del dominio tepaneca (ca. 1427-1469 d.C.). En este periodo se fundaron los primeros barrios y se organizaron las parcialidades de la ciudad. Creemos que precisamente el *momoztli* representa la toma de posesión de los nuevos habitantes; por tanto lo consideramos como indicador del centro de barrio original.

La evidencia de alteraciones naturales, como las inundaciones, nos hace suponer el abandono de los asentamientos originales, como sucedió en el área que ocupa el *momoztli*. Inundaciones de gran magnitud, como las que sucedieron en 1449 y 1498, durante los gobiernos de Moteczuma Ilhuicamina y Ahuizotl respectivamente, pudieron ser la causa de abandonos de esta índole (Getino, *op. cit.*). La actividad cotidiana del *momoztli* y el posterior desuso, corresponderían entonces con la tercera ocupación (ca. 1469-1502 d.C.).

Respecto al carácter ritual del *momoztli*, es evidente su uso y función en tres momentos distintos. En primer lugar, el rito inicial estuvo relacionado con la fundación del asentamiento, definido simbólicamente con elementos que se refieren al concepto de creación, es decir, la ubicación del altar como punto central donde convergen los cuatro rumbos cósmicos (fig. 15).

Como de acuerdo con el fundamento religioso mexica, basado en la concepción de la pareja creadora del universo Ometeotl-Omecihuatl, tenía en su advocación como Huehuetotl el vínculo con el fuego original, o bien como Xiuhtecuhtli, se asociaba con la creación del "Fuego Nuevo" y el cambio cíclico (León Portilla, 1993, pp. 89-97). Así es como el espacio ritual, regido por la unión Huehuetotl-Xiuhtecuhtli, fungía como el punto central donde confluían los cuatro rumbos cósmicos, presididos por su descendencia divina y reconocidos mediante concepciones diferenciadas: Tezcatlipoca Rojo-Oriente-Día, Tezcatlipoca Negro-Norte-Muerte, Quetzalcóatl-Poniente-Viento y Huitzilopochtli-Sur-"A la izquierda del Sol" (*ibid.*).

La evidencia del fuego encendido sobre la superficie de adobes la podemos interpretar como una invocación a Huehuateotl-Xiuhtecuhtli, simbolizando la creación del nuevo tiempo. La posterior colocación del chalchihuite ofrendado tiene estrecha relación con los ritos a Coatlicue-Cihuacoatl ya que, según se menciona en algunas crónicas, durante la peregrinación de los mexica se prendían hogueras en su honor, se quemaba copal y se le arrojaban los *chalchiuitl* (Bohem, *op. cit.*).

Para conocer la actividad ritual cotidiana desarrollada en el *momoztli*, no tenemos contextos arqueológicos primarios, pero consideramos para el caso la información acerca de las 18 fiestas anuales que se realizaban en toda la ciudad. Cada una estaba dedicada a las distintas deidades del panteón mexica o asociado a más de una y estaban estrechamente relacionadas con la vida económica y política de la sociedad, enfatizando el carácter agrícola y guerrero de los pobladores (Broda, *op. cit.*).

Queremos destacar como ejemplo la fiesta de Panquetzaliztli, cuya representación, que aparece en los "Primeros Memoriales" (Dahlgren *et al.*, pp. 226-227), ilustra la participación diferenciada de las dos clases sociales fundamentales: *pipiltin* y *macehualtin* (fig. 16). Panquetzaliztli era la ceremonia principal en Tenochtitlan y estaba dedicada a Huitzilopochtli, en ella participaba principalmente el *tlatoani*, dirigiéndola desde el Templo Mayor, pero también la realizaba toda comunidad en el interior de sus respectivos barrios (Broda, *op. cit.*).

En la ilustración (fig. 14) se observa esta división, entre la ceremonia rectora representada en la parte superior y la de los pobladores comunes en la parte inferior. En el lado derecho de ambas escenas se observa a dos guerreros: los de arriba están ricamente ataviados, investidos con los atributos de la deidad (el rostro pintado con bandas azules y negras alude a Huitzilopochtli), mientras que en los dibujados de abajo, la parafernalia es más sencilla, aunque en ambos casos se trata de futuras víctimas que serán sacrificadas (Dahlgren *et al.*, *op. cit.*).



● Fig. 10 Vasija de tipo Matlatzincan, colocada al norte de la banquetta que cubría el área del *momoztli* y dentro de una pequeña caja de adobes. La boca de la vasija estaba sellada con un pequeño plato

A la izquierda se puede observar, en ambos casos, a un personaje que carga una bolsa de copal para la ceremonia, pero el de arriba sostiene además un cuchillo de pedernal para el sacrificio y surge de un *teocalli* que al parecer pertenece a Xipe-Tezcatlipoca Rojo. En el centro, arriba, se escenifica el sacrificio de un guerrero con los atributos de Huitzilopochtli, sujetado por cuatro personajes pintados de negro, mientras que en la escena de abajo tres personajes efectúan una danza ceremonial.

Los rituales son presididos por las autoridades máximas en cada caso: arriba es el *tlatoani* que personifica a la deidad, sosteniendo en su mano derecha el *xiuhcoatl* y en la otra el *chimalli*, sentado dentro del templo de Huitzilopochtli. Mientras que en la otra escena, es un anciano quien dirige la ceremonia desde el *momoztli*, soste-



● Fig. 11 Excavación del *momoztli*. Se observa la parte inferior de la estructura, colocada de manera invertida para su exploración. Son notorios los adobes de la primera hilada, colocados concéntricamente

niendo un “hachón de teas”, conocido también con el nombre de *xiuhcoatl* (*ibid.*).

Finalmente, el ritual para “enterrar” el *momoztli* que observamos en el contexto arqueológico, simboliza el inicio de una nueva era, dejando atrás el antiguo emplazamiento, pero venerándolo como espacio sagrado por representar el origen del cual se desciende, por lo que se le ofrendaron distintos elementos asociados con la ideología rectora.

Primero se colocaron las codornices al sureste, conocidas en su vocablo náhuatl como *zolín*, en el rumbo presidido por Huitzilopochtli. Aunque es interesante mencionar que estas aves se sacrificaban regularmente en relación con Xipe Tótec, sobre todo en vínculo con Tezcatlipoca Rojo (este) y Huitzilopochtli (sur), simbolizando la destrucción de las cosas viejas, pasadas o marchitas, como en el caso que mencionamos (Díaz Cántora, 1994, pp. 68-69).

El sacrificio de la mujer adolescente colocada al norte tiene estrecha relación con Tláloc y el rum-

bo de los muertos. Sahagún menciona que en algunos ritos dedicados a Tláloc y los *tlaloques*, se enterraban jóvenes con un cetro de madera y un *chalchihuitl* en la boca (Sahagún, 1987), en un acto que también tiene gran similitud con el contexto referido.

En el entierro del otro adolescente sacrificado, también es evidente el vínculo con los símbolos de Tláloc, teniendo en cuenta el color azul con el que fueron pintadas las pequeñas vasijas y su ubicación al norte (Ortiz y Vackimes, *op. cit.*). La ofrenda con la vasija matlatzinca conteniendo un esqueleto de pescado la podemos relacionar con Huitzilopochtli por estar colocada hacia el sur, pero es difícil reconocer su simbolismo, aunque tal vez aluda a la conquista de ese pueblo en tiempos de Axayácatl (1469-1481).

La asociación con Tláloc y Huitzilopochtli, así como su referencia al norte y sur respectivamente, nos recuerda el complejo de ofrendas encontradas en las excavaciones del Templo Mayor (Matos, 1982, 1986; López Luján, *op. cit.*). Los dos eran venerados sobre todo en el Templo Mayor de Tenochtitlan, al representar a la vez los cerros míticos Tonacatepetl y Coatepetl, respectivamente la morada de ambas deidades. Además de representar el *axis mundi* de la propia ciudad, era el espacio sagrado donde se evocaban mediante ritos los principios cosmogónicos de la sociedad mexicana, precisamente por medio de la colocación de ofrendas y el desarrollo de las festividades establecidas por el calendario ritual (Matos, 1986; León Portilla, 1988).

La actividad ritual en el *momoztli*: análisis químicos

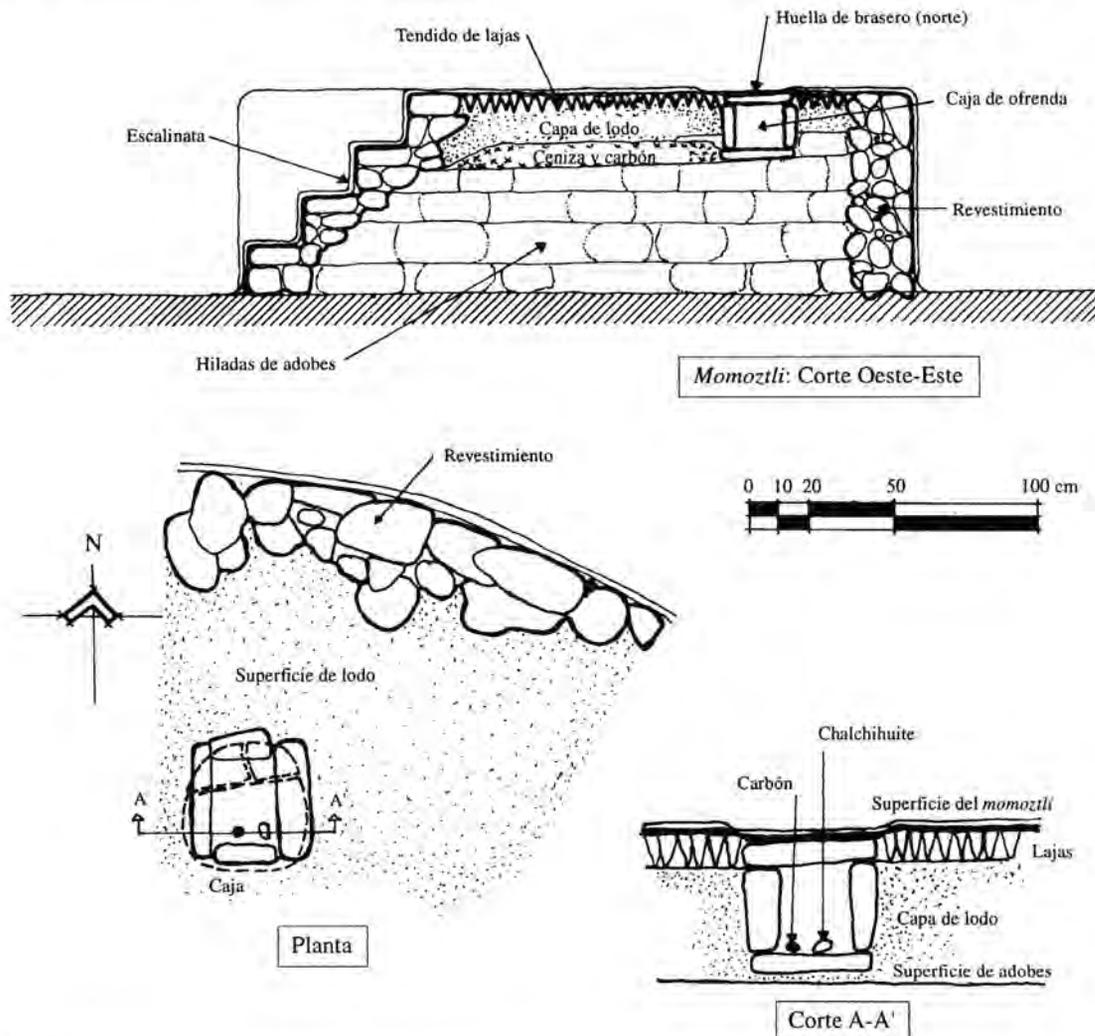
Debido a la ausencia de datos en contexto primario que nos ayuden a interpretar la actividad realizada sobre la superficie del *momoztli*, recurrimos al muestreo químico (Getino *et al.*, 1987) para reconocer la presencia de fluidos que hubiesen queda-

do impregnados en la superficie porosa del estuco y que pudieran estar relacionados con dichas actividades (Barba, 1986). Considerando que una actividad repetida durante un tiempo prolongado deja vestigios de esta índole, sobre todo si pensamos que se derramaban líquidos de origen orgánico, como copal, sangre y grasas corporales, o bien teniendo en cuenta que la acción del fuego altera regularmente la coloración de la superficie estucada (Barba *et al.*, 1996).

Se tomaron 32 muestras, tanto en la superficie del *momoztli* como en el piso circundante (fig. 17) que se procesaron para análisis químicos en el Laboratorio de Prospección del Instituto de

Investigaciones Antropológicas de la UNAM para determinar la presencia y distribución general de componentes químicos como fosfatos, carbonatos, pH, albúmina y ácidos grasos, así como la determinación del color comparando con la tabla "Munsell Soil Color". Con los resultados obtenidos se realizaron los mapas de distribución para interpretar las variaciones en contraste con valores definidos para cada caso (fig. 18).

Análisis similares en contextos de carácter ritual se han realizado en otros sitios, como en el Templo de los Guerreros Águila, del Templo Mayor (Barba *et al.*, *op. cit.*) y en la estructura conocida como Satunsat, en Oxkintok, Yucatán



● Fig. 12 Corte transversal donde se muestra el sistema constructivo del *momoztli*. Detalle en planta y corte de la pequeña caja de ofrenda

Respecto a la presencia de los fosfatos, consideramos que el origen probable es cualquier materia orgánica rica en fósforo, como pueden ser restos de comida en general, o quizá la piel descompuesta, cuyos fluidos al derramarse repetidamente quedaron impregnados sobre la superficie. En estrecha relación podemos considerar la presencia de albúmina, originada por alimentos ricos en proteína, o bien derivada del derramamiento constante de sangre, ya sea humana o de algún animal.

Asimismo, los ácidos grasos pueden derivarse ya sea de grasas corporales o por el derrame de alguna resina, como el copal, que fuera quemado repetidamente y quedara a su vez impregnado en la superficie estucada. Las diferencias en los valores de carbonatos, nos llevan a definir la disminución o aumento de calor. En este sentido los valores altos de pH se asocian a las concentraciones de ceniza, y los bajos valores de carbonatos corresponderían a colores claros, teniendo en cuenta el aumento del pH y el incremento del calor.

Conclusiones

Mediante el análisis del contexto en el cual se encontró el *momoxtli*, pudimos diferenciar en primera instancia los distintos momentos en los cuales fue usado como espacio ritual: símbolo de fundación, espacio sagrado y "enterramiento" ritual. La actividad desarrollada en este sentido tuvo un carácter distinto en cada caso (fig. 19).

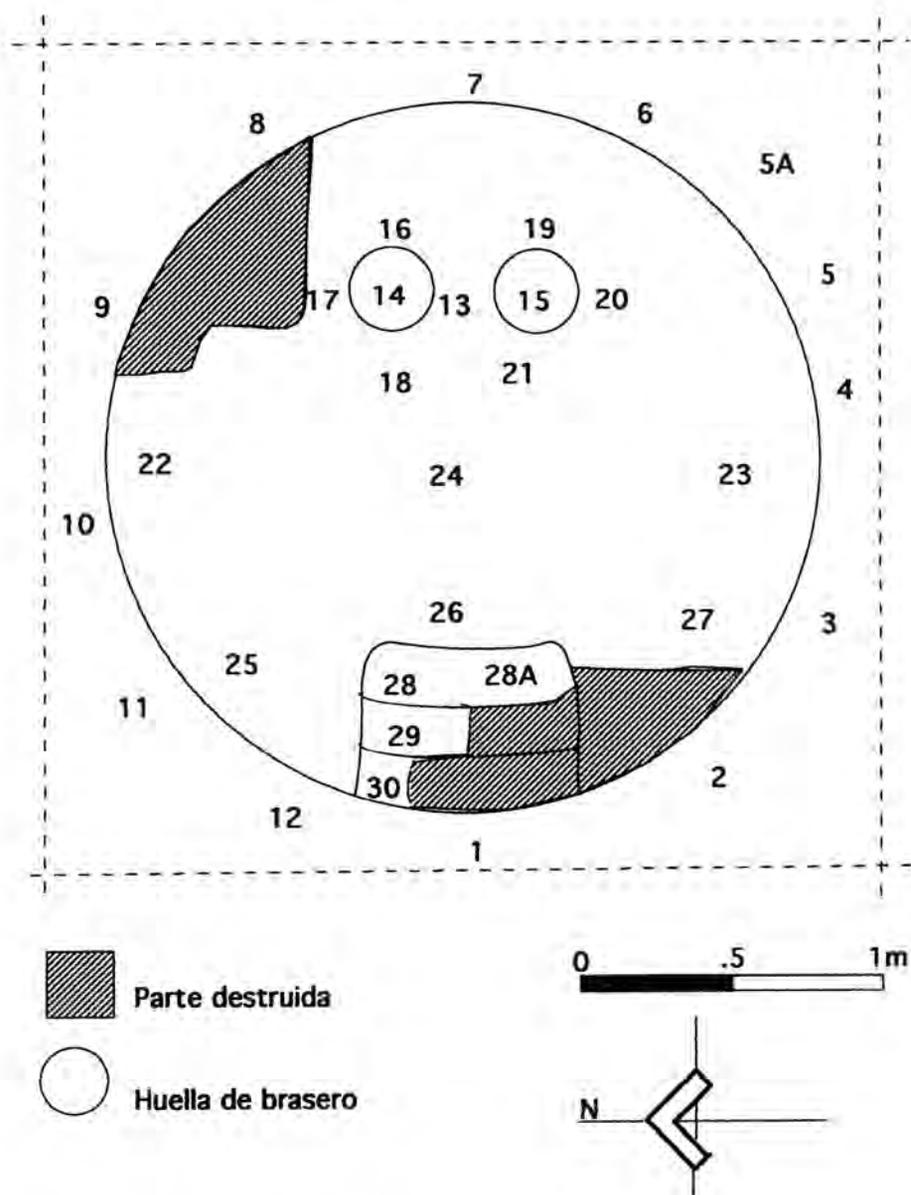
Inferimos que el *momoxtli* de Palma y Venustiano Carranza está asociado a los primeros asentamientos en Tenochtitlan, por lo que su construcción estuvo relacionado con la fundación del barrio o *tlaxilacalli* de una de las primeras comu-



● Fig. 14 La fiesta de Panquetzaliztli. Imagen de *Los Primeros Memoriales de Sahagún* (tomada de Dahlgren, et al., 1982, p. 226)

nidades que fundaron la ciudad, dentro de lo que se conocería como la parcialidad de Moyotlan, cercana al recinto principal (Valero, 1991; Morales, 1993).

Los *momoxtli* de este tipo, se ubicaban en general asociados a los templos, tanto al interior del recinto ceremonial de la ciudad como en cada uno de sus barrios. Aunque en el caso que examina-



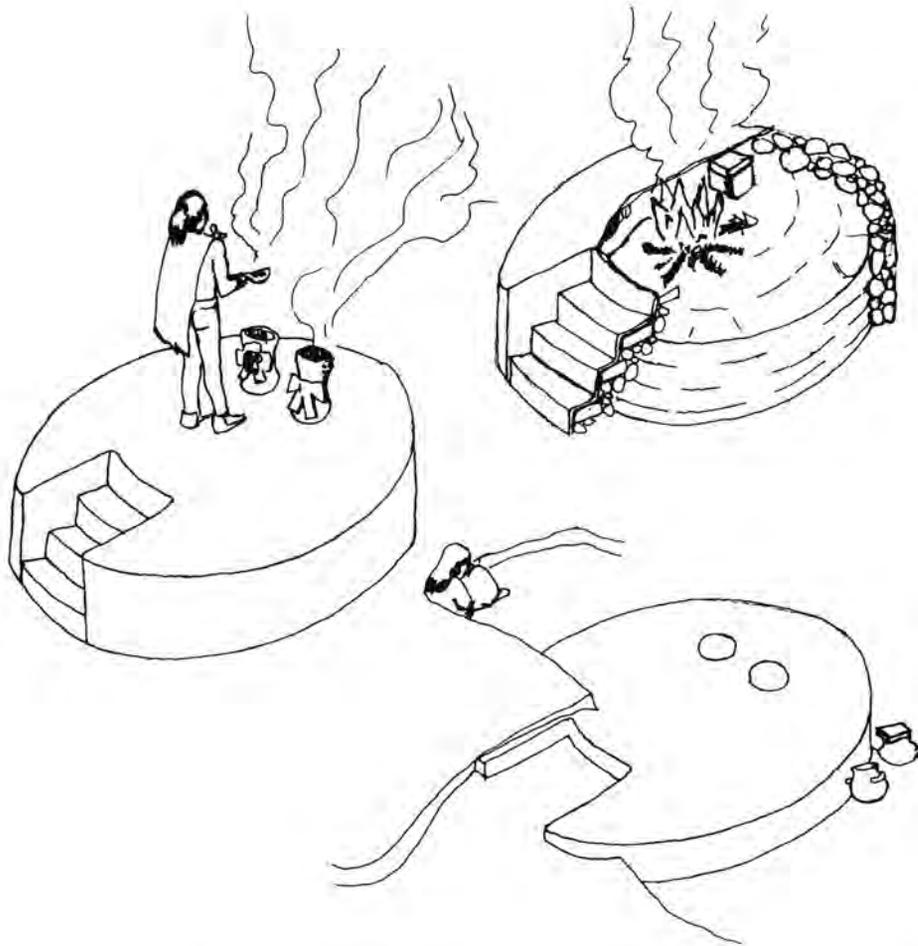
● Fig. 15 Muestreo para análisis químico, en la superficie estucada del *momoztli* y el piso que lo circunda

mos no tenemos datos de esta naturaleza, sí podemos ubicarlo al centro de un emplazamiento rodeado por unidades habitacionales, lo que nos lleva a comprender el uso relevante que se le daba en las actividades ceremoniales que de manera cotidiana realizaba la población en general.

A partir de las descripciones de las fiestas rituales y apoyados en los resultados del análisis químico, observamos que los actos en este sentido iban acompañados por una parafernalia recurrente que incluía el uso de materiales orgánicos propios para el ritual, sobre todo el encendido de

copal y el derramamiento de sangre. Además, podemos distinguir el contraste entre las fastuosas ceremonias presididas desde el Templo Mayor, de las ceremonias más modestas realizadas por la gente común, como en este caso.

El ritual para “enterrar” el *momoztli* hace destacar la referencia ideológica de la población *te-nochca* en los ámbitos de sus relaciones sociales, siguiendo una tradición que atañe a todos sus integrantes. Podemos establecer también una diferencia formal en el culto religioso, persistiendo la práctica para depositar las ofrendas y



● Fig. 17
Reconstrucción hipotética de los distintos momentos rituales: el encendido de la hoguera para la fundación, la cerámica ritual cotidiana y el "enterramiento" del *momoztli*

realizar los sacrificios humanos desde la regulación de la religión institucional, pero de acuerdo con una apreciación de carácter popular.

Las ofrendas reflejan de esta manera las relaciones económicas y políticas de la sociedad (agricultura y guerra) y se expresan por medio de las ceremonias, involucrando a todos los pobladores de la ciudad (la nobleza y la gente común) en rituales repetidos conforme a la calendarización o propiciados por acontecimientos intempestivos, siguiendo los principios de su ideología y en concordancia con una tradición religiosa compartida (López Luján, *op. cit.*, pp. 51-52; Broda, *op. cit.*, pp. 39-54).

Siguiendo a distintos autores, el mismo López Luján nota que los actos rituales eran de diver-

sa índole, de acuerdo con el momento y motivo de su realización, por lo que pueden estar encausados para influir en los fenómenos naturales, representar los mitos fundacionales, o ser actos de súplica y petición. En este sentido se pueden diferenciar como "constantes" al realizarse en fechas precisas u "ocasionales", cuando se hacen en momentos cruciales (López Luján, *op. cit.*, p. 57).

Es importante señalar que en las ceremonias rituales la colocación de las ofrendas y el acto del sacrificio humano se presentaban como parte sustancial, ya sea en un mismo acontecimiento o por separado, aludiendo a una donación de bienes y la petición de la benevolencia divina para propiciar el equilibrio del universo, estableciendo así una comunicación entre los ofrendantes y los dioses (*ibid.*; López Austin, 1977).

b i b l i o g r a f í a

- Alcocer, Ignacio
1930. "Momoztli o kiosko del patio principal del Templo Mayor de México", en *Anales del Museo Nacional de Antropología* (Historia y Etnografía), 4a. época, vol. 6, núm. 1-2, México, INAH.
- Barba P., Luis Alberto
1986. "La química en el estudio de áreas de actividad", en Linda Manzanilla (ed.), *Unidades Habitacionales Mesoamericanas y sus Áreas de Actividad*, México, UNAM.
- Barba, L. A. et al.
1996. "Chemical Analysis of Residues in Floors and the Reconstruction of Ritual Activities at the Templo Mayor, Mexico", en Mary Virginia Orna (ed.), *Archaeological Chemistry*, Washington, D. C., American Chemical Society.
- Bohem de Lameiras, Brigitte
1986. *Formación del Estado en el México Prehispánico*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Broda, Johanna
1982. "Los estamentos en el ceremonial mexica", en Pedro Carrasco, Johanna Broda et al., *Estratificación Social en la Mesoamérica Prehispánica*, México, INAH, pp. 39-66.
- Castillo F., Víctor M.
1984. *Estructura Económica de la Sociedad Mexica. Según las Fuentes Documentales*, México, UNAM.
- Dahlgren, Barbara et al.
1982. *Corazón de Copil*, México, INAH.
- Díaz Cíntora, Salvador
1994. *Meses y Cielos. Reflexiones sobre el Origen del Calendario de los Nahuas*, México, UNAM.
- Getino Granados, Fernando
1988. "Fenómenos naturales", en *Imagen*, vol. 5, núm. 3, México, Banamex, p. 4.
- Getino Granados, Fernando y Agustín Ortiz Butrón
1988a. *Informe Final de Excavación, Proyecto Capuchinas*, México, Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH, Archivo Técnico del INAH.
- 1988b. "Momoztli: altar mexica", en *Imagen*, vol. 5, núm. 6, México, Banamex, p. 60.
- 1990. "Mexiko", en *Das Altertum. Neues: Aus der Alten Welt*, Band 36, Heft 2, Berlín, Akademie Verlag, p. 126.
- Getino G., Fernando, Agustín Ortiz B., Miguel Hernández P. y Félix Arcos A.
1987. *Arqueología de Salvamento en el Exconvento Capuchinas*, ponencia presentada en la XX Mesa Redonda de la SMA, mecanuscrito, México.
- Getino G., Fernando y Javier Figueroa S.
s.f. "Las ofrendas del Palacio Quemado: una interpretación", en R. H. Cobean (coord.), *Turquesa y Concha. Ofrendas en un Palacio Tolteca*, México, INAH.
- Gussinyer, Jordi
1969. "Hallazgos en el Metro. Conjunto de adoratorios superpuestos en Pino Suárez", en *Boletín del INAH*, 2a. época, núm. 36, México, INAH, pp. 33-36.
- 1972. "Una base para brasero ceremonial tenochca", en *Boletín del INAH*, 2a. época núm. 3, México, INAH, pp. 17-22.
- Heyden, Doris
1968. "Algunos elementos de momoztli", en *Boletín del INAH*, núm. 31, México, INAH.
- López Austin, Alfredo
1977. "Sentido mágico y religioso de los sacrificios en el México antiguo", en *De Teotihuacan a los Aztecas. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, México, IIH-UNAM (Lecturas Universitarias), pp. 587-590.
- 1995. "La religión, la magia y la cosmovisión", en L. Manzanilla y L.

- López Luján, Leonardo (coord.)
Historia Antigua de México, vol. III,
México, CNCA/INAH/UNAM/Porrúa,
pp. 419-458.
- López Luján, Leonardo
1993. *Las Ofrendas del Templo Mayor
de Tenochtitlan*, México, INAH.
- León-Portilla, Miguel
1988. *México-Tenochtitlan. Su Espacio
y Tiempo Sagrados*, 2a. ed., México,
Plaza y Valdés.
- 1993. *La Filosofía Náhuatl*, 7a. ed.,
México, UNAM.
- Manzanilla, Linda y Agustín Ortiz Butrón
1991. "Los altares domésticos en
Teotihuacan. Hallazgo de dos fragmen-
tos de maqueta", en *Cuadernos de
Arquitectura Mesoamericana*, núm. 13,
México, UNAM, pp. 11-13.
- Matos Moctezuma, Eduardo
1985. *Guía Oficial del Templo Mayor*,
México, INAH/Salvat.
- 1986. *Vida y Muerte en el Templo Mayor*,
México, Océano.
- Matos Moctezuma, Eduardo (coord.)
1982. *El Templo Mayor: Excavaciones
y Estudios*, México, INAH.
- 1986. *Los Dioses que se Negaron a Morir...
Arqueología y Crónicas del Templo Mayor*,
México, SEP.
- Morales Schechinger, Carlos
1993. "Propiedad urbana mexicana y la
estructura de Tenochtitlán", en *Teoría
e Historia del Urbanismo en México: Época
Prehispánica 2*, México, UNAM (Cuader-
nos de Arquitectura Mesoamericana 23),
pp. 37-58.
- Noguera, Eduardo
1973. "Las funciones del momoztli", en
Anales de Antropología, vol. X, México,
UNAM, pp. 111-122.
- Ortiz, Agustín y Luis Barba
1994. "Estudio químico de los pisos del
Satunsat, en Oxkintok, Yucatán", en
Miguel Rivera Dorado (coord.), *Oxkintok
4*, Misión Arqueológica de España
en México.
- Ortiz Butrón, Agustín y Katina Vaccimes Serret
1988. "Ofrenda funeraria", en *Imagen*,
vol. 5, núm. 5, México, Banamex, p. 40.
- Pérez, Ricardo
1988. *Proposición de Trabajo para la
Estructura Circular Rescatada de las
Excavaciones del Proyecto Capuchinas*,
mecanuscrito, Proyecto Capuchinas,
México, Dirección de Salvamento
Arqueológico, INAH.
- Sahagún, Fray Bernardino de
1987. *Historia General de las Cosas de la
Nueva España*, México, Porrúa ("Sepan
Cuantos..." núm. 300).
- Valero de García Lascuráin, Ana Rita
1991. *Solares y Conquistadores. Orígenes de
la Propiedad en la Ciudad de México*, Méxi-
co, INAH (Colección Divulgación).
- Villalobos P, Alejandro
1985. "Consideraciones sobre un plano
reconstructivo del Recinto Sagrado de
México Tenochtitlan", en *Arquitectura de
Altiplano 1*, México, UNAM (Cuadernos de
Arquitectura Mesoamericana núm. 4).

Un *xicolli* miniatura de la cueva de Atzcala, Guerrero¹

En 1971, “saqueadores” de la cueva de Atzcala, en la región del río Mezcala en el estado de Guerrero, encontraron una insólita prenda de vestir tipo chaqueta. En una publicación anterior, la autora describe una pequeña colección de textiles miniatura recuperados en cuevas de la misma región, la cual es de interés por la diversidad de los objetos perecederos que contiene, incluyendo piezas de tela de corteza; pequeñas sandalias votivas, algunas de las cuales están amarradas en pares o adornadas con cuentas de piedra verde; una muestra de tejido con flecos e hilos teñidos de azul; un fragmento de tejido en telar con bordados en azul; un “atado sagrado”; dos tejidos miniatura con cuatro orillas, y una pequeña prenda de vestir tipo saco o chaqueta (Johnson, 1975, vol. I, pp. 279-291, figs. 11 y 12).

La mayoría de estos objetos probablemente representan ofrendas votivas que fueron colocadas en las cuevas por motivos religiosos, mortuorios o curativos. Sin duda, las sandalias y la chaquetilla son representaciones en miniatura de prendas de vestir de tamaño original.

De acuerdo con Gordon Ekholm, la presencia de una figurilla tipo Mezcala y de pequeñas cuentas de piedra verde, algunas de las cuales adornaban las sandalias, podrían indicar que los textiles son de época prehispánica (comunicación personal, 16 de diciembre de 1958 y 23 de marzo de 1959).

Descripción de la prenda de vestir miniatura

Como se verá, la chaqueta miniatura quizá representa una variante poco común de la antigua prenda conocida como *xicolli* y constituye un hallazgo extraordinario. Está confeccionada con fibras distintas al algodón que forman un tejido de tramas enlazadas. La prenda tiene de largo de 21.5 y 25 cm de ancho cuando se sostiene abierta. La parte superior de la espalda, de forma rectangular, tiene

¹Traducción de Lourdes Camargo Valverde.



● Fig. 1 Chaquetilla o xicolli de la cueva de Atzcala, Guerrero

10 cm de ancho y 6 cm de largo, y la línea del cuello abarca 5 cm del ancho de la espalda. Cada sección del frente tiene, entre el doblez del hombro y la abertura para el brazo, sólo 2.5 cm de ancho y 6 cm de largo. El resto de la chaqueta, desde la abertura para el brazo hasta el borde inferior, tiene como máximo 15.5 cm de longitud.

La chaquetilla no tiene cuello ni mangas y está abierta a todo lo largo del frente, con restos fragmentados de cordones con los que se anudaban ambos lados del frente. Debido al peculiar tipo de confección, las aberturas para los brazos tienen forma triangular y están formadas por un borde inferior de tramas enlazadas de 4 cm de ancho y por las orillas verticales de los lienzos del frente y de la espalda, los cuales miden cada uno 6 cm de longitud.

Los elementos que conforman la urdimbre no están hilados; consisten en manojos de fibra de 2 a 3 mm de diámetro, unidas en haces sin torcer. Se trata de fibras de líber largas, de color rojizo y con algunas porciones suaves y "lanudas". Los elementos de las tramas enlazadas están compuestos por cordeles de dos cabos de torsión- \times floja que tal vez fueron hilados sobre el muslo. La fibra de la trama no parece provenir de la misma fuente que la de la urdimbre, ya que se identificó como perteneciente a la familia *Sterculiaceae* (la identificación de fibras fue realizada por Lauro González y Fernando Sánchez).

La prenda no fue elaborada en telar de cintura, aunque sí se debió haber utilizado algún tipo de implemento para mantener tensa la urdimbre. Estas urdimbres sin hilar se mantienen unidas, con poco espacio entre sí, mediante hileras de

tramas enlazadas. Es probable que la pieza se iniciara en la parte superior y se continuara trabajando hacia abajo. En la línea del cuello se observan hileras de contraenlazado de tramas apretadas, que forman el acabado fuerte y decorativo del cuello (figs. 2, 2a y 3). Posteriormente están cuatro hileras sencillas de tramas enlazadas trabajadas a intervalos de 1.25 cm; la cuarta hilera coincide con el borde inferior de cada una de las aberturas para los brazos (figs. 3, 4 y 5).

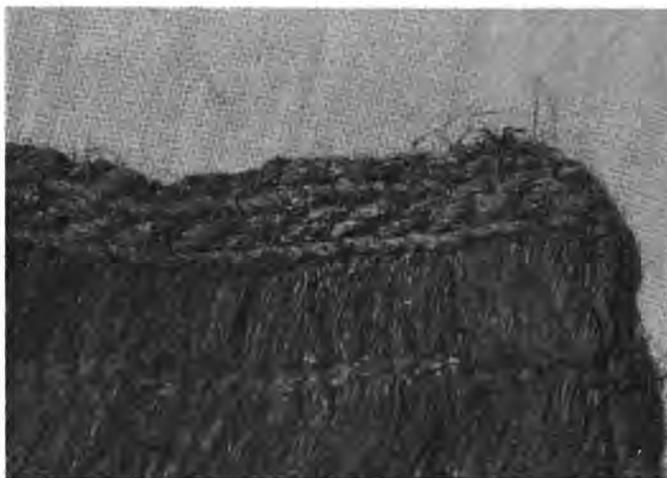
Este mismo patrón se observa a lo ancho de la espalda y en las angostas secciones que conforman el frente de la prenda, donde las hileras de tramas enlazadas están trabajadas por separado hasta la parte inferior de la abertura para los brazos.

En ese punto se introduce una serie de tramas que forman y cierran cada una de las aberturas para los brazos. La forma triangular de las aberturas se obtiene añadiendo 15 vueltas más de urdimbre, que se mantienen unidas con una hilera adicional de tramas enlazadas, con lo cual se logra formar un borde bien definido y acabado a lo largo de la orilla inferior del orificio para el brazo. El resultado es una abertura triangular con un borde inferior enlazado y dos orillas verticales que corren por la espalda y el estrecho lienzo del frente (fig. 5). Con este método se consigue ampliar el ancho de la porción inferior de la abertura del brazo, ya que se obtiene un añadido de 4 cm a ambos lados que sirve para unir la espalda con el frente.

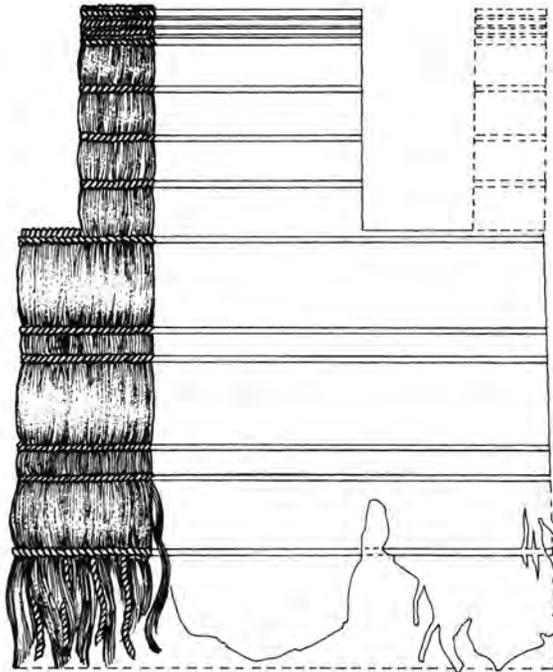
Los 15 elementos adicionales de urdimbre están doblados sobre ellos mismos y se mantienen en su sitio mediante torsiones alternadas de las hebras de tramas enlazadas (figs. 3, 6 a y b). Con esto se produce un borde bien terminado en la parte inferior de las aberturas para los brazos. A partir de este punto las hileras de

tramas enlazadas corren a todo lo ancho de la chaquetilla que, cuando se mantiene abierta, mide 25 cm de ancho (figs. 1 y 3).

La sección inferior de la prenda tiene dos pares de hileras dobles de entrelazado. El primer par comienza 3 cm debajo de la abertura del brazo y las dos hileras que lo componen están a 8 mm de distancia una de la otra. El siguiente par se introdujo 3 cm abajo del primer par y está trabajado de la misma manera. Ambos pares son de enlazado tipo *b*. A 3 cm del segundo par de hileras se introduce la última hilera de enlazado que es sencilla y está trabajada en sentido opuesto, es decir, con el de tipo *a* (fig. 7). El resto de esta porción de la prenda consta de una orilla de 4 cm de fle-



● Fig. 2a y 2b En la parte superior del *xicolli* se aprecian las cuatro hileras de tramas enlazadas que forman el cuello. Fotos: Mateo Wallrath



● Fig. 3 Dibujo esquemático del *xicolli* de Atzca.
Dibujo: Antonieta Castilla

cos densos que parecen ser la terminación del largo de la chaqueta. El borde irregular de la pieza, aunque está dañado, tiene vestigios de cordones con torsión-*x*. Después de cada hilera de enlazado las hebras de la trama quedan rematadas colgando hacia abajo y se perciben como cordones de dos cabos donde se incorporan y ocultan en el cuerpo del tejido (fig. 9).

Cada hilera de tramas enlazadas comienza con un nuevo elemento de enlazado. La chaquetilla tiene un total de 13 hileras, de las cuales 9 están trabajadas de izquierda a derecha y los cabos de las tramas se dejan sin tejer en la orilla derecha del lienzo que está en el frente de la prenda (figs. 8 y 10); sólo *cuatro* hileras están enlazadas de derecha a izquierda, siendo éstas las dos tramas del grupo del cuello, una hilera a la altura de la abertura del brazo y la última cercana al borde inferior. El cambio de dirección en la manipulación del enlazado se percibe en el lado externo de la pieza, donde se observa que los cordones están tejidos en diagonal en direcciones opuestas. El conteo promedio es de 9 torsiones por pulgada (2.5 cm) y en el frente derecho es de 11 el total.

El estado de conservación de esta prenda muestra que una abertura para el brazo está en buenas condiciones, mientras que la otra se ha perdido parcialmente. El borde inferior de la chaqueta está dañado y también se perdió parte de la orilla original (figs. 1 y 3).

El *xicolli* del Museo de Berlín

De gran importancia para nuestro estudio es la investigación realizada por Patricia R. Anawalt sobre un *xicolli* azteca donde informa que dicha prenda de vestir estuvo en posesión del Museo für Völkerkunde, en Berlín, hasta 1945, cuando se perdió en un incendio (Anawalt, 1981, p. 41, fig. 16).

Dicho *xicolli* fue recuperado por el señor Seiffort, quien fue Cónsul General de Prusia en México de 1846 a 1850. La prenda fue hallada en una cueva en la escarpadura de la barranca de Malinaltenango, entre Zacualpan y Tenancingo, en el Estado de México. Basándose en el hallazgo de otros objetos asociados a la prenda —un mosaico de plumas y un cinto de piel de venado—,

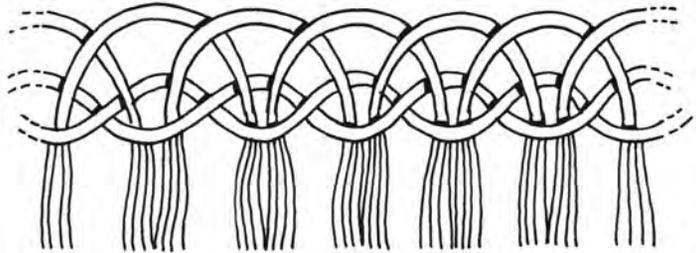


● Fig. 4 Detalle de la espalda del *xicolli*, se aprecian las cuatro hileras de tramas enlazadas. Foto: Mateo Wallrath

Seiffort consideró que el *xicolli* pertenecía a la época de la Conquista (Anawalt, 1976a, vol. II, p. 227).

La tarjeta del catálogo del museo menciona que la prenda estaba confeccionada con agave. El dibujo de la pieza muestra que este *xicolli* era una chaqueta sin mangas, abierta en el frente, con dos lazos de cordel para cerrarla y fleco en el borde inferior. En la sección inferior del frente está escrita la leyenda *Filet Arbeit* (tejido en red) (fig. 11). Cuatro hileras horizontales —aproximadamente a distancias iguales entre sí— parecen indicar que estaban tejidas con la técnica de tramas enlazadas. La prenda medía 23 x 29 pulgadas (59 x 75 cm), lo cual indica que podía ser usada por un hombre adulto.

Más adelante mencionaremos algunas sorprendentes similitudes y diferencias entre el *xicolli* de Berlín y la chaquetilla sin mangas que aquí se anali-



● Fig. 6a y b Detalle de la orilla inferior de la abertura para la manga. Dibujo: Antonieta Castilla. Foto: Mateo Wallrath



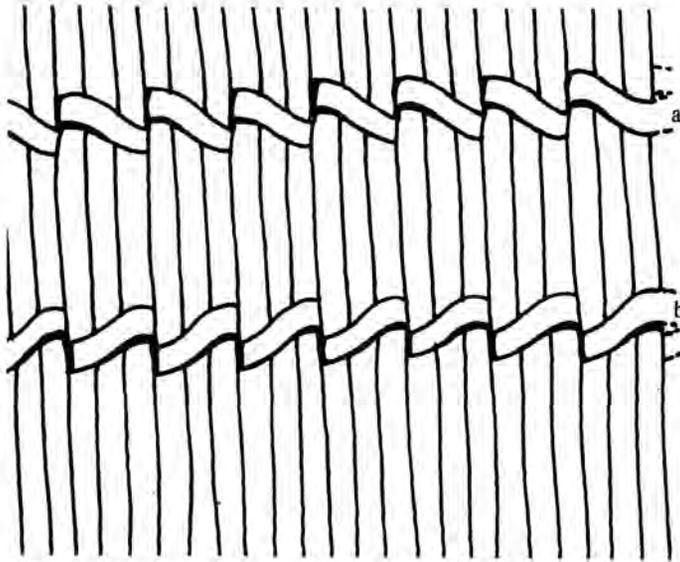
● Fig. 5 Detalle de la manga triangular del *xicolli*. Foto: Mateo Wallrath

za, recuperada en la cueva de Atzcala, en la región del río Mezcala en Guerrero.

El *xicolli* de los aztecas

De acuerdo con Anawalt (1981a, pp. 259 y 265; 1984, pp. 175 y 180; 1981b, p. 136), el *xicolli*, o “chaqueta de los dioses”, era una prenda de vestir sagrada con un importante significado en las ceremonias aztecas. Entre éstos el *xicolli* sólo podía usarse como una prenda ritual con propósitos especiales. Por tanto, era más una prenda asociada a determinados sucesos que a cierta clase social. Las clases bajas también la usaban en circunstancias especiales.

El *xicolli* era una chaqueta corta, sin mangas, abierta en el frente, que se anudaba a la altura del cuello y con fleco en el borde inferior. Era de uso exclusivo de los hombres y podía estar confeccionada con algodón o agave, dependiendo del estatus del varón que la portara.



© Fig. 7 Trama enlazada dirección a y b, véase fig. 8. Dibujo: Antonieta Castilla

La vestimenta de los aztecas permitía distinguir a los nobles de los plebeyos; las leyes suntuarias aztecas restringían el uso de las prendas de algodón a las clases superiores. Los plebeyos usaban *xicolli* confeccionados con cordeles de fibra de agave, que era el tipo de prenda que se conservaba en el Museo de Berlín, o una versión de la “chaqueta de los dioses” de los aztecas (Anawalt, *ibid.*; fig. 12).

El *xicolli* en la antigua Mesoamérica*

En la mayoría de los pueblos mesoamericanos se utilizó algún tipo de *xicolli*. A continuación se hace una breve descripción de las variaciones en las piezas y del alcance de su distribución en Mesoamérica.

El *xicolli* mixteco era una prenda corta, sin mangas, abierta en el frente y con fleco en el borde inferior. A diferencia del azteca —que era un traje con propósito específico que sólo se portaba en ritos ceremoniales—, el *xicolli* mixteco era una prenda relacionada con la clase social que podía ser usada por sacerdotes y miembros de la aristocracia. Así el *xicolli* rojo era un símbolo de rea-

leza. El fleco en el borde inferior indica que el *xicolli* mixteco era muy similar al de los aztecas y, como era una prenda exclusiva de la aristocracia, es probable que para los mixtecos estuviera asociado a clases sociales, más que a ritos (Anawalt, 1981b, pp. 130 y 136).

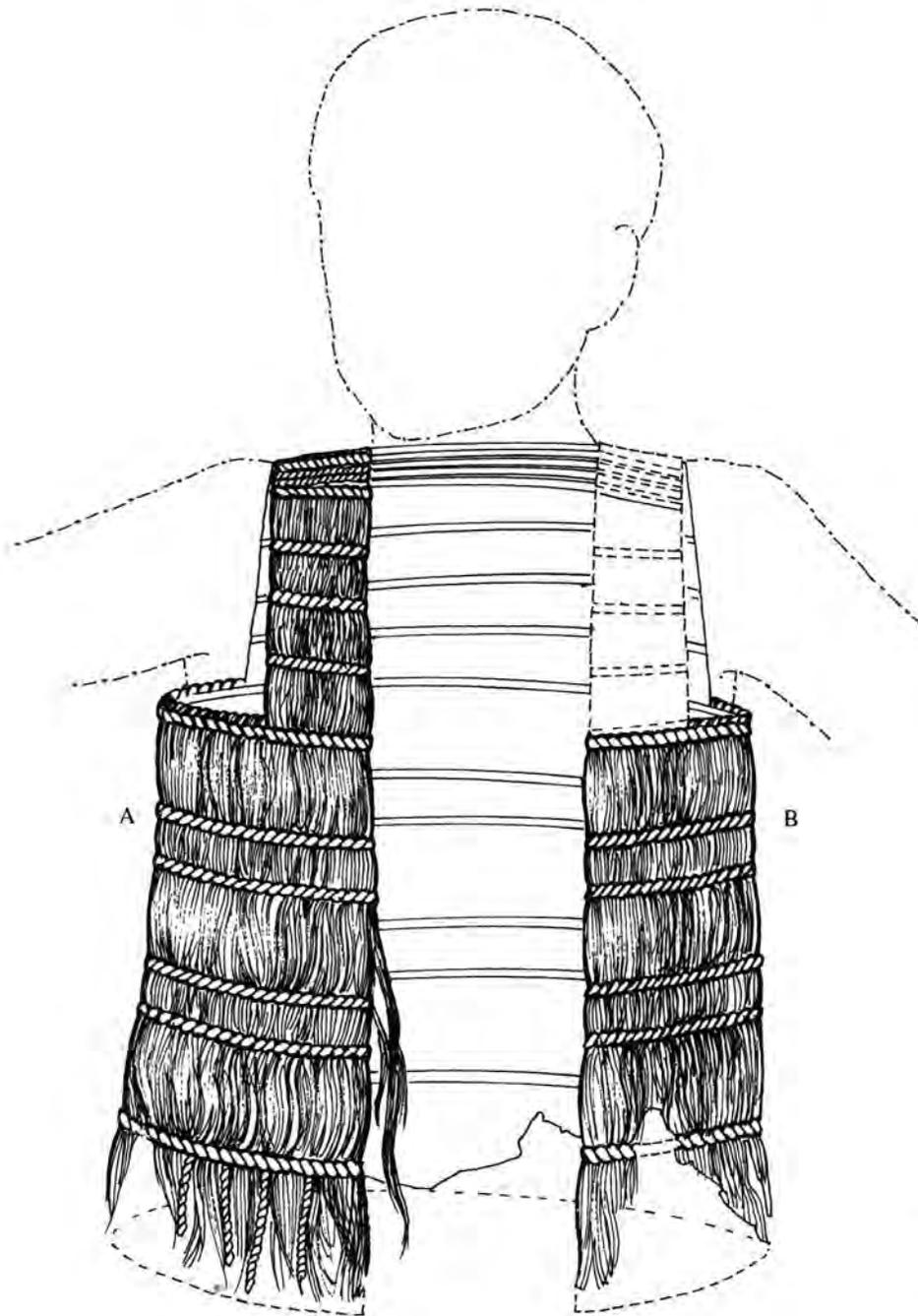
El *xicolli* de los hombres de las tierras bajas mayas se describe en las *Relaciones Geográficas de Yucatán* como una chaqueta corta de colores brillantes, sin mangas, que se anudaba al frente. Esta prenda la vestía la clase gobernante y su uso y confección se asemejaban a los del *xicolli* mixteco (Anawalt, *idem*, pp. 186 y 189-190).

En los códices del grupo Borgia el *xicolli* sólo se observa en dos ocasiones: cuando aparecen sacerdotes ataviados con éste (Anawalt, *idem*, p. 165). El *xicolli* tlaxcalteca descrito por fray Motolinía parece haber sido muy semejante a la prenda ceremonial azteca (Anawalt, *idem*, pp. 194 y 211).

Hay evidencias de que esta prenda o alguna versión de la “chaqueta de los dioses” azteca también fue usada por los toltecas (Anawalt, 1976b, p. 265). Durán menciona que los toltecas usaron el *xicolli* en el Postclásico temprano, y también aparece en la región de Yucatán ocupada por los toltecas, aunque era usada por los mayas en un contexto militar (Anawalt, 1984, pp. 179-180).

Información más detallada sobre las variaciones, uso y significado del *xicolli* se encuentra en documentos del siglo XVI, tanto en los códices aztecas como en los escritos de los conquistadores españoles. Existen también piezas arqueológicas de dioses que portan el *xicolli*. El ídolo de Churubusco es una excelente representación de una deidad azteca del fuego que porta la conocida chaqueta corta con fleco (fig. 13). En las ilustraciones de los manuscritos se muestran personificaciones de dioses cuyas elaboradas vestimen-

*Información basada en la investigación exhaustiva realizada por P. R. Anawalt.



● Fig. 8 Dibujo reconstructivo del uso del *xicolli*, por Antonieta Castilla

tas incluyen el *xicolli* (Fig. 14) y el *Códice Florentino* contiene numerosas referencias a la “chaqueta de los dioses” (Anawalt, 1976b, pp. 259-260).

Dahlgren analiza la distribución y variantes de la prenda en varios grupos mesoamericanos, señalando que el abierto se presenta de manera

esporádica alrededor del Golfo de México, en la región del Pánuco, y entre los totonaca, anahuaca-mixtecos, mixe y en los mayas de la región de Valladolid. De interés para el presente estudio es la observación de Dahlgren de que precisamente en la costa de Guerrero, cerca de la frontera tarasca, dos comunidades se caracterizaban por el uso del *xicolli* tipo tarasco, que está

cerrado en el frente (Dahlgren, 1954, pp. 109-115; Anawalt, 1976a, p. 225).

Comparación del *xicolli* de Malinaltenango con el de Atzcala

El que dos ejemplares únicos de la antigua prenda conocida como *xicolli* hayan sobrevivido hasta el presente siglo es de enorme valor para el conocimiento de la tecnología y los estilos textiles en la época prehispánica.

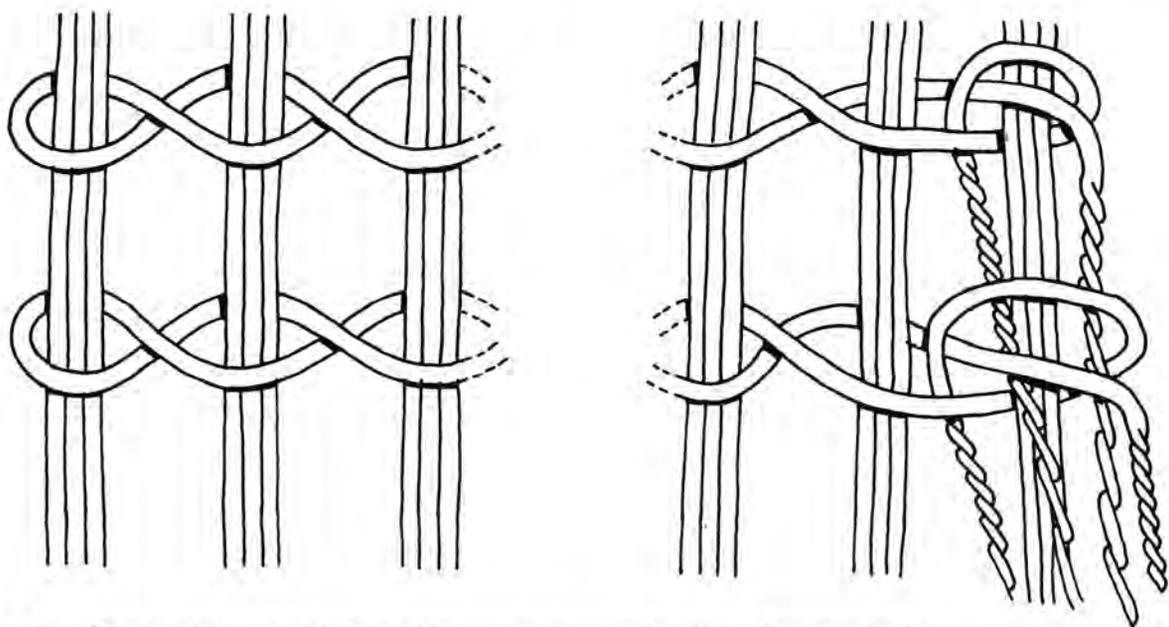
Estas piezas no sólo son importantes por la evidencia directa que nos proporcionan, sino porque también representan dos estilos distintos de *xicolli*, uno de los cuales —el de Atzcala— era completamente desconocido hasta fechas recientes. Ambas prendas fueron elaboradas con la ayuda de algún implemento distinto al telar de cintura y, en ambos casos, no se utilizaron fibras de algodón. Por tanto, podemos suponer que ambos estilos eran usados por plebeyos.

I) Desafortunadamente la invaluable pieza del Museo de Berlín —el *xicolli* de Malinaltenango— fue destruida por un incendio en 1945, pero por fortuna no se destruyó su ficha de catálogo, la cual contiene importante información

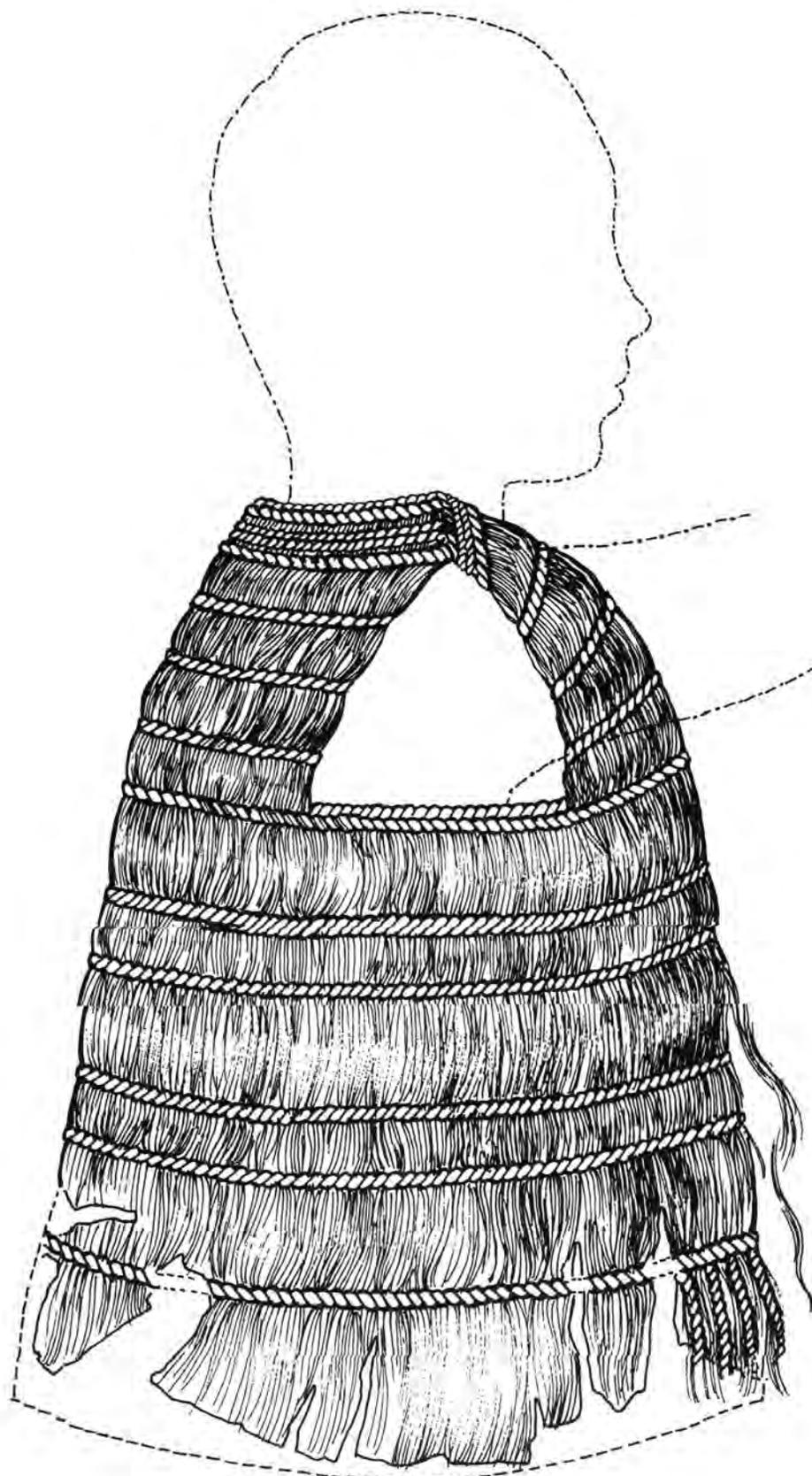
de gran utilidad. El *xicolli* de Malinaltenango era también una prenda tipo chaqueta, cuyo tamaño indica que era portada por hombres adultos; no tenía mangas, estaba abierto en el frente, se cerraba anudando dos lazos y tenía un fleco de cordeles torcidos en el borde inferior. El dibujo de la ficha de catálogo indica que en su confección pudieron haberse empleado dos técnicas: *a)* cuatro hileras horizontales trabajadas con la técnica de tramas enlazadas, y *b)* una técnica de tejido en red (*Filet Arbeit*) para la tela de fondo (fig. 11).

Por desgracia la ficha no indica a qué tipo de *Filet Arbeit* se refiere, aunque sí se menciona que el *xicolli* era una “chaqueta tejida” (*gewebtes Wams*). Sin embargo, un lienzo confeccionado con la técnica de red difícilmente pudo haberse tejido en telar de cintura. Esto es, el *xicolli* de Malinaltenango muestra el mismo estilo —aunque no la misma técnica— del *xicolli* azteca que se describe e ilustra en códices, figuras y documentos del siglo XVI.

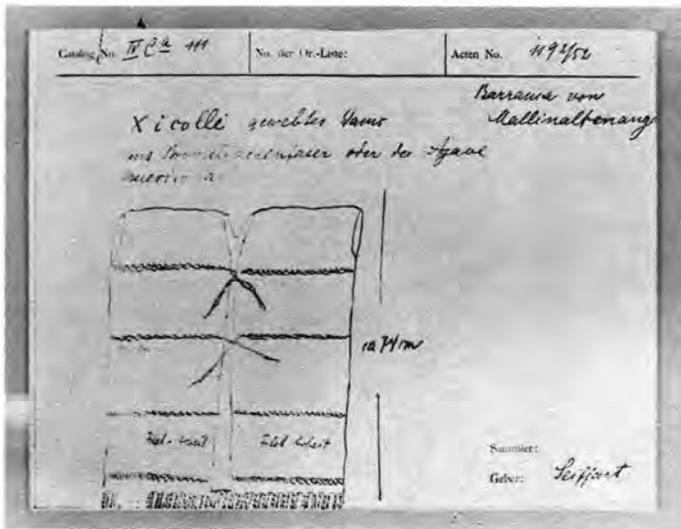
II) El *xicolli* de Atzcala es, sin duda, la prenda más sorprendente, a pesar de que es una copia en miniatura de lo que seguramente fue el *xicolli* tradicional usado en esa región de Gue-



● Fig. 9 Detalle de inicio y el final de cada hilera de tramas enlazadas. Dibujo: Antonieta Castilla



● Fig. 10 Dibujo reconstructivo del *xicolli*, nótese la abertura triangular de la manga y las diferentes direcciones de las tramas enlazadas. Dibujo: Antonieta Castilla



● Fig. 11 Tarjeta de catálogo del *xicolli* de Malinaltenango, Museo für Völkerkunde. Cortesía de Patricia R. Anawalt

rero. Hasta donde sabemos, es el único ejemplar conservado de una variante particular de *xicolli*, aunque su estructura es más compleja. La prenda es una representación en miniatura de una chaqueta sin mangas, abierta en el frente, que no fue elaborada con fibra de algodón ni



● Fig. 12 Representación de un *xicolli* azteca. *Códice Mendocino*, vol. 3, folio 66r (Anawalt, 1981, p. 46)

tejida en telar. Tiene algunos restos de cordeles para cerrar el frente y de flecos en el borde inferior. Su técnica de elaboración ejemplifica el uso de urdimbre sin hilar unido mediante una serie de hileras horizontales de tramas enlazadas. Esta técnica es una forma muy antigua de manufactura textil que, como se mencionó, probablemente fue empleada también en la elaboración del *xicolli* de Malinaltenango.

El rasgo más notable y peculiar del *xicolli* de Atzcala son las aberturas para los brazos de forma triangular (figs. 5 y 10), lo que lo hace único, diferente a cualquier otra prenda conocida hasta

ahora. En caso de que fuera conocido en otras partes de Mesoamérica habría resultado difícil identificar su singular estructura en los dibujos y representaciones de los códices.

Por último, podemos añadir que este *xicolli* tal vez fue depositado como una ofrenda ritual en la cueva de la región del río Mezcala, y lo que es aún más significativo es que demuestra que existía más de un tipo de *xicolli* y que este estilo, hasta ahora desconocido, era usado por la gente común de esa región de Guerrero.

Al respecto, seguramente es de sumo interés la mención de Dahlgren acerca de dos comunidades de la costa de Guerrero, cercanas a la frontera tarasca, donde se usaba el característico *xicolli* tarasco cerrado en el frente. De ser así, el estilo de la prenda era diferente al de la región Atzcala, el cual estaba abierto en el frente.

Conclusiones

Queremos destacar la presencia de objetos y prendas miniatura en cuevas de varias partes de Mesoamérica. Con frecuencia se trata de réplicas exactas de objetos a escala original; por ejemplo, los huipiles y *quechquemits* miniatura de la mixteca alta (Johnson, 1966-1967), o en las cuevas en Durango, Coahuila o Chiapas, entre otros,



● Fig. 13 Ídolo de Churubusco, MNA. Constituye el mejor ejemplo de *xicolli* azteca, abierto al frente con un fleco en el borde inferior. Pueden apreciarse los cordeles para amarrar la prenda al frente (Anawalt, 1981, p. 43, fig. 17 y cortesía de H. B. Nicholson)

donde los objetos eran depositados como ofrendas votivas.

Debido a que carecemos de ilustraciones y descripciones detalladas de los *xicolli* que usaban los plebeyos de otras regiones, las miniaturas de Atzcala resultan particularmente interesantes, ya que nos permiten interpretar y reconstruir una parte importante de la cultura material de los pueblos de esa región.

La prenda estudiada es un elemento más acerca de la desarrollada industria textil en el área del Río Balsas, que ha sido documentada con diversos hallazgos: 1) los restos arqueológicos de fragmentos de algodón preservados con cobre y asociados a entierros, donde se observan sofisticadas técnicas textiles (Mastache, 1971), y 2) en los objetos, igualmente importantes, encontrados en cuevas a lo largo del Río Balsas, elaborados con materiales distintos al algodón, que también exhiben complejas técnicas de elaboración, utilizados para orar, para rituales mortuorios, o ceremonias curativas (Johnson, 1971).



● Fig. 14 Representación de un *xicolli* mixteco, *Códice Zouche-Nuttall* (Anawalt, 1981, p.133, fig. 45)

a
 í
 a
 f
 a
 r
 a
 g
 o
 i
 i
 b
 i
 b
 a

•Anawalt, Patricia Rieff
 1976a. "The *Xicolli*: An Analysis of a Ritual Garment", en *Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas*, vol. II, México, del 2 al 7 de septiembre de 1974, pp. 223-235.

1976b. "The *Xicolli*: 'Godly Jackets' of the Aztecs", en *Archaeology*, vol. 29, núm. 4, pp. 258-265.

1981a. "Costume Analysis and the Provenience of the Borgia Group Codices", en *Society for American Archaeology*, pp. 837-852.

1981b. "Indian Clothing before Cortés", en *Mesoamerican Costumes from the Codices*, Norman, University of Oklahoma Press.

1984. "Memory Clothing: Costumes Associated with Aztec Human Sacrifice", en Elizabeth H. Boone (ed.), *Ritual Human Sacrifice in Mesoamerica*, Washington, Dumbarton Oaks.

•Dahlgren de Jordan, Barbro
 1954. *La Mixteca: su Cultura e Historia Prehispánicas*, México, Imprenta Universitaria.

•Johnson, Irmgard Weittlaner
 1964. "Copper-preserved Textiles from Michoacan and Guerrero", en *XXXV Congreso Internacional de Americanistas*, Actas y Memorias I, México, 1962, pp. 525-536.

1966. "Miniature Garments Found in Mixteca Alta Caves, Mexico", en *Folk*, vol. 8-9, Kobenhavn, pp. 179-190.

1971. "11. Basketry and Textiles", en Robert Wauchope (ed.), *Handbook of Middle American Indians*, vol. 10, Archaeology of Northern Mesoamerica, Part 1, Gordon Ekholm and Ignacio Bernal, Austin, University of Texas Press, pp. 297-321.

1975. "Textiles from the Cuevas de Arzcala, río Mezcala Guerrero", en *Actas*

del XXLI Congreso Internacional de Americanistas, del 2 al 7 de septiembre de 1974, vol. I, México, pp. 279-291.

•Mastache de Escobar, Alba Guadalupe
 1971. *Técnicas Prehispánicas del Tejido*, México, INAH (Serie Investigaciones, 20).

El pasado indígena

Eduardo Matos M.



López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján, *El pasado indígena*, México, FCE/El Colegio de México (Serie Hacia una Nueva Historia de México, Fideicomiso Historia de las Américas), 1996, 306 pp.

El pasado indígena regresa a nosotros mediante una obra que nos proporciona una visión unitaria y actualizada de lo que fue ese acontecer. Para ello, la feliz conjunción de un historiador y un arqueólogo permitió que se enriqueciera la visión del proceso histórico tanto en tiempo como en espacio y ofrecer así, con reflexión crítica y orientadora, la imagen de lo ocurrido en el mundo prehispánico en lo que es hoy el territorio nacional. Tres grandes áreas culturales fueron consideradas para la empresa: Aridamérica, Oasisamérica y Mesoamérica. Lo anterior no nos extraña, pues hace ya muchos años que leímos, entonces con asombro, que don Ignacio Marquina —en su ya clásica *Arquitectura prehispá-*

nica— incluía a las culturas del suroeste de los Estados Unidos. Ahora bien, la validez de trabajos como el que hoy nos convoca, ya sea realizados por un grupo de investigadores o por autoría única, que pretenden abarcar miles de años del desarrollo humano en un territorio específico, pueden quedar en vanos intentos que no logran darnos la imagen requerida o en prolijos tratados que mucho abruman por la cantidad de datos, algunos de ellos necesarios y otros francamente irrelevantes. *El pasado indígena*, tal como se lo propusieron sus autores, llena las expectativas de una obra en donde se sitúa al lector ante el conocimiento alcanzado hasta el momento, haciendo hincapié en los problemas medulares que han sido motivo de discusión académica por varios años. Así lo expresan los autores:

Al dirigiarnos tanto a historiadores como a un público más amplio, pero culto e interesado por la historia, nos apartamos del estilo magistral que ofrece todo conocimiento digerido y consolidado como verdad absoluta. Por ello, el lector encontrará —y esperamos que no lo juzgue excesivo— un sabor hipotético que quisimos que fuese una proyección del mundo académico en perpetuo debate y transformación. En muchos de los capítulos encontrará enunciadas las polémicas vigentes y, si no los argumentos en pro y en contra —para los cuáles no hay espacio— al menos algunas de las soluciones más viables.

Prudente es la medida y amplia la expectativa. Para efectuarla, se empezó con un capítulo deno-

y distribuidora de la riqueza. Y en el Clásico se dieron las condiciones propicias para tal transformación: cosechas abundantes; vías adecuadas para el flujo de recursos de la periferia a los centros; manufactura especializada y en gran escala de bienes destinados al comercio; integración de sistemas productivos regionales; solidez del intercambio interregional; control de redes mercantiles, y existencia de complejos aparatos administrativos y burocráticos capaces de impulsar y organizar la producción, de dirigir y proteger el comercio y de redistribuir los bienes que aflúan a las capitales (*ibid.*, p. 100).

En general, este capítulo permite acceder a las características del Clásico en las distintas áreas ya mencionadas. Con gran claridad y con buen manejo de datos se nos presenta el momento del devenir mesoamericano. No escapan a los autores las dudas que, pese a una buena y amplia información arqueológica existente, aún persisten en algunos aspectos (como la composición étnica de las ciudades, las lenguas que se hablaban en algunas de ellas, la organización de los barrios, las formas de gobierno internas, etcétera).

Uno de los puntos más significativos, a mi juicio, es el hincapié que se hace en desterrar, de una vez por todas, la vieja idea del Clásico gobernado por sacerdotes que escrutaban el firmamento viviendo en una paz ideal tal y como lo concibieran Morley y Thompson para el área maya y muchos otros para Teotihuacan.

La visión un tanto idílica —nos dicen López Austin y López Luján— de un Estado teocrático suponía la ausencia de coerción militar y de sacrificio humano. Las nuevas exploraciones arqueológicas nos muestran un panorama muy distinto: gobernantes, dioses y animales mitológicos armados; abundantes referencias simbólicas al sacrificio y las víctimas mismas enterradas bajo importantes estructuras templarias (*idem*, p. 114).

Si esto es válido para Teotihuacan, no está muy alejado de lo que ocurre en el área maya. Sobre el particular, agregan:

El desarrollo científico reciente ha transformado diametralmente las concepciones sobre este pueblo. Estudiosos como Joyce Marcus, Jeremy Sabloff y Linda Schele, al evaluar los resultados de las últimas publicaciones, hacen hincapié en el total abandono de la visión

idealizada de los mayas como un pueblo pacífico, gobernado por sabios sacerdotes que se entregaban a la observación de los astros y a la filosofía del tiempo, y que desconocían casi por completo la práctica del sacrificio humano (*idem*, p. 136).

Uno de los principales retos que enfrentan los arqueólogos dedicados a este momento del desarrollo mesoamericano, es el del surgimiento y posterior caída de las grandes urbes clásicas. El nacimiento del Estado como órgano rector plasmado en las ciudades, en una marcada especialización y otras características, y la posterior declinación de las urbes ha provocado no pocas páginas que pretenden dilucidar tan importantes acontecimientos. Los autores nos brindan aquí las distintas posibilidades según el área de que se trate. También señalan la enorme importancia que tuvo el decaimiento de Teotihuacan como gran centro rector de buena parte de Mesoamérica, a partir del cual vendrán nuevos ajustes en el proceso mismo de desarrollo.

Acerca de la caída de Teotihuacan hacen ver cuáles son las ideas más aceptables, entre las que destacan las de don Wigberto Jiménez Moreno, quien plantea la llegada de los bárbaros del norte que destruyen la metrópoli, o la que sostienen investigadores como René Millon y Enrique Nalda, para quienes fueron los mismos teotihuacanos los causantes del desastre. Los autores consideran más convincente este último planteamiento, si bien hay que aclarar que la idea de una revolución antiteocrática fue sustentada años atrás por Julio César Olivé en su trabajo acerca de "La desintegración de las culturas clásicas" y también en su tesis *Estructura y Dinámica de Mesoamérica*. En lo particular, he planteado que el decaimiento de la ciudad ocurrió por los grupos tributarios sometidos por Teotihuacan, y que desde este momento ya está presente la relación tributaria que veremos en toda la historia posterior del Centro de México.

El caso del área maya presenta diversas opciones. Al final de este capítulo se nos enumeran las ideas de los investigadores que han contribuido con el tema. Así, por un lado están Gor-

don Willey y Dimitri Shimkin, quienes sostienen que, como consecuencia del crecimiento poblacional y el surgimiento de centros competidores, se crearon presiones tanto internas como externas. Entre las primeras están la explotación agrícola de la selva ante la demanda creciente de la población; también se consideran las marcadas diferencias entre nobles y plebeyos con las consecuencias que esto conlleva. Entre las externas están la presencia de grupos de comerciantes de la planicie costera de Tabasco y el papel destabilizador que desempeñaron. Por su parte, Joyce Marcus plantea que el colapso no debe concebirse como un fenómeno monolítico, sino que puede presentar variaciones regionales:

En primer lugar, los datos obtenidos en la región de Lamanai, Nohmul y La Milpa indican que el colapso no se generalizó a todos los asentamientos de dicha región, pues aunque algunos centros de importancia fueron abandonados, otros continuaron con vida. En cambio, las investigaciones en el Valle de Copán nos hablan de un colapso generalizado, aunque sumamente gradual: una larga degradación entre 800 y 1250. Por último, las exploraciones en la región de Petexbatún denotan un clima de violencia extrema que tuvo como secuela la caída súbita y generalizada de los centros de poder de la región (*idem*, p. 161).

Un acierto de la forma en que se concibió el libro es, sin duda, la visión general que cada capítulo lleva a manera de introducción al tema que plantea. No sólo sirve de unión entre los capítulos, sino que recapitula lo más significativo que se va a tratar. Así, por ejemplo, en el capítulo V dedicado al Postclásico mesoamericano, una vez analizado lo que se ha dado en llamar Epiclásico, nos dicen los autores:

La distinción entre el Clásico y el Postclásico era sumamente precisa hace apenas un par de décadas. Al concebirse el primero como una época de paz y clima cultural, y el segundo como de inestabilidad política y guerra, los hombres del Postclásico contrastaban con los del Clásico como las polillas destructoras de colmenas contrastan con las abejas. En este escenario idealizado, los gobernantes de las sociedades clásicas aparecían como sacerdotes entregados a las especulaciones filosóficas, al registro del tiempo y a la observación de los

astros; en contrapartida, los líderes postclásicos eran concebidos como valientes guerreros obnubilados por la obligación de entregar a los dioses la sangre de sus enemigos de guerra. Esta visión, creada fundamentalmente por los mayistas, empezó a desvanecerse hace unos cuantos años en beneficio de concepciones que conducen a una imagen más humana de los pueblos del Clásico. Así, el desciframiento de los textos jeroglíficos, los estudios iconográficos y los análisis de la antropología física siguen aportando pruebas sobre el carácter belicoso de las ciudades-Estado del Clásico, las prácticas sacrificatorias de sus habitantes y las ambiciones expansionistas de sus gobernantes (*idem*, p. 175).

Las diferencias que los autores distinguen entre el Clásico y el Postclásico son, entre otras: exacerbación del aparato bélico; gran movilidad demográfica; inestabilidad política; difusión de elementos culturales y los procesos de expansión hegemónica, los cuales tienen sus primeras expresiones en el Epiclásico. Páginas adelante nos indican cómo el mensaje de las artes visuales, por ejemplo, fue claramente bélico. En mi afán de ver como punto de partida muchas de estas manifestaciones del Clásico, diría que algunos de los temas están profusamente representados desde aquel momento. Recordemos las pinturas en Teotihuacan de jaguares o pumas devorando corazones; cuchillos de sacrificio con corazones sangrantes; representaciones de guerreros águilas, jaguares y coyotes en conjuntos como Atetelco. En el área maya también tenemos un sinnúmero de estelas con prisioneros además de las escenas de sacrificio humano, como se ve en los murales de Bonampak. En fin, creo que el llamado Postclásico obedece y es resultado evidente de lo ocurrido en los grandes Estados del Clásico, sin olvidar que hallazgos recientes aportan mayores evidencias; como es el caso de Teotihuacan, donde la evolución de la ciudad a lo largo de ocho siglos no fue de ninguna manera pacífica en lo interno, sino que estos datos nos muestran que hubo problemas graves que llevaron a saquear sitios considerados sagrados muchos siglos antes del colapso final, como fue el caso de túneles de saqueo en el templo de Quetzalcóatl o de la Serpiente Emplumada en la Ciudadela; o los pozos de saqueo y destrucción de altares efectuados en

La Ventilla, todo ello alrededor de los años 250-300 de nuestra era. ¿El motivo? no lo sabemos a ciencia cierta, pero por las características de los daños y los lugares donde se hicieron, podría pensarse en luchas internas de poder, ya de carácter religioso, ya de pugnas palaciegas.

Un aspecto importante que López Austin y López Luján mencionan para el Postclásico es que, a diferencia de los momentos anteriores, en la actualidad se cuenta con la documentación escrita en lenguas indígenas, en español y ocasionalmente en latín. En efecto, esto queda de manifiesto cuando se habla de los mexicas, ya que vemos una extensa y bien documentada relación en donde el papel que desempeñan estos escritos es fundamental. Lo mismo ocurre con el área de Oaxaca, pues los códices nos relatan diversos asuntos entre los que destacan las peripecias de los señoríos mixtecos descritas en códices como el *Bodley*, *Selden I y II*, *Nuttall*, *Colombino*, *Becker I y II*, *Vindobonensis* y otros más.

Otro aspecto por destacar es el planteamiento que hacen los autores acerca de lo que denominan "zuyuanos". En varios textos, como el *Popol-Vuh* o *El título de Toromicapan*, se lee acerca de la ciudad a la que van a recibir a sus dioses y en donde se multiplican las lenguas: Tulán-Zuivá, de ahí el nombre escogido para definir a las dinastías descendientes de Quetzalcóatl. Algunas de las características propias de los zuyuanos son el dominio tributario de sus propios territorios. Todo esto lleva a los autores a versar acerca del posible origen de estas dinastías, si bien aclaran que no se sabe a ciencia cierta si es terrenal o mítica la ciudad a donde viajó 8 Venado o K'okib'; no descartan una mayor antigüedad enraizadas en las ciudades pluriétnicas y mercantiles del Epiclásico del Centro de México. "Cacaxtla o Xochicalco son buenas candidatas como cunas de esta ideología" (*idem*, p. 269), nos dicen, a la vez que mencionan a Tula Xicotitlan con el prestigio suficiente para constituirse en la Tollan terrenal por excelencia. Y aquí vuelve a presentarse el problema de Tula y Chichén-Itzá. Sobre el particular, López Austin y López Luján nos comentan:

Probablemente eran extranjeros los zuyuanos que aparecen representados en Chichén-Itzá con armas, atavíos y divisas iguales a las de los toltecas del Centro de México, y algunas veces en franca actitud bélica. Hoy en día no es empresa fácil definir si se trata de toltecas de Tula o de mayas toltequizados (*op. cit.*, p. 270).

Siguiendo a Lindsay Jones, los autores se inclinan por considerar que la corriente fue del Centro a la zona maya y que hubo mucho de imitación con carácter político, aunque advierten que no piensan que dicha imitación fuera sólo con la idea de legitimación, sino que influyen motivos políticos e ideológicos en donde está presente una nueva concepción del poder.

Como se ve, el libro plantea temas sugerentes que bien pueden constituirse en líneas de análisis para futuras investigaciones. Aquí estamos ante un aporte más de la obra: no sólo presenta el panorama del desarrollo mesoamericano y de otras regiones, sino que ofrece opciones e ideas a desarrollar para tratar de esclarecer puntos importantes del proceso de desarrollo en Mesoamérica. Lo mismo ocurre en las "Conclusiones", donde regresan al punto inicial planteando su enfoque con base en las tres historias que como hilos conductores se entremezclan para darnos el desarrollo de la totalidad. Así lo expresan:

Volvamos ahora a los tres hilos fundamentales del complejo tejido mesoamericano: tradición básica producida por una historia común de larga duración, historia local-regional e historia globalizadora[...] Algunos pueblos, en determinados tiempos, vivieron intensamente la historia globalizadora como "protagonistas", o como sus interlocutores, y entonces se encontraron en el eje del acontecer panmesoamericano. Otros, también en determinados tiempos, dirigieron su atención a los acontecimientos regionales, o participando en mucha menor escala en las relaciones globalizadoras de su momento. Y otros más, relativamente apartados del trasiego histórico de los poderosos, permanecieron en el nivel del mesoamericanismo aldeano fundamental (*ibid.*, p. 276).

Considero de suma importancia el planteamiento que hacen los autores. No es posible comprender Mesoamérica sin acudir a estas tres historias esenciales. Recuerdo la "historia de

larga duración” que Braudel aplicara al Mediterráneo, cuando nos dice: “Son movimientos que se repiten, que continúan, nada parece cambiar. Esta historia inmóvil, esta historia que he terminado por llamar la historia de larga duración, es la estructura de la historia, es la explicación de la historia”.² También viene a mi memoria la micro-historia de Luis González que recorre los pormenores pueblerinos. Tres mil años de historia mesoamericana sólo pueden comprenderse de la manera que lo hicieron los autores. En la historia no debe haber sólo poderosos y excluidos: todos son parte de la historia.

Por último, pienso en un hilo más de la trama propuesta para poder comprender a Mesoamérica en relación con otras sociedades en un ámbito mayor que nos llevaría a incorporarla a la historia universal. Aquí destacaríamos el concepto de sociedades homotaxiales en donde, con sus variantes y características propias, Mesoamérica quedaría ubicada junto con sociedades que en su momento se desarrollaron en China, en el viejo Egipto, en Mesopotamia y el área andina, por citar las más conocidas.

Hay que celebrar el esfuerzo realizado por los autores y agradecer al Fideicomiso Historia de las Américas y al Fondo de Cultura Económica por hacer posible esta obra. Con ella estamos ante una bien acabada y actualizada visión del pasado indígena que nos lleva hacia nuevas reflexiones para de allí partir hacia otras posibilidades del devenir mesoamericano. Mucha enseñanza encierra y muchas puertas abre. Alfredo López Austin y Leonardo López Luján nos dan una lección de historia de muchos siglos que está abierta para ser transitada. Emprendamos pues el camino con ellos.³

²Fernand Braudel, *Una Lección de Historia*, México, FCE (colección Popular), 1989.

³Discurso pronunciado por Eduardo Matos Moctezuma en El Colegio de México el 3 de abril de 1997 en la presentación del libro de Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *El Pasado Indígena*, FCE/El Colegio de México (Serie Hacia una Nueva Historia de México, Fideicomiso Historia de las Américas), 1996.

El imperio Tenochca

Jesús Monjarás-Ruiz



Carrasco, Pedro, *Estructura Político-Territorial del Imperio Tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlan, Tetzco y Tlacopan*, El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/FCE (Hacia una Nueva Historia de México), México, 1996, 670 pp., incluyen 30 mapas y 31 cuadros.

Si bien son abundantes las fuentes e innumerables los estudios que se ocupan de las sociedades indígenas que habitaron la región lacustre central en particular y Mesoamérica en general, pocos son los autores que han tratado, en conjunto, a la mayor y más importante unidad sociopolítica mesoamericana anterior a la Conquista española cuyo centro rector se encontraba en la mencionada región lacustre central: la Triple Alianza entre Tenochtitlan, Tetzco y Tlacopan, también conocida, entre otros títulos, como Imperio de Moctezuma o Imperio culhua-mexica, designaciones a las que ahora Carrasco, basado en su acucioso estudio, sustituye por Imperio Tenochca. La razón principal de la propuesta estriba en que, para él, desde su inicio y hasta su abrupta caída, en dicha macrounidad sociopolítica fue indiscutible el predominio tenochca como lo muestra, entre otros factores, que a sus señores correspondiera el comando de los ejércitos de la Alianza.

Sin embargo, detrás de los importantes aspectos militares, quedaba pendiente una respuesta integradora de la conformación político-territorial del Imperio. El cual, de acuerdo con el autor, sólo había sido estudiado en su proceso de

expansión basado en las conquistas de sus *tlatoque* y en la extensión territorial alcanzada. Aragón (1931), Barlow (1949, 1990), Kelly y Palerm (1952) y Gibson (1964)¹ son los principales autores cuyos estudios permitieron conocer, con mayor o menor certeza, la extensión del Imperio a través de la ubicación de sus provincias tributarias, así como mediante la localización de los diversos lugares señalados en las fuentes, aunque poco se avanzó en el estudio de la organización imperial como tal y en la clarificación de la interacción de las unidades integrantes de esta Triple Alianza que dejaba sentir su influencia en todo el ámbito mesoamericano.

Así, Carrasco, buscando sobrepasar la mera elaboración de listados y la ubicación de lugares, se aboca al estudio del Imperio como totalidad, con sus tres partes componentes, distinguiendo las diversas unidades territoriales que lo integraban, destacando los aspectos político, tributario y militar y, de manera importante, se ocupa de las relaciones de control y dependencia entre ellas, al igual que de las tareas que se realizaban en la estructura imperial.

La investigación muestra un exhaustivo manejo de las fuentes pictográficas y documentales que se ocupan del mundo prehispánico en general y de Tenochtitlan, Tezcoco y Tlacopan en particular, privilegiando en cierta medida las correspondientes a los dos últimos lugares señalados, debido a que, de acuerdo con el autor, éstas presentan información básica, aplicable también a Tenochtitlan, que contribuye a cla-

rificar la estructura tripartita del Imperio. A lo anterior se une el empleo de una amplia bibliografía, material de archivo y los mapas apropiados para su propósito, lo que se refleja en la gran cantidad de notas al pie de página, los 30 mapas y los 31 cuadros incluidos en el volumen, aparato crítico reforzado por los útiles índices de topónimos, nombres, mapas e ilustraciones y, por supuesto, el índice general.

Además de la presentación, el prefacio, la introducción y la conclusión, temáticamente el libro está dividido en seis partes que comprenden 31 capítulos, distribuidos de la siguiente manera:

La primera parte (capítulos I-IV) se ocupa de establecer los rasgos generales de la estructura imperial; particular importancia tiene el capítulo I, pues en él Carrasco define los elementos de la organización tripartita, lo que servirá de base para la discusión del resto del libro. El capítulo II presenta un esbozo del desarrollo histórico del Imperio, en el que se señalan las conquistas de los gobernantes tenochcas y, sobre todo, la manera en que éstas modificaron tanto la estructura territorial de la Alianza como la correlación de fuerzas entre sus integrantes. Los capítulos III y IV se dedican a un análisis detallado de los diferentes tipos de categorías territoriales, con el fin de demostrar que dichas categorías, mejor definidas en las fuentes tetzcocanas y tlacopanecas, también son aplicables al dominio tenochca.

Las partes segunda, tercera y cuarta (capítulos V-XX) se dedican a establecer el ámbito de influencia de cada uno de los integrantes de la Triple Alianza. Tienen en común el análisis de las capitales, el de los reinos dependientes y los tributarios de cada una de ellas, tanto en sus propios dominios como en los de las otras capitales. Al reino culhua-mexica de Tenochtitlan corresponden los capítulos V-X; al reino acolhua-chichimeca de Tezcoco del XI al XVII y al reino tepaneca de Tlacopan los capítulos XVIII-XX.

La quinta parte (capítulos XXI-XXX) está dedicada a las regiones sometidas al Imperio. En los capítulos XXI-XXII se estudian las relaciones de

¹Javier Aragón O., "Expansión territorial del Imperio mexicano", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, VII, 4ª época, México, 1931, pp. 5-64; Robert H. Barlow, *The Extent of the Empire of the Culhua Mexica*, Ibero-Americana 28, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, Estados Unidos (1990), 1949, *Los Mexicas y la Triple Alianza*, vol. 3 de las Obras de Robert H. Barlow, Jesús Monjarás-Ruiz, Elena Umón y Ma. de la C. Paillés (eds.), INAH/UDLA, Puebla, México; Isabel Kelly y Ángel Palerm, *The Tzitin Totonac*, Part I., *History, Subsistence, Shelter and Technology*, Institute of Social Anthropology, núm. 13, Washington, D.C., Smithsonian Institution, Estados Unidos, 1952 y Charles Gibson, *The Aztecs under Spanish rule: A History of the Indians of the Valley of Mexico*, Stanford, California, Stanford University Press, Estados Unidos, 1964.

dependencia de los señoríos conquistados o anexados respecto a la Alianza y la forma en que la estructura imperial se sobreponía política, militar y tributariamente sobre ellos. En el capítulo XXIII, siguiendo en buena medida a Torquemada, aunque el autor aclara que el esquema sufre modificaciones por la información de otras fuentes y por la dinámica propia de las conquistas militares, propone una división de las provincias tributarias de la Alianza en tres sectores, correspondientes a cada una de las capitales, asociados con algunos de los rumbos del universo. Así, el sector noroccidental, correspondiente a Tlacopan se estudia en el capítulo XXIV. El sector sur o meridional, con Tenochtitlan como capital se analiza en los capítulos XXV-XXVIII. A Tetzcoco corresponderá el sector nororiental del que se ocupa el capítulo XXIX. A las guarniciones y colonias militares se dedica al capítulo XXX.

Por último, en la sexta parte, desarrollada en el capítulo XXXI, Carrasco expone la participación de las distintas entidades territoriales en la organización y funcionamiento de la estructura imperial.

Sin pretender agotar la compleja temática abordada por Carrasco, a continuación señalaré algunos aspectos que, desde mi punto de vista, contribuyen a esclarecer la estructura político-territorial de la Triple Alianza considerada como un Estado segmentario, con fronteras no bien definidas, integrado por una zona central, sede de la organización tripartita, a la que se agregaban las regiones sometidas, cuya incorporación al Imperio estuvo determinada por las guerras de conquista o la adhesión voluntaria.

Como unidad base de la estructura político-territorial de la Triple Alianza tenemos al *altépetl*, gobernado por un rey o *tlatoani*, que era sede de los poderes políticos y residencia del estamento gobernante. A dicha unidad también correspondían diversos asentamientos rurales en los que predominaban los campesinos tributarios. En el caso de las capitales o *hueyaltepeme*, éstas dominaban varias ciudades o *altepeme*, estaban gobernadas por su propia dinastía y tenían

una función determinada en la administración imperial. Es importante señalar que en lo referente a la territorialidad y al pago de tributos, cada una de las tres capitales tenía posesiones y tributarios tanto en sus propios dominios como en los de las otras partes constitutivas del Imperio, el cual, de acuerdo con Carrasco, desde su inicio presentó una segmentación en sus unidades políticas y el entreveramiento de sus territorios, estructuración sociopolítica anterior que en la Triple Alianza entre Tenochtitlan, Tetzcoco y Tlacopan alcanzó su mayor complejidad.

En el caso de las regiones sometidas, si bien era variable el grado de dependencia, la dominación imperial estaba determinada por la relación de poder entre los señores locales y los funcionarios imperiales. De hecho, sobre la organización política indígena se sobreponían la estructura de las provincias tributarias gobernadas por calpixques nombrados desde el centro y, en los lugares estratégicos, las guarniciones o colonias militares que constituían otro esquema de organización territorial diferente.

La supremacía tenochca, que lleva al autor a designar a la Triple Alianza como Imperio Tenochca, en buena medida estaba determinada, como se señaló al principio, por recaer en los tlatoques el comando de los ejércitos aliados, lo que también debió de haber tenido que ver con la estrategia expansionista. Otro indicador lo tenemos en los lugares tributarios y, en tiempos de Moctezuma Xocoyotzin, incluso había una injerencia directa en la asignación del tributo en el área central. Tetzcoco tuvo mayor autoridad en la organización judicial y en las obras públicas. Tlacopan, que desde la formación de la Alianza tuvo un lugar secundario, posiblemente participaba más directamente en la administración del tributo y el comercio.

Sin duda el libro presentado, producto de muchos años de investigación, contribuye al esclarecimiento de diversos aspectos de la estructura político territorial del Imperio Tenochca y de la intrincada trama de relaciones políticas, militares y tributarias tanto entre Tenochtitlan, Tetz-

coco y Tlacopan, capitales de la Triple Alianza, como entre éstas y las regiones sometidas, aunque, de acuerdo con el autor, a pesar de los avances logrados, queda por establecerse, entre otros aspectos, la estructura territorial de las regiones sometidas, de las que también habría que dilucidar su organización interna y, de manera importante, las relaciones entre los gobernantes locales y las autoridades imperiales, tareas que no sería extraño fueran respondidas por el propio Carrasco en un futuro próximo.

Temas mesoamericanos

Román Piña Chan



Lombardo, Sonia y Enrique Nalda (coords.), *Temas Mesoamericanos*; México, INAH-DGP del CNCA, 1996, 509 pp.

Esta publicación es la primera, al parecer, de una nueva serie de libros bajo el título "Colección Obra Diversa", en la cual se incluyen 14 artículos de connotados investigadores que reflejan el campo de sus estudios para dar a conocer generalidades acerca de aspectos de las culturas indígenas prehispánicas, en especial en tiempos cercanos a la Conquista.

Así Christine Niederberger escribe acerca de "Paisajes, economía de subsistencia y agrosistemas", destacando los diferentes paisajes y climas, la riqueza biótica de Mesoamérica y los sistemas agrícolas que se desarrollaron en ella.

Yoko Sugiura Yamamoto se aboca al tema "Tecnología de lo cotidiano"; basada en vestigios arqueológicos y fuentes históricas recrea la vida de la gente común en aspectos de la agricultura, caza, pesca, subsistencia, textiles, vestido cerámica y otros.

Luis Torres Montes y Francisca Franco Velázquez se refieren a "La metalurgia tarasca. Producción y uso de los metales en Mesoamérica", proporcionando datos acerca de su origen y antigüedad en Mesoamérica, las regiones metalúrgicas, técnicas y el adelanto de la metalurgia purépecha de Michoacán.

El tema de Isabel Fernández Tejedo se enfoca al "Intercambio sin mercados entre los mayas de las tierras bajas" y, para ello, se basa en tres formas de intercambio: la reciprocidad, la redistribución y el comercio, formando organizaciones geopolíticas y económicas distintas a las del Altiplano Central.

Por su parte, José Lameiras se ocupa de "El militarismo en Mesoamérica en el siglo XVI", refiriéndose al armamento de los indígenas, estrategias y tácticas de guerra, organización militar y factores que ocasionaron la derrota de los indígenas.

Pedro Carrasco presenta el tema de "La Triple Alianza. Organización política y estructura territorial"; menciona las formas de gobierno impuestas a los pueblos sojuzgados y la manera de repartir los tributos; a las provincias tributarias, y cómo operaba el sistema defensivo del Imperio a través de las guarniciones y colonias militares.

Luz María Mohar Betancourt aborda "La organización tributaria", ocupándose de las formas de recaudación, de los recaudadores, de los tipos de tributos y del número de provincias que los entregaban.

Enrique Nalda se aboca al estudio de "La frontera norte de Mesoamérica", la cual concibe como una franja existente desde el siglo IX (frontera dinámica), dentro de la cual operarían varios grupos étnicos, nómadas y seminómadas, que

mantienen relaciones de intercambio con comunidades sedentarias de cultura mesoamericana.

Otros artículos o ensayos son: “La zona transtarrasca de Mesoamérica occidental en vísperas de la Conquista”, de Phil C. Weigand; “Elementos arqueológicos de mexicanización en las tierras altas mayas”, de Carlos Navarrete; “La expresión plástica. La escultura”, de Sonia Lombardo de Ruiz; “El registro de la historia”, de Carlos Martínez Marín; “Calendarios, cosmovisión y observación de la naturaleza”, de Johanna Broda, y “La cosmovisión mesoamericana”, de Alfredo López Austin.

El libro tiene 509 páginas y contiene muchas ilustraciones relativas a los ensayos tratados.



Simposio sobre arqueología e historia del Bajío¹

Eduardo Williams

Desde la fundación de El Colegio de Michoacán en 1979 se han venido realizando seminarios, coloquios y mesas de trabajo. Estas reuniones académicas tradicionalmente han convocado a los investigadores más sobresalientes en los temas de antropología, historia, arqueología y disciplinas afines dentro del Occidente de México.

La primera de estas reuniones tuvo como tema "El mundo indígena michoacano desde una perspectiva etnohistórica y arqueológica", se trata del Segundo Coloquio de Antropología e Historia Regionales, que se efectuó en agosto de 1980, con el título de *La cultura purhé: fuentes e historia* (Miranda, 1981).

Cinco años más tarde, Pedro Carrasco dirigió el seminario *La sociedad indígena en el Centro y Occidente de México* (Carrasco *et al.*, 1986), que trató diversos temas sobre las sociedades prehispánicas y coloniales de Michoacán.

En 1990 Brigitte Boehm de Lameiras y Phil C. Weigand organizaron la IV Mesa de Trabajo del Centro de Estudios Antropológicos, con el tema del origen y desarrollo de la civilización en el Occidente de México (Boehm de Lameiras y Weigand, 1992). En 1991 fue el Congreso Internacional de Americanistas, efectuado en la Universidad de Tulane (Nueva Orleans), el

marco para el simposio *Recientes desarrollos en la arqueología del Occidente de México*, organizado por Eduardo Williams y Robert Novella, publicado por El Colegio de Michoacán tres años más tarde (Williams y Novella, 1994).

En la VI Mesa de Trabajo del Centro de Estudios Antropológicos, organizada en 1992 por Eduardo Williams, volvió a enfocarse la temática del mundo indígena prehispánico del Occidente. El interés de esta mesa de trabajo quedó plasmado en su título: *Desarrollo cultural en el Occidente y Norte de México: Arqueología y etnohistoria*. Dos volúmenes se derivaron de esta reunión, uno sobre arqueología y etnohistoria del Occidente (Williams, 1994) y otro sobre la cultura prehispánica en diversas regiones del Occidente y Norte de México (Williams y Weigand, 1995).

En 1995 el Consejo de Etnohistoria de El Colegio de Michoacán organizó el *Simposio sobre arqueología y etnohistoria de las cuencas del Occidente de México* (Williams y Weigand, 1996), que fue el antecedente del *Simposio sobre arqueología e historia del Bajío*, realizado del 10 al 12 de septiembre de 1997. En esta última reunión, un grupo de investigadores de varias instituciones nacionales y extranjeras abordaron diversos temas sobre las sociedades prehispánicas del Bajío (Guanajuato, Michoacán, Querétaro) y sus áreas adyacentes (por ejemplo, los Altos de Ja-

¹El Colegio de Michoacán, septiembre 10-12 de 1997.

lisco). El simposio estuvo estructurado de la siguiente manera: una sección de arqueología y etnohistoria, con dos sesiones de arqueología (en la mañana y tarde del día 10) y una de etnohistoria (en la mañana del día 11). Y otra sección de historia, que a su vez tuvo tres sesiones y un espacio para comunicaciones de los alumnos del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de Michoacán. La tarde del viernes 12 se dedicó a una mesa redonda, donde varios investigadores eméritos dieron una visión global sobre la arqueología, etnohistoria e historia del Bajío.

Tradicionalmente, el Bajío durante la época prehispánica había sido visto como una zona marginal de Mesoamérica, donde el desarrollo cultural al parecer no rebasó el nivel de “salvajismo” propio de los grupos de cazadores recolectores “chichimecas” que encontraron los españoles cuando llegaron al área en el siglo XVI. Sin embargo, recientes investigaciones arqueológicas han demostrado que ya desde el periodo Clásico (ca. 300-900 d.C.), o tal vez antes, existieron en nuestra región sociedades civilizadas, con asentamientos de compleja arquitectura y sistemas de intercambio y comercio que las ligaban con el resto de Mesoamérica.

Una prueba del gran desarrollo cultural en el Bajío prehispánico fue la ponencia de Carlos Castañeda y Yolanda Cano (Centro INAH Guanajuato) que versó sobre maquetas y planos arquitectónicos prehispánicos esculpidos sobre la roca en el sitio de Plazuelas, Guanajuato, en los cuales se aprecia un alto grado de sofisticación, y que sin duda representan construcciones antiguas en el área del asentamiento, que todavía quedan por descubrirse.

La complejidad arquitectónica hasta ahora inédita para el Bajío se puso igualmente de manifiesto en la ponencia de Luis Felipe Nieto (Museo de San Miguel Allende, Guanajuato), que versó acerca de las técnicas constructivas de inconfundible tradición mesoamericana presente en el sitio de Cerro de La Virgen, Guanajuato.

Por otra parte, los arqueólogos Lorenza López Mestas y Jorge Ramos de la Vega (Centro INAH Jalisco) discutieron los estilos cerámicos más importantes que han identificado después de varios años de trabajo en los Altos de Jalisco y un área adyacente al Bajío, que interactuó con esa desde el pasado más remoto. También sobre los Altos de Jalisco fue la ponencia de Phil y Celia Weigand, del Centro de Estudios Antropológicos de El Colegio de Michoacán, que trató acerca del sitio de Peñol de Chiquihuitillo y la red de fortificaciones entre los Altos y la chichimeca en el Clásico.

También estuvo presente en el simposio la etnoarqueología. Esta disciplina utiliza enfoques propios de la arqueología y de la etnología con el fin de obtener una visión antropológica de los procesos culturales del pasado, a través de la analogía con las culturas “tradicionales” contemporáneas. La ponencia de Eduardo Williams (Centro de Estudios Antropológicos, El Colegio de Michoacán) versó sobre la producción de sal en el lago de Cuitzeo, Michoacán, además expuso los procesos prehispánicos con base en los datos etnográficos y etnohistóricos (principalmente del siglo XVI) que todavía se pueden recabar en esta antigua provincia del imperio tarasco.

Efraín Cárdenas (Centro INAH Michoacán) examinó un aspecto de la cultura del periodo Clásico en Michoacán: Loma Santa María, un sitio arqueológico investigado desde hace varias décadas (y ahora destruido por el crecimiento urbano de Morelia) donde se hallaron evidencias de culturas protoclásicas probablemente vinculadas con los habitantes de la cuenca de Zacapu. Se ha dicho que este sitio también contó con una presencia teotihuacana.

El arqueólogo Dan Healan (Universidad de Tulane, Nueva Orleans) habló acerca de los grupos que habitaron la parte noroeste de Michoacán, concretamente alrededor de los sitios de Zinapécuaro y Ucareo, donde había obsidiana de muy buena calidad, conocida en toda la antigua Mesoamérica.

Peter Jiménez Betts (Centro INAH Zacatecas) expuso las relaciones culturales entre los grupos que habitaron las regiones semidesérticas del noroeste de México, particularmente Zacatecas, y las culturas del Bajío.

Las "costumbres chichimecas" de los pueblos agrícolas del Centro-Norte de México fueron descritas por Ana María Crespo y Carlos Viramontes (Centro INAH Querétaro), con lo cual concluyó la sección de arqueología.

En el apartado de etnohistoria se inició con la intervención del padre Alberto Carrillo (Centro de Estudios de las Tradiciones, El Colegio de Michoacán). Su ponencia abordó la experiencia de los misioneros agustinos en el poblamiento de chichimecas durante el siglo XVI (1555-1580). El trabajo del maestro Cayetano Reyes (Centro de Estudios Rurales, El Colegio de Michoacán) fue también acerca de los chichimecas, pero desde la perspectiva de la Conquista y aculturación de estos grupos indígenas en la zona del Bajío.

El investigador David Wright de la Universidad del Valle de México presentó una ponencia acerca de los orígenes clandestinos de San Miguel de Allende y de Santiago de Querétaro en 1521-1540. Para cerrar esta mesa, Brigitte Boehm de Lameiras (Centro de Estudios Antropológicos, El Colegio de Michoacán) leyó un trabajo en el que propone una investigación interdisciplinaria en la cuenca del río Lerma, enfocada a los usos culturales de los recursos naturales.

La sección de etnohistoria que hemos discutido brevemente sirvió como "puente" entre la parte de arqueología y la de historia del simposio. En la sección a cargo de los historiadores, se abordaron los siguientes grandes temas: la Iglesia en el Guanajuato de los siglos XVII al XVIII; economía y sociedad en el Guanajuato colonial; política y sociedad en el siglo XX.

El *Simposio sobre arqueología e historia del Bajío* logró reunir bajo un mismo techo a un buen número de arqueólogos, etnohistoriadores, historiadores y otros investigadores de las humanidades

interesados en esta área geográfico-cultural de México. Las discusiones fueron muy fructíferas, pero más importante es el hecho de que al fin las barreras entre disciplinas comienzan a desmoronarse; es a través de eventos como éste que la real comunicación y cooperación entre investigadores puede darse de la manera más benéfica y productiva para todos.

El *Simposio sobre arqueología e historia del Bajío* fue auspiciado por El Colegio de Michoacán y por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Los organizadores fueron Eduardo Williams y Phil C. Weigand para la sección de arqueología y etnohistoria, y Francisco Meyer y José Antonio Serrano para la sección de historia. Se tiene planeado publicar las ponencias en dos volúmenes, que aparecerán en el futuro próximo.

Bibliografía

- Boehm de Lameiras, Brigitte y P. C. Weigand (comps.) 1992. *Origen y Desarrollo de la Civilización en el Occidente de México*, El Colegio de Michoacán.
- Carrasco, Pedro *et al.* 1986. *La Sociedad Indígena en el Centro y Occidente de México*, Francisco Miranda (comp.), El Colegio de Michoacán.
- 1981. *La Cultura Purhé: Fuentes e Historia. Segundo Coloquio de Antropología e Historia Regionales*, El Colegio de Michoacán.
- Williams, Eduardo (comp.) 1994. *Contribuciones a la Arqueología y Etnohistoria del Occidente de México*, El Colegio de Michoacán.
- Williams, Eduardo y R. Novella (comps.) 1994. *Arqueología del Occidente de México: Nuevas Aportaciones*, El Colegio de Michoacán.
- Williams, Eduardo y P. C. Weigand (comps.) 1995. *Arqueología del Occidente y Norte de México*, El Colegio de Michoacán.
- 1996. *Las Cuencas del Occidente de México: Época Prehispánica*, El Colegio de Michoacán/Instituto Francés de Desarrollo y Cooperación/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.

Reunión sobre arqueología del sur de la Costa del Golfo de México

Richard A. Diehl

Entre el 21 y el 26 de septiembre de 1997 se llevó a cabo en Birmingham, Alabama, la reunión "La Arqueología de Olman, la zona sur del Golfo de México"; simposio acerca de la planeación de prioridades de investigación y conservación en esa área.

Dicho encuentro, organizado por Richard A. Diehl del Departamento de Antropología de la Universidad de Alabama, congregó a 16 especialistas de diversas instituciones de México y Estados Unidos.

El simposio tuvo los siguientes temas centrales de discusión:

1. Balance del conocimiento actual de la región;
2. Definición de los temas prioritarios de investigación más urgentes para los próximos 10-15 años;
3. Estrategias para garantizar la protección de los sitios arqueológicos de esa región, y
4. Acuerdos y convenios interinstitucionales que puedan establecerse para facilitar la colaboración entre investigadores mexicanos y extranjeros.

Algunas conclusiones de la reunión fueron: la necesidad de retomar el proyecto del Atlas Arqueológico de Veracruz y Tabasco, y de realizar estudios regionales, así como excavaciones que no necesariamente sean de salvamento. Se consideró que entre los temas de investigación más importantes están la transición entre el Arcaico y el Formativo, y el desarrollo de metodologías que permitieron identificar y relacionar etnias específicas con culturas arqueológicas, así también la investigación de unidades habitacionales y establecimiento de mejores cronologías y secuencias de ocupación para el área. Por otro lado, se enfatizó la necesidad de realizar más y mejores estudios sobre geología y paleoambiente, así como investigaciones sobre sistemas de agricul-

tura y subsistencia, y los procesos sociales involucrados en la transición entre los olmecas y las culturas del Clásico. Se planteó además que se requiere de más investigaciones acerca del comercio e intercambio, especialmente en lo que se refiere a obsidiana y cerámica, y de estudios sobre el periodo de contacto integrando investigaciones arqueológicas y etnohistóricas.

En cuanto a la conservación de sitios arqueológicos se enfatizó la necesidad de aumentar las investigaciones a nivel regional y de conservar no sólo el sitio arqueológico sino su entorno. De igual forma, de contar con una mayor infraestructura para la conservación de colecciones arqueológicas de estudio y fortalecer los museos existentes.

En dicha reunión participaron: Philip Arnold III, Loyola University; Ann Cyphers Guillén, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM; Rebecca González Lauck, Centro INAH Tabasco; Thomas Killion, Smithsonian Institution, Washington; Sara Ladrón de Guevara, Museo de Antropología, Xalapa, Veracruz; Roberto Lunagomez, Universidad Veracruzana; Alejandro Martínez, INAH, México; Fernando Miranda, Centro INAH Veracruz; Ponciano Ortiz, Universidad Veracruzana; Christopher Pool, University of Kentucky; María del Carmen Rodríguez, Centro INAH Veracruz; Robert Santley, University of New Mexico; Barbara Stark, Arizona State University; George Stuart, National Geographic Society; Karl Taube, University of California, Riverside; Sergio Vázquez Zárate, Universidad Veracruzana.

Mesas Redondas de Monte Albán

Silvia Trejo

En Monte Albán, Oaxaca, del 7 al 9 de febrero de 1997 se realizó en la ciudad de Oaxaca una reunión para crear las Mesas Redondas de Monte Albán, como foro académico, en torno al cual se discutieron temas relacionados con las culturas de Oaxaca.

La reunión, tuvo como finalidad establecer un programa académico lo suficientemente amplio para poder cubrir las necesidades de información, formación y trabajo de los estudiantes pasantes en antropología, así como de los investigadores del área. Se planteó que dicho programa incluya: las mesas redondas, el premio Monte Albán, un programa de estudios especializados en antropología cultural, una biblioteca y centro de documentación, una serie de publicaciones y una red de información.*

Se decidió que las mesas redondas llevaran el nombre de Monte Albán por ser éste uno de los sitios arqueológicos más importantes en el área de Oaxaca. Asimismo, se propuso que esta iniciativa de creación de un foro académico funcione como compromiso, de los miembros del comité, en pro de la defensa de Monte Albán y que de esta adhesión emane un futuro pronunciamiento de concientización sobre la zona que apoye tareas de investigación, preservación y conservación.

Las mesas darán inicio con temas relacionados con Monte Albán y la cultura zapoteca que erigió ese centro, para trascender en el futuro a otras culturas, regiones, etnias y épocas. De igual forma que en las Mesas Redondas de Palenque, se elegirá un tema por mesa lo suficientemente general como para vincular, en un diálogo interdisciplinario y fructífero a arqueólogos, etnohistoriadores, antropólogos, historiadores, iconografistas, historiadores del arte, epigrafistas y otras disciplinas afines, con la finalidad de que el resultado de sus investigaciones redunde en la mejor comprensión de las culturas de Oaxaca. Se planteó que las Mesas Redondas de Monte Albán se constituyan en una plataforma científica de gran rigor, buscando cada vez una estructura que propicie una combinación de continui-

dad de los temas tradicionales, la elección de temas de actualidad y el planteamiento de nuevas aproximaciones para resolver problemas, tanto teóricos, informativos, técnicos y metodológicos, que constituyan nuevos avances y que cuenten con nuevos niveles de interpretación.

Las mesas redondas se realizarán cada dos años para contar con el tiempo suficiente para preparar una conferencia que aporte nuevas reflexiones. La fecha sugerida para dichas mesas será entre la cuarta semana de junio y la primera de julio.

Asimismo, se instituyó el Premio Monte Albán, dirigido a jóvenes investigadores menores de 35 años que deseen concursar bajo el tema de cada mesa redonda.

Al término de cada mesa, funcionarán talleres vinculados a los trabajos que se realizan en campo o que derivan de los temas de las Mesas Redondas de Monte Albán, dentro del Programa de Especialización en Estudios Oaxaqueños que tendrán un carácter interdisciplinario orientado hacia la antropología cultural. El programa de estudios estará abierto a estudiantes pasantes de licenciatura y de posgrado, así como a profesionistas. Podrán ser admitidos estudiantes con licenciaturas en antropología, arqueología, historia, historia del arte, arquitectura, restauración o carreras afines. Los estudiantes deberán tener un nivel de excelencia académica.

El programa de las Mesas Redondas de Monte Albán tiene planeada la adquisición y formación de una biblioteca especializada en estudios oaxaqueños y una serie de publicaciones que incluyen una primera Antología de Monte Albán, así como las memorias de cada mesa redonda.

La Primera Mesa Redonda de Monte Albán se llevará a cabo del 24 al 28 de junio de 1998. El tema elegido fue "Procesos de cambio y conceptualización del tiempo".

El objetivo de esa Primera Mesa Redonda es contribuir a la reflexión sobre problemas rela-

*El Comité de las Mesas Redondas de Monte Albán quedó constituido de la siguiente manera: María Teresa Franco (presidenta), Miguel Bartolomé, Richard Blanton, Robert Drennan, Nancy Farriss, Kent Flannery, Maarten Jansen, Stephen Kowalewski, Joyce Marcus, Enrique Nalda, Arturo Oliveros, Nelly Robles, María de los Ángeles Romero Frizzi, Carlos Serrano, Ronald Spores, Marcus Winter y Silvia Trejo (secretaria).

cionados con la periodización y desarrollo de la cultura de Monte Albán, desde una perspectiva interdisciplinaria, creando nuevas preguntas y examinando los datos y teorías existentes desde nuevos ángulos.

Se intentará relacionar diferentes conceptualizaciones del tiempo. Por una parte, las cronologías —secuencias de procesos formativos, acontecimientos, estilos de cultura material, etc.—, que son la columna vertebral del discurso histórico sobre la evolución social y cultural. Por otra, la visión del tiempo propia de la cultura en cuestión —expresada en una periodización particular y en el uso del calendario, reflejo de una ideología vinculada con su simbolismo religioso, con la astronomía y con las actividades agrícolas.

Por lo anterior, el amplio tema abarca los siguientes tres subtemas:

- La periodización basada en técnicas arqueológicas (estratigrafía, C14, cerámica, etc.) y que define el desarrollo del sitio en términos de origen, florecimiento, colapso y reuso.
- La historiografía de la cultura misma, registrada en las inscripciones clásicas que fechan determinados eventos, considerados importantes, y los documentos pictográficos del Postclásico que consignan genealogías con secuencias de fechas (siempre en el calendario cíclico mesoamericano).
- Las consecuencias de la introducción de los conceptos europeos/cristianos del tiempo, cambios y continuidad del calendario mesoamericano en Oaxaca, vinculado con el simbolismo religioso y el ciclo agrícola.

Asimismo, se requiere que los estudios técnicos particulares sean abordados desde un marco de reflexión teórico y holístico sobre la temporalidad de las culturas oaxaqueñas, formulando nuevas explicaciones sobre lo que era Monte Albán.

A esta mesa han sido invitados los siguientes ponentes: Marcus Winter, Gary Feinman, Bernd Fahmel, Richard Blanton, Stephen Kowalewski, Robert Drennan, Kent Flannery, Ronald Spores,

Maarten Jansen, Miguel Audijk, Arthur Miller, Mario Águila, Judith Zeitlin, Joyce Marcus, Javier Urcid, Miguel Bartolomé, Nancy Farriss, Florencio Carrera González, John Monaghan, Bas van Doesburg y Víctor de la Cruz.

Para mayores informes dirigirse con la licenciada Silvia Trejo. Mesas Redondas de Monte Albán, Secretaría Técnica, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Córdoba 45, colonia Roma, México, D.F., 06700. Tel: (5)525-3089. Telefax:(5)514-2981.

E-mail: inahstec@mail.internet.com.mx

Mesas Redondas de Palenque

Silvia Trejo

Las Mesas Redondas de Palenque son un foro académico de larga trayectoria creado en 1973 por la doctora Merle Greene Robertson. Durante los 20 años que lo dirigió se realizaron ocho mesas redondas, y en ellas expusieron sus conocimientos los más destacados mayistas de todo el mundo, quienes empezaron discutiendo temas de iconografía y epigrafía, derivados, en su mayoría, de sus observaciones sobre Palenque. Estas discusiones abrieron paso a uno de los más grandes logros en torno a la cultura maya: el acelerado avance en el desciframiento de los glifos y con ello el conocimiento de su historia escrita.

Con el tiempo, las Mesas Redondas de Palenque se convirtieron en la plataforma más importante sobre la cultura maya y, en un breve lapso, se abrieron a otras disciplinas que incluyeron la arqueología, la antropología, la religión, la historia dinástica, la arqueoastronomía, etc., con lo que se amplió la comprensión de esta todavía enigmática cultura mesoamericana, una de las más importantes y forjadora de la historia de México. La doctora Greene cedió la organización de las mesas al INAH en 1993. En reconocimiento a su labor, a través de las Mesas Redondas de Palenque, recibió en 1994 la condecoración del Águila Azteca, el máximo galardón otorgado a un extranjero por su contribución al conocimiento de nuestra historia.

En su nueva época, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, con el fin de dar permanencia, institucionalidad, internacionalidad y cumplir con sus objetivos, acordó formar un comité integrado por miembros de diversas instituciones de reconocida trayectoria académica en el ámbito del estudio de la cultura maya.

Por iniciativa del INAH, se decidió que las mesas redondas se siguieran realizando en Palenque, como centro de reunión permanente que hiciera posible el intercambio de conocimientos y la promoción de la investigación y la difusión de la cultura maya a través de un programa diseñado en torno a las mesas.

La organización del programa de las Mesas Redondas de Palenque está a cargo del comité, por lo que sus miembros se reúnen con la finalidad de organizar las mesas redondas: así eligen los temas a tratar —uno por mesa—, seleccionan a los ponentes magistrales —mayistas especializados en diferentes disciplinas—, y deciden y evalúan las particularidades de cada evento. Más tarde, un comité editorial aprueba las ponencias y dictamina su publicación. El Instituto Nacional de Antropología e Historia se encarga de la parte operativa del programa.

La realización de las Mesas Redondas de Palenque se contempla cada dos años; la publicación de las memorias y de una antología con los mejores artículos en español derivados de las Mesas Redondas de la primera época; la creación e incremento de la biblioteca Merle Greene Robertson en Palenque a través de adquisiciones y donaciones; diplomados y ciclos de conferencias en la ENAH, con los mayistas invitados a las mesas redondas; la asignación del Premio Palenque; una exposición de arte maya relacionada con el tema de cada mesa y otros eventos tales como obras de teatro, exposición y venta de artesanías y libros.

El INAH instituyó un concurso abierto a investigadores menores de 35 años: el Premio Palenque, que consiste en un estímulo en dinero en efectivo, la publicación de la ponencia en la me-

moria de la mesa y un diploma. Los aspirantes concursan bajo el tema propuesto para cada mesa en cualquiera de las disciplinas relativas al tema, tales como: antropología, arqueología, epigrafía, lingüística, historia, iconografía, arqueoastronomía o áreas afines.

Primer Seminario de las Mesas Redondas de Palenque

Como actividad inicial se realizó un seminario en 1994 sobre entidades políticas de los mayas: modelos y enfoques arqueológicos, históricos, epigráficos e iconográficos. Durante el seminario se trató de esclarecer una interrogante que, en años recientes, inquietaba y sigue inquietando a los académicos en tanto punto de atención primordial: ¿Cómo estuvieron los mayas organizados políticamente? Se revisaron varios modelos sugeridos, que a lo largo de los años, y bajo diferentes ideologías, necesitaban ser formulados explícitamente para confrontarlos con los datos científicos disponibles. Se discutieron y propusieron modelos —construcciones teóricas— que intentan explicar el desarrollo y la estructura de la organización política.

En el seminario se analizaron los modelos más relevantes. En esta reunión participaron: Nikolai Grube y Simon Martin, Jeff Kowalski, Enrique Nalda, Luz Evelia Campaña, Hanns Prem, Claude Baudez, Flora Clancy, Peter Mathews, Ramón Carrasco, Olivier de Montmollin, Garret Cook y John Fox. Ganó el Premio Palenque la arqueóloga Sandra López Varela. La memoria de esta reunión está en prensa.

Primera Mesa Redonda de Palenque

En septiembre de 1995 se realizó la Primera Mesa Redonda de Palenque, con el tema “La guerra entre los antiguos mayas”. Asimismo se invitaron distinguidos investigadores mexicanos y extranjeros, especializados en el tema, para analizar el modo de hacer la guerra entre los mayas, sus razones, causas y consecuencias. En esta reunión se cuestionaron desde el punto de vista de la ideología, la rivalidad y la función

de la guerra entre los mayas; se analizaron las similitudes y diferencias en el arte de guerrear entre mayas y aztecas; los epigrafistas aportaron importantes datos para reconstruir los nombres de los sitios, los gobernantes victoriosos, los vencidos y las fechas exactas de las batallas. Otros investigadores contribuyeron con estudios del significado de las imágenes: las cabezas trofeo, el botín, la indumentaria guerrera y sus armas. También se abordó el tema del conflicto actual en Chiapas.

Los invitados a esta mesa fueron: Simon Martin, Linda Schele, Jeff Kowalski, Maricela Ayala, Jan de Vos, Ross Hassig, Arlen y Diana Chase, David Freidel y Charles Suhler, Patrick Culbert, David Webster, Claude Baudez, Peter Mathews, Joyce Marcus y Mary Ellen Miller. El Premio Palenque le fue otorgado al arqueólogo Carlos Brokmann.

En el Museo de Sitio de Palenque se inauguró la exposición *El arte de la guerra entre los antiguos mayas*, con el objetivo de mostrar el tema de la guerra a través de la iconografía y el arte, para lo cual se seleccionaron piezas de cerámica y de piedra, así como algunas armas características de los mayas de las colecciones de los museos del INAH. El proyecto e investigación general fueron obra de Silvia Trejo y la curaduría estuvo a cargo de Sylviane Boucher. Esta exposición ha sido itinerada por los estados de Chiapas, Quintana Roo, Yucatán, Tabasco e Hidalgo.

Asimismo, en el marco de la mesa redonda, se presentó la obra de teatro *De todos para todos*, protagonizada por los integrantes tzeltales y tzotziles del Teatro Indígena Sna Jtz'ibajom, de los Altos de Chiapas. La obra trata acerca de algunos mitos, la naturaleza y las causas del movimiento indígena de 1994.

Segunda Mesa Redonda de Palenque

Del 18 al 21 de junio de 1997 se llevó a cabo la Segunda Mesa Redonda de Palenque, en esta ocasión con el tema "Arquitectura e ideología de los antiguos mayas". Fueron invitados a esta reunión: Claude Baudez, Logan Wagner, Linda

Schele, Luis Millet, Mercedes de la Garza, Richard Hansen, Wendy Ashmore, Jeremy Sabloff, Annegrette Hohmann, George Andrews, Clemency Chase Coggins, Merle Greene Robertson, Jesús Galindo, Harvey y Victoria Bricker.

Para definir el tema de esta mesa se partió de la idea de que la arquitectura, si bien es una manifestación relevante de la cultura material es igualmente exponente de la ideología de los grupos gobernantes, que integradora de elementos de la cultura popular. En este contexto, más allá del aspecto formal, las contribuciones a esta mesa redonda se dirigieron al análisis de las ideas que orientaron el programa arquitectónico de los centros cívicos y ceremoniales de los asentamientos mayas, así como de sus edificios individuales. El aspecto en torno al que giraron las interpretaciones acerca del desarrollo arquitectónico fueron, fundamentalmente, la concepción que tuvieron los pueblos mayas de su propia realidad histórica y social en diferentes épocas y regiones, la preocupación de sus gobernantes por legitimar, glorificar y dar continuidad a su poder. El Premio Palenque en esta ocasión se declaró desierto.

Con motivo de esta reunión se presentó en el Museo de Sitio una exposición titulada *Testimonio fotográfico de la arquitectura de Palenque: 1857-1994*. El proyecto y la curaduría a cargo de Silvia Trejo tuvo como propósito mostrar, a través del arte fotográfico, la arquitectura de Palenque desde los primeros registros hasta nuestros días. Las fotografías, organizadas por grupos de edificios, muestran la transformación y cambio que producen tanto el paso del tiempo como la intervención arqueológica a través del lente de insignes fotógrafos viajeros como Désiré Charnay, Alfred P. Maudslay y Teobert Maler de la última mitad del siglo XIX, y de C. B. Waite, Jorge Enciso y S. Campa, de la primera década del siglo XX. Se exponen fotografías de investigadores como Franz Blom, Miguel Ángel Fernández, Alberto Ruz, Jorge Acosta y Arturo Romano. Más recientemente, la fotografía de Palenque está representada por la mirada de Armando Salas Portugal y de Merle Greene Robertson. Las 63 fo-

tografías que integran esta exposición son propiedad de la Fototeca de Pachuca del Instituto Nacional de Antropología e Historia. La exposición, después de ser presentada en el Museo de Sitio de Palenque, irá al Palacio Cantón de Mérida, al Museo Carlos Pellicer de Tabasco, Villahermosa, al Museo de Antropología de México y posteriormente al Museo Regional de Hidalgo en Pachuca.

Tercera Mesa Redonda de Palenque

El panorama de la cultura maya prehispánica, colonial y contemporánea se verá enriquecido con la participación de eminentes mayistas mexicanos y extranjeros durante la Tercera Mesa Redonda que se celebrará en Palenque del 30 de junio al 3 de julio de 1999. El tema elegido por el comité para ser examinado durante esa reunión es "Nuevas interpretaciones sobre la organización política de los mayas".

Desde 1994, cuando en el Primer Seminario de las Mesas Redondas de Palenque se revisaron modelos antiguos y se expusieron otros recientes para intentar reconstruir la organización política de los mayas, se han hecho avances significativos en esta área, y ciertamente habrá más en dos años.

Con el tema de esta mesa redonda se propone focalizar las discusiones en nuevas interpretaciones sobre la organización política de los mayas antiguos basadas en nuevos datos empíricos derivados de la arqueología, la epigrafía y la historia. A su vez, los historiadores y los etnohistoriadores aportarán nuevas reflexiones fruto de investigaciones con datos antiguos recién descubiertos acerca de la organización política de los mayas después de la Conquista, y de acontecimientos recientes que darán pie a nuevas interpretaciones sobre los mayas actuales.

El eje de esta mesa redonda estará constituido por los siguientes subtemas:

- Organización política de los estados tempranos mayas;
- Estados mayas durante el periodo Clásico;

- Naturaleza de la organización política en la región Puuc;
- Organización de linajes dentro y entre las comunidades;
- Competencia elitista dentro y entre sitios;
- Reexaminación de la "Geografía política de Yucatán" de Roys;
- Representaciones simbólicas de poder, y
- Continuidades y discontinuidades de sistemas políticos del periodo Clásico al Postclásico y del Postclásico al Colonial.

La Tercera Mesa Redonda de Palenque contará con la presencia de: Wendy Ashmore, Pierre Becquelin, Richard Hansen, Jan de Vos, Ana Luisa Izquierdo, Claude Baudez, Hanns Prem, Enrique Nalda, Victoria Bricker, Grant Jones, Ramón Carrasco, Peter Schmidt, Tomás Pérez, Sergio Quezada, Simon Martin, Nikolai Grube, Tomás Gallareta, Fernando Robles, David Stuart, Steven Houston y Nancy Farriss.

A partir de los subtemas anteriores el comité no sólo desea ver resumidas las investigaciones recientes, sino sobre todo dirigir la atención de los investigadores hacia tales enfoques y estimular los estudios en ese sentido, además de los ponentes magistrales arriba mencionados, se hace una convocatoria abierta a investigadores menores de 35 años para que envíen su ponencia para concursar por el Premio Palenque bajo los subtemas propuestos para esta mesa redonda.

Para mayores informes comunicarse con la licenciada Silvia Trejo. Mesas Redondas de Palenque, Secretaría Técnica, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Córdoba 45, colonia Roma, México, D.F., C.P. 06700. Tel: (5)514-2981. Telefax: (5)525-3089.

E-mail: inahstec@mail.internet.com.mx

Primera Maestría de Arqueología Social de Iberoamérica en La Rábida, España

Eduardo Matos M.

La Universidad Internacional de Andalucía, con sede en La Rábida, Palos de la Frontera, Huelva, España, organizó la primera Maestría de Arqueología Social de Iberoamérica durante septiembre y octubre de 1997. La idea de esta maestría fue la de analizar en bloques temáticos diversos aspectos de la teoría, métodos y técnicas arqueológicas, a la vez que en el módulo de arqueología americana, varios especialistas de Mesoamérica y del mundo andino ofrecían un panorama de diversas culturas que, por su importancia, tuvieron un papel destacado para la mejor comprensión de las dos áreas culturales.

El módulo introductorio, con duración de una semana (1-6 de septiembre), estuvo a cargo del doctor Arturo Ruiz, de la Universidad de Jaén. La doctora Linda Manzanilla habló de la arqueología de Teotihuacan. La dinámica consistía en intervenir en las mañanas y reunirse en la tarde con los alumnos para tener una sesión de discusión que en ocasiones podía durar hasta la noche. Los temas tratados fueron "Viejos conceptos en la arqueología de hoy: contacto cultural, etnia, Estado, etc...", en la que intervinieron destacados especialistas de las universidades de Jaén y Málaga, en tanto que Yoshio Onuki hablaba de problemas andinos. El segundo tema fue "El registro y las tipologías" donde el doctor Enrique Nalda dio un panorama de la arqueología maya. La semana siguiente se dedicó al tema de la "Experimentación", con la presencia de catedráticos de las universidades de Barcelona y Jaén, y con la participación de Santiago Uceda y Teresa Gisbert, de Perú y Bolivia, respectivamente. Del 29 de septiembre al 3 de octubre se abordó el tema de "La prospección hoy", a cargo de los doctores Francisco Burillo (Universidad de Zaragoza) y Antonio Ramos Millán (Universidad de Granada). En esta semana me correspondió participar con el tema "Los aztecas". En las semanas subsecuentes se expusieron los temas "Arqueología y ciudad" y "Musealización";

en esta última estuvo presente el destacado colega Luis Lumbreras. Por último, la maestría finalizó con "Experiencia multidisciplinar de conservación y musealización en la arqueología rural" y "Modelos de gestión".

Es importante mencionar que, como complemento a las actividades académicas, los sábados se hicieron visitas a sitios arqueológicos de Andalucía (Itálica, Medina Azahara y Cástulo), además de que algunos de los módulos se realizaron parcialmente en el campo ("Experimentación" y "Arqueología urbana y rural").

Finalmente, deseo destacar que distintas universidades españolas realizan reuniones de diferente índole relacionadas con la arqueología. Me ha correspondido participar en la que organizó la Casa del Indio Garcilazo en Montilla, Córdoba, en 1996, en la que estuvieron presentes arqueólogos e historiadores de México, Perú, España y otros países europeos, así como en la de la Universidad de Extremadura un año antes, con presencia de especialistas iberoamericanos y españoles. Sería saludable que este auge que hoy vive la arqueología española se viera presente en México, donde tenemos varias instituciones dedicadas a la formación e investigación arqueológica, que bien podrían realizar reuniones, diplomados, mesas redondas, etc., de carácter internacional, con temas de interés para nuestra disciplina. Un intento fue el del Programa de Becarios para Teotihuacan, verificado durante nueve meses (octubre de 1993 a junio de 1994) en el que participaron nueve estudiantes avanzados y profesionales de países como Italia, Bélgica, Francia, España, Argentina, Guatemala, Estados Unidos y México. Este Programa debió continuarse mejorándolo sustancialmente. Sin embargo, allí quedó...

Exposición de Conchas Precolombinas en Long Island, Nueva York

Lourdes Suárez

El 5 de noviembre de 1997 fue inaugurada la exposición "Conchas Precolombinas, Mesoamerican Art Created from Sea Shells" en el Hillwood Art Museum de Long Island University en Nueva York. Esta muestra reunió, por primera vez, una exposición temática de más de 200 piezas prehispánicas de concha por fuera del país.

Las investigadoras Marilyn Goldstein (Long Island University) y Lourdes Suárez (Dirección de Etnohistoria del INAH) seleccionaron una amplia muestra de objetos de distintas culturas en Mesoamérica y de diferentes periodos en la que están presentes ricos ornamentos (como collares, pectorales, orejeras, narigueras y anillos) manufacturados mediante técnicas como la percusión y el desgaste, y decoradas con esgrafiado, calado, acanalado, pintura y cloisoné.

La muestra incluye material utilitario como agarraderas de átlatl y trompetas, entre las cuales destaca un bello ejemplar teotihuacano con un glifo calendárico pintado al fresco.

Gran asombro causó el material funerario, en especial dos collares elaborados con dientes reconstruidos en concha procedentes de la plaza de Quetzalcóatl de Teotihuacan, los enormes collares rojos, las narigueras y las trompetas pintadas de la tumba de Huitzilapa, Jalisco, recientemente excavada, y el gorro procedente del Huiztle (elaborados con 2 500 caracoles), encontrado en el entierro de un joven que, además llevaba una diadema de concha y sendas faldas, anterior y posterior, de cuentas de concha.

La colección de piezas mayas destacó la perfección de su manufactura y el buen gusto de los motivos religiosos que se plasmaron en pulseras, pectorales, placas y orejeras. Es importante mencionar los importantes *ehcacozcatl*, pectorales del dios Quetzalcóatl de la cultura huasteca. La ex-

posición incluye también piezas del Templo Mayor, entre las que destacan un cuchillo de sacrificio con dientes de concha incrustados y una placa grabada con la figura del dios Mixcoatl.

La exhibición ha sido muy bien acogida por el público neoyorkino y por la comunidad universitaria, la cual organizó varias reuniones académicas con personalidades norteamericanas y latinoamericanas para intercambiar opiniones.

En el número anterior la Fe de Errata indica que en la p. 111 en el último párrafo dice "Formaciones cónicas de los troncos...", debe decir "Formaciones troncocónicas..."; por un descuido editorial se cometió otro error, ya que lo correcto es "Formaciones troncocónicas...". Asimismo, en el artículo de Salvador Guillem Arroyo, "Figurillas de Tlatelolco" no aparecieron los créditos de las siguientes ilustraciones: fig. 6 por Luisa Domínguez C., figs. 22 y 28 por Ma. Guadalupe García C.

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

n o v e d a d e s
e d i t o r i a l e s

Montalvo
Ortega Enrique
*México en una
transición. El
caso Yucatán*



Velasco Ávila,
Cauhtémoc
(coord.)
*Historia y
testimonios
orales*
Colección:
Divulgación

Cuevas Suárez, Susana; y Julieta Haidar
(coords.)
*La imaginación y la inteligencia en el lenguaje
Homenaje a Roman Jakobson*
Colección: Científica



Tejera Gaona, Héctor (coord.)
*Antropología política. Enfoques
contemporáneos*
Coedición con PLAZA Y VALDÉS

Gómez Rueda, Hernando
*Las Limas, Veracruz, y otros asentamientos
de la región olmeca*
Colección: Científica



Trejo, Silvia (comp.)
*Mesas Redondas de
Palenque.*
Antología. Volumen I

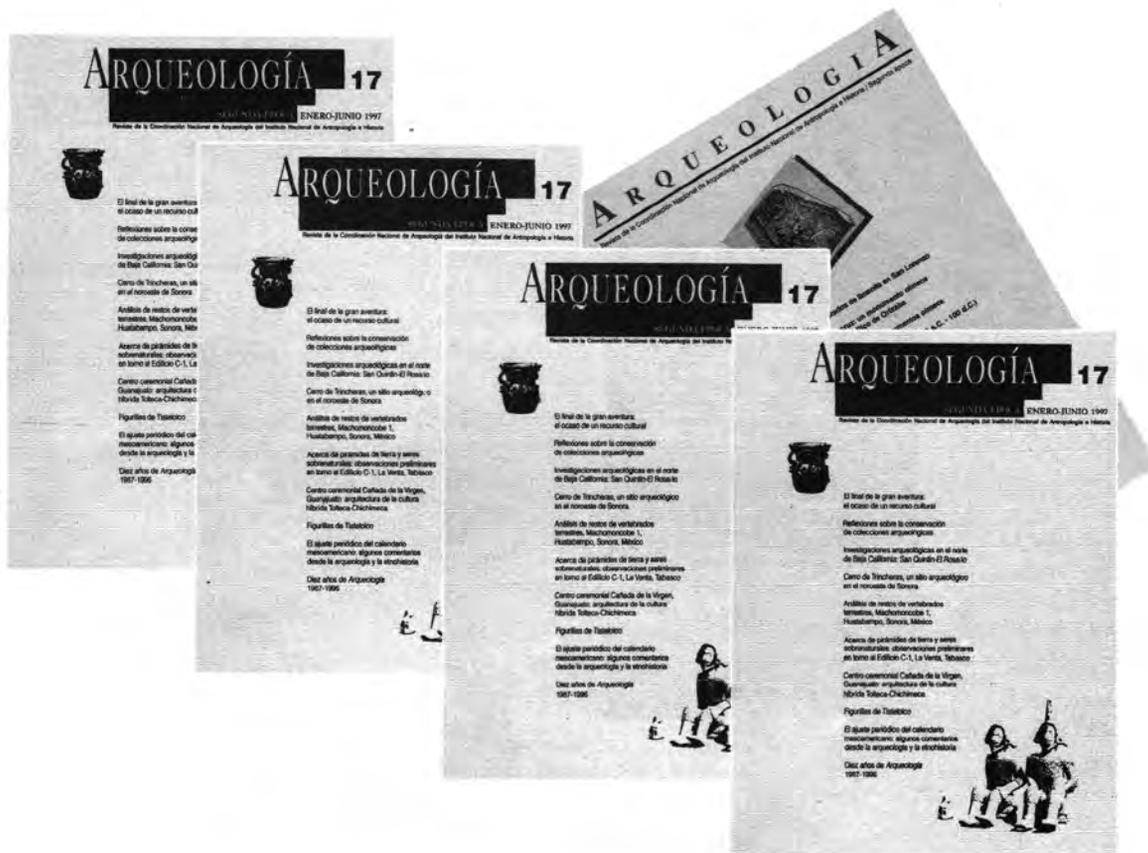
Beristáin Bravo, Francisco
*El templo dominico de
Osumacinta, Chiapas.*
Excavaciones arqueológicas
Coedición con el CENTRO DE
INVESTIGACIONES HUMANÍSTICAS DE
MESOAMÉRICA
Y EL ESTADO DE CHIAPAS
Colección: Científica



VENTA en:

- Expendio del Aeropuerto Internacional Benito Juárez
Sala A, local 11 (Llegadas Nacionales)
- Librería *Francisco Javier Clavijero*, Córdoba 43, col. Roma, CP 06700

1987-1997 **XI** ARQUEOLOGÍA
Festeja con nosotros el aniversario de



ARQUEOLOGÍA

le ofrece
recientes investigaciones, noticias y reseñas
acerca de la conservación
del patrimonio arqueológico en México

Venta en:

- Librería Francisco Javier Clavijero,
Córdoba 43, col. Roma, C.P. 06700, Tel. conmutador 533-2263 al 72
- Álvaro Obregón 151, 11º piso, col. Roma, C.P. 06700, Tel. conmutador 207-4292 y 99
ext. 129 con Juan José Medina Oviedo

Boletín Oficial del Instituto Nacional
de Antropología e Historia



**AN
TRO
POLO
GÍA**



NUEVA ÉPOCA
OCTUBRE - DICIEMBRE DE 1997

HISTORIA

Samuel L. Villela
Los Lupercio, fotógrafos
jallscienses

Marta Olivares Correa
Los ideales de los franciscanos
y Vasco de Quiroga

ETNOGRAFÍA

Carolyn Baus Czitrom
Figuras danzantes de Colima

ANTROPOLOGÍA

Lucero Morales Cano
El turismo étnico
en San Cristóbal
de las Casas

María Isabel Hernández
Recuperación de la memoria
de un pueblo lacustre

CONSERVACIÓN

Gustavo A. Ramírez Castilla
Conservación de monumentos

NOTAS

Juan Manuel Sandoval
Aleksandra Jablonska
John Gittings
Antonio Saborit
Javier Garcíadiego
Jorge F. Hernández

48

ISSN 0188-462-X

Venta en:

- Expendio del Aeropuerto Internacional Benito Juárez Sala A, local 11 (llegadas Nacionales), Tel. 571 02 67
- Librería Francisco Javier Clavijero, Córdoba 43, col. Roma, C.P. 06700, Tel. Conmutador 533 22 63 al 72
- Álvaro Obregón 151, 11º piso, col. Roma, C.P. 06700, Tel. conmutador 207 42 92 y 99 ext. 129 con Juan José Medina Oviedo



Asociación Mexicana de Archivos y Bibliotecas Privados, A.C.

La Asociación Mexicana de Archivos y Bibliotecas Privados, A.C. (AMABPAC) constituida en abril de 1994 para promover y difundir el invaluable acervo histórico de México conservado en archivos y bibliotecas privados, bajo custodia de particulares o de instituciones no gubernamentales.

Los acervos de AMABPAC incluyen fondos relacionados con el presente y pasado de México: fondos históricos de instituciones de enseñanza y empresas bancarias; fondos religiosos de autoridades eclesiásticas y de comunidades religiosas; archivos y bibliotecas de destacadas figuras de la historia de México; acervos bibliográficos con colecciones de arte e innumerables fondos que son centro de estudio y de investigación.

AMABPAC ha publicado *Un recorrido por archivos y bibliotecas privados, vols. I y II*, coedición del Fondo de Cultura Económica, Fomento Cultural Banamex y la Asociación Mexicana de Archivos y Bibliotecas Privados, 1996-1997.

En esta publicación el material de los acervos se presenta de manera atractiva y sencilla, utilizando un lenguaje directo; además cuenta con facsimilares de documentos, mapas, ilustraciones y la reproducción de fotografías.

AMBPAC, Guadalajara núm. 104, Col. Condesa, CP 06140, México, D.F. Tel. 286 8339 Fax 286 8558

DIMENSIÓN
ANTROPOLÓGICA
REVISTA
VOL. 7



Venta en:

- Expendio del Aeropuerto Internacional Benito Juárez
Sala A, local 11 (llegadas Nacionales),
Tel. 571 02 67
- Librería Francisco Javier Clavijero,
Córdoba 43, Col. Roma, C.P. 06700, Tel. Conmutador 533 22 63 al 72



AÑO 3, VOL. 7, MAYO-AGOSTO, 1996

Boletín Oficial del Instituto Nacional
de Antropología e Historia



**AN
TRO
POLO
GÍA**



NUEVA ÉPOCA
OCTUBRE - DICIEMBRE DE 1997

HISTORIA

Samuel L. Villela
Los Lupercio, fotógrafos
jaliscienses

Marta Olivares Correa
Los ideales de los franciscanos
y Vasco de Quiroga

ETNOGRAFÍA

Carolyn Baus Czitrom
Figuras danzantes de Colima

ANTROPOLOGÍA

Lucero Morales Cano
El turismo étnico
en San Cristóbal
de las Casas

María Isabel Hernández
Recuperación de la memoria
de un pueblo lacustre

CONSERVACIÓN

Gustavo A. Ramírez Castilla
Conservación de monumentos

NOTAS

Juan Manuel Sandoval
Aleksandra Jablonska
John Gittings
Antonio Saborit
Javier Garcíadiego
Jorge F. Hernández

48

ISSN 0188-462-X

Venta en:

- Expendio del Aeropuerto Internacional Benito Juárez Sala A, local 11 (llegadas Nacionales), Tel. 571 02 67
- Librería Francisco Javier Clavijero, Córdoba 43, col. Roma, C.P. 06700, Tel. Conmutador 533 22 63 al 72
- Álvaro Obregón 151, 11º piso, col. Roma, C.P. 06700, Tel. conmutador 207 42 92 y 99 ext. 129 con Juan José Medina Oviedo

Boletín Oficial del Instituto Nacional
de Antropología e Historia



**AN
TRO
POLO
GÍA**



NUEVA ÉPOCA
JULIO - SEPTIEMBRE DE 1997

HISTORIA

J. Arturo Motta Sánchez
Negros no esclavos
y conquistadores

Blanca Jiménez y Samuel Villela
Los códices de Guerrero

ANTROPOLOGÍA

Paul Hersch Martínez
El potencial asistencial y sanitario
de la medicina indígena

Martha Hernández Cáliz
Condiciones laborales
del trabajador en la construcción

CONSERVACIÓN

Alejandro Huerta Carrillo
Tres pinturas monumentales en el
Museo Regional de Guadalupe,
Zacatecas

Gustavo A. Ramírez Castilla
Legislación mexicana del
patrimonio arqueológico

NOTAS

Hugo García Valencia
Ignacio Guzmán Betancourt
Françoise Vatant
María J. Rodríguez-Shadow
Dolores Enciso Rojas
Martha Monzón, Mario García
e Irene Vázquez

47

ISSN 0188-462-X

Venta en:

- Expendio del Aeropuerto Internacional Benito Juárez Sala A, local 11 (llegadas Nacionales), Tel. 571 02 67
- Librería Francisco Javier Clavijero, Córdoba 43, col. Roma, C.P. 06700, Tel. Conmutador 533 22 63 al 72
- Álvaro Obregón 151, 11º piso, col. Roma, C.P. 06700, Tel. conmutador 207 4292 y 99 ext. 129 con Juan José Medina Oviedo